

31

CCF

STARR

CORINA
O ITALIA

PQ2431

C68

1903

v. 1

R. C.



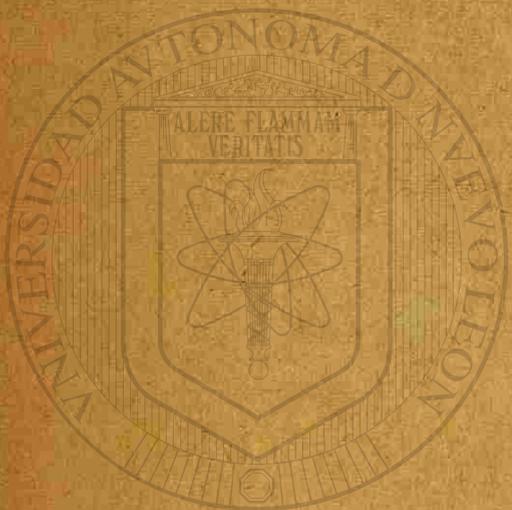
1020026823



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



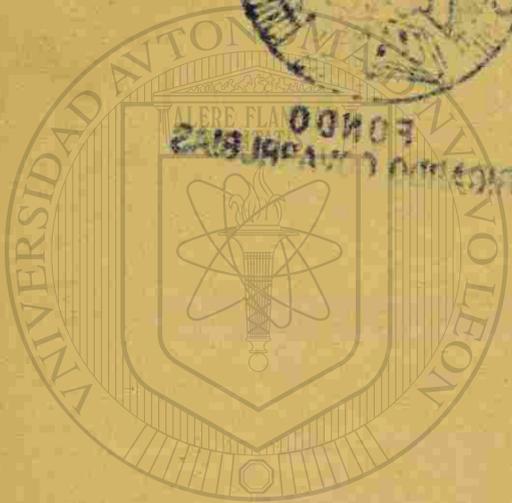
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CO RENA

ITALIA

FONDO
RICARDO DE STAEL

SEPTIMA EDICION

PRECEDIDA DE ALGUNAS OBSERVACIONES

DE

MADAMA NECKER DE SAUSSURE

Y DE

M. SAINTE-BEUVE

DE LA ACADEMIA FRANCESA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TOMO I

100601

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, rue des Saints-Pères, 6

1903

30743

573
5.



PQ 2431
.C68
1903
v.1

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CORINA

LIBRO PRIMERO

OSVALDO

CAPITULO I

Oswaldo, lord Nelvil, par de Escocia, salió de Edimburgo para Italia en el invierno de 1794 á 1795 : tenia una presencia majestuosa, mucho talento; su familia era ilustrísima, y sus riquezas de nadie dependian; pero su salud se hallaba quebrantada por una pena profunda; los médicos le habian aconsejado los aires del meridía, temiendo que llegase á dañarse el pecho, y siguió su dictámen, aunque no miraba con mucho aprecio la conservacion de su vida, esperando encontrar alguna distraccion en la diversidad de objetos que se le iban á presentar. La pena que mas le afligia (la pérdida

de su padre) era la causa de su enfermedad, agravada con circunstancias crueles y con remordimientos inspirados por delicados escrúpulos, y por las fantasmas que mezclaba con ellos su imaginación: el que padece, fácilmente se cree culpado, y los pesares violentos turban hasta la misma conciencia.

Hallábase, á los veinte y cinco años, cansado de la vida; su entendimiento juzgaba de todo sin verlo, y su sensibilidad ofendida, ya no disfrutaba de las ilusiones del corazón: ningún otro era más complaciente y más obsequioso para sus amigos, cuando podía hacerles favor; pero nada, ni aun el bien que hacía, le daba un sentimiento de placer: sacrificaba siempre y fácilmente su gusto al de los demás; pero no bastaba la generosidad sola para explicar aquella abnegación absoluta de todo egoísmo, y debía muchas veces atribuirse á la especie de tristeza que ya no le permitía ocuparse en su propia suerte. Los indiferentes gozaban de su carácter, y les parecía sumamente agradable y precioso; mas los que le amaban advertían que trabajaba en la felicidad ajena, como un hombre que ya no la espera para sí propio; y casi los afligía aquella ventura que daba, sin ser posible volvérsela.

Tenia sin embargo un carácter vario, sensible y apasionado; reunía cuanto podía arrebatarse á los demás, y á él mismo; pero la desgracia y el arrepentimiento le habían hecho tímido con el destino, y pensaba desarmarle no exigiendo nada de él. Es-

peraba encontrar en el rígido cumplimiento de todas sus obligaciones, y en la privación de los placeres vivos, una garantía contra los dolores que desgarran el alma; dábale temor lo que había experimentado, y nada le parecía que merecía en el mundo exponerse á sufrir tales penas; pero ¿quién es capaz de sentir las? ¿qué método de vida puede adoptar que le liberte de padecerlas?

Lisonjeábase lord Nelvil de dejar la Escocia sin sentimiento, pues vivía en ella sin placer; mas no está formada así la funesta imaginación de las almas sensibles: no pensaba en los vínculos que le unían á los lugares que más dolor le causaban, á la morada de su padre. Había en aquella morada aposentos y sitios, á que no podía aproximarse sin estremecerse; y no obstante cuando resolvió apartarse de ellos, se sintió todavía en mayor soledad: apoderóse de su corazón una cierta aridez; no era ya dueño de derramar lágrimas cuando padecía, ni podía hacer renacer aquellas leves circunstancias locales que le enternecían profundamente; sus recuerdos carecían de vida, no tenían ya correspondencia con los objetos que le rodeaban, y sin pensar menos en la persona, cuya pérdida lloraba, no alcanzaba con la misma facilidad recordar su presencia.

Algunas veces se arrepentía de abandonar la mansion donde había vivido su padre. ¿Quién sabe, decía entre sí, si las sombras de los muertos pue-

den ir donde quiera en pos de los objetos de su cariño? ; Quizá no les es licito vagar sino en torno de los lugares donde descansan sus cenizas! ; Quizá en este momento me echa de ménos tambien mi padre, y le faltan las fuerzas para llamarme tan de léjos! ; Ah! cuando vivia, ¿no ha debido persuadirle un conjunto de sucesos inauditos, que habia sido ingrato á su amor, rebelde á mi patria, á la voluntad paterna, á cuanto hay sagrado en la tierra? — Estos recuerdos causaban á lord Nelvil tan insupportable dolor, que no solo no habria podido confiarlos á nadie, sino que temia detenerse en ellos él mismo. ; Es tan fácil hacernos un daño irreparable con nuestras propias reflexiones!

Cuesta mas abandonar la patria cuando para apartarse de ella es preciso cruzar el mar; todo es solemne en un viaje, cuyos primeros pasos señala el océano; parece que se abre un abismo detras de nosotros, y que la vuelta pudiera hacerse para siempre imposible. Fuera de esto, el espectáculo del mar hace siempre una impresion profunda, es imágen de aquel infinito que atrae continuamente el pensamiento, y en que va continuamente á perderse. Osvaldo, apoyado en el timon, y con la vista fija en las ondas, estaba en la apariencia tranquilo, porque su orgullo y su timidez reunidos, no le consentian casi nunca manifestar aun á sus amigos lo que sentia; pero su interior experimentaba dolorosas sensaciones. Acordábase de aquel tiempo en que el

espectáculo del mar animaba su juventud con el deseo de romper las olas á nado, y medir contra ellas sus fuerzas. — ¿Por qué, decia con amargo sentimiento, por qué he de entregarme sin descanso á la reflexion? ; Causan tanto placer una vida activa, y aquellos ejercicios violentos que hacen sentir la energía de la existencia! La misma muerte entónces parece un acaecimiento, tal vez glorioso, imprevisto á lo ménos, y no precedido de decadencia; pero la muerte que llega sin que la haya buscado el valor, la muerte de las tinieblas que nos roba en medio de la noche lo que mas amamos, despreciando nuestros dolores, rechazando nuestro brazo, y oponiéndonos sin compasion las leyes eternas del tiempo y de la naturaleza; esa muerte inspira una especie de menosprecio al destino humano, á la impotencia del dolor, y á todos los vanos esfuerzos que dan y se estrellan en la necesidad.

Tales eran los sentimientos que atormentaban á Osvaldo; y lo que caracterizaba la desventura de su situacion, era la viveza de la juventud unida á los pensamientos de otra edad: identificábase con las ideas que debieron ocupar á su padre en los tiempos postreros de su vida, y daba el ardor de veinte y cinco años á las reflexiones melancólicas de la vejez. Se hallaba cansado de todo, y no obstante suspiraba por la felicidad, como si hubiera conservado sus ilusiones; y esta oposicion enteramente contraria á la voluntad de la naturaleza, que sigue en el órden de

las cosas un plan completo ó sucesivo, causaba turbacion en el alma de Osvaldo ; pero sus modales exteriores tenian siempre mucha suavidad y armonía, y su tristeza, léjos de darle mal humor, le inspiraba todavía mayor condescendencia y bondad.

Dos ó tres veces empezó á commoverse el mar en la travesía de Harvic á Embden : lord Nelvil daba consejos á los marineros, á los pasajeros consuelo, y cuando servía él mismo en la maniobra, cuando ocupaba por un instante el lugar del piloto, mostraba en cuanto hacia una destreza y un vigor, que no debian considerarse como simple efecto de la flexibilidad y de la ligereza del cuerpo, porque el alma tiene parte en todo.

Llegado el caso de separarse, toda la tripulacion rodeaba á Osvaldo para despedirse de él : dábanle gracias de mil leves favores que les habia hecho, y de que él ya no se acordaba : ora un niño á quien habia divertido mucho tiempo ; ora mas frecuentemente un anciano, á quien habia servido de apoyo, cuando el viento agitaba el bajel. Quizá jamas se habia visto igual olvido de toda personalidad ; sus dias pasaban sin que tomase un momento para sí ; los entregaba á los demas por benevolencia y por melancolía. Al dejarle, casi todos los marineros á un tiempo le dijeron : *¡Querido señor, hágaos el cielo dichoso!* Sin embargo, Osvaldo no habia manifestado ni siquiera una vez su pena, y los hombres de otra clase que habian hecho el tránsito en su com-

pañía, no le hablaron ni una palabra de ella ; pero la gente del vulgo, á quien sus superiores rara vez se confian, se acostumbra á descubrir los sentimientos sin necesidad de hablar : nos compadece cuando nos ve afligidos, aunque ignora la causa de nuestros disgustos, y su lástima espontánea no va mezclada con baldon ni consejo.

CAPITULO II

Viajar, por mas que quieran decir, es uno de los gustos mas tristes de la vida. Si uno comienza á encontrarse bien en una ciudad extranjera, es porque empieza á crearse allí una patria, pero atravesar tierras desconocidas, oír hablar un idioma que apenas se entiende, ver semblantes humanos sin correspondencia con lo pasado ni con lo venidero, es soledad y abandono, sin descanso y sin dignidad ; porque aquella ansia, aquella prisa de llegar donde nadie nos espera, aquella agitacion, cuya única causa es la curiosidad, inspiran poca estimacion de nosotros mismos, hasta que los objetos nuevos se hacen antiguos, y crian en torno de nosotros algunos dulces lazos de sentimientos y de costumbres.

Sintió pues Osvaldo aumentarse su tristeza al cruzar por Alemania para ir á Italia: era entónces preciso, con motivo de la guerra, huir de Francia y de sus cercanías; y era tambien forzoso apartarse de los ejércitos que hacian intransitables los caminos. Aquella necesidad de pensar en las menudencias materiales del viaje, de tomar cada dia y casi á cada instante una resolucion nueva, era insoportable para lord Nelvil: su salud, en lugar de mejorarse, le obligaba á detenerse con frecuencia, cuando hubiera querido apresurarse á llegar, ó á lo ménos á partir: arrojaba sangre, y se cuidaba muy poco, porque se tenia por delincuente, y se acusaba á sí mismo con excesiva severidad: solamente vivia por defender su patria. — ¿La patria, decia entre sí, no tiene sobre nosotros algunos derechos paternales? Pero es necesario poder servirla con provecho, y no ofrecerle la flaca existencia que yo arrastro, caminando á pedir al sol algunos principios de vida para luchar con mis males. Un padre, y nadie mas, nos recibiria en semejante estado, y nos amaria mas á proporcion que nos dejasen mas desvalidos la naturaleza ó la fortuna.

Lord Nelvil se habia lisonjeado de que la variedad de objetos exteriores distraeria algun tanto su imaginacion de las ideas habituales; pero en los principios se halló muy distante de experimentar tan felices efectos; porque despues de una desgracia, es menester familiarizarnos de nuevo con todo

lo que nos rodea, acostumbrarnos á los semblantes que volvemos á ver, á la casa donde vivimos, á los hábitos diarios, á que lemos de tornar; cada uno de estos esfuerzos es una commocion violenta, y nada lo multiplica tanto como un viaje.

El único placer de lord Nelvil era recorrer las montañas del Tirol, en un caballo escoces, que habia traído consigo, que como todos los caballos de aquel pais, galopaba trepando á los altos: apartábase del camino real para atravesar por las sendas mas escarpadas; los aldeanos admirados clamaban al pronto con espanto viéndole de aquella manera á la orilla de los precipicios, y luego palinoteaban, atónitos de su valor. Osvaldo gustaba de la commocion del peligro, porque alivia el peso del dolor, y reconcilia momentáneamente con la vida recobrada, y que es tan fácil perder.

CAPITULO III

En la ciudad de Inspruc, ántes de entrar en Italia, oyó Osvaldo contar á un negociante, en cuya casa se detuvo algun tiempo, la historia de un emigrado frances. llamado el Conde de Erfeuil, que le

interesó mucho en su favor: había llevado con suma serenidad la total pérdida de sus cuantiosos bienes: había vivido y hecho vivir, con su habilidad en la música, á un tío anciano, á quien cuidó hasta la muerte: había rehusado constantemente los favores pecuniarios con que le brindaron: había mostrado el valor mas brillante durante la guerra, y la alegría mas inalterable en medio de los reveses; y deseando ir á Roma para ver á un pariente suyo, de quien debía heredar, buscaba un compañero, ó mas bien un amigo con quien hacer mas agradablemente el viaje.

Los recuerdos mas dolorosos de Nelvil procedian de la Francia; y no obstante se hallaba exento de las preocupaciones que separan á los dos pueblos, porque había tenido un íntimo amigo frances, en quien encontró la reunion mas admirable de todas las prendas del ama. Ofreció pues al negociante, que le contó la historia del Conde de Erfeuil, llevar aquel noble y desgraciado jóven á Italia; y el negociante volvió, pasada una hora, á hacer saber á lord Nelvil que su proposicion quedaba aceptada con gratitud. Osvaldo se complacia en este favor; pero le era muy sensible renunciar á la soledad, y su timidez padecía viéndose de repente en una conexion habitual con un hombre desconocido.

Visitó á lord Nelvil el Conde de Erfeuil para darle gracias: tenia modales muy finos, una cortesania sencilla y elegante, y á primera vista ya manifestaba la mayor franqueza: admiraba al verle que

hubiese padecido tanto, porque soportaba con un valor, que casi tocaba en olvido, su infeliz suerte, y acompañaba á su conversacion una ligereza verdaderamente portentosa cuando hablaba de sus propios infortunios; pero ménos notable, es fuerza confesarlo, cuando se extendia á otros puntos.

— Debo daros muchas gracias, milord, dijo el Conde de Erfeuil, por sacarme de esta Alemania, donde me consumia el tedio. — Sin embargo, respondió lord Nelvil, sois generalmente apreciado y querido en este país. — Tengo en él amigos, cuya ausencia sentiré en extremo, repuso el Conde de Erfeuil, porque aquí se encuentra la mejor gente del mundo; pero no sé ni una palabra de aleman, y vos convendreis conmigo en que es cosa larga y pesada aprenderle en mi edad y en mis circunstancias. Desde que tuve la desgracia de perder á mi tío, no sé en qué emplear el tiempo: cuando tenia que pensar en cuidarle, se pasaba prontamente el dia; pero las veinte y cuatro horas me parecen ya un siglo. — La delicadeza que habeis mostrado con vuestro señor tío, dijo lord Nelvil, inspira en vuestro favor la mas profunda estimacion, y el aprecio mas sincero. — No he hecho mas que cumplir con mi obligacion, respondió el Conde de Erfeuil; el pobre me había colmado de beneficios durante mi niñez; jamas le habria yo abandonado aunque viviera cien años. Pero para él es fortuna haberse muerto; y quizá tambien lo seria para mí, añadió

riéndose, porque no me quedan muchas esperanzas en este mundo. He hecho cuanto he podido en la guerra para que me matasen; una vez que la suerte no lo ha querido, es preciso vivir lo mejor que pueda. — Yo me felicitaría de mi llegada á esta ciudad, respondió lord Nelvil, si os halláseis bien en Roma, y si... — ¡Oh Dios! yo me hallaré bien en todas partes, interrumpió el Conde de Erfeuil; con juventud y buen humor todo se compone. No he adquirido mi filosofía en los libros ni en la meditacion, sino en el conocimiento del mundo y de las desgracias; y ya veis que no sin fundamento fio en el acaso, pues me ha proporcionado la ocasion de viajar en vuestra compañía. Diciendo estas palabras saludó á lord Nelvil con suma finura, preguntóle la hora de la partida, y se retiró.

El Conde de Erfeuil y lord Nelvil marcharon al día siguiente. Osvaldo, despues de la primeras frases de urbanidad, estuvo muchas horas callado; pero advirtiendo que su silencio cansaba á su compañero, le preguntó si se alegraba de ir á Italia. — Ya sé, respondió el Conde de Erfeuil, la opinion que debo tener de ella, y no espero divertirme mucho. Un amigo mio que ha pasado en Italia seis meses, me ha dicho que en cualquiera provincia de Francia hay mejor trato y mejor coliseo que en Roma; pero sin duda encontraré en esa antigua capital del orbe algunos Franceses con quien hablar, y eso es mi único anhelo. — ¿No habeis tenido alguna vez

enintcion de aprender el italiano? interrumpió Osvaldo. — No, jamas, replicó el Conde, no era parte de mi plan de estudios. — Y mostró al decir esto una seriedad que hubiera podido dar motivo para inferir procedia de una resolucion fundada en graves razones.

— Si quereis que os hable con claridad, continuó el Conde de Erfeuil, no gusto, en cuanto á nacion, mas que de los Ingleses, y de los Franceses; es preciso ser orgullosos como ellos, ó brillantes como nosotros: todo lo demas es imitacion. — Osvaldo calló, y el Conde de Erfeuil, pasados algunos instantes, volvió á la conversacion con reflexiones y agudezas sumamente agradables; jugaba con las voces y con las frases de un modo muy ingenioso; pero no eran materia de sus discursos ni los objetos exteriores ni los sentimientos íntimos; su conversacion, digámoslo así, no procedia ni de afuera ni de adentro; pasaba entre la reflexion y la fantasia, y su único asunto eran las relaciones de la sociedad. Nombraba veinte nombres propios de Francia, ó de Inglaterra, preguntando á lord Nelvil si los conocia, y con aquel motivo contaba anécdotas chistosas con infinita gracia; pero oyéndole, parecia que la única conversacion propia de un hombre de gusto, era, si podemos decirlo así, el chismear de la concurrencias distinguidas.

Lord Nelvil reflexionó algun tiempo sobre el carácter del Conde de Erfeuil; sobre aquella mezcla

singular de valor y de frivolidad; aquel desprecio de la desgracia, tan magnánimo, si hubiese costado mas esfuerzos, tan heroico, si no dimanara del mismo principio que hace incapaz de afectos profundos. — Un Inglés, decia entre sí Osvaldo, estaria sumergido en la mas negra tristeza en iguales circunstancias. ¿De dónde procede el aliento de este Frances? ¿de dónde, al mismo tiempo, su volubilidad? ¿Sabe en efecto el Conde de Erfeuil el arte de vivir? ¿No estoy mas que enfermo, cuando me juzgo superior á él? ¿Su existencia ligera conviene mejor que la mia con la rapidez de la vida? ¿y debemos huir de la reflexion como de un enemigo, en lugar de entregar á ella toda nuestra alma? — En vano hubiera salido Osvaldo de todas estas dudas; nadie puede dejar la region intelectual que se le ha señalado, y las prendas son todavía mas indomables que los defectos.

El Conde de Erfeuil no atendia á Italia, ni permitia apenas que la contemplase lord Nelvil, porque continuamente le distraia de la disposicion que hace admirar un hermoso pais, y sentir su pintoresco encanto. Osvaldo prestaba el oido, en cuanto podia, al sonido del viento, y el murmullo de las olas, porque todas las voces de la naturaleza hacian mas bien á su alma, que las conversaciones de la sociedad á la falda de los Alpes, en medio de las ruinas, y á la orilla del mar.

La misma tristeza que consumia á Osvaldo, hu-

biera sido menor obstáculo al placer que podia disfrutar en Italia, que la alegría del Conde de Erfeuil: las penas de un alma sensible pueden conciliarse con la contemplacion de la naturaleza y el goce de la bellas artes; pero la frivolidad, con cualquiera forma que se presente, priva de su fuerza á la atencion, al pensamiento de su originalidad, y de su profundidad al sentimiento. Uno de los efectos raros de aquella frivolidad era inspirar suma timidez á lord Nelvil en su trato con el Conde de Erfeuil: casi siempre se ve turbado el que tiene carácter mas grave; la superficialidad ingeniosa domina y engaña al entendimiento reflexivo, y el que se llama dichoso pasa por mas cuerdo que el que padece.

Et Conde de Erfeuil era afable, obsequioso, fácil en todo, únicamente serio en el amor propio, y digno de ser amado como amaba, esto es, como un buen compañero de placeres y de peligros; pero nada inteligente en tomar parte en las penas. Cansábase la melancolía de Osvaldo, y tanto por buen corazon como por gusto, hubiera deseado desvanecerla. — ¿Qué os falta? le decia muchas veces. ¿No sois jóven, rico, y si quereis teneis buena salud? Porque vos no estais enfermo, sino porque estais triste. Yo he perdido mis riquezas, mi fortuna, no sé qué será de mí, y no obstante gozo de la vida como si poseyera todas las prosperidades de la tierra. — Vos teneis un valor tan raro como digno de respeto, respondió lord Nelvil; pero los infortu-

nios, que habeis experimentado, duelen ménos que las penas del corazon. — ¡ Las penas del corazon! exclamó el Conde de Erfeuil; ; oh! sí por cierto, son las mas crueles... Pero... pero al cabo tambien es preciso consolarse de ellas; porque un hombre juicioso debe arrojar de su alma todo aquello que no es útil ni para él ni para los demas. ¿ No estamos en este mundo para ser primero útiles y luego dichosos? Atengámonos á esto, amado Nelvil.

Lo que decia el Conde de Erfeuil era fundado, segun el sentido comun de esta voz, porque tenia, bajo muchos respectos, lo que se llama un buen entendimiento: los caractéres apasionados harto mas que los ligeros, son capaces de locura; pero léjos de que su modo de sentir excitase la confianza de lord Nelvil, hubiera deseado poder afirmar al Conde de Erfeuil que era el hombre mas feliz, por evitar el disgusto que le causaban sus consuelos.

Sin embargo el Conde de Erfeuil se aficionaba mucho á lord Nelvil; su resignacion, su sencillez, su modestia y su orgullo, le inspiraban una consideracion de que no podia prescindir: agitábase en torno de la exterior tranquilidad de Osvaldo; procuraba acordarse de todas las cosas mas graves que habia oido en su infancia á sus padres ancianos, á fin de probarlas con lord Nelvil; y admirado en extremo de su aparente frialdad, que jamas lograba vencer, decia para sí: — ¿ Por ventura no tengo yo bondad, franqueza, valor? ¿ no soy amable en la

sociedad? ¿ qué es pues lo que me falta para hacer efecto en este hombre? ¿ ó no hay entre nosotros alguna falta de inteligencia, quizá nacida de que no sabe bastante bien el frances?

CAPITULO IV

Un acontecimiento imprevisto aumentó mucho el sentimiento de respeto que ya experimentaba el Conde de Erfeuil, sin saberlo, hácia su compañero de viaje. La salud de lord Nelvil le habia precisado á detenerse algunos dias en Ancona: los montes y el mar hacen hermosísima la situacion de aquella ciudad, y la multitud de Griegos que trabajan delante de sus tiendas, sentados al estilo oriental, y la diversidad de los trajes de los habitantes de Levante que se encuentran por las calles, le dan un aspecto interesante y original. El arte de la civilizacion propende siempre á hacer semejantes á los hombres en la apariencia, y aun en la realidad; pero el ánimo y la fantasía se complacen en las diferencias que caracterizan á las naciones: los hombres solo se parecen por afectacion ó por cálculo; mas todo lo natural es variado: por esto es un pla-

nios, que habeis experimentado, duelen ménos que las penas del corazon. — ¡ Las penas del corazon! exclamó el Conde de Erfeuil; ; oh! sí por cierto, son las mas crueles... Pero... pero al cabo tambien es preciso consolarse de ellas; porque un hombre juicioso debe arrojar de su alma todo aquello que no es útil ni para él ni para los demas. ¿ No estamos en este mundo para ser primero útiles y luego dichosos? Atengámonos á esto, amado Nelvil.

Lo que decia el Conde de Erfeuil era fundado, segun el sentido comun de esta voz, porque tenia, bajo muchos respectos, lo que se llama un buen entendimiento: los caractéres apasionados harto mas que los ligeros, son capaces de locura; pero léjos de que su modo de sentir excitase la confianza de lord Nelvil, hubiera deseado poder afirmar al Conde de Erfeuil que era el hombre mas feliz, por evitar el disgusto que le causaban sus consuelos.

Sin embargo el Conde de Erfeuil se aficionaba mucho á lord Nelvil; su resignacion, su sencillez, su modestia y su orgullo, le inspiraban una consideracion de que no podia prescindir: agitábase en torno de la exterior tranquilidad de Osvaldo; procuraba acordarse de todas las cosas mas graves que habia oido en su infancia á sus padres ancianos, á fin de probarlas con lord Nelvil; y admirado en extremo de su aparente frialdad, que jamas lograba vencer, decia para sí: — ¿ Por ventura no tengo yo bondad, franqueza, valor? ¿ no soy amable en la

sociedad? ¿ qué es pues lo que me falta para hacer efecto en este hombre? ¿ ó no hay entre nosotros alguna falta de inteligencia, quizá nacida de que no sabe bastante bien el frances?

CAPITULO IV

Un acontecimiento imprevisto aumentó mucho el sentimiento de respeto que ya experimentaba el Conde de Erfeuil, sin saberlo, hácia su compañero de viaje. La salud de lord Nelvil le habia precisado á detenerse algunos dias en Ancona: los montes y el mar hacen hermosísima la situacion de aquella ciudad, y la multitud de Griegos que trabajan delante de sus tiendas, sentados al estilo oriental, y la diversidad de los trajes de los habitantes de Levante que se encuentran por las calles, le dan un aspecto interesante y original. El arte de la civilizacion propende siempre á hacer semejantes á los hombres en la apariencia, y aun en la realidad; pero el ánimo y la fantasía se complacen en las diferencias que caracterizan á las naciones: los hombres solo se parecen por afectacion ó por cálculo; mas todo lo natural es variado: por esto es un pla-

cer, á lo ménos para la vista, la diversidad de traje, que promete al parecer nuevo modo de sentir y de juzgar.

El culto católico, el griego y el hebreo existen simultánea y pacíficamente en la ciudad de Ancona: sus ceremonias difieren en extremo; pero en todos estos ritos diversos sube hácia el cielo un mismo sentimiento, un clamor mismo de dolor, y una misma necesidad de amparo.

La iglesia católica está en la cima del monte, y domina á pico sobre el mar; el estruendo de las olas se confunde á veces con el canto de los sacerdotes; la iglesia en lo interior está recargada de un sinnúmero de adornos de bastante mal gusto; pero al llegar al pórtico del templo, parándose debajo de él, causa placer comparar el mas puro sentimiento del alma, la religion, con el espectáculo de aquel mar soberbio, donde jamas puede el hombre imprimir su huella: trabaja la tierra, sus caminos cortan los montes, los rios se recogen en canales para llevar sus mercaderías; pero si la nave surca las ondas un momento, al punto viene la ola á borrar aquella leve señal de servidumbre, y torna á parecer el mar como en el dia primero de la creacion.

Lord Nelvil habia señalado para el otro dia su partida á Roma, cuando oyó entre la quietud de la noche horribles gritos: salió apresurado de su posada para saber la causa, y vió un incendio que venia del puerto, y subia de casa en casa hasta lo mas

alto de la ciudad: las llamas se reflejaban á lo léjos en el mar; el viento que aumentaba su violencia, agitaba tambien su imágen en las ondas, y las olas levantadas tornaban de mil maneras los rayos sangrientos de un opaco fuego.

Los habitantes de Ancona, faltos de bombas, se apresuraban á llevar con sus brazos algunos auxilios: oíase entre los gritos el ruido de las cadenas de los galeotes, ocupados en salvar la ciudad que les servia de prision: las varias naciones de Levante, que reúne el comercio en Ancona, expresaban su espanto con el asombro de sus miradas: los mercaderes, á la vista de sus almacenes entregados á las llamas, perdian enteramente su serenidad; porque los temores que causa el riesgo de las riquezas, turban á la mayor parte de los hombres tanto como el terror de la muerte, y no inspiran aquel movimiento del alma, aquel entusiasmo que hace encontrar recursos.

Los gritos de los marineros tienen siempre cierto acento lúgubre y prolongado, que el pavor hacia aun mas temeroso: en las orillas del Adriático van vestidos de una especie de capucha encarnada y parda muy extraña, y de en medio de aquel vestido salia el rostro vivo de los Italianos, que pintaba el temor con mil formas diferentes: los habitantes tendidos en las calles, se cubrian la cabeza con sus capas, como si ya nada tuviesen que hacer mas que no ver su desgracia; otros se arrojaban á las llamas

sin esperanza alguna de salud; veíanse sucesivamente un furor ciego, y una ciega resignacion; pero en parte alguna la serenidad que duplica los medios y las fuerzas.

Acordóse Osvaldo que habia en el puerto dos buques ingleses, y estos llevan á bordo bombas perfectamente construidas; corrió en busca del capitán, y partió con él en un bote para traer las bombas: los habitantes, al verle entrar en la lancha, le gritaban: ; *Haceis bien, extranjeros, de abandonar nuestra ciudad desventurada!* — Volvemos, dijo Osvaldo, mas no le creyeron; y no obstante, volvió, estableció una de sus bombas enfrente de la primera casa que estaba ardiendo en el puerto, y la otra delante de la que ardia en el medio de la calle. El Conde de Erfeuil exponia su vida sin cuidado alguno, con valor y alegría; y los marineros ingleses y los criados de lord Nelvil acudieron todos á ayudarle; porque los habitantes de Ancona permanecian inmóviles, entendiendo apénas lo que querian hacer aquellos extranjeros, y no creyendo de ningun modo en el éxito feliz de sus esfuerzos.

Tocaban las campanas por todas partes; salian en procesiones los sacerdotes, y los mujeres lloraban postrándose delante de algunas imágenes de santos colocadas en las calles; pero nadie pensaba en los auxilios naturales que Dios ha dado al hombre para defenderse. No obstante, cuando vieron que se apagaban las llamas, por dichoso efecto de

la actividad de Osvaldo; y que sus casas quedarían ilesas, pasaron del asombro al entusiasmo; rodeaban á lord Nelvil, y le besaban las manos con tanta ansia, que se veía precisado á mostrar enojo para que se apartasen, y no dilatasen la sucesion rápida de las órdenes y de los movimientos necesarios para salvar la ciudad. Todos se habian sometido á su mando, porque en los peligros, así en las menores como en las mayores circunstancias, ocupa el valor su lugar; y en temiendo, los hombres ya no son envidiosos.

Unicamente quedaba rodeada de llamas una casa en lo alto de la ciudad; pero de tal manera que era imposible apagarlas, y aun mas imposible entrar en ella. Habian manifestado los habitantes de Ancona tan poco interes por aquella casa, que los marineros ingleses, no creyéndola habitada, volvieron las bombas hácia el puerto; y el mismo Osvaldo, atolondrado con las voces de los que estaban á su derredor, y le pedian socorro, no lo advirtió. El incendio habia tardado mas en llegar á aquella parte; pero habia hecho en ella tremendos progresos: y fué tanto el empeño de lord Nelvil en preguntar qué casa era aquella, que al fin un hombre le respondió: el hospital de los locos. Al oír esto, toda su alma se trastornó; volviése, y ya no vió á ninguno de los marineros; tampoco se hallaba allí el Conde de Erfeuil, y en vano se hubiera dirigido á los habitantes de Ancona; casi todos estaban ocu-

pados en salvar ó hacer salvar sus efectos, y creían necesidad exponerse por aquellos hombres, entre quienes no habia siquiera uno que no fuese loco incurable: *Es un favor del cielo, decian, para ellos y para sus parientes, si mueren así, sin culpa de nadie.*

En tanto que hablaban de esta manera en torno de Osvaldo, él caminaba apresuradamente hácia el hospital, y el tropel que le motejaba, iba en pos con un sentimiento de entusiasmo confuso é involuntario. Al llegar Osvaldo cerca de la casa, vió á la única ventana, que no rodeaban las llamas, á aquellos insensatos mirando los progresos del incendio, y sonriéndose con aquella espantosa risa que supone ignorancia de todos los males de la vida, ó tanto dolor en lo hondo del alma, que ya no puede estremer ninguna forma de la muerte. Un temblor inexplicable sobrecogió á Osvaldo al ver semejante espectáculo; habia sentido en el momento mas horroroso de su despecho turbarse su razon próxima á perderse; y desde aquel instante siempre le inspiraba la locura la mas dolorosa piedad. Asió una escalera que estaba allí inmediata, apóyala contra la pared, sube entre las llamas, y entra por la ventana en un aposento donde se hallaban reunidos los desdichados que quedaban en el hospital.

Su locura era bastante quieta para que todos estuviesen libres en lo interior de la casa, excepto uno solo que se hallaba encadenado en aquel mismo

aposento, por entre cuya puerta se abrían paso las llamas, sin haber todavía consumido el techo ni el suelo. Osvaldo, apareciendo en medio de aquellas miserables criaturas, todas quebrantadas de las enfermedades y de los dolores, produjo en ellas tan grande efecto de sorpresa y de encanto, que desde luego le obedecieron sin resistencia: mandóles bajar delante de él, uno en pos de otro, por la escalera que las llamas podían devorar en un momento: el primero de aquellos desdichados obedeció sin proferir una palabra; habíale subyugado enteramente el acento y la fisonomia de lord Nelvil; pero el tercero quiso resistirse, sin recelar el riesgo á que le exponía cada instante de dilacion, ni pensar en el peligro á que entregaba á Osvaldo, deteniéndole mas tiempo. El pueblo conociendo el horror de su situacion, clamaba á lord Nelvil que volviese, y dejase á aquellos insensatos salvarse como pudiesen; mas el libertador cerraba el oido á todo hasta haber dado fin á su generoso intento.

De los seis desdichados que estaban en el hospital, cinco ya se habian salvado del incendio, y solo quedaba el sexto encadenado. Suelta Osvaldo las prisiones que le detienen; intenta hacerle usar de los mismos medios que á sus compañeros; mas era un pobre jóven enteramente privado de la razon; y viéndose en libertad despues de dos años de cadena, saltaba por el aposento con desordenada alegría. Observando entónces lord Nelvil que el fuego

iba apoderándose mas y mas de la casa, y era imposible decidir á aquel insensato á salvarse, le toma en sus brazos, á pesar de los esfuerzos del desventurado que luchaba con su bienhechor; arrebátale sin saber donde pone los piés, tanto le ofusca la vista el humo; salta, á la ventura, los últimos escalones, y entrega al infeliz, que todavía le denostaba, á algunas personas que encuentra al paso, y á quienes exige promesa de cuidar de él.

Oswaldo, exaltado con el peligro, suelto el caballo, y mirando con afabilidad y altivez, llenó de admiracion y casi de fanatismo al gentio inmenso que le observaba: las mujeres, en especial, se explicaban con aquella imaginacion que es un don casi universal en Italia, y da muchas veces nobleza al habla de la gente mas humilde. Ponianse de rodillas delante de él, exclamando: *Sin duda sois el ángel protector de nuestra ciudad; desplegad las alas, pero nos os ausenteis: colocaos allí arriba encima del campanario de la catedral para que todos os vean y os den gracias. — Mi hijo está enfermo, decia una, curadle. — Decidme, interrumpia otra, ¿dónde está mi marido que falta tanto tiempo hace de casa?* Oswaldo buscaba un modo para escaparse, cuando llegó el Conde de Erfeuil, y le dijo, apretándole la mano: Querido Nelvil, bueno será que deis alguna parte á vuestros amigos; y es mal hecho tomar por sí solo todos los peligros, como vos lo estais haciendo. — Sacadme de aquí,

le dijo Oswaldo en voz baja. — Un momento de oscuridad favoreció la huida, ambos fueron apresuradamente á buscar caballos de posta.

Lord Nelvil sintió al pronto alguna complacencia con el sentimiento de la buena accion que acababa de ejecutar; pero ¿con quién podia disfrutar de ella, ahora que ya no existia su mejor amigo? ¡Ay de los huérfanos! los sucesos felices, igualmente que las penas, les hacen sentir la soledad de su corazon: y en efecto ¿cómo ha de reemplazarse jamas aquel cariño nacido con nosotros, aquella inteligencia, aquella simpatía de la sangre, quella amistad preparada por el cielo entre un hijo y su padre? Aun podemos amar; empero confiar toda el alma es una ventura que no volveremos á encontrar mas.

CAPITULO V

Recorrió Lord Nelvil la Marca de Ancona, y el Estado eclesiástico hasta Roma, sin ver nada, sin interesarse en cosa alguna: procedia esto de la disposicion melancólica de su alma, ademas de cierta natural indolencia de que solo le sacaban las pa-

siones fuertes : todavía no se habia desenvuelto su afición á las artes, porque solamente habia vivido en Francia, donde la sociedad es todo, y en Lón-dres, donde los intereses políticos hacen olvidar casi todos los demas; así su imaginacion, concentrada en sus penas, aun no se complacia en las maravillas de la naturaleza, ni en las obras maestras de las artes.

El Conde de Erfeuil, con la guía de caminantes en la mano, recorría todos los pueblos, disfrutando del noble placer de perder el tiempo en verlo todo, y de asegurar que nada habia visto digno de admiracion, para quien conocia á Francia. El tedio del Conde de Erfeuil desanimaba á Osvaldo; tenia por otra parte preocupaciones contra los Italianos, y contra Italia; y no penetraba todavía el misterio de aquella nacion, ni de aquel pais, misterio que es indispensable comprender por medio de la imaginacion, mas que por el espíritu de discernimiento que se desarrolla particularmente en la educacion inglesa.

Los Italianos son mucho mas notables por lo que han sido, y por lo que podrian ser, que por lo que son en la actualidad. En los desiertos que rodean la ciudad de Roma, aquella tierra cansada de gloria, que al parecer se desdeña de producir, es una region inculta y abandonada para quien únicamente la considera bajo el respecto de la utilidad; y Osvaldo, acostumbrado desde su infancia al amor del orden

y de la prosperidad pública, recibió al pronto impresiones desagradables, atravesando las llanuras descuidadas que anuncian la inmediacion de la ciudad, en otro tiempo reina del orbe; al paso que reprehendia la indolencia de los habitantes, y del gobierno. Lord Nelvil juzgaba de Italia como administrador ilustrado, y el Conde de Erfeuil como hombre de mundo; de suerte que el uno por reflexion, y el otro por ligereza, no sentian el efecto que el campo de Roma produce en la imaginacion, cuando quien le ve se ha penetrado de los recuerdos y de los sentimientos, de las bellezas naturales y de las ilustres desgracias qua derraman en aquel pais un encanto imposible de explicar.

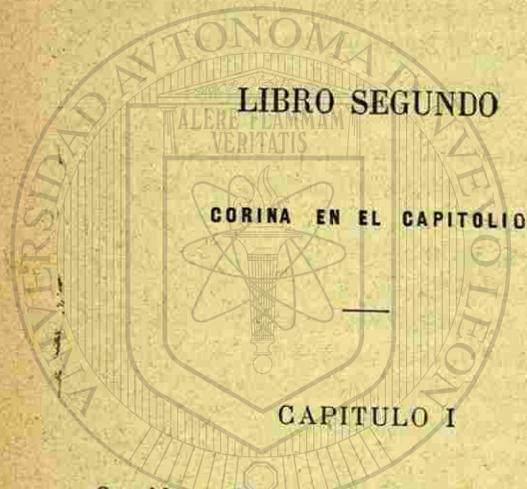
El Conde de Erfeuil hacia lamentaciones cómicas sobre las cercanías de Roma. — ¡Cómo, decia, ni una casa de campo, ni un carruaje, nada que indique la proximidad de una ciudad populosa! ¡Qué tristeza, Dios mio! Ya mas cerca de Roma, gritaron los postillones con ansia : ¡Mirad, mirad, la cúpula de San Pedro! Así los Napolitanos muestran el Vesubio; y el mar hace soberbios á los habitantes de las costas. — Parece la media naranja de los Inválidos, exclamó el Conde de Erfeuil; y esta comparacion mas patriótica que exacta, destruyó el efecto que Osvaldo hubiera podido sentir al aspecto de aquella maravilla de la creacion humana. Entraron en Roma, no con un hermoso dia, no con una hermosa noche, sino con una tarde oscura, con un

tiempo pardo, que mancha y confunde todos los objetos : atravesaron el Tiber, sin advertirlo, y llegaron á Roma por la puerta del Pópulo, que conduce desde luego al Corso, á la calle mayor de la ciudad moderna ; pero á la parte que presenta menos originalidad, por ser mas parecida á las demas ciudades de Europa.

Paseábase por las calles un gentío inmenso, y los titiriteros y los charlatanes formaban grupos en el sitio donde se eleva la columna Antonina. Toda la atencion de Osvaldo se dirigió á los objetos exteriores inmediatos á él : el nombre de Roma no resonaba todavía en su alma ; solo sentia aquella soledad profunda que oprime el corazon al entrar en una ciudad extraña, cuando vemos aquella muchedumbre de personas para quienes es desconocida nuestra existencia, y que no tienen con nosotros ningun interes comun. Estas reflexiones tan tristes para todos los hombres, lo son mas para los Ingleses, acostumbrados á vivir entre sí, y á mezclarse con dificultad en las costumbres de los demas pueblos. En la vasta hospedería de Roma todo es extranjero, hasta los Romanos, que al parecer la habitan, no como poseedores, *sino como peregrinos que descansan junto á las ruinas* (1). Osvaldo, oprimido de penosos sentimientos, se encerró en su habitacion,

(1) Esta reflexion es tomada de una epístola sobre Roma, de M. de Humboldt, hermano del célebre viajero, y ministro de Prusia en Roma.

y no salió á ver la ciudad : estaba harto ajeno de pensar que aquel país, donde entraba con tal abatimiento y tristeza, seria para él muy presto origen de tantas ideas, y de tantas nuevas delicias.



LIBRO SEGUNDO

CORINA EN EL CAPITOLIO

CAPITULO I

Osvaldo se despertó en Roma. Un sol brillante, un sol de Italia, hirió sus primeras miradas, y su alma se llenó de un sentimiento de amor y de gratitud al cielo, que parecía se manifestaba con aquellos hermosos rayos. Oyó resonar las campanas de las numerosas iglesias de la ciudad, y anunciaron de tiempo en tiempo los cañonazos una gran solemnidad : preguntó la causa, y le contestaron que aquella misma mañana debían coronar en el Capitolio á la mujer mas famosa de Italia, á Corina, poetisa, escritora, improvisadora, y una de las mas hermosas criaturas de Roma : hizo algunas pregun-

tas sobre aquella ceremonia consagrada por los nombres de Petrarca y del Taso, y todas las contestaciones movieron violentamente su curiosidad.

No habia por cierto cosa alguna mas opuesta á los hábitos y á las opiniones de un Inglés que tan grande publicidad del destino de una mujer; pero el entusiasmo que inspiran á los Italianos todos los talentos de la imaginacion, se comunica, á lo ménos momentáneamente, á los extranjeros; y cada uno olvida hasta las preocupaciones de su pais, en el seno de una nacion tan viva en la expresion de los sentimientos que la agitan. La gente vulgar conoce en Roma las artes, raciocina con gusto acerca de las estatuas; las pinturas, los monumentos, las antigüedades, y el mérito literario en cierto grado, son para ella un interes nacional.

Salió Osvaldo hácia la plaza pública, donde oyó hablar de Corina, de su habilidad, y de su genio. Habian adornado las calles por donde debia pasar; y el pueblo que por lo regular no se junta sino en pos de las riquezas ó del poder, murmuraba allí agitándose por ver una persona distinguida únicamente por su entendimiento. En el estado actual de los Italianos, la gloria de las bellas artes es la única á que se les permite aspirar; y conocen el genio en esta materia con un sentimiento tan vivo, que debiera hacer nacer muchos grandes hombres, si bastase el aplauso para producirlos, ó si para mantener al pensamiento, solo se necesitase de una vida

vigorosa, grandes intereses, y una existencia independiente de todos.

Paseábase Osvaldo por las calles de Roma, esperando la llegada de Corina : á cada instante pronunciaban su nombre, y contaban algun rasgo suyo que indicaba la reunion de todas las gracias que cautivan la imaginacion : uno decia que su voz era la mas suave de Italia, otro que nadie representaba como ella la tragedia, otro que danzaba como una ninfa, y dibujada con tanta gracia como invencion; todos decian que jamas se habian escrito ni improvisado tan hermosos versos, y que en la conversacion habitual tenia, ora una gracia, ora una elocuencia que encantaba todos los ánimos. Disputaban cuál ciudad de Italia le habia dado nacimiento; pero los Romanos defendian con empeño que solo siendo de Roma podia hablar el italiano con tanta pureza. Ignorábase el nombre de su familia : su primera obra se habia publicado hacia cinco años, sin mas nombre que Corina : nadie sabia dónde habia vivido, ni qué habia sido ántes; ahora tenia, poco mas ó ménos, veinte y seis años. Aquel misterio, y aquella publicidad juntamente, aquella mujer de quien todos hablaban, y cuyo nombre verdadero nadie sabia, parecieron á lord Nelvil una de las maravillas del país singular que venia á ver. Hubiera juzgado muy severamente á tal mujer, si la hubiese visto en Inglaterra; pero no aplicaba á Italia ninguno de los respetos sociales; y la corona-

cion de Corina le inspiraba anticipadamente el interes que causaria una aventura del Ariosto.

Una música hermosísima y brillante precedió á la llegada de la marcha triunfal; y cualquier suceso anunciado por la música causa siempre cierta conmocion : el carro donde iba Corina llevaba delante muchos señores romanos, y algunos extranjeros. — *Esa es la comitiva de sus admiradores*, dijo un Romano. *Sí*, respondió el otro, *admite el incienso de todos; pero á nadie concede una preferencia decidida; es rica, independiente; y aun se cree, y en verdad tiene presencia de ello, que es una mujer de ilustre nacimiento, que no quiere ser conocida*, — *De todas maneras*, repuso otro tercero, *es una deidad rodeada de nubes*. Miró Osvaldo al hombre que hablaba así, y todo manifestaba en él la clase mas oscura de la sociedad; pero en el mediodia se usan tan naturalmente las expresiones mas poéticas que parece se respiran en el aire, ó las inspira el sol con sus rayos.

Abriéronse al fin camino por entre el tumulto los cuatro caballos blancos que tiraban del carro de Corina : ella iba sentada en aquel carro construido á la antigua, y á su lado caminaban jóvenes vestidas de blanco. Por donde quiera que pasaba, le arrojaban en gran copia esencias por el aire; todos se asomaban á las ventanas por verla pasar, adornándolas por de fuera con vasos de flores, y tapices de grana; todos gritaban : *¡ viva Corina! ¡ viva el ge-*

nio! ; viva la beldad! La conmocion era general; pero lord Nelvil no participaba de ella todavia; y aunque habia pensado que era forzoso, para juzgar de cuanto veia, dejar la reserva de Inglaterra, y las burlas francesas, no se entregaba á aquella fiesta, cuando por fin se mostró Corina.

Estaba vestida como la Sibila del Dominiquino, con un shal de Indias revuelto en torno de la cabeza, y mezclados con él sus cabellos negros como el azabache: su ropaje era blanco, una vestidura azul rodeaba su seno, uniéndose mas abajo de él; y todo su traje era pintoresco, sin separarse tanto del uso, que pudiese notarse de afectacion. Su ademan sobre el carro era noble y modesto; bien se advertia que le agradaba ser admirada; pero confundíase con su alegría un sentimiento de timidez que pedia, al parecer, perdon de un triunfo; la expresion de su semblante, de sus ojos, de su sonrisa, interesaba en su favor, y su primera mirada hizo á lord Nelvil su amigo, aun ántes que le subyugase una impresion mas viva. Sus brazos eran hermosos en extremo; su estatura alta, mas algo viril, al modo de las estatuas griegas, caracterizaba enérgicamente la juventud y la felicidad; sumirar tenia cierto aire de inspirado. Veíase, en su manera de saludar y de dar gracias por los aplausos que recibia, una especie de naturalidad que realizaba el esplendor de la situacion extraordinaria en que se hallaba, y daba al propio tiempo la idea de una sacerdotisa de Apolo, ade-

lantándose hácia el templo del Sol, y la de una mujer sencillísima en las relaciones habituales de la vida; en fin, todos sus movimientos tenian un atractivo que excitaba interes y curiosidad, afecto y admiracion.

Iba creciendo la del pueblo continuamente, á proporcion que ella se acercaba al Capitolio, á aquel sitio tan fecundo en recuerdos; y aquel hermoso cielo, aquellos Romanos tan entusiastas, y especialmente Corina, electrizaban la imaginacion de Osvaldo. Habia visto en su patria á los hombres grandes del Estado llevados por el pueblo en triunfo; pero esta era la primera vez que presenciaba los honores de una mujer solamente famosa por los dones del ingenio: su carro de victoria á nadie costaba lágrimas, y ningun sentimiento, ningun temor impedian admirar los presentes mas bellos de la naturaleza, la fantasía, el sentir, y el pensar.

Estaba Osvaldo tan absorto en sus reflexiones, y le ocupaban tan nuevas ideas, que no observó los lugares antiguos y célebres que atravesaba con su carro Corina: paró al pié de la escalera que va al Capitolio, y en aquel punto se precipitaron todos los amigos de Corina para ofrecerle la mano. Escogió la del príncipe de Castel-Forte, gran señor de Roma, el mas apreciado por su talento y por su carácter; todos aprobaron la eleccion de Corina; y ella subió aquella escalera del Capitolio, cuya majestad augusta recibia al parecer con agrado la

planta ligera de una mujer. Rompió en nuevo estruendo la música al llegar Corina, resonó el cañon y la Sibila triunfante entró en el alcázar preparado para recibirla.

En el extremo de la sala, donde fué admitida, se hallaban colocados el senador que debía coronarla, y los conservadores del senado; á una parte todos los cardenales, y las señoras mas distinguidas; al lado opuesto los literatos de la academia de Roma; y en el otro extremo, ocupaba la sala el inmenso tropel que venia en pos de Corina. La silla señalada para ella estaba encima de una grada inferior á la del senador; y Corina debía, segun la costumbre, ántes de sentarse en presencia de tan augusto congreso, doblar una rodilla en el primer escalon. Hizolo con tanta nobleza y recato, con tanta dulzura y dignidad, que lord Nelvil sintió en aquel instante bañados de lágrimas sus ojos, y se admiró en sí mismo de tanto enternecimiento; pero en medio de todo aquel esplendor, de todas aquellas glorias, le parecia que Corina habia implorado, con sus miradas, la proteccion de un amigo; proteccion siempre precisa para una mujer por elevada que sea; y pensaba entre sí cuán agradable seria servir de apoyo á aquella que solo necesitaba de él por su sensibilidad.

Luego que se sentó Corina, empezaron á leer sus sonetos los poetas romanos, y despues las odas que habian compuesto para ella: todos la exaltaban

hasta los cielos; mas dábanle loores que no la caracterizaban mas que á otra mujer de un genio superior; eran un conjunto agradable de imágenes y de alusiones á la mitología, que desde Safo hasta nuestros dias hubiera podido dirigirse de siglo en siglo á todas las mujeres ilustres por sus talentos literarios.

Ya mortificaba á lord Nelvil aquel modo de alabar á Corina; ya le parecia que solo mirándola hubiera hecho al instante un retrato de ella mas parecido, mas justo, mas circunstanciado; por fin, un retrato que no pudiese ser de nadie mas que de Corina.

CAPITULO II

El príncipe de Castel-Forte tomó la palabra, y lo que dijo de Corina llamó la atencion de todos los presentes. Era un hombre de cincuenta años que tenia en su hablar y en su semblante gran pausa y nobleza: su edad y la certidumbre que habian dado á lord Nelvil de que únicamente era amigo de Corina, le inspiraron un interes sin mezcla en favor del retrato que hizo de ella: á no tener tales fundamentos para estar seguro, hubiera sentido Osvaldo un movimiento confuso de celos.

El príncipe de Castel-Forte leyó algunas páginas

en prosa, sin presuncion; pero singularmente oportunas para hacer conocer á Corina: indicó primero el mérito particular de sus obras; dijo que su mérito consistia en parte en el estudio profundo que habia hecho de las literaturas extranjeras: sabia unir en el grado mas alto la imaginacion, las pinturas, la vida brillante del mediodía, y aquel conocimiento, aquella observacion del corazon humano que parece patrimonio de los países donde excitan ménos el interes los objetos exteriores.

Ponderó la gracia y la alegría de Corina, aquella alegría nada parecida á la irrision, y solo dependiente del talento y de la frescura de la fantasia; probó á alabar su sensibilidad; pero fácilmente podia adivinarse que se mezclaba con lo que decia un sentimiento personal. Quejóse de la dificultad que encontraba una mujer superior en hallar el objeto, cuya imágen ideal tenia en su mente, revestida de todos los dones que pueden desear el genio y el corazon: luego pintó con embeleso la sensibilidad apasionada que inspiraba la poesia de Corina, y el arte con que descubria tiernas semejanzas entre las bellezas de la naturaleza, y las impresiones mas intimas del alma: observó la originalidad de las expresiones de Corina, de aquellas expresiones nacidas todas de su carácter, y de su modo de sentir, sin que jamas la señal mas leve de afectacion pudiese alterar una especie de encanto, no solo natural, sino involuntario.

Habló de su elocuencia como de una fuerza omnipotente que debia arrebatarse mas á los que la escuchaban, cuanto ellos mismos tuviesen mas talento verdadero, y mas verdadera sensibilidad. « Corina, dijo, es sin duda la mujer mas célebre de nuestra patria, y no obstante, solo sus amigos pueden pintarla; porque las prendas del alma, cuando son sinceras necesitan siempre adivinarse: el esplendor como la oscuridad puede estorbar para conocerlas, si no ayuda á descubrirlas alguna simpatía. » Se extendió sobre su habilidad de improvisar, diferente de todo cuanto hasta entónces se habia llamado así en Italia. « No debe atribuirse, dijo, solamente á la fecundidad de su ingenio, sino á la conmocion profunda que excitan en ella todos los pensamientos generosos: no puede pronunciar una palabra que los recuerde, sin que la anime y la inspire el manantial inagotable de los sentimientos y de las ideas, el entusiasmo. » El príncipe de Castel-Forte hizo tambien advertir el poder de un estilo siempre puro, y siempre armonioso. « La poesia de Corina, añadió, es una melodía intelectual, capaz sola de expresar el hechizo de las impresiones mas fugaces y mas delicadas. »

Elogió la conversacion de Corina, y conociase que habia disfrutado de sus delicias. « La imaginacion y la sencillez, la exactitud y la exaltacion, la fuerza y la dulzura se reunen, decia, en una misma persona, para variar á cada instante todos los pla-

ceres del ánimo : puede aplicársele aquel hermoso verso de Petrarca :

Il parlar che nell' anima si sente (1).

y presumo que posee alguna parte de la gracia tan celebrada, del encanto oriental que los antiguos atribuian á Cleopatra. »

« Los sitios que he recorrido con ella, añadió el príncipe de Castel-Forte, la música que oímos juntos, las pinturas que me ha mostrado, los libros que me ha hecho entender, componen el universo de mi fantasía. En todos estos objetos hay una centella de su vida ; y si me viera forzado á existir léjos de ella, quisiera á lo ménos que me rodeasen, seguro de no hallar en ninguna otra parte aquel rastro de fuego, aquel rastro suyo, por fin, que en ellos está impreso. Sí, continuó (y en aquel momento puso por casualidad la vista en Osvaldo), ved á Corina, si podeis pasar con ella vuestra vida, si la doble existencia que os dará puede estar segura para vos por mucho tiempo ; no la veais, empero, si habeis de dejarla forzosamente : buscariais en vano, miéntras viviéseis, esa alma creadora, que participaba de vuestros sentimientos, multiplicándolos á par de vuestras ideas ; jamas lograriais hallarla. »

Osvaldo se inmutó á estas palabras ; fijáronse sus ojos en Corina, que las escuchaba con una inquie-

(1) El hablar que se siente dentro del alma.

tud no nacida del amor propio, sino dimanada de sentimientos mas amables y mas tiernos. El príncipe de Castel-Forte prosiguió su discurso, que le habia hecho interrumpir un instante de enternecimiento ; habló del talento de Corina para la pintura, para la música, para la declamacion, y para la danza ; dijo que en todas estas gracias era siempre Corina, no atendida á tal manera, á tal regla, sino expresando en idiomas variados el mismo poder de fantasia, el mismo encanto de las bellas artes en sus formas diferentes.

» No me lisonjeo, dijo acabando el príncipe de Castel-Forte, de haber podido pintar á una criatura, de quien es imposible tener idea sin haberla oido ; pero su presencia es en Roma como uno de los beneficios de nuestro brillante cielo, de nuestra naturaleza inspirada. Corina es el lazo comun de sus amigos ; el movimiento y el interes de nuestra vida ; contamos con su bondad, nos gloriamos de su genio, decimos á los extranjeros : miradla ; ella es la imagen de nuestra hermosa Italia ; es lo que fuéramos nosotros sin la ignorancia, la envidia, la discordia y la indolencia á que nuestra suerte nos ha condenado ; gozamos en contemplarla, como una produccion admirable de nuestro clima, de nuestras bellas artes, como una profecía de lo venidero ; y cuando los extranjeros insultan á este país de donde salieron las luces que han ilustrado á la Europa ; cuando se muestran impíos con nuestros errores, nacidos de

nuestras desgracias, les decimos: mirad á Corina; si seguiríamos sus huellas, seríamos hombres como ella es mujer, si los hombres pudieran crearse un mundo en su propio corazón, y si nuestro genio, dependiente de las relaciones sociales, de las circunstancias exteriores, pudiese encenderse todo á la antorcha sola de la poesía.»

En el momento que cesó de hablar el príncipe de Castel-Forte, resonaron unánimes aplausos; y aunque el fin de su discurso encerraba una censura indirecta del estado actual de los Italianos, le aprobaron todos los grandes; tan cierto es que en Italia se halla aquella especie de propensión que no conduce á mudar las instituciones, pero hace perdonar, en los talentos superiores, una oposición tranquila á las preocupaciones existentes.

Era grande en Roma la reputación del príncipe de Castel-Forte, hablaba con rara sagacidad, y este era don particular en un país, donde se usa más del ingenio en la conducta que en los discursos. No tenía en los negocios la habilidad que distingue frecuentemente á los Italianos; pero le agradaba pensar, y no temía el trabajo de la meditación: los dichosos habitantes del mediodía suelen negarse á este trabajo, y presumen adivinarlo todo por medio de la imaginación, como su fecunda tierra da frutos sin cultivo, ayudada solamente del favor del cielo.

CAPITULO III

Corina se levantó luego que el príncipe de Castel-Forte cesó de hablar: dióle gracias con una inclinación de cabeza tan noble y tan agraciada, que hacía conocer juntamente la modestia y la complacencia muy natural de haber sido loada según su corazón. Era estilo que el poeta coronado en el Capitolio improvisase, ó recitase una composición en verso, antes de que le pusiesen en la frente los laureles que le destinaban. Corina hizo traer su lira, instrumento de su elección, muy parecido al arpa; pero más antiguo en cuanto á la forma, y más sencillo en sus sonidos: al templarle, la sobrecogió un gran sentimiento de timidez, y preguntó con voz trémula el asunto que le habían señalado. — ¡ *La gloria y la felicidad de Italia!* exclamaron en torno de ella, con voz unánime. — Pues bien, respondió ya fuera de sí, y sostenida por su talento, ¡ *La gloria y la felicidad de Italia!* y sintiéndose animada del amor de su patria, comenzó á hablar en versos llenos de gracia, de que la prosa no puede dar sino imperfecta idea.

CANTO IMPROVISADO DE CORINA

« ¡ Italia, imperio del sol; Italia, señora del

nuestras desgracias, les decimos : mirad á Corina ; si seguiríamos sus huellas, seríamos hombres como ella es mujer, si los hombres pudieran crearse un mundo en su propio corazon, y si nuestro genio, dependiente de las relaciones sociales, de las circunstancias exteriores, pudiese encenderse todo á la antorcha sola de la poesía. »

En el momento que cesó de hablar el príncipe de Castel-Forte, resonaron unánimes aplausos ; y aunque el fin de su discurso encerraba una censura indirecta del estado actual de los Italianos, le aprobaron todos los grandes ; tan cierto es que en Italia se halla aquella especie de propension que no conduce á mudar las instituciones, pero hace perdonar, en los talentos superiores, una oposicion tranquila á las preocupaciones existentes.

Era grande en Roma la reputacion del príncipe de Castel-Forte, hablaba con rara sagacidad, y este era don particular en un país, donde se usa mas del ingenio en la conducta que en los discursos. No tenia en los negocios la habilidad que distingue frecuentemente á los Italianos ; pero le agradaba pensar, y no temia el trabajo de la meditacion : los dichosos habitantes del mediodía suelen negarse á este trabajo, y presumen adivinarlo todo por medio de la imaginacion, como su fecunda tierra da frutos sin cultivo, ayudada solamente del favor del cielo.

CAPITULO III

Corina se levantó luego que el príncipe de Castel-Forte cesó de hablar : dióle gracias con una inclinacion de cabeza tan noble y tan agraciada, que hacia conocer juntamente la modestia y la complacencia muy natural de haber sido loada segun su corazon. Era estilo que el poeta coronado en el Capitolio improvisase, ó recitase una composicion en verso, ántes de que le pusiesen en la frente los laureles que le destinaban. Corina hizo traer su lira, instrumento de su eleccion, muy parecido al arpa ; pero mas antiguo en cuanto á la forma, y mas sencillo en sus sonidos : al templarle, la sobrecogió un gran sentimiento de timidez, y preguntó con voz trémula el asunto que le habian señalado. — ¡ *La gloria y la felicidad de Italia!* exclamaron en torno de ella, con voz unánime. — Pues bien, respondió ya fuera de sí, y sostenida por su talento, ¡ *La gloria y la felicidad de Italia!* y sintiéndose animada del amor de su patria, comenzó á hablar en versos llenos de gracia, de que la prosa no puede dar sino imperfecta idea.

CANTO IMPROVISADO DE CORINA

« ¡ Italia, imperio del sol ; Italia, señora del

mundo ; ; Italia, cuna de las letras, salud ! ; Cuántas veces se rindió á tus leyes el linaje humano, tributario de tus armas, de tus bellas artes, y de tu cielo !

» Un Dios dejó el olimpo por refugiarse en Ausonia: la vista de este suelo hizo soñar las virtudes de la edad dorada, y el hombre pareció en él muy venturoso para presumir que fuese delincuente.

» Roma conquistó el universo con su genio, y fué reina por la libertad. El carácter romano se imprimió en el mundo, y la invasion de los bárbaros, destruyendo á Italia, oscureció al orbe entero.

» Tornó á aparecer Italia con los divinos dones que los Griegos fugitivos trajeron á su seno ; el cielo le reveló sus leyes ; la audacia de sus hijos descubrió un nuevo hemisferio, y volvió á reinar con el cetro del pensamiento, mas este cetro de laureles no hizo mas que ingratos.

» La fantasía le dió otra vez el universo que habia perdido : los pintores y los poetas crearon para ella una tierra, un olimpo, infiernos y eileos ; y el fuego que la anima, mejor guardado por su genio que por el dios de los paganos, no halló en Europa otro Prometeo que le robase.

» ¿ Por qué estoy en el Capitolio ? ¿ por qué va mi humilde frente á ornarse con la corona que llevó Petrarca, y que ahora se ve colgada del ciprés fúnebre del Taso ?.... ¿ por qué ?... ¿ si no amáseis bastante la

g'oria, conciudadanos míos, para recompensar su culto tanto como sus triunfos ?

» Pues bien, si amais esa gloria que escogió tantas veces sus víctimas entre los vencedores que coronó, pensad con orgullo en aquellos siglos que vieron renacer las artes. El Dante, el Homero de los tiempos modernos, poeta sacro de nuestros misterios religiosos, héroe del pensamiento, somorgujó su genio en el lago Estigio para llegar á los infiernos, y su alma fué profunda como los abismos que describió.

» Italia, en los dias de su poder, revivió toda entera en el Dante : animado del espíritu de las repúblicas, guerrero á la par que poeta, sopla en los muertos la llama de las acciones, y sus sombras tienen una vida mas robusta que los vivos de hoy.

» Todavía las persiguen recuerdos terrestres ; sus pasiones sin objeto se encarnizan en su corazón ; y se agitan sobre lo pasado, que les parece todavía ménos irrevocable que su eterno porvenir.

» Parece que el Dante, desterrado de su patria, ha trasladado á las regiones imaginarias las penas que le consumian, sus sombras piden sin cesar nuevas de la existencia, como el mismo poeta se informa de su patria, y el infierno se le presenta con los colores del destierro.

» Todo se viste para sus ojos con el traje de Florencia : los muertos antiguos, evocados por él, parece que renacen tan Toscanos como el mismo Dante ;

no los límites de su mente, mas sí la fuerza de su alma hace entrar al universo en el círculo de su pensamiento.

» Un encadenamiento místico de círculos y de esferas le lleva desde el infierno al purgatorio, y del purgatorio al paraíso; historiador fiel de su vision, inunda de claridad las regiones mas oscuras, y el mundo que ha creado en su triple poema, se ve completo, animado y resplandeciente como un nuevo planeta que se descubre en el firmamento.

» A su voz, todo en la tierra se vuelve poesía; los objetos, las ideas, las leyes, los fenómenos, parecen un nuevo olimpo de nuevas deidades; pero aquella mitología de la imaginacion se anonada como el paganismo al aspecto del paraíso, de aquel océano de luces, centelleante de rayos y de estrellas, de virtudes y de amor.

» Las mágicas palabras de nuestro mas sublime poeta son el prisma del universo; todos sus portentos se reflejan, y dividen, y tornan á juntarse en él; los sonidos imitan á los colores, los colores se deshacen en armonía; la rima, sonora ú opaca, rápida ó prolongada, es inspirada por aquella divinacion poética, belleza suprema del arte, triunfo del genio, que descubre en la naturaleza todos los secretos en relacion con el corazon del hombre.

» El Dante esperaba de su poema el fin de su destierro; contaba con la fama por mediador, pero murió harto presto para recoger las palmas de la

patria. Mil veces la vida pasajera del hombre se gasta en los infortunios; y si la gloria triunfa, si se llega por fin á una playa mas dichosa, detras del puerto se abre el sepulcro, y el destino de mil semblantes anuncia acaso el fin de la vida con la vuelta de la felicidad.

» Así el Taso desventurado, á quien debian, Romanos, consolar vuestros homenajes de tantas injusticias, hermoso, tierno, caballeresco, soñando las proezas, y sintiendo aquel amor que cantaba, se acercó á estos muros, como sus héroes á Jerusalem, con respeto y gratitud. Pero la víspera del dia escogido para coronarle, le reclamó la muerte para su terrible fiesta; el cielo envidia á la tierra, y llama á sus favoritos de las riberas engañosas del tiempo.

» Petrarca, en otro siglo mas activo y mas libre que el del Taso, fué tambien, como el Dante, el poeta valeroso de la independencia italiana: en otras partes, solo se saben sus amores, aquí honran para siempre su nombre recuerdos mas severos, y la patria le inspiró mejor que la misma Laura.

» Reanimó la antigüedad con sus vigiliass, y en vez de que su fantasia causase estorbo á los estudios mas profundos, aquel poder creador, sometiéndole lo venidero, le reveló los secretos de los siglos pasados: conoció que saber sirve mucho para inventar, y su genio fué mas original, porque semejante á las fuerzas eternas supo estar presente á todos los tiempos.

» Nuestro aire sereno, y nuestro risueño clima inspiraron al Ariosto : es el arco iris que se presenta tras de largas guerras ; brillante y variado como aque mensagero de la serenidad, parece que juega familiarmente con la vida, y su alegría ligera y dulce es la sonrisa de la naturaleza, y no la ironía del hombre.

» ¡ Miguel Angel, Rafael, Pergolese, Galileo, y vosotros, viajeros intrépidos, ansiosos de nuevas regiones, si bien la naturaleza no podia mostraros otra mas hermosa que la vuestra, juntad tambien vuestra gloria á la de los poetas ! Artistas, sabios, filósofos, vosotros sois como ellos hijos de este sol que ora desarrolla la imaginacion, ora anima el pensamiento, ora excita el valor, y ora adormece en la felicidad, y parece que todo lo promete, haciéndolo todo olvidar.

» ¿ Habéis visto esta tierra donde florecen los naranjos, y que los rayos del sol fertilizan con amor ? ¿ Habéis oido los sonidos melodiosos que celebran la dulce quietud de las noches ? ¿ Habéis respirado estas esencias, lujo del aire, ya tan suave, y tan puro ? Responded, extranjeros, ¿ es la naturaleza hermosa y benéfica en vuestra patria ?

» En otros climas, cuando afligen á un país las calamidades sociales, deben los pueblos creerse abandonados de la divinidad ; mas aquí siempre sentimos la proteccion del cielo, vemos que se interesa en favor del hombre, y que se ha dignado tratarle como una noble criatura.

» No solo se engalana nuestra naturaleza con pámpanos y con espigas, sino que prodiga bajo la planta del hombre, como en la fiesta de un soberano, una copia de flores y de plantas inútiles, que destinadas á agradar, no se humillan á servir.

» Los placeres delicados ofrecidos por la naturaleza, disfrútalos una nacion digna de sentirlos ; bástanle los mas sencillos manjares ; no se embriaga en las fuentes de vino que le prepara la abundancia ; ama su sol, ama sus bellas artes, sus monumentos, su tierra juntamente antigua y primaveral ; los placeres refinados de una sociedad brillante, los placeres groseros de un pueblo codicioso, no son propios de ella.

» Aquí se confunden las sensaciones con las ideas, la vida toda entera se toma en el mismo manantial, y el alma como el aire ocupa los confines de la tierra y del cielo : aquí el genio se siente libre, y se complace, porque aquí es dulce la meditacion ; si él agita, ella calma ; si le es dolorosa la pérdida de un objeto, ella le ofrece en don mil quimeras ; si los hombres le oprimen, la naturaleza le abre su seno.

» Así, siempre repara, y su mano oficiosa sana todas las heridas, aquí se halla consuelo aun para las penas del corazon, admirando á un Dios de bondad, y penetrando los secretos de su amor ; los reveses pasajeros de nuestra vida efimera se pierden en el seno fecundo y majestuoso del inmortal universo. »

Interrumpieron á Corina algunos momentos los aplausos mas impetuosos : solo Osvaldo no se mezcló en los bulliciosos arrebatos que le rodeaban : habia inclinado la cabeza sobre su mano cuando dijo Corina : *Aquí se halla consuelo aun para las penas del corazon; y desde entónces no habia vuelto á alzarla.* Corina lo advirtió, y en sus facciones, en el color de sus cabellos, en su traje, en su estatura elevada, en todos sus modales, en fin, conoció muy presto que era Inglés. El luto que llevaba, y su fisonomía llena de tristeza, llamaron su atencion : su mirar, fijo entónces en ella, como que le hacia tiernos baldones; ella adivinó los pensamientos que le ocupaban, y se sintió necesitada de satisfacerle hablando de la felicidad con ménos firmeza, y consagrando, en medio de una fiesta, algunos versos á la muerte. Volvió, pues, á tomar su lira con este intento, hizo tornar al silencio á todos con los acentos tiernos y prolongados de su instrumento dulcísimo, y empezó otra vez de este modo :

« Hay penas, no obstante, que no puede desvanecer nuestro cielo consolador; mas ¡en cuál mansion pueden dar los sentimientos al alma una impresion mas dulce, y mas noble que en estos lugares!

» En otras regiones los vivos apénas hallan bastante sitio para su rápidas correrías, y sus ardientes afanes; aquí las ruinas, los desiertos, los alcázares sin moradores, dejan un vasto espacio á las sombras. ¿No es Roma ahora la patria de los sepulcros?

» El coliseo, los obeliscos, todas las maravillas que del centro del Egipto y de Grecia, del extremo de los siglos, desde Rómulo hasta Leon X, se han juntado aquí, como si la grandeza llamase á la grandeza, y un mismo lugar debiese contener cuanto el hombre ha podido libertar del tiempo, todas esas maravillas están consagradas á los monumentos fúnebres. Nuestra indolente vida apénas se advierte, y el silencio de los vivos es un homenaje para los muertos; ellos duran, y nosotros pasamos.

» Ellos solos son honrados, ellos solos son célebres todavía; nuestros destinos oscuros aumentan el esplendor de nuestros mayores; nuestra existencia actual no deja en pié mas que lo pasado; no se hace ruido alguno en torno de los recuerdos. Todas nuestras obras sublimes son obras de los que fueron, y el genio mismo se cuenta en el número de los ilustres muertos.

» Tal vez uno de los secretos encantos de Roma es reconciliar la imaginacion con el largo sueño : resignase uno para sí, y padece ménos por lo que ama. Los pueblos del mediodía se figuran el fin de la vida con colores ménos opacos que los habitantes del norte : el sol, como la gloria, calienta hasta el sepulero.

» El frio, y la soledad de la tumba debajo de este hermoso cielo, al lado de tantas urnas funerales, persiguen ménos á los ánimos espantados : parece que nos espera el tropel de las sombras, y se hace

suave el tránsito de nuestra ciudad solitaria, á la ciudad subterránea.

» Así se embota la puerta del dolor, no porque el corazón se endurezca, no porque el alma se torne árida, sino porque se mezclan con la existencia una armonía mas perfecta, y un ambiente mas oloroso : nos entregamos á la naturaleza con ménos temor, á aquella naturaleza, cuyo Criador ha dicho : Los lirios no trabajan ni hilan, y no obstante ¿qué vestidos de reyes pueden igualar las magníficas galas con que yo adorné á esas flores ? »

Arrebataron de tal suerte á Osvaldo estas últimas estrofas, que mostró su admiración con las expresiones mas vivas ; y esta vez los mismos aplausos de los Italianos no igualaron á los suyos : en efecto, la segunda improvisación de Corina era destinada mas á él que á los habitantes de Roma.

La mayor parte de los Italianos, cuando leen versos, tienen una especie de canto uniforme, llamado *cantinelá*, que destruye toda ilusión (1). En vano son diferentes las voces, la impresión siempre es la misma, pues no muda el acento aun mas íntimo que las palabras. Pero Corina recitaba con una variedad de tonos que no destruía el encanto sostenido de la

(1) Debe exceptuarse de esta censura sobre el modo de declamar de los Italianos el famoso Monti, que recita los versos como los hace. Verdaderamente es uno de los mayores placeres dramáticos oírle recitar el episodio de Ugolino, de Francesca de Rimini, la muerte de Clorinda, etc.

armonía ; parecían cantos diferentes acompañados con un instrumento celestial.

El sonido de voz amable y sensible de Corina, haciendo oír aquella lengua italiana, tan pomposa, tan sonora, produjo en Osvaldo una impresión enteramente nueva. La prosodia inglesa es uniforme y cubierta ; sus bellezas naturales son todas melancólicas ; las nubes formaron sus colores, y el estruendo de las olas su modulación, pero cuando aquellas voces italianas, brillantes como un día de fiesta, y resonantes como los instrumentos de victoria que se han comparado á la escarlata entre los colores ; cuando aquellas voces, aun todas bañadas en los placeres, y en la alegría que un hermoso clima derrama en todos los corazones, se oyen pronunciar con una voz agitaba, su esplendor ménos vivo, y su fuerza concentrada, hacen experimentar un enternecimiento tan hondo como imprevisto. Parece burlada la intención de la naturaleza, inútiles sus beneficios, sus ofertas despreciadas, y la expresión del pesar, en medio de tantos goces, admira y ablanda mas profundamente que el dolor cantado en las lenguas del norte, que parecen inspiradas por él.

CAPITULO IV

Tomó el senador la corona de mirto y de laurel que debia poner en la frente á Corina : soltóse ella el shal que le rodeaba la cabeza, y todos sus cabellos, negros como ébano, cayeron en ondas sobre sus hombros : se adelantó, desnudas las sienes, y con mirar animado por un sentimiento de placer y gratitud que no intentaba disfrazar : dobló otra vez la rodilla para recibir la corona ; pero se mostraba ménos turbada y ménos trémula que la primera ; acababa de hablar, de llenar su alma de los mas nobles pensamientos, y el entusiasmo vencía la timidez : no era ya una mujer pusilánime, sino una sacerdotisa inspirada que se consagraba contenta al culto del genio.

Luego que Corina tuvo la corona en la frente se oyeron todos los instrumentos, haciendo resonar aquellos cantos triunfadores que exaltan el alma de un modo tan poderoso y tan sublime. El estruendo de los timbales y de los clarines conmovió de nuevo á Corina ; llenáronse sus ojos de lágrimas, sentóse un momento, y se cubrió el rostro con un pañuelo. Osvaldo vivamente enternecido, salió del tropel, y dió algunos pasos para hablarle ; pero le detuvo una

turbacion invencible. Mirale Corina algun tiempo, cuidando no obstante de que él lo advirtiese ; mas cuando el príncipe de Castel-Forte llegó á tomarla de la mano para acompañarla del Capitolio á su carro, se dejó llevar con distraccion, y volvió muchas veces la cabeza, con diversos pretextos, para ver todavía á Osvaldo.

Siguióla ; y en el momento que ella bajaba la escalera, acompañada de su comitiva, hizo un movimiento hácia atras para volver á verle, y cayó la corona : apresúrase Osvaldo á levantarla, y le dijo algunas palabras en italiano, significando que los humildes mortales ponian á los piés de los dioses la corona que no se atrevian á colocar en su cabeza (1). Corina dió gracias á lord Nelvil, en inglés, con aquel puro acento insular que casi nunca puede imitarse en el continente. ¡Cuál fué la admiracion de Osvaldo al oirla ! Quedóse inmóvil, y sintiéndose trastornado, se apoyó sobre uno de los leones de basalto que hay al pié de la escalera del Capitolio. Corina le observó de nuevo, conmovida en extremo de su turbacion ; pero la arrebataron hácia su carro, y desapareció todo aquel tropel, mucho ántes que Osvaldo recobrará su vigor y su serenidad.

Corina le había hechizado hasta entónces como

(1) Parece que lord Nelvil aludia al hermoso dístico de Propertio.

*Ut caput in magnis ubi non est ponere signis,
Ponitur hic imos antè corona pedes.*

la mas hermosa de las extranjeras, como una de las maravillas del país que queria visitar; pero aquel acento inglés le presentaba todos los recuerdos de su patria; aquel acento naturalizaba para él todos los encantos de Corina. ¿Era inglesa? ¿habia pasado muchos años de su vida en Inglaterra? No podia adivinarlo; mas era imposible que solo el estudio enseñase á hablar de aquella suerte; era preciso que Corina y lord Nelvil hubiesen vivido en un propio país. ¿Quién sabe si sus familias serian amigas! ¿Quizá la habria visto en su infancia! A veces hay en el corazon no sé qué imagen innata de los objetos amados, capaz de persuadirnos que conocemos al que estamos viendo por la vez primera.

Oswaldo tenia muchas preocupaciones contra las Italianas; creíalas apasionadas, muy mudables, é incapaces de experimentar afectos profundos y duraderos. Ya le habia inspirado otra idea lo que Corina dijo en el Capitolio; ¿qué fuera si pudiese hallar los recuerdos de su patria, y recibir juntamente por la imaginacion una vida nueva, renaciendo para lo venidero, sin romper con lo pasado?

En medio de sus meditationes, se encontró Oswaldo en el puente Santángelo, que conduce al castillo del mismo nombre, ó mas bien al sepulcro de Adriano, convertido en una fortaleza. El silencio del sitio, las pálidas ondas del Tiber, los rayos de la luna que daban claridad á las estatuas colocadas sobre el puente, y las hacian como blancas sombras

que miraban fijamente pasar el agua y el tiempo que ya no les tocan; todos estos objetos le volvieron á sus ideas habituales. Púsose la mano en el pecho, y sintió el retrato de su padre que siempre llevaba sobre él: quitósele para contemplarle, y el momento de ventura que acababa de experimentar, y la causa de aquella ventura, le recordaron harto el sentimiento que otro tiempo le hizo tan delincuente con su padre; y esta reflexion renovó sus remordimientos. — ¿Recuerdo eterno de mi vida! exclamó; amigo ofendido con exceso, y no obstante tan generoso! ¿habria podido yo creer que la conmocion del placer hallase entrada tan presto en mi alma? No eres tu quien me reprende por esto, tú, el mejor, y el mas indulgente de los hombres, tú quieres que sea dichoso, y lo quieres todavía, á pesar de mis errores; mas ¿pueda yo á lo ménos no desconocer tu voz, si me hablas desde lo alto del cielo, como la desconocí en la tierra!



CAPITULO I

El Conde de Erfeuil había asistido á la funcion del Capitolio, y al dia inmediato fué á ver á lord Nelvil, y le dijo : — Amigo Osvaldo, ¿ quereis que os lleve esta noche á casa de Corina ? — ¡ Cómo ! interrumpió vivamente Osvaldo, ¿ la conoceis ? — Nó, respondió el Conde de Erfeuil, pero una mujer tan famosa siempre se complace de que deseen verla, y le he escrito esta mañana para pedirle permiso de ir á su casa con vos esta noche. — Hubiera deseado, respondió Osvaldo sonrojándose, que no me nombráseis sin mi consentimiento. — Dadme gracias,

repuso el Conde de Erfeuil, por haberos ahorrado algunas incómodas formalidades; en lugar de ir á buscar al embajador, que os hubiera llevado á casa de un cardenal, para que os llevase á casa de una mujer, que os hubiera acompañado á casa de Corina, os presento, me presentais y ambos seremos bien recibidos.

— Yo no soy tan confiado como vos; y temo, sin duda con razon, replicó lord Nelvil, que esa pretension precipitada haya desagradado á Corina. — No por cierto; tiene demasiado talento, dijo el Conde de Erfeuil, para ofenderse de esto, y su respuesta es muy fina. — ¿ Cómo, os ha respondido ? ¿ qué os ha dicho, querido Conde ? replicó lord Nelvil. — ¡ Ah ! querido Conde, dijo riéndose M. de Erfeuil; vaya, os moderais desde que sabeis que Corina me ha respondido; *Pero os amo, y todo lo perdono*. Os confesaré, pues, con modestia, que en mi billete había hablado mas de mí que de vos, y en su respuesta me parece os nombra primero á vos, pero yo no tengo celos de mis amigos. — Ciertamente, respondió lord Nelvil, no presumo que ni vos ni yo debamos lisonjearnos de agradar á Corina; y por lo tocante á mí, solo deseo disfrutar de la compañía de tan amable criatura: hasta la noche, pues así lo habeis dispuesto. — ¿ Vendreis conmigo ? dijo el Conde de Erfeuil... — Y bien... sí, respondió lord Nelvil, con una turbacion visible. — ¿ Por qué, pues, continuó el Conde de Erfeuil, por qué os quejábais tanto

de lo que habia hecho? por fin, acabais, como yo empecé; pero siempre era fuerza dejaros el honor de ser mas mirado, con tal que en ello no perdiéseite nada. En verdad, es una criatura preciosa esa Corina, tiene talento y gracia; y aunque no comprendi bien lo que decia, porque hablaba en italiano, apostaria, al verla, á que sabe perfectamente el frances: lo veremos esta noche. Tiene una vida singular, es rica, jóven, libre, y no puede saberse con seguridad si tiene amantes ó no; si bien por ahora parece que no prefiere á nadie; y tambien puede ser no haya encontrado en este pais un hombre digno de ella: por cierto no me causaria admiracion.

El Conde de Erfeuil continuó discurrendo de la misma manera largo rato, sin que lord Nelvil le interrumpiese: no decia ninguna cosa precisamente inoportuna; mas siempre mortificaba los delicados sentimientos de Osvaldo, hablando con demasiado rigor, ó con ligereza excesiva de lo que le interesaba; porque hay ciertos miramientos que no enseñan ni el talento, ni el trato de las gentes, y sin faltar á la urbanidad mas perfecta, se ofende muchas veces al corazon.

Lord Nelvil estuvo muy inquieto todo el dia pensando en la visita de la noche; pero exitó, cuanto pudo, las reflexiones que le turbaban, y procuró puersuadirse que podia hallarse placer en un sentimiento, sin que hubiese aquel sentimiento de decidir del destino de la vida. ¡Falsa seguridad! el alma

no recibe placer alguno de lo que ella misma tiene por pasajero.

Llegaron á casa de Corina lord Nelvil y el Conde de Erfeuil: estaba situada en el barrio de los Trans-everinos, un poco mas allá del castillo Santángelo: hacia la hermosa la vista del Tiber, y en lo interior se hallaba adornada con la mas exquisita elegancia: ornaban el salon las copias, de yeso, de las mejores estatuas de Italia, la Niobe, el Laocoonte, la Vénus de Médicis, el Gladiador moribundo; y en el gabinete donde habitaba Corina, se veian instrumentos de música, libros, y muebles sencillos juntamente y cómodos, dispuestos con la única idea de facilitar la conversacion, y hacer el círculo mas estrecho. Todavía no estaba Corina en su gabinete cuando llegó Osvaldo; paseábase por el aposento, esperándola con ansia; y notaba, en cada cosa, una mezcla feliz de lo mas agradable de las tres naciones, francesa, inglesa é italiana: el gusto de la sociedad, el amor á las letras, y el sentimiento de la bellas artes.

Mostróse Corina, por fin, vestida sin afectacion alguna; pero siempre pintorescamente: llevaba entre los cabellos antiguos canafeos, y ceñia su cuello un collar de coral: la urbanidad que manifestaba era noble y sencilla; y viéndola de aquella manera familiarmente en medio del círculo de sus amigos, se volvia á hallar en ella la divinidad del Capitolio, aunque obraba en todo con la mayor naturalidad.

Saludó primero al Conde de Erfeuil, mirando á Osvaldo; y luego, como si se hubiera arrepentido de aquella especie de falsedad, se dirigió hácia Osvaldo, pudiéndose advertir que al nombrarle lord Nelvil, parecía que aquel nombre hacia en ella un efecto extraño; y dos veces le repitió con voz turbada como si le recordase tiernas memorias.

Por fin, habló con lord Nelvil algunas palabras sobre la cortesania que le habia manifestado la vispera, levantando su corona del suelo: Osvaldo le respondió, procurando expresarle la admiracion que le habia inspirado, y se quejó con suavidad de que no le hablase en inglés. — ¿ Soy, añadió, mas extranjero para vos que ayer? — No, en verdad, le respondió Corina, pero quien ha hablado, como yo, muchos años de su vida dos ó tres lenguas diversas, una ú otra le es inspirada por los sentimientos que debe explicar. — Sin duda, el inglés es vuestra lengua nativa, la que hablais con vuestros amigos, la que.... — Perdonad, milord, interrumpió Corina, soy Italiana; pero me parece que descubro en vos aquella altivez nacional que caracteriza frecuentemente á vuestros paisanos: nosotros somos mas modestos; no estamos satisfechos como Franceses, ni como Ingleses soberbios y ufanos de nosotros mismos: bástanos un poco de indulgencia en los extranjeros; y como hace tanto tiempo que no nos es permitido ser nacion, cometemos el grave yerro de faltar muchas veces, como individuos, de

la dignidad que como pueblo nos está negada; mas cuando conozcais á los Italianos, vereis que tienen en su carácter algunos rastros de su antigua grandeza: rastros borrados y poco frecuentes; pero que pudieran volver á mostrarse en tiempos mas venturosos: os hablaré en inglés á veces; no siempre, porque amo el italiano; me ha costado mucho, exclamó suspirando, vivir en Italia.

El Conde de Erfeuil dió á Corina amables quejas de que le olvidase absolutamente hablando en lenguas extranjeras, que él no entendia. — Hermosa Corina, le dijo, por Dios, hablad en frances, sois verdaderamente digna de hacerlo. — Sonrióse Corina al oír aquel cumplimento, y empezó á hablar en frances con suma pureza y facilidad, pero con acento inglés. Admiráronse á la par lord Nelvil y el Conde de Erfeuil; mas el Conde, que creia permitido decirlo todo, como fuese con gracia, y pensaba que la descortesía consistia en el modo, y no en la sustancia, pidió á Corina le explicase aquella extrañeza. Al pronto se manifestó algo turbada con tan inesperada pregunta; luego, volviendo á tomar aliento, respondió al Conde de Erfeuil: — Sin duda me habrá enseñado el frances un inglés. — Renovó el Conde sus preguntas riéndose, pero con vehemencia. Corina se turbó mas y mas, y por fin le dijo: — Señor Conde, hace cuatro años que me he fijado en Roma, y en este tiempo ninguno de mis amigos, ninguno, estoy cierta, de los que se intere-

san mucho en mi favor, me han preguntado sobre mi destino, porque han comprendido al punto que me seria desagradable hablar de él. — Estas palabras hicieron cesar las preguntas al Conde de Erfeuil ; pero Corina sintió haberle ofendido ; y como mostraba mucha intimidación con lord Nelvil, receló aun mas, sin querer confesárselo, que hablase á su amigo de ella con poco aprecio, y por tanto procuró con bastante cuidado volver á agradecerle.

En aquel instante llegó el principe de Castel-Forte con muchos Romanos, amigos suyos, y de Corina, hombres de amable y festivo humor, muy cariñosos en sus modales, y tan fáciles de exaltar en la conversacion de los demas, que causaba vivísimo placer hablar con ellos, por la viveza con que sentían cuanto merecia sentirse. La indolencia de los Italianos los inclina á no mostrar en la sociedad, y á veces en manera alguna, todo su ingenio ; la mayor parte de ellos no cultivan ni aun en el retiro las facultades intelectuales con que los dotó la naturaleza ; pero disfrutan con embeleso de lo que adquieren sin trabajo.

Corina era de genio muy festivo ; notaba las extravagancias con la delicadeza de una Francesa, y las pintaba con la imaginación de una Italiana ; mas en todo mezclaba un sentimiento de bondad ; no se veía en ella nada que manifestase cálculo ni intención de agraviar, porque la frialdad es siempre la

que ofende, y la imaginación, al contrario, casi siempre es cándida.

Oswaldo hallaba en Corina suma gracia ; y una gracia enteramente nueva para él : una grande y terrible circunstancia de su vida se acompañaba á la memoria de una mujer francesa, muy amable, y de mucho talento ; mas Corina no se parecia á ella en nada ; su conversacion era una mezcla de todas las especies de ingenio, del entusiasmo de la bellas artes, y del conocimiento del mundo, de la delicadeza de las ideas, y la profundidad de los sentimientos, en fin de todos los atractivos de la viveza y de la rapidez, que se ostentaban, sin que por ello fuesen nunca incompletos sus pensamientos, ni superficiales sus reflexiones. Oswaldo estaba á un mismo tiempo sorprendido y embelesado, arrebatado é inquieto, no comprendiendo cómo una persona sola podia reunir lo que reunía Corina, preguntándose á sí mismo si el vínculo de tantas prendas casi opuestas era la inconsecuencia ó la superioridad ; si pasaba de aquel modo casi en un mismo instante de la melancolía á la jovialidad, de la profundidad á la gracia, y de la conversacion mas admirable por los conocimientos y por las ideas, al arte de una mujer que desea agradar y quiere seducir, á fuerza de sentirlo todo, ó porque todo lo olvidaba sucesivamente ; pero tenia aquel artificio una nobleza tan perfecta, que imponía respeto como la mas severa modestia.

El principe de Castel-Forte atendia mucho á Corina, todos los Italianos que componian su sociedad le manifestaban un sentimiento que se explicaba con los obsequios y los homenajes mas delicados y mas continuos: y el culto habitual de que la rodeaban, derramaba como un aire de fiesta en todos los dias de su vida. Corina era dichosa por verse amada; pero dichosa como lo es quien está en un clima suave, quien oye sonidos armoniosos, como quien solamente recibe impresiones agradables. No se pintaba en su rostro el sentimiento profundo y serio del amor, si bien todo se explicaba en él con la fisonomía mas viva y mas varia. Osvaldo la miraba en silencio; su presencia animaba á Corina, y le inspiraba deseo de ser amable; y no obstante se detenía algunas veces en los momentos en que su conversacion era mas brillante, admirada de la exterior tranquilidad de Osvaldo, ignorando si la aplaudía, ó la censuraba en secreto, y si sus ideas inglesas consentian que alabase semejantes distinciones en una mujer.

Osvaldo se hallaba harto aprisionado por los hechizos de Corina, para acordarse entónces de sus antiguas opiniones acerca de la oscuridad propia de las mujeres; pero se preguntaba á sí mismo si podia ella amar; si era posible concentrar en un objeto no mas tantos rayos; en fin estaba á un mismo tiempo atónito y deslumbrado; y aunque ella, al despedirle, le convidó con sumo agrado á que vol-

viese á visitarla, dejó pasar un dia entero sin ir á su casa, sobrecogido de una especie de terror por el sentimiento que le arrastraba.

Alguna vez comparaba aquel sentimiento con el error fatal de los primeros instantes de su juventud y luego apartaba con viveza semejante comparacion; porque entónces fué el arte, y un arte pérfido quien le subyugó, y ahora no podia dudar de la sinceridad de Corina. ¿Nacia su encanto de magia, ó de inspiracion poética? ¿era Armida, ó Safo? ¿podía esperarse cautivar jamas á un genio dotado de tan brillantes alas?

Era imposible decirlo; pero á lo ménos se conocia que no la sociedad, sino mas bien el mismo cielo habia formado aquel ser extraordinario, y que su talento era tan incapaz de imitar, como su carácter de fingir. — ¡ Oh padre mio! decia Osvaldo, ¿ qué pensarais de ella, si hubiéseis conocido á Corina?

CAPITULO II

Por la mañana, conforme acostumbraba, fué el Conde de Erfeuil á casa de lord Nelvil; y reconviniéndole por no haber ido el dia anterior á ver á Corina,

le dijo : — Hubiérais sido muy dichoso, si hubiérais concurrido. — ¿Por qué? dijo Osvaldo. — Porque ayer me cercioré de que le inspirais el mas vivo interes. — Volveis á vuestra ligereza, interrumpió lord Nelvil. ¿No sabeis que no quiero, ni puedo tenerla? — ¿Llamais ligereza á la prontitud de mis observaciones? ¿tengo ménos razon, porque la tengo mas de prisa? Vosotros habeis nacido todos para aquel tiempo feliz de los patriarcas, en que el hombre vivia cinco siglos; pero ved que os lo aviso, nos han quitado lo ménos cuatro. — Muy bien, respondió Osvaldo; y esas observaciones tan rápidas ¿qué os han hecho descubrir? — Que Corina os ama. Llegué ayer á su casa; ciertamente me recibió con obsequio; pero sus ojos estaban clavados en la puerta para ver si entrábais tras de mí: procuró un momento hablar de otra cosa; pero como es una criatura tan viva, y tan natural, por último me preguntó sencillamente por qué no veniais conmigo? Os he vituperado, no os deis por ofendido; he dicho que érais un hombre callado, y extraño; mas no quiero repetiros las alabanzas que por otra parte os he dado.

— Está triste, me dijo Corina; sin duda ha perdido alguna persona que amaba. ¿Por quién lleva luto? — Por su padre, señora, le contesté, aunque hace mas de un año que le perdió; y como la ley de la naturaleza nos precisa á todos á sobrevivir á nuestros padres, presumo que algun otro motivo secreto

es la causa de su larga y profunda melancolia. — ¡Oh! repuso Corina, estoy muy léjos de creer que los dolores, semejantes al parecer, sean los mismos para todos los hombres: el padre de vuestro amigo, y vuestro amigo mismo, no están quizá comprendidos en la regla general, y estoy muy inclinada á creerlo así. — Su voz, querido Osvaldo, al pronunciar estas últimas palabras, era dulcísima. — ¿Y son esas, replicó Osvaldo, todas las pruebas de interes que me anunciásteis? — En verdad, respondió el Conde de Erfeuil, bastan, en mi dictámen, para tener certeza de ser amado; pero pues quereis mas, tendreis mas, lo mejor lo he dejado para el fin. Llegó el príncipe de Castel-Forte, y contó toda vuestra historia de Ancona, sin saber que hablaba de vos; la contó con mucho fuego, y con mucha imaginación, en cuanto pude comprender, merced á las dos lecciones que he tomado de italiano; mas hay tantas voces francesas en las lenguas extranjeras, que las entendemos casi todas, aun sin saberlas. Fuera de esto, aun cuando no entendiera los que decian, me lo hubiera explicado la fisonomía de Corina: ¡leíase en ella tan visiblemente la agitacion de su alma! no respiraba, temiendo perder una palabra; y al tiempo que preguntó si se sabia el nombre de aquel Inglés era tal su ansia, que fácilmente se notaba cuánto temia ver pronunciar otro nombre que el vuestro.

El príncipe de Castel-Forte dijo que ignoraba quién era el Inglés, y Corina volviéndose pronta-

mente hácia mí, exclamó : ¿ Lord Nelvil, no es verdad ? Sí, señora, le respondí, él es ; y Corina soltó su llanto : durante la historia no habia llorado, ¿ qué tenia, pues, de mas tierno el nombre del héroe que la misma narracion ? — ¡ Lloró ! exclamó entónces lord Nelvil ; ¡ ah ! ¿ por qué no estaba yo allí ? — Luego, deteniéndose de repente, bajó los ojos, y su rostro varonil expresó la delicada timidez ; pero volvió á su discurso, temeroso de que el Conde de Erfeuil tubaser su alegría, advirtiéndola. — Si la aventura de Ançona merece contarse, dijo Osvaldo, es vuestro, amado Conde, todo el honor que puede dar. — Si, respondió el Conde de Erfeuil riéndose, se ha hablado de un Frances muy amable que estuvo allí con vos, milord ; pero nadie sino yo, ha atendido á este paréntesis de la relacion. La hermosa Corina os prefiere, os cree sin duda el mas fiel de los dos ; quizá no lo sereis mas, quizá le dareis mas disgustos que yo le hubiera dado, pero las mujeres gustan de las penas, con tal que sean novelescas ; por tanto, le convenís. — Lord Nelvil padecía á cada palabra del Conde de Erfeuil ; mas ¿ qué le habia de decir ? jamas disputaba, ni escuchaba con atencion suficiente para mudar de sentir ; sus palabras ya no le interesaban una vez que las habia soltado, y lo mejor era, si se podia, olvidarlas tan pronto como él.

CAPITULO III

Osvaldo llegó aquella noche á casa de Corina con un sentimiento enteramente nuevo ; pensó que tal vez le esperaba. ¡ Qué encanto es este primer vislumbre de inteligencia con lo que uno ama ! Antes que la memoria entre á partir con la esperanza, ántes que las palabras hayan expresado los sentimientos, ántes que la elocuencia haya sabido pintar los que sentimos, tienen aquellos primeros instantes no sé qué misterio de fantasía, mas fugaz que a misma dicha, pero mas celestial aun que ella.

Osvaldo al entrar en el aposento de Corina, se sintió mas tímido que nunca : la halló sola, y casi le pesó ; hubiera deseado observarla en medio de las gentes ; y asegurarse, en algun modo, de su preferencia, ántes de verse improvisamente comprometido en una conversacion que podia entibiar a Corina si, como estaba cierto, se mostraba turbado, y frio por turbacion.

Ora notase Corina aquella disposicion de Osvaldo, ora una disposicion semejante produjese en ella el deseo de animar la conversacion para hacer cesar el embarazo, se apresuró á preguntar a lord Nelvil si habia visto algunos de los monumentos de Roma. — No, respondió Osvaldo. — ¿ Pues qué hicisteis ayer ?

mente hácia mí, exclamó : ¿ Lord Nelvil, no es verdad ? Sí, señora, le respondí, él es ; y Corina soltó su llanto : durante la historia no habia llorado, ¿ qué tenia, pues, de mas tierno el nombre del héroe que la misma narracion ? — ¡ Lloró ! exclamó entónces lord Nelvil ; ¡ ah ! ¿ por qué no estaba yo allí ? — Luego, deteniéndose de repente, bajó los ojos, y su rostro varonil expresó la delicada timidez ; pero volvió á su discurso, temeroso de que el Conde de Erfeuil tubaser su alegría, advirtiéndola. — Si la aventura de Ançona merece contarse, dijo Osvaldo, es vuestro, amado Conde, todo el honor que puede dar. — Si, respondió el Conde de Erfeuil riéndose, se ha hablado de un Frances muy amable que estuvo allí con vos, milord ; pero nadie sino yo, ha atendido á este paréntesis de la relacion. La hermosa Corina os prefiere, os cree sin duda el mas fiel de los dos ; quizá no lo sereis mas, quizá le dareis mas disgustos que yo le hubiera dado, pero las mujeres gustan de las penas, con tal que sean novelescas ; por tanto, le convenís. — Lord Nelvil padecia á cada palabra del Conde de Erfeuil ; mas ¿ qué le habia de decir ? jamas disputaba, ni escuchaba con atencion suficiente para mudar de sentir ; sus palabras ya no le interesaban una vez que las habia soltado, y lo mejor era, si se podia, olvidarlas tan pronto como él.

CAPITULO III

Osvaldo llegó aquella noche á casa de Corina con un sentimiento enteramente nuevo ; pensó que tal vez le esperaba. ¡ Qué encanto es este primer vislumbre de inteligencia con lo que uno ama ! Antes que la memoria entre á partir con la esperanza, ántes que las palabras hayan expresado los sentimientos, ántes que la elocuencia haya sabido pintar los que sentimos, tienen aquellos primeros instantes no sé qué misterio de fantasía, mas fugaz que a misma dicha, pero mas celestial aun que ella.

Osvaldo al entrar en el aposento de Corina, se sintió mas tímido que nunca : la halló sola, y casi le pesó ; hubiera deseado observarla en medio de las gentes ; y asegurarse, en algun modo, de su preferencia, ántes de verse improvisamente comprometido en una conversacion que podia entibiar a Corina si, como estaba cierto, se mostraba turbado, y frio por turbacion.

Ora notase Corina aquella disposicion de Osvaldo, ora una disposicion semejante produjese en ella el deseo de animar la conversacion para hacer cesar el embarazo, se apresuró á preguntar a lord Nelvil si habia visto algunos de los monumentos de Roma. — No, respondió Osvaldo. — ¿ Pues qué hicisteis ayer ?

replicó Corina sonriéndose. — Pasé el día en casa, dijo Osvaldo; desde que estoy en Roma, no he visto á nadie mas que á vos, señora, ó he estado solo. — Corina quiso hablarle de su accion en Ancona, y empezó por estas palabras: — Ayer supe... luego se detuvo, y dijo: — Os hablaré de esto cuando haya gente. — Lord Nelvil tenia en sus modales una dignidad que intimidaba á Corina; ademas temia ella manifestar demasiada conmocion, recordándole su noble proceder, y le parecia que no seria tanta cuando no estuviesen solos. Osvaldo se enterneció profundamente del recato de Corina, y de la sencillez con que descubria, sin advertirlo, los motivos de él; pero á proporcion que estaba mas turbado, le era mas difícil expresar los que sentia.

Levantóse, pues, repentinamente, y se adelantó hácia la ventana; luego conoció que Corina no podia entender aquel movimiento; y mas trastornado que nunca, volvió sin hablar palabra á su sitio. Corina tenia en conversacion mas denuedo que Osvaldo; mas no obstante, participaba de la turbacion en que le veia; y buscando, en su distraccion, una postura, aplicó los dedos al arpa, que estaba á su lado, y dió algunos sonidos sin orden y sin intencion. Aquellos acentos armoniosos, aumentando la conmocion de Osvaldo, le daban, al parecer, mas osadía: ya se habia atrevido á mirar á Corina: ¡ay! ¿quién podia mirarla, sin que le hiriese la inspiracion divina, que se pintaba en sus ojos? y alentado

en el propio instante por la expresion de bondad que cubria el resplandor de sus miradas, quizá iba Osvaldo á romper el silencio, cuando entró el príncipe de Castel-Forte.

No vió sin pesar á lord Nelvil á sólas con Corina; pero estaba hecho á disimular sus impresiones, y este hábito que en los Italianos se halla á veces reunido con suma vehemencia de sentimientos, era en él mas bien resultado de indolencia, y de natural dulzura. Hallábase resignado á no ser el primer objeto del cariño de Corina: no era ya jóven; tenia mucho talento, infinita aficion á las artes, imaginacion fogosa, cuanto bastaba para variar la vida sin hacerla agitada; y tal necesidad de pasar todas las tardes con Corina, que si ella se hubiese casado, habria suplicado á su esposo le permitiese ir, como acostumbraba, á su casa todos los dias; y con tal licencia, no hubiera considerado como gran desgracia verla enlazada con otro. Las penas del corazon no se complican en Italia con los disgustos de la vanidad, de suerte que los hombres son, ó bastante apasionados para dar por celos mil puñaladas á su rival, ó bastante modestos para aceptar gustosos el segundo puesto cerca de una mujer, cuya conversacion les agrada: mas, apénas hay ninguno que por recelo de parecer despreciado, se niegue á conservar cualquiera relacion que le sea grata: el imperio de la sociedad sobre el amor propio, es casi nulo en aquel país.

El Conde de Erfeuil, y las gentes que se reunian en casa de Corina todas las noches, llegaron por fin, y recayendo la conversacion sobre la habilidad de improvisar que tan gloriosamente habia manifestado Corina en el Capitolio, paró en preguntarla á ella misma, qué concepto formaba de su propio talento. — Es cosa tan rara, dijo el principe de Castel-Forte, hallar una persona juntamente susceptible de entusiasmo y de análisis, dotada como un artista, y capaz de observarse á sí misma, que es preciso rogarla que nos revele, en cuanto pueda, los secretos de su genio. — No es mas extraordinario, repuso Corina, ese talento de improvisar en las lenguas del mediodía, que la elocuencia de la tribuna, ó la viveza brillante de la conversacion en las demas lenguas; y aun diré que por desgracia es mas fácil entre nosotros hacer versos de improviso, que hablar bien en prosa. El lenguaje de la poesia difiere de tal suerte del de la prosa, que á los primeros versos mandan la atencion las mismas expresiones que colocan, por decirlo así, al poeta lejos de los oyentes; ni debe atribuirse el imperio de la poesia entre nosotros solamente á la dulzura del italiano, sino mas bien á la vibracion fuerte y señalada que tienen sus sonoras sílabas.

El italiano posee un encanto musical que hace hallar placer en el sonido de las voces en sí prescindiendo de las ideas; y estas voces tienen ademas casi todas algo de pintorescas, pintan lo que expre-

san: conócese que aquel idioma melodioso, y ornado de colores, se ha formado en el seno de las artes, y bajo un hermoso cielo. Es, por tanto, mas fácil en Italia que en ninguna otra parte embelesar con palabras, sin profundidad en los pensamientos, ni novedad en las imágenes: la poesia, como todas las bellas artes, aprisiona tanto las sensaciones como la inteligencia; sin embargo, me atrevo á decir que jamas he improvisado sin que me haya animado una conmocion verdadera, ó una idea nueva, á mi parecer; me he fiado pues, segun creo, ménos que otros en nuestra lengua encantadora, que puede, digámoslo así, ensayar sin objeto, y causar aun gran placer solo por el encanto del ritmo y de la armonía.

— ¿Juzgais, pues, interrumpió uno de los amigos de Corina, que la facilidad de improvisar daña á nuestra literatura? tambien yo era de esa opinion antes de oiros; mas vos me habeis hecho mudar enteramente de dictámen. — He dicho, repuso Corina, que de esa facilidad, de esa abundancia literaria, resultaba gran copia de poesias comunes; celebro, empero, que exista esa fecundidad en Italia, al modo que me complace ver cubiertos nuestros campos de mil producciones superfluas: me envanece esa liberalidad de la naturaleza, y en especial gusto de oír improvisar á la plebe, porque nos muestra así su imaginacion, que en todas partes se esconde, y solo se ostenta entre nosotros: da cierto aire poético

á las clases mas ínfimas de la sociedad, y nos evita la repugnancia que no puede dejar de causarnos lo vulgar en todas clases. Cuando nuestros Sicilianos, llevando en sus barcos á los viajantes, les dirigen en su gracioso dialecto amables felicitaciones, y les dicen en verso un largo y suave adios, parece que el soplo puro del cielo y del mar obra en la fantasia de los hombres, como el viento en las arpás eolianas, y que la poesia, como la armonía, es el eco de la naturaleza. Otra cosa me hace apreciable nuestra habilidad de improvisar; es que semejante habilidad no podria encontrarse en una sociedad inclinada á la irrisión; porque es precisa, permitidme esta expresion, la bondad del mediodía, ó mas bien de los países donde gustan de divertirse sin recrearse en criticar lo que divierte, para que los poetas se arriesguen á tan peligrosa empresa: una sonrisa burlesca bastaria para quitar la serenidad que exige una composicion repentina y continua; y es fuerza que los oyentes se exalten con nosotros, y que sus aplausos nos inspiren.

— Pero vos, señora; pero vos, dijo en fin Osvaldo que hasta entónces habia permanecido callado, sin haber cesado un momento de mirar á Corina, ¿á cuál de vuestras poesías dais la preferencia? ¿á las que son obra de la reflexion, ó de la inspiracion instantánea? — Milord, respondió Corina, con una mirada que expresaba mucho interes, y ademas el sentimiento mas delicado de una consideracion res-

petuosa, yo os nombraria á vos mismo juez; pero si me pedís que yo propia examine mi modo de pensar sobre ese punto, os diré que para mí la improvisacion es como una conversacion acalorada; no me dejo sujetar á tal ó á cual asunto, me abandono á la impresion que produce en mí el interes de los oyentes, y debo en esta parte á mis amigos mi mayor gloria, y mi habilidad. A veces, el interes vivísimo que me inspira una conversacion sobre importantes y nobles cuestiones, pertenecientes á la existencia moral del hombre, su destino, su fin, sus obligaciones y sus afectos; á veces, repito, este interes me eleva sobre mis fuerzas, y me hace descubrir en la naturaleza, en mi propio corazon, verdades osadas, y expresiones llenas de vida que no hubiera hecho nacer la reflexion solitaria. Entónces me parece que siento un entusiasmo sobrenatural, y conozco que lo que habla en mí, es superior á mí misma; dejo frecuentemente el ritmo de la poesia, y me explico en prosa; y suelo citar los versos mas hermosos de las varias lenguas que entiendo; míos son aquellos versos divinos, de que está mi alma poseida; ó acabo con mi lira, en consonancias ó en tonadas sencillas y nacionales, los pensamientos á que no alcanzan mis palabras. Por fin, me siento poeta, no solo usando una eleccion feliz de rimas ó de sílabas armoniosas, ó cuando una feliz reunion de imágenes deslumbra á los que me oyen, sino tambien cuando desprecio mas sublime el egoísmo

y la bajeza; por último, cuando me fuera mas fácil hacer una buena accion; entónces mejoran mis versos. Soy poeta cuando admiro, cuando desprecio, cuando odio, no por sentimientos personales, no por mi propia causa, sino por la dignidad de la especie humana, y la gloria del mundo.

Corina advirtió á este tiempo que la conversacion la habia arrebatado; sonrojóse un poco, y volviéndose hácia lord Nelvil, le dijo: — Ya lo veis; no puedo llegar á ninguno de los asuntos que me enternecen, sin experimentar aquella especie de sacudimiento, origen de la belleza ideal en las artes, de la religion en las almas solitarias, de la generosidad en los héroes, y del desinterés entre los hombres; perdonádmelo, milord, aunque no se semeje una mujer como yo á las que merecen la aprobacion de vuestro país. — ¡Quién pudiera semejarse á vos? replicó lord Nelvil: y ¿pueden hacerse leyes para una persona única?

El Conde de Erfeuil estaba verdaderamente encantado, á pesar de no haber entendido todo lo que decia Corina; pero su ademan, el acento de su voz, su modo de pronunciar, le hechizaban, y por primera vez sentia el poder de una gracia que no era francesa: mas á la verdad, el aplauso de Corina en Roma, le indicaba en algun modo lo que debia pensar de ella, y no faltaba, admirándola, á la buena costumbre de dejarse llevar de la opinion ajena.

Fuése con lord Nelvil, y le dijo á la salida: —

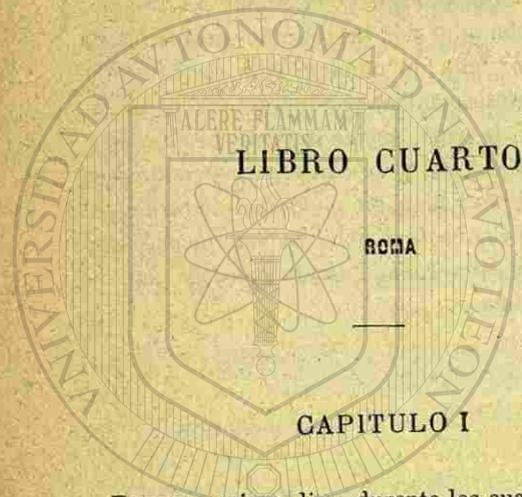
Confesadlo, querido amigo, hago algun mérito en no obsequiar á una criatura tan preciosa. — Me parece, respondió lord Nelvil, que segun dicen generalmente no es fácil agradarla. — Dícenlo, repuso el Conde de Erfeuil; pero me cuesta trabajo creerlo. Una mujer sola, independiente, y que tiene poco mas ó ménos la vida de un artista, no debe ser difícil de aprisionar. — Lord Nelvil se ofendió de esta reflexion; y el Conde de Erfeuil, ó no advirtiéndolo ó queriendo seguir el hilo de sus propias ideas, continuó de esta suerte.

— No quiero decir que si yo creyese en la virtud de una mujer, no pusiera tanta confianza en la de Corina como en la de cualquiera otra. Tiene, en verdad, mil veces mas expresion en las miradas, y mas viveza en los ademanes, que la que bastara en vuestro país, y aun en el mio, para poner en duda la severidad de una mujer; pero es una persona de talento tan superior, de instruccion tan profunda, de tacto tan fino, que no pueden aplicarse á ella las reglas comunes para juzgar de su sexo. En fin, ¿creereis que me impone respeto, á pesar de su naturalidad, y de aquella dejadez de su conversacion? Ayer, sin ofender jamas su interés en vuestro favor, quise decirle algunas palabras á la ventura, por mi cuenta; eran de aquellas palabras que paran en lo que pueden; si las oyen, en buen hora; si no las oyen, lo mismo vale; y Corina me miró friamente de un modo que me dejó sin accion: no obstante es

cosa extraña ser tímido con una Italiana, con una poetisa; en fin con todas las circunstancias que deben dar libertad. — Ignoro su nombre, replicó lord Nelvil; pero sus modales deben hacer presumir será ilustre. — ¡ Ah! eso de ocultar lo mejor, dijo el Conde de Erfeuil, es bueno para las novelas; mas en el mundo real, decimos todo aquello que nos hace honor, y á veces algo mas. — Si, interrumpió Osvaldo, en algunas sociedades en que solo se piensa en el efecto que se causan unos á otros; pero donde es interior la existencia, puede haber misterios en las circunstancias, como hay secretos en los sentimientos; y solamente quien quisiese dar la mano á Corina podría saber... — ¡ Dar la mano á Corina! interrumpió el Conde de Erfeuil, riéndose á carcajadas: ¡ oh! ¡ esa idea si que no me hubiera ocurrido nunca! Creedme, querido Nelvil, si quereis hacer necedades, hacedlas remediables; pero en cuanto al matrimonio, jamas debe consultarse sino la costumbre recibida. Os parezco frívolo; y con todo apuesto á que en el gobierno de la vida, seré mas prudente que vos. — Lo creo, respondió lord Nelvil, y no añadió ni una palabra mas.

¿ Podía, en efecto, decir al Conde de Erfeuil, que muchas veces acompaña sumo egoísmo á la frivolidad, y que el egoísmo jamas puede llevar á los errores de la ternura, errores en que casi siempre se sacrifica uno por los demas? Los hombres frívolos son capacísimos de habilidad en la direccion de sus

propios intereses, porque en todo lo que se llama ciencia política, así de la vida privada, como de la pública, mas veces se logra el éxito por las prendas que no se tienen, que por las que se poseen. Falta de entusiasmo, falta de opinion, falta de sensibilidad, algun talento combinado con este tesoro negativo, basta; y la vida social llamada propiamente así, esto es, la riqueza y la elevacion, se adquieren y se conservan muy bien, sin necesidad de otra cosa. Las burlas del Conde de Erfeuil habian incomodado á lord Nelvil, y desaprobándolas se acordaba impertinamente de ellas.



Pasaron quince días, durante los cuales se dedicó enteramente lord Nelvil á acompañar á Corina : solo salia de su casa para ir á verla, y sin hablarle nunca de su pasión, la hacia disfrutar de ella cada instante del día. Corina estaba acostumbrada á los obsequios vivos y lisonjeros de los Italianos; pero la dignidad de los modales de Osvaldo, su aparente tibieza, y la sensibilidad que pesar suyo se manifestaba, tenían mucho mayor poder en su fantasía. Jamas le oia contar una acción generosa, jamas le hablaba de una desgracia, sin que se llenasen sus ojos de lágrimas, y siempre procuraba disimular su

conmoción, porque le inspiraba un sentimiento de respeto que no habia experimentado en mucho tiempo; no podia admirarla ningun talento, por superior que fuese; mas la elevación y la dignidad de carácter obraban hondamente en su ánimo. Lord Nelvil reunia á estas prendas una nobleza en las expresiones, y una elegancia en las menores acciones de la vida, que hacia oposición con el descuido y la familiaridad de la mayor parte de los grandes señores romanos.

No obstante que las inclinaciones de Osvaldo eran en ciertos puntos diferentes de las de Corina, se entendian mutuamente de una manera maravillosa : lord Nelvil adivinaba las impresiones de Corina con una sagacidad suma, y Corina, en la mas leve alteración del semblante de lord Nelvil, descubria lo que pasaba en su interior; y acostumbrada á las estrepitosas demostraciones de la pasión de los Italianos, aquel afecto tímido y altanero, aquel sentimiento probado sin cesar, y jamas declarado, derramaba en su vida un interés absolutamente nuevo : sentíase como rodeada de una atmósfera mas suave y mas pura, y cada momento del día le causaba un sentimiento de felicidad, que disfrutaba con gusto y sin querer examinarle.

Una mañana entró en su casa el príncipe de Castel-Forte; estaba triste, y ella le preguntó el motivo. — Ese Escocés, le dijo, va á robarnos vuestro afecto, y ¡quién sabe si os llevará lejos de nos-

otros! — Corina guardó algunos instantes de silencio, y luego le contestó; os afirmo que no me ha dicho que me amaba. — Vos, empero, lo creéis, respondió el príncipe de Castel-Forte; os habla con su vida, y su propio silencio es medio diestro de interesaros: en efecto, ¡qué puede deciros que no hayais oído! ¡qué alabanza no os fué ofrecida! ¡qué obsequio no estais hecha! Mas hay algo reprimido, y envuelto en el carácter de lord Nelvil, que nunca os permitirá juzgar entoramente de él, como juzgais de nosotros. Vos sois la criatura mas fácil de conocer que hay en la tierra, y por lo mismo que os mostrais gustosa cual sois, os agradan y os imponen respeto la reserva y el misterio: lo desconocido, sea cual fuere, tiene en vos mas imperio que todos los sentimientos que se os demuestran. — Sonrióse Corina. — ¡Pensais, pues, amado príncipe, le dijo, que mi corazón es ingrato, y mi imaginación caprichosa? Paréceme, sin embargo, que lord Nelvil posee y ostenta prendas bastante notables para que yo no pueda lisonjearme de haberlas descubierto. — Es, respondió el príncipe de Castel-Forte, lo confieso, un hombre activo, generoso, discreto, tal vez sensible, y en especial melancólico; pero me engaño mucho, ó sus inclinaciones no tienen ninguna semejanza con las vuestras. No lo advertireis, mientras se halle bajo el encanto de vuestra presencia, mas no duraria vuestro imperio en él, si se viese ausente de vos; cansarianle los obstá-

culos, porque su alma ha contraído en los sinsabores que ha experimentado, una especie de desaliento perjudicial á la energía de sus resoluciones; y ya sabeis cuán sujetos están los Ingleses en general á las costumbres y á los hábitos de su patria.

Corina calló, y dió un suspiro: recordáronse á su pensamiento dolorosas reflexiones sobre los primeros acaecimientos de su vida; pero á la noche vió á Osvaldo mas atento que nunca; y de toda la conversacion de Castel-Forte, solo quedó en su mente el deseo de fijar á lord Nelvil en Italia, haciéndole amar las bellezas de todas clases de que está dotado aquel país. Con esta intencion le escribió la carta siguiente: la libertad con que se vive en Roma disculpaba este paso; y Corina, en particular, aunque podia acusársela por demasiada franqueza y violencia de carácter, sabia conservar mucha dignidad en la independenciancia, y en la viveza mucho recato.

CORINA Á LORD NELVIL.

15 de diciembre 1794.

« Ignoro, milord, si os pareceré demasiado confiada en mí misma, ó si hareis justicia á los motivos que pueden disculpar esta confianza: ayer os oí decir que todavía no habíais viajado por Roma, que no conocíais las obras maestras de nuestras bellas artes, ni las antiguas ruinas que nos enseñan

la historia por la imaginacion y sentimiento; y yo he concebido la idea de atreverme á presentarme para ser vuestra guía en esas excursiones por entre los siglos.

» Ciertamente ofreceria Roma con facilidad muchos sabios, cuya profunda erudicion pudiera seros mas útil; pero si logro haceros amar esta mansion, hácia la cual me he sentido siempre imperiosamente atraida, acabarán vuestros estudios propios lo que haya empezado un imperfecto bosquejo.

» Vienen muchos extranjeros á Roma, como irian á Lóndres ó á Paris, á buscar las diversiones de una gran ciudad, y si se atreviesen á confesar que se han fastidiado en Roma, creo que la mayor parte lo confesarian; mas es asimismo cierto que puede descubrirse en ella un encanto que no cansa jamas. ¿ Me perdonareis, milord, desear que conozcais este encanto ?

» Sin duda es preciso olvidar aquí todos los intereses políticos del mundo; pero cuando estos intereses no van unidos con obligaciones, ó con sentimientos sagrados, entibian el corazon: tambien ha de renunciarse á lo que en otras partes se llamarian placeres de la sociedad; pero esos placeres, casi siempre hacen árida la imaginacion. En Roma se goza de una existencia juntamente solitaria y viva, que desenvuelve con libertad cuanto el cielo ha puesto en nosotros mismos. Repítolo, milord, perdonadme este amor á mi patria, que me hace

desear la ame un hombre como vos; y no juzgueis con la severidad inglesa las demostraciones de benevolencia que una Italiana cree poder dar, sin perder cosa alguna á sus ojos ni á los vuestros. —

» CORINA. »

En vano hubiera querido Osvaldo disimularsele; se juzgó felicísimo al recibir esta carta; divisó un porvenir confuso de delicias y de ventura; y la imaginacion, el amor, el entusiasmo, cuanto hay divino en el alma del hombre, lo halló reunido en el proyecto hechicero de ver á Roma con Corina. No reflexionó esta vez, esta vez salió al punto mismo para ir en busca de Corina, y en el camino miró al cielo, sintió el buen tiempo, y llevó ligeramente la vida: perdiéronse en las nubes de la esperanza sus penas y sus temores; su corazon, tanto tiempo oprimido de la tristeza, palpitaba y se estremecia de gozo; temia que no durase tan venturosa disposicion; pero la misma idea de que era pasajera, daba á aquella fiebre de felicidad mas actividad y fuerza.

— ¿ Ya venís ? dijo Corina viendo entrar á lord Nelvil; ¡ ah, perdon ! — y le tendió la mano. Cogióla Osvaldo, imprimió en ella sus labios con el mas tierno cariño, y no sintió en aquel momento la timidez dolorosa que á veces se mezclaba con sus impresiones mas agradables, y le daba sentimientos amargos y penosos con las personas que mas

amaba. La intimidación entre Osvaldo y Corina había empezado desde que se ausentaron; la carta de Corina la había establecido; ambos estaban contentos, y sentían uno á otro una tierna gratitud.

— Por fin, dijo Corina, os enseñaré esta mañana el Panteón y San Pedro: ya tenía alguna esperanza, añadió sonriéndose, de que aceptaríais el viaje de Roma en mi compañía; y por tanto están preparados mis caballos. Os esperé; venísteis; bien; partamos. — ¡Criatura admirable! dijo Osvaldo, ¿quién sois, dónde habeis recogido tantos encantos diversos, que debieran, al parecer, excluirse, sensibilidad, humor festivo, saber profundo, gracia, abandono y modestia? ¿sois una ilusión? ¿sois una ventura sobrenatural para la vida del que os halla? — ¡Ah! si tengo poder de haceros algun bien, repuso Corina, no debeis pensar que renuncie á él nunca. — Cuidado, replicó Osvaldo, asiendo con ternura la mano de Corina, cuidado con ese bien que quereis hacerme. Hace casi dos años oprime mi corazón una mano de hierro; si vuestra dulce presencia me ha dado algun descanso, si respiro cerca de vos, ¿qué será de mí cuando deba volver á entrar en mi suerte? ¿qué será de mí?... — Dejemos al tiempo, dejemos al acaso, interrumpió Corina, decidir si esa impresión de un día que he causado en vos, durará mas de un día: si nuestras almas se comunican y se entienden, no pasará nuestro mutuo afecto. Como quiera, vamos á admirar juntos cuanto puede elevar

nuestro ánimo y nuestros sentimientos; siempre disfrutaremos de este modo de algunos momentos de felicidad. — Acabando estas palabras, bajó Corina, y lord Nelvil la siguió, atónito de su respuesta: parecióle que ella admitía la posibilidad de un semicariño, de un atractivo momentáneo; por fin, pensó advertir ligereza en el modo con que se expresó, y ofendióle esta idea.

Sentóse sin hablar en el coche de Corina, que adivinándole el pensamiento, le dijo: — No creo que el corazón esté hecho de manera que siempre nos háyamos de sentir sin amor absolutamente, ó con la pasión mas invencible; hay principios de cariño que pueden desvanecerse con un examen mas detenido: hay lisonjas, hay desengaños, y el mismo entusiasmo de que somos capaces, si hace mas rápido el encanto, puede hacer tambien la tibieza mas pronta. — Habeis meditado mucho sobre el amor, dijo Osvaldo, con acento amargo. — Corina se sonrojó, y calló algunos momentos; luego rompiendo el silencio con una mezcla bastante notable de franqueza y de dignidad: — No creo, dijo, que haya llegado una mujer sensible á los veinte y seis años jamas, sin haber conocido la ilusión del amor; mas, si no haber sido nunca dichosa, si no haber nunca hallado el objeto capaz de merecer los afectos del corazón, es un título para inspirar interés, soy acreedora al vuestro. — Estas palabras, y el acento con que las pronunció, disiparon un tanto la

nube que se habia levantado en el alma de lord Nelvil; no obstante, dijo entre sí: — Es la mas seductora de su sexo; pero es Italiana; y no aquel corazón tímido, inocente, desconocido de sí mismo, que sin duda posee la jóven Inglesa á quien mi padre me destinaba.

Aquella jóven Inglesa se llamaba Lucila Edgermond, hija del mejor amigo del padre de lord Nelvil; mas era todavía harto niña cuando Osvaldo se ausentó de Inglaterra, para que pudiese darla su mano, ni aun prever con certeza cuál llegaría á ser con el tiempo.

CAPITULO II

Osvaldo y Corina fueron primeramente al Panteon, que hoy llaman *Santa María de la Rotunda*: el catolicismo ha heredado donde quiera en Italia del paganismo; pero el Panteon es el único templo antiguo que se ha conservado entero en Roma, el único en que puede advertirse de lleno la belleza de la arquitectura de aquellos tiempos, y el carácter particular del culto que entónces reinaba. Osvaldo y Corina se detuvieron en la plaza del Panteon, á

fin de admirar el pórtico de aquel templo, y las columnas que le sostienen.

Corina hizo notar á lord Nelvil que el Panteon estaba construido de forma que parecia mucho mayor de lo que es. — La iglesia de San Pedro, dijo, os causará un efecto del todo diverso; al pronto la tendreis por menor de lo que es en realidad: la ilusion favorable del Panteon procede de haber mas espacio entre las columnas, y de que el aire gira con libertad al rededor de ellas; mas en especial de que apenas se ven en él adornos, al paso que San Pedro está cargado de ellos por todas partes: así la poesía antigua no diseñaba mas que los grupos considerables, y dejaba que el discurso del oyente llenase los huecos, y supliese los pormenores; nosotros los modernos, en todo decimos demasiado.

Este templo, prosiguió Corina, fué consagrado por Agripa, favorito de Augusto, á su amigo, ó mas bien á su señor; pero el señor tuvo la modestia de rehusar la dedicacion del templo, y Agripa hubo de dedicarle á todos los dioses del Olimpo, para sustituir al Dios de la tierra, el poder. Encima del Panteon habia un carro de bronce, sobre el cual estaban colocadas las estatuas de Augusto y de Agripa: por cada lado del pórtico se hallaban, con otra forma, las mismas estatuas; y todavía se lee en el frontispicio del templo: *Agripa le consagró*. Augusto dió nombre á su siglo, porque hizo que aquel siglo fuese una época del entendimiento humano:

las obras maestras de sus contemporáneos formaron, digámoslo así, los rayos de su auréola; supo honrar hábilmente á los hombres de genio que cultivaban las letras, y debió á ellos su gloria en la posteridad.

Entremos en el templo, prosiguió Corina; ya lo veis, permanece descubierto casi como en otro tiempo: dicen que esa luz que viene de arriba era emblema de la divinidad superior á todas las divinidades: los paganos gustaron siempre de las imágenes simbólicas, y en verdad parece que este lenguaje es mas propio de la religion que la palabra. Frecuentemente cae la lluvia sobre esos pavimentos de mármol; pero tambien entran á alumbrar las plegarias los rayos del sol; ¡qué serenidad! ¡qué aire festivo se advierte en este edificio! Los paganos divinizaron la vida, y los cristianos han hecho divina la muerte; este es el espíritu de los dos cultos; pero nuestro catolicismo romano es ménos lóbrego que el del norte, como lo observareis, cuando estemos en la iglesia de San Pedro. En lo interior del santuario del Panteon, están los bustos de nuestros mas famosos artistas, adornando los nichos donde estaban colocados los dioses de los antiguos: como desde la destruccion del imperio de los Césares, no ha vuelto á tener casi nunca Italia independendencia política, no se ven aquí grandes ministros ni capitanes ilustres; nuestra gloria consiste únicamente en el genio de la imaginacion; pero ¿no os parece, milord, que

un pueblo que honra los talentos, merecia mas noble suerte?

Soy severo con las naciones, respondió Osvaldo, y creo que siempre merecen la suerte que tienen. — Duro es eso, repuso Corina, y acaso viviendo en Italia, experimentareis un sentimiento de compasion hácia este país hermoso, que la naturaleza adornó, al parecer, como una víctima; pero siquiera acordaos que la mas dulce esperanza de nosotros los artistas, de nosotros los amantes de la gloria, es lograr un sitio aqui: ya he señalado el mio, dijo, mostrando un nicho que aun no se hallaba ocupado: Osvaldo, ¿quién sabe si no volvereis á este recinto, cuando esté mi busto colocado en él? Entónces... — Osvaldo la interrumpió con viveza, y le dijo: Resplandeciendo de juventud y de beldad, ¿podeis hablar de esa suerte al que ya hacen inclinar hácia el sepulcro la desgracia y el padecer? — ¡Ah! replicó Corina, la tormenta puede tronchar en un momento las flores que levantan la cabeza todavía. Osvaldo, querido Osvaldo, añadió despues, ¿por qué no sereis dichoso, por qué?... — No me preguntéis jamas, repuso lord Nelvil; vos teneis vuestros secretos, yo los míos, respetemos mutuamente nuestro silencio. No, no sabeis la conmocion que sentiria si hubiera de contaros mis desventuras. — Calló Corina, y sus pasos, al salir del templo, eran mas lentos, y mas pensativas sus miradas.

Paróse debajo del pórtico. — Allí, dijo á lord Nel-

vil, habia una urna de pórvido sumamente bella, trasladada ahora á San Juan de Latran; contenia las cenizas de Agripa que se colocaron al pié de la estatua que él mismo se levantó : los antiguos cuidaban tanto de suavizar la idea de la destruccion, que sabian separar de ella todo cuanto tiene de lúgubre y de espantosa. Por otra parte sus sepulcros eran tan magníficos, que en ellos se hacia sentir ménos el contraste de la nada de la muerte, y de los esplendores de la vida : mas tambien es cierto que como la esperanza de otro mundo era en ellos mucho ménos viva que en los cristianos, los gentiles se esforzaban á disputar á la muerte la memoria que nosotros depositamos sin temor en el seno del Eterno.

Suspiró Osvaldo, guardando silencio. Las ideas melancólicas tienen mucho atractivo, miéntras no hemos sido profundamente desventurados; pero cuando el dolor en toda su aspereza se apodera del alma, ya no se oyen, sin estremecerse, ciertas voces que en otro tiempo solo excitaban en nosotros meditaciones mas ó ménos agradables.

CAPITULO III

Yendo á San Pedro, se pasa por el puente de Santángelo, y Corina y lord Nelvil le atravesaron á

pié. — En este puente, dijo Osvaldo, volviendo del Capitolio, pensé por primera vez largo tiempo en vos. — No me lisonjeaba, repuso Corina, que aquella coronacion en el Capitolio me valdria un amigo, si bien buscando gloria, siempre esperé que me haria amar : ¿para qué sirviera, á lo ménos á las mujeres, sin esta esperanza? — Detengámonos aqui algunos instantes mas, dijo Osvaldo; ¿qué memoria, entre todos los siglos, puede valer para mi corazon tanto como este sitio que me recuerda el primer dia en que vi á Corina? — No sé si me engaño, respondió ella, pero me parece que el cariño se aumenta, admirando juntamente los monumentos que hablan al alma con verdadera grandeza. Los edificios de Roma no son helados, ni mudos; concibiélos el genio; consagran los acaecimientos famosos; y acaso es preciso amar, Osvaldo querido, y amar en especial un carácter como el vuestro, para complacerse en sentir con él todo lo que se advierte noble y hermoso en el universo. — Sí, repuso lord Nelvil; mas mirándoos, y oyéndoos, no he menester de otras maravillas. — Corina le dió gracias con una hermosa sonrisa.

Detuviéronse, caminando á San Pedro, delante del castillo de Santángelo : — Hé aquí, dijo Corina, uno de los edificios, cuyo exterior presenta mas originalidad : este sepulcro de Adriano, trocado por los Godos en fortaleza, lleva el doble carácter de su primero y de su segundo destino : construido

vil, habia una urna de pórvido sumamente bella, trasladada ahora á San Juan de Latran; contenia las cenizas de Agripa que se colocaron al pié de la estatua que él mismo se levantó : los antiguos cuidaban tanto de suavizar la idea de la destruccion, que sabian separar de ella todo cuanto tiene de lúgubre y de espantosa. Por otra parte sus sepulcros eran tan magníficos, que en ellos se hacia sentir ménos el contraste de la nada de la muerte, y de los esplendores de la vida : mas tambien es cierto que como la esperanza de otro mundo era en ellos mucho ménos viva que en los cristianos, los gentiles se esforzaban á disputar á la muerte la memoria que nosotros depositamos sin temor en el seno del Eterno.

Suspiró Osvaldo, guardando silencio. Las ideas melancólicas tienen mucho atractivo, miéntras no hemos sido profundamente desventurados; pero cuando el dolor en toda su aspereza se apodera del alma, ya no se oyen, sin estremecerse, ciertas voces que en otro tiempo solo excitaban en nosotros meditaciones mas ó ménos agradables.

CAPITULO III

Yendo á San Pedro, se pasa por el puente de Santángelo, y Corina y lord Nelvil le atravesaron á

pié. — En este puente, dijo Osvaldo, volviendo del Capitolio, pensé por primera vez largo tiempo en vos. — No me lisonjeaba, repuso Corina, que aquella coronacion en el Capitolio me valdria un amigo, si bien buscando gloria, siempre esperé que me haria amar : ¿para qué sirviera, á lo ménos á las mujeres, sin esta esperanza? — Detengámonos aqui algunos instantes mas, dijo Osvaldo; ¿qué memoria, entre todos los siglos, puede valer para mi corazon tanto como este sitio que me recuerda el primer dia en que vi á Corina? — No sé si me engaño, respondió ella, pero me parece que el cariño se aumenta, admirando juntamente los monumentos que hablan al alma con verdadera grandeza. Los edificios de Roma no son helados, ni mudos; concibiólos el genio; consagran los acaecimientos famosos; y acaso es preciso amar, Osvaldo querido, y amar en especial un carácter como el vuestro, para complacerse en sentir con él todo lo que se advierte noble y hermoso en el universo. — Sí, repuso lord Nelvil; mas mirándoos, y oyéndoos, no he menester de otras maravillas. — Corina le dió gracias con una hermosa sonrisa.

Detuviéronse, caminando á San Pedro, delante del castillo de Santángelo : — Hé aquí, dijo Corina, uno de los edificios, cuyo exterior presenta mas originalidad : este sepulcro de Adriano, trocado por los Godos en fortaleza, lleva el doble carácter de su primero y de su segundo destino : construido

para la muerte, se ve rodeado de un impenetrable recinto, y no obstante le han añadido los vivos algo hostil en las fortificaciones exteriores que contrastan con el silencio, y la noble inutilidad de un monumento fúnebre. Sobre la cima se ve un ángel de bronce con su espada desnuda, y en lo interior hay fabricadas cruelísimas prisiones: todos los sucesos de la historia de Roma, desde Adriano hasta nuestros días, están enlazados con este monumento: aquí se defendió Belisario contra los Godos, y casi tan bárbaro como los que le embestian, arrojó contra los enemigos las hermosas estatuas que adornaban lo interior del edificio: Crecencio, Arnaldo de Brescia, Nicolas de Rienzi (1), estos amigos de la libertad romana, que tantas veces equivocaron las esperanzas con las memorias, se defendieron largo tiempo dentro del sepulcro de un emperador. Amo estas piedras que se juntan á tantos ilustres hechos; amo este lujo del dueño del orbe, un magnífico sepulcro; porque se advierte cierta grandeza en el hombre que poseyendo todas las delicias, y todas las pompas terrestres, no teme pensar con tanta anticipacion en su muerte: y el alma se llena de ideas morales, y sentimientos desinteresados, cuando sale en algun modo de los términos de la vida.

Desde aquí, continuó Corina, debiera descubrirse San Pedro, y hasta aquí deberian extenderse las co-

(1) Hállanse estos hechos en la *Historia de las*
litanas de la edad media, por Mr. Simonde, Ginebrino.

ita-

lumnas que tiene delante; tal era el soberbio plan de Miguel-Angel; creia, á lo ménos, que lo acabasen despues de sus días; mas los hombres de nuestros tiempos, ya no se acuerdan de la posteridad; y una vez puesto en ridículo el entusiasmo, todo se deshace, á excepcion del dinero, y del poder. — Vos hareis renacer ese sentimiento, exclamó Osvaldo. ¿Quién experimentó nunca la felicidad que yo gozo? Roma enseñada por vos; Roma interpretada por la imaginacion y el genio; *Roma, que es un mundo animado por la ternura, sin la cual el mismo mundo es un desierto* (1). ¡Ah, Corina! ¿qué sucederá á estos días, mas dichosos de lo que consienten mi fortuna y mi corazón? — Corina respondió suavemente: — Todos los afectos sinceros vienen del cielo, Osvaldo, ¿por qué no protegeria lo que inspira? A él toca disponer de nosotros.

Aparecióseles entónces San Pedro, aquel edificio, el mayor que jamas alzaron los hombres, porque las mismas pirámides de Egipto no le igualan en elevacion. — Tal vez, dijo Corina, hubiera debido mostraros despues de todos el mas hermoso edificio; pero no es ese mi sistema: paréceme que para hacerse sensible á las bellas artes es preciso comenzar viendo los objetos que causan una admiracion viva y profunda: probado una vez este sentimiento,

(1) Pensamiento de *Goethe*, el poeta, el filósofo, el literato mas notable que hoy vive en Alemania, por su originalidad y su imaginacion.

revela, digámoslo así, otra esfera nueva de ideas, y hace despues mas capaz de amar, y de juzgar todo aquello que en un órden inferior, representa la primera impresion que recibimos: todas esas graduaciones, todas esas maneras prudentes y variadas para preparar á grandes efectos, no son de mi agrado, no se llega á lo sublime por escalones; sepáranle distancias infinitas de lo que solamente es hermoso. — Osvaldo sintió un movimiento del todo extraordinario, al llegar enfrente de San Pedro: era la primera vez que una obra de los hombres le causaba el mismo efecto que una maravilla de la naturaleza, porque es el único trabajo del arte, en nuestra tierra actual, que tenga aquella especie de grandeza característica de las obras inmediatas de la creacion. Corina gozaba de la admiracion de Osvaldo. — He escogido, le dijo, un dia en que el sol está en todo su brillo para haceros ver este monumento: os reservo otro placer mas íntimo, mas religioso, esto es, contemplarle al resplandor de la luna; pero ántes era menester que asistiérais á la mas espléndida de las fiestas, el genio del hombre adornado con la magnificencia de la naturaleza.

La plaza de San Pedro está rodeada de columnas delgadas de léjos, y macizas de cerca: el terreno que va siempre subiendo un poco hasta el pórtico de la iglesia, aumenta todavía el efecto que produce; y un obelisco de ochenta piés de alto, que apénas parece elevado á vista de la cúpula de

San Pedro, ocupa el centro de la plaza. La forma de los obeliscos, por sí sola, tiene un no sé qué agradable á la imaginacion; su vértice se pierde en el aire, y parece que lleva al cielo un gran pensamiento del hombre. Este monumento, traído de Egipto para adornar los baños de Caligula, y despues trasladado por Sisto V al pié del templo de San Pedro, este contemporáneo de tantos siglos, que nada pudieron contra él, inspira un sentimiento de respeto; siéntese tan pasajero el hombre, que siempre se conmueve al ver lo que es inmutable. A cierta distancia de los dos lados del obelisco, suben dos fuentes de donde brota perpetuamente el agua, y vuelve á caer en gran copia formando cascada en el aire: aquel murmullo de las ondas que acostumbramos oír en medio del campo, causa en este recinto una sensacion enteramente nueva; mas esta sensacion concuerda con la que hace nacer el aspecto de un templo majestuoso.

La pintura y la escultura, las mas veces imitando la figura humana, ó algun objeto existente en la naturaleza, excitan en nuestra alma ideas perfectamente claras y positivas; pero un hermoso monumento de arquitectura no tiene, digámoslo así, sentido determinado, y al contemplarle, nos sobrecoge aquella meditacion sin cálculo, y sin fin, que tanto extiende el pensamiento: el murmullo de las aguas conviene á todas las impresiones vagas y profundas; es uniforme al modo que es regular el edificio.

Así se reunen uno á par de otro :

L'éternel mouvement et l'éternel repos (1).

En este sitio especialmente no tiene el tiempo poder, porque no le es dado agotar aquellos veneros bullidores, así como no puede conmovier aquellas inmóviles piedras : las aguas que se lanzan en haces de aquellas fuentes son tan leves y tan nebulosas, que en un día hermoso producen en ellas los rayos del sol pequeños arcos iris, formados de los mas bellos colores.

Deteneos aquí un momento, dijo Corina á lord Nelvil, cuando ya estaba debajo del pórtico de la iglesia ; deteneos ántes de alzar la cortina que cubre la puerta del templo : ¿ no palpita vuestro corazón acercándoos á este santuario ? ¿ y no sentís en el momento de entrar, todo aquello que haría sentir la expectacion de un acaecimiento solemne ? — Corina misma alzó la cortina, y la tuvo para dejar pasar á lord Nelvil ; tan graciosa en aquella actitud, que la primera mirada de Osvaldo fué para considerarla, y aun se complació durante algunos momentos en no observar nada mas que á ella : entró, por fin, en el templo, y la impresion que experimentó bajo aquellas inmensas bóvedas fué tan honda y tan regiliosa, que el mismo sentimiento del amor ya no bastaba para llenar enteramente su alma. Caminaba

(1) El movimiento eterno y el eterno descanso.
Verso de *Mr. de Fontanes*.

con pasos lentos al lado de Corina, y uno y otro callaban : allí todo impone silencio ; el menor rumor resuena tan á lo léjos, que ninguna palabra parece digna de repetirse de semejante modo en una mansion casi eterna. Solo la plegaria, el acento de la desventura, por débil que fuere la voz de que procede, conmueve profundamente aquel vasto recinto ; y cuando se oye de léjos venir á un anciano, por debajo de las inmensas bóvedas arrastrando su trémula planta por los hermosos mármoles regados de tantas lágrimas, se ve que el hombre es augusto por la misma enfermedad de su naturaleza que sujeta á su alma divina á tanto padecer, y que el culto del dolor, el cristianismo, contiene el verdadero secreto del tránsito del hombre por la tierra.

Corina interrumpió la meditacion de Osvaldo, y le dijo : — Habeis visto iglesias góticas en Inglaterra y en Alemania, y habreis advertido que tienen un carácter mucho mas lóbrego que esta : en efecto el catolicismo de los pueblos setentrionales tenia cierto aire místico, en vez que el nuestro habla á la imaginacion por los objetos exteriores. Miguel-Angel dijo, viendo la cúpula del Panteon : « yo la pondré en el aire » y realmente San Pedro es un templo colocado sobre una iglesia. Hay cierta union de las religiones antiguas y del cristianismo en el efecto que lo interior de este edificio produce en la fantasia ; y muchas veces vengo á pasearme por él para restituir al alma la serenidad que suele perder.

La vista de tal monumento es como una música fija y continua, que nos espera para hacernos bien, cuando nos acercamos á ella; ciertamente es preciso contar entre los títulos de nuestra nación á la gloria la paciencia, el ánimo y el desinterés de los caudillos de la iglesia, que consagraron ciento y cincuenta años, y tantas riquezas y tantos trabajos, á acabar un edificio que no podían lisonjarse de disfrutar los que le levantaban. Es un servicio, aun á la moral pública, hacer á un pueblo el don de un monumento, emblema de tantas ideas nobles y generosas. — Sí, respondió Osvaldo, aquí tienen las artes grandeza, y genio la imaginación; ¿pero la dignidad del hombre cómo se defiende? ¿qué instituciones, qué flojedad en la mayor parte de los gobiernos de Italia! ¿y aunque tan débiles, cómo oprimen! — Otros pueblos, interrumpió Corina, han sufrido como nosotros el yugo, y han carecido además de la imaginación que hace soñar otro destino :

Servi siam, si, ma servi ognor frementi (1),

dice Alfieri, el mas allivo de nuestros escritores modernos : y nuestras bellas artes tienen tanta alma, que acaso un día igualará nuestro carácter á nuestro genio.

Mirad, prosiguió Corina, esas estatuas puestas encima de los sepulcros, esos cuadros de mosaico, pacientes y fieles copias de las obras famosas de nues-

(1) Siervos somos, mas siervos siempre inquietos,

tros grandes maestros; jamas examino por menor á San Pedro, porque no me agrada encontrar en él esas bellezas multiplicadas que alteran algo la impresión del conjunto. ¿Qué es, pues un monumento donde parecen adornos surperfluos las mismas obras muestras del entendimiento humano? Este templo es como un mundo aparte; hállase en él asilo contra el frio y contra el calor; tiene sus estaciones propias, y su primavera perpetua, jamas alterada por la atmósfera exterior : debajo de su pavimento está edificada una iglesia subterránea, donde se han sepultado los Papas, y muchos soberanos extranjeros, y Cristina, despues de su abdicación, y los Estuardos despues que su linaje cayó del trono. Roma es, há largo tiempo, refugio de los desterrados del mundo, ¡y Roma misma no está destronada! su vista consuela á los reyes despojados como ella.

*Cadono le città, cadono i regni,
E Puóm d'esser mortal, par che si sdegni!* (1)

Poneos aquí, dijo Corina á lord Nelvil, junto al altar, en medio de la cúpula, descubrireis por entre las rejas de hierro la iglesia de los muertos, que está debajo de nuestros piés, y levantando los ojos, apenas alcanzarán vuestras miradas al vértice de la bóveda. Esta media naranja, considerándola aun desde abajo, hace experimentar un sentimiento de

(1) Caen ciudades y los reinos mueren,
¡Y los hombres mortales ser no quieren!

terror, parece que se ven abismos suspendidos sobre la cabeza. Todo lo que excede á cierta proporcion, causa al hombre, á la criatura limitada, un espanto invencible. Lo que conocemos es igualmente inexplicable que lo desconocido; pero hemos practicado, digámoslo así, nuestra oscuridad habitual, al paso que los misterios nuevos nos pasan, y turban nuestras potencias.

Toda esta iglesia se halla adornada de mármoles antiguos, y estas piedras saben mas que nosotros de los siglos pasados : ved aquí la estatua del Júpiter, de que han hecho un San Pedro, poniéndole una auréola en la cabeza. La expresion general de este templo caracteriza perfectamente la mezcla de los dogmas oscuros y las ceremonias brillantes; un caudal de tristeza en las ideas, pero en la aplicacion la blandura y viveza del mediodía; intenciones severas, pero interpretaciones dulcissimas; la teología cristiana, y las imágenes del paganismos; en fin, la reunion mas portentosa del esplendor y de la majestad que puede dar el hombre á su culto respecto de la divinidad. Los sepulcros adornados con las maravillas de las bellas artes, no presentan la muerte bajo un aspecto temible : no pintan, como los antiguos, ni esculpen en los sarcófagos danzas y juegos, pero apartan la imaginacion de la contemplacion de un féretro, con las obras maestras del genio : llaman á la inmortalidad sobre el mismo altar de la muerte; y la fantasía,

exaltada por la admiracion que inspiran, no siente, como en el Norte, el silencio y el frio, inmutables guardianes de los sepulcros. Sin duda, dijo Osvaldo, nosotros queremos que la tristeza rodee á la muerte, y aun ántes que nos alumbrasen las luces del cristianismo, nuestra mitología antigua, nuestro Osian, no pone al lado de la tumba mas que los sentimientos y los cantos fúnebres. Aquí quereis olvidar y gozar; no sé si desearia que vuestro hermoso cielo me hiciese esta especie de bien. — No penseis, sin embargo, repuso Corina, que nuestro carácter sea ligero, ni frívolo nuestro entendimiento; solo la vanidad hace frívolos; la indolencia puede causar algunos intervalos de sueño, ó de olvido en la vida; mas ni debilita, ni corrompe el corazon; y por desgracia nuestra, puede salirse de este estado con pasiones mas profundas y mas terribles que las de las almas habitualmente activas.

Acabando estas palabras, Corina y lord Nelvil se acercaban á la puerta de la iglesia. — Volvámonos otra vez todavía á mirar ese inmenso santuario, dijo ella á lord Nelvil. ; Mirad qué despreciable es el hombre delante de la religion, aun cuando solo consideramos su emblema natural ! ; mirad qué inmovilidad, qué duracion pueden dar los mortales á sus obras, al paso que ellos desaparecen tan rápidamente, y no se sobreviven sino con las obras del genio ! Ese templo es una imagen del infinito ; no hay término á los sentimientos que excita, á las

ideas que representa, á la inmensa copia de años que recuerda á la reflexion, ora en lo pasado, ora en lo venidero, y al salir de su recinto parece que se pasa de los pensamientos celestiales á los intereses del mundo, y de la eternidad religiosa al aire ligero del tiempo.

Corina hizo notar á lord Nelvil, luego que estuvieron fuera de la iglesia, que encima de sus puertas estaban representadas en bajos relieves las metamorfosis de Ovidio. — En Roma, dijo, no escandalizan las imágenes del paganismo, cuando las han consagrado las bellas artes, porque las maravillas del genio dan siempre al alma una impresion religiosa, y hacemos homenaje al culto cristiano de todas las obras maestras que inspiraron los demas cultos. — Osvaldo se sonrió de esta explicacion. — Creedme, milord, continuó Corina, hay mucha buena fe en los sentimientos de las naciones, cuya imaginacion es muy viva. Mas hasta mañana; os llevaré, si gustais, al Capitolio; espero proponeros todavía muchas correrías; ¿partireis, cuando se hayan terminado? ¿acaso.....? Detúvose, temiendo haberse excedido. — No, Corina, respondió Osvaldo, no, no renunciaré á este relámpago de felicidad, que tal vez hace brillar sobre mí de lo alto del cielo un ángel tutelar.

CAPITULO IV

Al otro dia partieron con mas confianza y serenidad Corina y Osvaldo: eran dos amigos que viajaban juntos, y empezaban á decir *nosotros*. ¡Ay, qué dulce es este *nosotros*, pronunciado por el amor! ¡Qué declaracion contiene, expresada con timidez, y no obstante con viveza! — ¿Vamos al Capitolio? dijo Corina. — Sí, vamos, respondió Osvaldo, y su voz decia con tan sencillas palabras cuanto puede sentirse: ¡tan tierno y tan dulce era su acento! — Desde lo alto del Capitolio, cual está ahora, dijo Corina, podemos fácilmente descubrir las siete colinas, las recorreremos todas una tras de otra; no hay ninguna que no conserve huellas de la historia.

Corina y Osvaldo siguieron el camino llamado en otro tiempo Via sacra ó la Via triunfal. — ¿Pasó por allí vuestro carro? dijo lord Nelvil á Corina. — Sí, respondió ella, ese antiguo polvo debía admirarse de llevar tal carro, pero se han impreso tantas huellas delincuentes en este camino, desde la república romana, que se ha debilitado mucho el sentimiento de veneracion que inspiraba. — Corina se hizo llevar luego al pié de la escalera del Capi-

ideas que representa, á la inmensa copia de años que recuerda á la reflexion, ora en lo pasado, ora en lo venidero, y al salir de su recinto parece que se pasa de los pensamientos celestiales á los intereses del mundo, y de la eternidad religiosa al aire ligero del tiempo.

Corina hizo notar á lord Nelvil, luego que estuvieron fuera de la iglesia, que encima de sus puertas estaban representadas en bajos relieves las metamorfosis de Ovidio. — En Roma, dijo, no escandalizan las imágenes del paganismo, cuando las han consagrado las bellas artes, porque las maravillas del genio dan siempre al alma una impresion religiosa, y hacemos homenaje al culto cristiano de todas las obras maestras que inspiraron los demas cultos. — Osvaldo se sonrió de esta explicacion. — Creedme, milord, continuó Corina, hay mucha buena fe en los sentimientos de las naciones, cuya imaginacion es muy viva. Mas hasta mañana; os llevaré, si gustais, al Capitolio; espero proponeros todavía muchas correrías; ¿partireis, cuando se hayan terminado? ¿acaso.....? Detúvose, temiendo haberse excedido. — No, Corina, respondió Osvaldo, no, no renunciaré á este relámpago de felicidad, que tal vez hace brillar sobre mí de lo alto del cielo un ángel tutelar.

CAPITULO IV

Al otro dia partieron con mas confianza y serenidad Corina y Osvaldo: eran dos amigos que viajaban juntos, y empezaban á decir *nosotros*. ¡Ay, qué dulce es este *nosotros*, pronunciado por el amor! ¡Qué declaracion contiene, expresada con timidez, y no obstante con viveza! — ¿Vamos al Capitolio? dijo Corina. — Sí, vamos, respondió Osvaldo, y su voz decia con tan sencillas palabras cuanto puede sentirse: ¡tan tierno y tan dulce era su acento! — Desde lo alto del Capitolio, cual está ahora, dijo Corina, podemos fácilmente descubrir las siete colinas, las recorreremos todas una tras de otra; no hay ninguna que no conserve huellas de la historia.

Corina y Osvaldo siguieron el camino llamado en otro tiempo *Via sacra* ó la *Via triunfal*. — ¿Pasó por allí vuestro carro? dijo lord Nelvil á Corina. — Sí, respondió ella, ese antiguo polvo debía admirarse de llevar tal carro, pero se han impreso tantas huellas delincuentes en este camino, desde la república romana, que se ha debilitado mucho el sentimiento de veneracion que inspiraba. — Corina se hizo llevar luego al pié de la escalera del Capi-

tolio actual : la entrada del Capitolio antiguo era por el foro. — Quisiera, dijo Corina, que esta escalera fuese la misma que subió Espicion cuando, repeliendo la calumnia con la gloria, fué al templo para dar gracias á los dioses de las victorias que habia conseguido. Mas esta nueva escalera, este nuevo Capitolio ha sido edificado sobre las ruinas del antiguo, para recibir al pacífico magistrado que lleva hoy solo aquel nombre inmenso de senador romano, objeto en otro tiempo de los respetos del orbe. Aquí no tenemos ya mas que nombres ; pero su armonía, su antigua dignidad, causan una especie de sacudimiento todavía, una sensación bastante suave, mezclada de pena y de placer. El otro dia pregunté á una pobre mujer, á quien encontré casualmente, dónde vivía. En la Peña Tarpeya, me dijo, y esta palabra, aunque desnuda de las ideas que excitaba, obra en la imaginacion.

Paráronse Corina y Osvaldo para considerar los dos leones de basalto que hay al pié de la escalera del Capitolio (1) : proceden de Egipto, y los escultores egipcios imitaban con mucho mas genio la figura de los animales que la de los hombres : estos leones son

(1) Los mineralogistas aseguran que estos leones no son de basalto, por cuanto no puede existir en Egipto la piedra volcánica que hoy se llama así ; pero como Plinio nombra basalto la piedra egipcia de que están hechos estos leones, y el historiador de las artes, Winckelman, les conserva tambien este nombre, ha parecido podia usarse en su primitiva acepcion.

noblemente mansos, y su especie de fisonomía es la verdadera imágen de la tranquilidad en la fuerza.

A guisa di leon, quando si posa (1).

DANTE.

A poca distancia de estos leones se ve una estatua mutilada de Roma, que los Romanos modernos han colocado en aquel sitio, sin pensar que daban así el emblema mas perfecto de su Roma actual. No tiene aquella estatua cabeza ni piés, pero el cuerpo y la vestidura tienen todavía bellezas antiguas. En lo alto de la escalera están dos colosos que representan, segun se cree, á Cástor y Pólux, despues los trofeos de Mario, y luego dos columnas miliares que servian para medir el universo romano, y la estatua ecuestre de Marco Aurelio, hermosa y serena en medio de aquellas diversas memorias. Todo está allí, los tiempos heroicos representados por los Dioscuros, la república, por los leones, por Mario las guerras civiles, y los tiempos felices de los emperadores por Marco Aurelio.

Siguiendo adelante hácia el Capitolio moderno, se encuentran á diestra y siniestra dos iglesias construidas sobre las ruinas del templo de Júpiter Fere-trio y de Júpiter Capitolino : enfrente del vestibulo hay una fuente presidida por dos rios, el Nilo, y el Tiber, con la loba de Rómulo : no se pronuncia el nombre del Tiber, como el de los demas rios sin

Al modo del leon, cuando reposa.

gloria; es una de las delicias de Roma decir: *Lle-
vadme á las márgenes del Tiber; atravesemos e.
Tiber*; y parece que pronunciando estas palabras
se evoca la historia, y se reaniman los muertos.
Yendo al Capitolio por la parte del foro, se hallan
á la derecha las cárceles Mamertinas: estas cár-
celes fueron construidas primero por Anco Mar-
cio, y servian entónces para los reos comunes; pero
Servio Tulio hizo despues abrir debajo de tierra
otras mucho mas crueles para los reos de Estado,
como si estos delinquentes no debiesen ser tratados
con mas indulgencia, por cuanto pueden haber er-
rado de buena fe. Yugurta y los cómplices de Cati-
lina murieron en aquellas cárceles, donde tambien
dicen estuvieron encerrados san Pedro y san Pa-
blo. A la otra parte del Capitolio está la Peña Tar-
peya, y al pié de esta peña se encuentra hoy un hos-
pital, llamado *el hospital del Consuelo*. Parece que
el carácter severo de la antigüedad y la mansedum-
bre del cristianismo se han reunido en Roma, rom-
piendo los siglos, y se ostentan á la vista y á la
reflexion.

Quando llegaron Osvaldo y Corina á lo alto de la
torre del Capitolio, le enseñó esta las siete colinas
la ciudad de Roma limitada primero al monte Palatino,
despues á las murallas de Servio Tulio, en que se
contenian las siete colinas, y por fin á los muros
de Aureliano, que todavía sirven de recinto á la
mayor parte de Roma. Corina recordó los versos de

Tibulo y de Propercio, que se ufanan de los es-
casos principios, de donde se alzó la señora del
orbe (1); el monte Palatino solo fué Roma algun
tiempo; mas despues el palacio de los emperadores
llenó el espacio que bastó ántes á una nacion entera.
Un poeta del tiempo de Neron, hizo con este motivo
este epigrama (2): *Roma será presto un palacio no
mas. Id a Veios, Romanos, si es que ese palacio no
ocupa tambien á Veios*.

Las siete colinas tienen sin comparacion ménos
altura que en otra época, cuando merecian el nom-
bre de *montes escarpados*: Roma moderna está
edificada cuarenta piés sobre Roma antigua; los
valles que separaban las colinas casi se han ce-
gado con el tiempo y con las ruinas de los edificios;
pero lo que es mas extraño, un hacinamiento de
vasos rotos ha levantado dos colinas nuevas (3); y
estos progresos, ó por decir mejor, estas reliquias
de la civilizacion, que igualan los montes con los
valles, y borran así en lo moral, como en lo fisico,
todas las bellas desigualdades producidas por la

(1) *Carpite unne, tauri, de septem collibus herbas,
Dum licet. Hic magnæ jam locus urbis erit.*

TIBULO.

*Hoc quodcumque vides, hospes, quam maxima Roma, est,
Ante Phrygem Aenean collis et herba fuit, etc.*

PROPERCIO, lib. 4, el. 1.

(2) *Roma domus flet: Veios migrate, Quirites;
Si non et Veios occupat ista domus.*

(3) El monte Citorio y el Testáceo.

naturaleza, son casi una imagen de los tiempos modernos.

Otras tres colinas (1), además de las siete famosas, dan á la ciudad de Roma un aspecto tan pintoresco, que quizá es la única que por sí misma, y en su propio recinto, ofrece los puntos de vista mas magníficos: hállese allí una mezcla tan notable de ruinas y de edificios, de campos y de despoblados que se puede mirar á Roma por todas partes, y ver siempre un hermoso cuadro en la perspectiva opuesta.

No podia cansarse Osvaldo de contemplar los vestigios de la antigua Roma, desde el sitio elevado del Capitolio, donde le habia llevado Corina: la lectura de la historia y las reflexiones que excita, no causan tanta impresion en nuestra alma, como aquellas piedras desordenadas, y aquellas ruinas mezcladas con las nuevas habitaciones. Los ojos son omnipotentes en el alma; despues de haber visto las ruinas romanas, se cree en los antiguos Romanos, como si se hubiese vivido en su tiempo; los recuerdos del entendimiento se adquieren con el estudio; pero los recuerdos de la imaginacion nacen de una impresion inmediata y mas íntima que da vida al pensamiento, y nos hace, por decirlo así, testigos de lo que aprendimos. Ciertamente importunan todas aquellas obras modernas, que vie-

(1) El Yanículo, el monte Vaticano y el monte Mario.

nen á mezclarse con reliquias antiguas: mas un pórtico en pié al lado de un humilde techo; columnas entre las cuales se han fabricado ventanitas de iglesias; un sepulcro, sirviendo de asilo á toda una familia rústica, producen no sé qué mezcla de ideas grandes y sencillas, no sé qué placer de descubrimiento, que inspira un continuo interes. Todo es comun, todo es prosaico en el exterior de la mayor parte de nuestras ciudades europeas, y Roma, mas frecuentemente que otra alguna, presenta el triste aspecto de la miseria y de la degradacion; pero de repente, una columna rompida, un bajo relieve medio destruido, unas piedras unidas al modo indestructible de los arquitectos antiguos, recuerdan que hay en el hombre un poder eterno, una centella divina, y que no debemos cansarnos de incitarla en nosotros y de reanimarla en los demas.

Aquel foro, cuyo recinto es tan estrecho, y que ha visto tantos portentos, es una prueba admirable de la grandeza moral del hombre. Cuando el orbe, en los postreros dias de Roma, yacia sumiso á señores sin gloria, se hallan siglos enteros, de que apenas ha podido salvar la historia algunos hechos; y aquel foro, breve espacio, centro de ciudad reducidísima entónces, y cuyos habitantes guerreaban en torno de ella por su territorio; aquel foro, ¿no ha ocupado, por los recuerdos que representa, á los genios mas superiores de todos tiempos? ¡Honor, pues, eterno honor á los pueblos animosos y libres,

pues que así cautivan las miradas de la posteridad!

Corina hizo advertir á lord Nelvil que se hallaban en Roma muy pocas reliquias de los tiempos republicanos: los acueductos, los canales subterráneos para dar corriente á las aguas, eran el único lujo de la república, y de los reyes que la precedieron; solo nos quedan de ella edificios útiles, sepulcros levantados á la memoria de los grandes hombres, y algunos templos de ladrillo que subsisten todavía. Despues de la conquista de Sicilia empezaron á usar los Romanos, por primera vez, del mármol para sus monumentos; pero basta ver los sitios donde se hicieron grandes acciones para sentir una conmocion imposible de definir. A esta disposicion del alma debe atribuirse el poder religioso de las peregrinaciones; porque los países célebres en todas clases, aun despues de faltarles sus grandes hombres, y sus monumentos, tienen mucho poder sobre la imaginacion: ya no existe lo que heria la vista; mas queda todavía el atractivo de su memoria.

Ya no se ve señal alguna en el foro de aquella famosa tribuna, desde donde la elocuencia gobernaba al pueblo romano; hállanse todavía tres columnas de un templo levantado por Augusto en honor de Júpiter Tonante, cuando sin herirle cayó un rayo cerca de él, y un arco triunfal á Septimio Severo, que alzó el senado en galardón de sus hazañas. En el fróntis del arco estaban inscritos los nombres

de sus hijos, Caracala, y Geta; mas despues que Caracala asesinó á Geta, hizo quitar su nombre, y aun se ven los vestigios de las letras arrancadas. Mas allá está un templo de Faustina, monumento de la ciega flaqueza de Marco Aurelio; un templo á Vénus, que en tiempo de la república estaba consagrado á Pálas; y un poco mas léjos las ruinas del templo dedicado al Sol y á la Luna, construido por el emperador Adriano, quien envidioso de Apolodoro, famoso arquitecto griego, le dió muerte por haber censurado las proporciones de su edificio.

Al lado opuesto de la plaza, se ven las ruinas de algunos monumentos consagrados á memorias mas nobles y mas puras: las columnas de un templo que segun se cree es el de Júpiter Stator, Júpiter que vedaba á los Romanos huir nunca de sus enemigos; una columna, reliquia de un templo de Júpiter Guardian, colocada, segun dicen, no léjos del abismo en que se precipitó Curcio: las columnas de un templo levantado, en dictámen de unos, á la Concordia, en el de otros á la Victoria: ¿ acaso los pueblos conquistadores confunden estas dos ideas, y piensan que no puede existir verdadera paz sino cuando han sometido el universo? Al extremo del monte Palatino se eleva el arco de triunfo dedicado á Tito por la conquista de Jerusalem: dicese que los Judíos que hay en Roma nunca pasan por debajo de este arco, y se enseña una sendita por donde van para evitarle. Es de desear, por honor de los Judíos,

que esta anécdota sea cierta; á largas desventuras convienen largos recuerdos.

Cerca de allí está el arco de Constantino, hermo-
seado con algunos bajos relieves arrancados del
foro de Trajano por los cristianos, que querian adornar el monumento consagrado al *fundador del reposo*; así fué apellidado el emperador Constantino. Las artes, en aquella época, estaban ya en decadencia, y desnudaban á lo pasado para dar honor á las nuevas proezas. Aquellas puertas triunfales que aun se ven en Roma perpetuaban, en cuanto pueden hacerlo los hombres, los honores tributados á la gloria: habia encima de ellas un sitio destinado para los que tocaban la flauta y el clarin, porque el vencedor, al pasar, se embriagase juntamente con la música y con los aplausos, y disfrutase en un mismo punto de todas las conmociones mas exaltadas.

Enfrente de aquellos arcos triunfales se encuentran las ruinas del templo de la Paz, edificado por Vespasiano; estaba tan cargado de adornos de bronce y de oro en lo interior, que cuando le consumió un incendio, corrieron hasta el foro lavas de metales ardiendo. En fin, el coliseo, la ruina mas hermosa de Roma, termina el noble recinto donde comparece toda la historia: aquel soberbio edificio, cuyas piedras solas, desnudas del oro, y de los metales, subsisten todavía, sirvió de arena á los gladiadores que lidiaban con las fieras. Así entretenian

y engañaban al pueblo romano con violentas conmociones, cuando ya no pudieron elevarse los sentimientos naturales. Entrábase por dos puertas en el coliseo, una consagrada á los vencedores, y otra por donde sacaban los muertos (1). ¡Raro desprecio de la especie humana, destinar anticipadamente la muerte ó la vida del hombre al puro pasatiempo de un espectáculo! Tito, el mejor de los emperadores, dedicó este coliseo al pueblo romano; y aquellas admirables ruinas llevan en sí tan bello carácter de magnificencia y de genio, que casi causa ilusion acerca de la verdadera grandeza, y hace conceder á las obras maestras del arte la admiracion que solamente se debe á los monumentos consagrados á instituciones generosas.

Oswaldo no se dejaba llevar de la admiracion que Corina experimentaba: contemplando aquellas cuatro galerías, aquellos cuatro edificios, alzados unos sobre otros, aquella mezcla de pompa y de vetustez, que inspira á la par el respeto y el enternecimiento, no veia, en aquellos lugares mas que el lujo del señor, y la sangre de los esclavos, y se sentia prevenido contra las bellas artes que no miran el objeto, y prodigan sus presentes á cualquiera que se las destine. Corina procuraba combatir esta disposicion. — No useis, dijo á lord Nelvil, del rigor de vuestros principios de moral y de justicia en la contemplacion de los monumentos de Italia; ya os lo he dicho, la

(1) Sana vivaria, sandapilaria.

mayor parte de ellos recuerdan el esplendor, la elegancia y el gusto de las formas antiguas, mas bien que la época de la virtud romana; ¿pero no encontráis algun rastro de la grandeza moral de los primeros tiempos en el lujo giganteo de los monumentos que le han sucedido? La misma degradacion de este pueblo romano es todavía majestuosa; su luto por la libertad cubre de maravillas al orbe, y el genio de las bellezas ideales procura consolar al hombre de la dignidad real y verdadera que ha perdido. Mirad esos inmensos baños, abiertos á todos los que quieren disfrutar de las delicias orientales; esos circos destinados á los elefantes, que venian á pelear con los tigres; esos acueductos que hacian en un momento un lago de esas arenas, donde luchaban á su vez las galeras, donde se mostraban los cocodrilos, en el sitio mismo en que aparecieron un punto ántes los leones: ¿hé aquí cuál fué el lujo de los Romanos, cuando pusieron en el lujo su orgullo!..... Esos obeliscos traídos de Egipto, y arrebatados á las sombras africanas, para venir á adornar los sepulcros de los Romanos; ese pueblo de estatuas que existia otro tiempo en Roma no puede considerarse como la pompa fastuosa y vana de los déspotas del Asia; es el genio romano, vencedor del mundo, á quien visten las artes con una forma exterior: y esta magnificencia tiene algo sobrenatural, que en su esplendor poético hace olvidar su origen y su objeto.

La elocuencia de Corina excitaba la admiracion de Osvaldo, sin convencerle: buscaba por todas partes un sentimiento moral, y no le bastaba toda la magia de las artes. Entónces se acordó Corina que en aquella misma arena habian muerto, víctimas de su constancia, los cristianos perseguidos; y enseñando á lord Nelvil los altares levantados en honor de sus cenizas, y aquel camino de la cruz que siguen los penitentes al pié de las mas magnificas reliquias de la grandeza mundana, le preguntó si no decia nada á su corazon aquel polvo de los mártires. — Sí, exclamó él, admiro profundamente ese poder del alma y de la voluntad contra los dolores y contra la muerte: un sacrificio, sea cual fuere, es mas hermoso, y mas difícil que todos los movimientos del alma y del pensamiento. La fantasía exaltada puede producir los portentos del genio; mas solo hay verdadera virtud, en quien se sacrifica por su opinion ó por sus sentimientos: solo entónces subyuga en nosotros al hombre mortal un poder del cielo. — Estas palabras nobles y puras alteraron, no obstante, á Corina: miró á lord Nelvil, luego bajó los ojos, y bien que en aquel momento asiase él su mano, y la estrechase contra su corazon, se estremejó de la idea de que un nombre semejante seria capaz de sacrificar á los demas y á sí mismo al culto de las opiniones, de los principios, ó de los deberes que hubiese escogido.

CAPITULO V

Después de la excursión del Capitolio y del foro, emplearon Corina y lord Nelvil dos días en visitar las siete colinas. Los antiguos Romanos celebraban una fiesta en honor de ellas, porque en efecto es una de las bellezas originales de Roma, ver aquellos montes encerrados en su recinto, y sin trabajo se comprende cómo se complacía en celebrar esta singularidad el amor de la patria.

Habiendo visto el día anterior Corina y Osvaldo el monte Capitolino, volvieron á emprender sus excursiones por el monte Palatino, que ocupaba enteramente el palacio de los Césares, llamado el *Palacio de oro*. Este monte no presenta ahora mas que las reliquias de aquel palacio : Augusto, Tiberio, Calígula y Neron edificaron los cuatro lados, y hoy solo quedan algunas piedras cubiertas de plantas fecundas ; la naturaleza recobró su imperio sobre los trabajos de los hombres, y la hermosura de las flores consuela de la ruina de los palacios. El lujo, en el tiempo de los reyes, y en el de la república, consistía solamente en los edificios públicos : las casas de los particulares eran muy reducidas y sencillísimas : Ciceron, Hortensio, los Gracos, habitaban encima de aquel monte Palatino, que apenas bastó, en la

época de la decadencia de Roma, para la morada de un hombre solo ; y en los postreros siglos, la nación se redujo á un tropel sin nombre, señalado únicamente por la era de su señor. En vano se buscan en aquellos sitios sus dos laureles plantados delante de la puerta de Augusto, el laurel de la guerra, y el de las bellas artes, cultivados por la paz ; los dos desaparecieron.

Todavía quedan sobre el monte Palatino algunos aposentos de los baños de Livia ; allí se muestra el sitio de las piedras preciosas que entónces se prodigaban en los techos, como un adorno ordinario, y también se ven pinturas, cuyos colores se mantienen perfectamente intactos : la fragilidad misma de los colores aumenta la admiración de verlos conservados, y aproxima á nosotros los tiempos que pasaron. Si es cierto que Livia abrevió la vida de Augusto, concibió tal atentado en uno de aquellos aposentos ; y las miradas del soberano del mundo, vendido en sus afectos mas íntimos, quizá se pararon en alguno de aquellos cuadros, cuyas elegantes flores duran todavía ¿Qué pensó, en su ancianidad, de la vida, y de sus vanas pompas ? ¿Acordóse de sus proserpciones ó de su gloria ? ¿Temió, esperó un mundo futuro ? y el último pensamiento, que todo lo revela al hombre, el pensamiento postrero del dueño del universo, ¿vaga aun hoy por debajo de aquellas bóvedas ?

El monte Aventino ofrece, mas que ningun otro,

vestigios de los primeros tiempos de la historia romana : precisamente enfrente del palacio construido por Tiberio, se ven los escombros del templo de la Libertad, construido por el padre de los Gracos : al pié del monte estaba el templo dedicado á la Fortuna civil por Servio Tulio, para dar gracias á los dioses, porque habiendo nacido esclavo, llegó á ser rey. Fuera de los muros de Roma se hallan tambien las ruinas de un templo que estuvo consagrado á la Fortuna de las mujeres, cuando Veturia detuvo á Coriolano ; enfrente del monte Aventino está el monte Yaniculo, donde Porsena colocó sus escuadras ; y delante de aquel monte hizo Horacio Cócles cortar á su espalda el puente que llevaba á Roma. Los cimientos de este puente duran todavía ; y en las márgenes del rio hay un arco triunfal hecho de ladrillo tan sencillo como era grande la accion que recuerda : este arco, segun se dice, fué levantado en honor de Horacio Cócles. En medio del Tiber se descubre una isla formada de las haces de trigo recogidas en los campos de Tarquino, las cuales estuvieron largo tiempo expuestas en el rio, porque el pueblo romano no queria tomarlas, creyendo que traian mala ventura consigo : difícil fuera en nuestros días hacer caer sobre algunas riquezas maldiciones bastante poderosas para que nadie quisiese tocarlas.

Encima del monte Aventino estuvieron los templos de la Honestidad patricia, y de la Honestidad

plebeya ; al pié del monte se ve el templo de Vesta, que todavía subsiste casi entero, aunque mil veces le ha amenazado el Tiber con sus inundaciones (1) ; y cerca de allí están las ruinas de una cárcel para los deudores, donde pasó, segun dicen, aquel hermoso rasgo, generalmente sabido, de piedad filial ; y en aquel sitio asimismo Clelia y sus compañeras, prisioneras de Porsena, cruzaron el Tiber para volver con los Romanos. Este monte Aventino descansa el alma de todos los recuerdos dolorosos, que excitan las demas colinas, y su aspecto es hermoso como las memorias que representa. Habian dado el nombre de *bella orilla* (*pulehrum littus*) á la márgen del rio que está á la falda de esta colina, y allí se paseaban, al salir del foro, los oradores de Roma ; allí se encontraban César y Pompeyo, como simples ciudadanos, y procuraban atraer á Ciceron, cuya independiente elocuencia les importaba entónces mas que el mismo poder de sus legiones.

La poesia tambien llega á hacer aquella mansion mas hermosa : Virgilio puso sobre el monte Aventino la caverna de Caco ; y los Romanos, tan grandes por su historia, lo son aun mas por las ficciones heroicas con que adornaron los poetas su origen fabuloso. En fin, volviendo del monte Aventino, se advierte la casa de Nicolas Rienzi, que probó vanamente á hacer revivir los antiguos tiempos en los modernos ; y esta memoria, aunque tan débil á par

(1) Vidimus flavum Tiberim, etc.

de las otras, hace todavía pensar largo tiempo. El monte Celio es digno de nota, porque allí se ven las reliquias del campo de los pretorianos, y del de los soldados extranjeros: entre las ruinas del edificio construido para alojamiento de estos soldados, se halló una inscripción que dice: *Al genio santo de los campos extranjeros.* ¡Santo, en efecto, por aquellos cuyo poder mantenía! Lo que aun hay de aquellos antiguos cuarteles hace creer que estaban contruidos á modo de claustros, ó por decir mejor, que los claustros se han construido por su modelo.

El monte Esquilino era llamado el monte de los poetas, porque teniendo Mecénas su palacio en aquella colina, habitaban tambien en ella Horacio, Propercio y Tibulo. No léjos de allí están las ruinas de las termas de Tito y de Trajano; créese que Rafael tomó el modelo de sus arabescos en las pinturas de Tito: y allí se descubrió tambien el grupo de Laocoonte. La frescura del agua da tal sentimiento de placer en los países cálidos, que se esmeraban en reunir en los sitios donde se bañaban todas las pompas del lujo, y todas las delicias de la imaginación. Los Romanos exponían en ellos las obras maestras de la pintura y de la escultura; considerábanlas á la claridad de las lámparas; porque la construcción de aquellos edificios indica que jamas entraba la luz, y querían resguardarse por este medio de los rayos del sol tan penetrantes en el meridiano. La sensación que producen fué causa, sin

duda, de que los antiguos los llamasen los dardos de Apolo; y pudiera creerse, observando las precauciones extremadas de que se valían contra el calor, que el clima era entónces todavía mas ardiente que en nuestro tiempo. En las termas de Caracala estaban colocados el Hércules Farnesio, la Flora, y el grupo de *Dircea*; cerca de Ostia, en los baños de Nerón, se halló el Apolo de Belvedere: y ¿es creíble que aquel emperador no sintiese algunos impulsos generosos contemplando tan noble figura?

Las termas y los circos son las únicas clases de edificios consagrados á diversiones públicas, de que hay señales en Roma. No se encuentra mas teatro que el de Marcelo, cuyas ruinas aun duran; y Plinio refiere, que en un teatro hecho para breves dias, se vieron trescientas sesenta columnas, y mas de tres mil estatuas. Unas veces levantaban los Romanos edificios tan sólidos que resistían á los terremotos; otras se entretenían en dedicar trabajos inmensos á obras que ellos mismos arruinaban concluidas la fiestas; y así jugaban, bajo todas formas, con el tiempo. No tenían, por otra parte, como los Griegos, afición extremada á las representaciones dramáticas; en Roma únicamente florecieron las bellas artes por las obras y los artistas de la Grecia, y la grandeza romana mas bien se manifestaba por la magnificencia colosal de la arquitectura, que por las producciones sublimes de la fantasía. Aquel lujo giganteo, aquellas maravillas de la riqueza,

tienen un gran carácter de dignidad; ya no habia libertad, mas habia poder. Los monumentos destinados á baños públicos se llamaban provincias; y allí se juntaban las varias producciones, y los diversos establecimientos que pueden encontrarse en todo un país. El Circo (llamado *Circus magnus*), de que aun se ven escombros, estaba tan inmediato al palacio de los Césares, que desde las ventanas de su alcázar podía dar Neron la señal para los juegos: era bastante capaz para contener trescientas mil personas; casi toda la nacion estaba divirtiéndose á un mismo tiempo; y aquellas fiestas inmensas podian mirarse como una especie de institucion popular, que reunia á todos los hombres para el placer, como en otros dias se congregaban para la gloria.

El monte Quirinal, y el monte Viminal están tan unidos, que es difícil distinguirlos: allí existia la casa de Salustio, y la de Pompeyo; y allí ha establecido ahora el Papa su mansion. No puede darse un paso por Roma, sin comparar lo presente con lo pasado, y aun los diferentes pasados entre sí; pero el hombre aprende á tranquilizarse sobre los acontecimientos de su tiempo, viendo la perpetua inconstancia de la historia de los hombres; y como que causa rubor agitarse, á la vista de tantos siglos, que han trastornado todos la obra de sus predecesores.

Al lado de las siete colinas, ó sobre su declive, ó

en su cima, se ven levantarse infinitas torres y obeliscos, la columna Trajana, la columna Antonia, la torre de Conti, desde donde pretenden que contempló Neron el incendio de Roma, y la cúpula de San Pedro, que domina todavía á todo lo que domina. Parece que pueblan el aire todos aquellos monumentos que se prolongan hácia el cielo, y que se señorea majestuosamente una ciudad aérea sobre la ciudad de tierra.

Al volver á Roma hizo Corina pasar á Osvaldo por debajo del pórtico de Octavia, de aquella mujer que tanto amó, y padeció tanto: luego atravesaron *el camino malvado*, por donde pasó la infame Tulia, hollando el cuerpo de su padre con la planta de sus caballos: á lo léjos se ve el templo levantado por Agripina en honor de Claudio, á quien hizo envenenar; y por fin se pasa por delante del sepulcro de Augusto, cuyo recinto interior sirve hoy de arena á las contiendas de los animales.

— Os he hecho reconocer bien rápidamente, dijo Corina á lord Nelvil, algunos vestigios de la historia antigua; mas ya comprendereis el placer que puede hallarse en estas investigaciones sábias y poéticas juntamente, que hablan á la par á la fantasía y al pensamiento. Hay en Roma muchos hombres distinguidos, cuya única ocupacion es descubrir un nuevo enlace entre la historia y las ruinas. — No conozco ningun estudio que me inspire mas interes, respondió lord Nelvil, si me ha-

llase bastante sereno para entregarme á él : esta especie de erudicion es mucho mas animada que la que se adquiere en los libros ; parece que se hace revivir lo que se descubre, y que lo pasado renace de en medio del polvo que le sepultó. — Si, por cierto, dijo Corina, y la pasion á esos tiempos antiguos no es una preocupacion vana : vivimos en un siglo en que el interes personal parece el único principio de todas las acciones de los hombres ; y ¡qué simpatía, qué exaltacion, qué entusiasmo puede producir nunca el interes personal! Mas dulce es pensar en aquellos dias de abandono, de sacrificio, y de heroísmo, que han existido, no obstante, y cuyas venerables huellas ostenta la tierra todavía.

CAPITULO VI

Corina se lisonjeaba en secreto de haber aprisionado el corazon de Osvaldo ; mas como conocia su reserva y su severidad, no se habia determinado á mostrarle todo el interes que le inspiraba, si bien, por su índole, se hallaba dispuesta á no ocultar lo que sentia su corazon. Quizá creia tambien que aun

hablándole de asuntos ajenos de su sentimiento, tenia su voz un metal que descubria su mutuo cariño, y que en sus miradas, y en aquella habla melancólica, y poco distinta, que penetra el alma tan hondamente, se pintaba á cada paso una secreta declaracion de amor.

Una mañana, estando disponiéndose Corina para proseguir sus excursiones con Osvaldo, recibió un billete suyo, casi demasiadamente cumplido, por el cual la avisaba que el quebranto de su salud le impediria por algunos dias salir de casa. Oprimió el corazon de Corina una dolorosa zozobra, temiendo que en realidad se hallase enfermo de peligro, pero el Conde de Erfeuil, á quien vió aquella noche, le dijo que su dolencia era uno de los accesos de melancolia, que le asaltaban frecuentemente, y durante los cuales no queria hablar con nadie. — Yo mismo, añadió el Conde de Erfeuil, cuando se halla en esa disposicion, me privo de verle. — Aquel *yo mismo* desagradaba bastante á Corina ; empero guardóse de manifestarlo al único hombre, por quien podia tener nuevas de lord Nelvil : hizole varias preguntas, lisonjeándose de que un hombre de tan poca reflexion, á lo ménos en la apariencia, le diria cuanto supiese ; mas ora quisiese ocultar con un aire misterioso que Osvaldo nada le habia confiado, ora tuviese por mas honroso negar que conceder lo que le pedian, opuso á la fogosa curiosidad de Corina un imperturbable silencio. Ella, que

siempre habia tenido dominio sobre las gentes, con quienes habia hablado, no podia comprender cómo eran infructuosos sus medios de persuasion con el Conde de Erfeuil : ¿no sabia que lo mas inflexible del mundo es el amor propio?

¿Qué arbitrio le quedaba, pues, á Corina para saber lo que pasaba en el corazon de Osvaldo? ; escribirle! ; para escribir era preciso tanta circunspeccion! y Corina era amable especialmente por su abandono y por su naturalidad. Pasaron tres dias, durante los cuales no vió á lord Nelvil, y estuvo atormentada de un desasosiego mortal. — ¿Qué he hecho yo, decia, para apartarle de mí? No le he dicho que le amaba, no he cometido este yerro tan temible en Inglaterra, y tan perdonable en Italia. ¿Lo ha adivinado? ; Pero por qué me ha de apreciar ménos?

Osvaldo únicamente se habia ausentado de Corina, porque se sentia arrastrado con harta violencia por sus atractivos, pues que si bien no habia dado su palabra de ser esposo de Lucila Edgermond, sabia, no obstante, que la intencion de su padre era unirlos, y deseaba conformarse con ella. En fin Corina no era conocida bajo su verdadero nombre, y llevaba, hacia muchos años, una vida excesivamente independiente : semejante union no hubiera merecido (así lo pensaba lord Nelvil) la aprobacion de su padre, y conocia que no era propia tampoco para expiar sus errores con él. Estos

eran los fundamentos que le hacian apartarse de Corina : habia proyectado escribirle, al partir de Roma, lo que le forzaba á tal determinacion; mas como no se hallaba con ánimo bastante para tomarla, se limitaba á no ir á su casa, y aun este sacrificio le pareció harto costoso al segundo dia.

Corina estaba dominada de la idea de no ver mas á Osvaldo, y de que se iria sin decirle adios : á cada instante esperaba recibir la nueva de su partida, y este temor exaltaba su cariño de tal manera, que se sintió improvisamente sobrecogida de la pasion, de aquella garra de buitre que deshace y desvanece la libertad y la ventura. No pudiendo permanecer en su casa, donde no se presentaba lord Nelvil, vagaba á veces con esperanza de hallarle por los jardines de Roma, y soportaba mejor las horas, en que paseándose sin objeto, tenia cualquiera probalidad de divisarle. La ardiente fantasia de Corina era el origen de su talento; pero por su desgracia, aquella fantasia se mezclaba con su sensibilidad natural, y solia hacérsela dolorosísima.

La noche del cuarto dia de aquella cruel ausencia hacia una luna clara y hermosa, y Roma lo es mucho en medio del silencio que trae consigo la oscuridad; parece que entónces solamente la habitan sus ilustres sombras. Corina, al volver de casa de una amiga suya, oprimida del dolor, se apeó de su coche, y descansó algunos momentos cerca de la fuente de Trevi, delante de aquel manantial copioso

que se precipita en cascada en el centro de Roma, y parece la vida de aquella pacífica morada : cuando se detiene algunos dias aquella cascada, diríase que Roma está como adormecida en un profundo letargo ; y así como en las demas ciudades es preciso oír el estruendo de los carruajes, en Roma parece el murmullo de aquella fuente inmensa acompañamiento indispensable de la pensativa existencia que en ella se tiene. La imágen de Corina se pintó en aquella onda tan pura que hace muchos siglos se nombra el *agua virginal* : y Osvaldo que se habia parado en aquel mismo sitio pocos momentos despues, divisó el rostro encantador de su amiga, que se retrataba en el agua. Conmovióse con tanta violencia, que al pronto dudaba si era su imaginacion quien hacia se le apareciese la sombra de Corina, como tantas veces le habia mostrado la de su padre ; inclinóse hácia la fuente para verla mejor, y entónces se reflejaron sus propias facciones á par de las de Corina : conocióle, dió un grito, abanzóse rápidamente, y asióle del brazo, como si hubiera temido que se huyese otra vez ; mas apénas se habia entregado á aquel movimiento harto impetuoso, se llenó de rubor, acordándose del carácter de lord Nelvil, por haber manifestado con tanta viveza lo que sentia, y dejando caer la mano que detenia á Osvaldo, se cubrió con la otra el rostro para no dejar ver su llanto.

— Corina, dijo Osvaldo, querida Corina, ¿mi

ausencia os ha hecho desgraciada? — ¡ Ay ! ¡ sí, respondió, y harto lo sabiais ! ¿ por qué, pues, me habeis querido dar pesar ? ¿ he merecido que me hagais padecer ? — No, exclamó lord Nelvil, no sin duda : mas si no me considero libre, si conozco que tengo en mi pecho ansias y pesares, y nada mas, ¿ por qué he de haceros participar de esta borrasca de sentimientos y de temores ? ¿ Por qué?... — Ya no es tiempo ; el dolor está ya en mi seno, no me aflijais. — ¿ Vos, dolor ? repuso Osvaldo ; ¿ en medio de una carrera tan brillante, de tantos aplausos, con una imaginacion tan viva ? — Tened, dijo Corina, no me conoceis ; de todas mis facultades la mas poderosa es la de padecer : nací para ser dichosa, mi carácter es confiado, mi fantasía exaltada ; pero las penas excitan en mí no sé que ímpetu capaz de turbar mi razon, ó causarme la muerte. Os lo repito, no me aflijais ; la alegría, la inconstancia son en mí aparentes ; mas en mi alma hay abismos de tristeza, que solamente podia evitar librándome del amor.

Corina pronunció estas palabras con una expresion que conmovió vivamente á Osvaldo. — Volveré á veros mañana por la mañana, replicó ; no lo dudeis, Corina, — ¿ Me lo jurais ? dijo ella con una inquietud que en vano procuraba ocultar. — Sí, lo juro, exclamó lord Nelvil, y desapareció.

LIBRO QUINTO

LOS SEPULCROS, LAS IGLESIAS Y LOS PALACIOS

CAPITULO I

Turbáronse al día siguiente, cuando se vieron Osvaldo y Corina : Corina desconfiaba ya del amor que inspiraba ; Osvaldo se sentía descontento de sí mismo, porque advertía en su carácter una especie de debilidad, que á veces le irritaba contra sus propios sentimientos, como contra una tiranía ; y los dos procuraban no hablarse de su mutuo cariño. — Hoy os propongo, dijo Corina, una excursión bastante solemne ; mas que seguramente os ha de interesar : vamos á visitar los sepulcros, y á ver el postrer asilo de los que vivieron un día entre los monumentos, cuyas ruinas hemos contemplado. —

SEPULCROS, IGLESIAS, PALACIOS 135

Si, respondió Osvaldo, adivináis lo que mas conviene á la situación presente de mi alma ; y pronunció estas palabras con acento tan doloroso, que Corina calló algunos instantes, no determinándose á intentar hablarle. Empero, cobrando ánimo por el ansia misma de aliviar á Osvaldo sus penas, haciéndole tomar vivo interés en cuanto veían juntos, le dijo : — Ya lo sabeis, milord, léjos de que la vista de los sepulcros desalentase á los vivos entre los antiguos, pensaban, al contrario, inspirar nueva emulación colocándolos en los caminos públicos, para que recordasen á los jóvenes la memoria de los varones ilustres, y los estimulasen silenciosamente á imitarlos. — ¡ Ah ! ¡ cómo envidió, dijo Osvaldo lanzando un suspiro, á todos aquellos, cuyas penas no van mezcladas con remordimientos ! — ¡ Vos ! ¡ remordimientos ! exclamó Corina ; ¡ vos ! estoy segura de que son en vos una virtud mas, un escrúpulo del corazón, una delicadeza excesiva. — Corina, Corina, no toqueis ese punto, interrumpió Osvaldo : en vuestras venturosas regiones se desvanecen los pensamientos melancólicos á la claridad de los cielos ; pero el dolor que ha ahondado hasta los senos mas profundos del alma, conmueve siempre toda nuestra existencia. — Juzgais mal de mí, respondió Corina ; os lo he dicho, aunque mi carácter es propio para disfrutar activamente de la felicidad, padecería mas que vos, si... No acabó, y mudó de conversacion. — Mi único deseo, milord, prosiguió, es

distraeros un momento: no aspiro á nada mas. — La suavidad de esta respuesta enterneció á lord Nelvil; y advirtiéndole en las miradas de Corina, naturalmente tan llenas de interes y de fuego, una expresion de melancolía, sintió entristecer á una persona nacida para las impresiones vivas y agradables, y procuró hacerlas renacer en su mente; pero la zozobra que experimentaba Corina de los proyectos de Osvaldo, y de la posibilidad de su partida, turbada absolutamente su serenidad acostumbrada.

Llevó á lord Nelvil fuera de las puertas de la ciudad, por los antiguos vestigios de la vía Apia: estos vestigios están señalados, en medio del campo de Roma, con sepulcros á derecha y á izquierda, cuyas ruinas se distinguen hasta perderse de vista á muchas millas mas allá de los muros; porque los Romanos no consentían sepultar los muertos en lo interior de la ciudad; solo se admitían en su recinto los sepulcros de los emperadores. No obstante, un simple ciudadano, llamado Publio Biblio, logró esta merced en galardón de sus oscuras virtudes. En efecto, los contemporáneos honran mas gustosos estas que ningunas otras.

Pásase para ir á la vía Apia por la puerta de San Sebastian, nombrada en otro tiempo *Capena*. Ciceron dice que saliendo por aquella puerta, los primeros sepulcros que se descubren son los de los Metelos, los Escipiones, y los Servilios. El sepulcro

de los Escipiones se ha hallado en aquel propio sitio, y se ha trasladado luego al Vaticano. Casi es un sacrilegio mudar las cenizas, ó alterar las ruinas; la imaginacion tiene mas intimidad que se piensa con la moral, y no debe ofendérsela: entre tantos sepulcros que hieren la vista, se colocan nombres á la ventura, sin certeza alguna de lo que se supone; pero esta misma incertidumbre inspira una conmocion que no deja mirar con indiferencia ninguno de aquellos monumentos. Hay dentro de algunos casas de aldeanos, porque en Roma se destinaban terrenos dilatados, y edificios bastante espaciosos á la urna funeraria de los amigos, ó de los conciudadanos célebres; y no conocían el árido principio de utilidad que fertiliza algunos rincones mas de tierra, al paso que hace estéril el vasto imperio de la sensibilidad y del pensamiento.

Mirase, á cierta distancia de la vía Apia, un templo levantado por la república al Honor y á la Virtud; otro al dios que hizo retroceder á Aníbal; la fuente Egeria, adonde iba Numa á consultar la divinidad de los hombres honrados, la conciencia examinada en la soledad. Parece que solamente subsisten todavía en torno de aquellos sepulcros las huellas de las virtudes; no hay al lado del sitio donde descansan aquellos illustres muertos, monumentos algunos de los siglos del delito; hanse rodeado de un espacio honroso, donde pueden reinar sin verse turbadas las mas nobles memorias.

La vista del campo al rededor de Roma merece singular atencion : es á la verdad un desierto, puesto que no tiene árboles ni habitaciones ; pero la tierra se ve cubierta de plantas naturales renovadas de continuo por la energía de la vegetacion : deslizanze aquellas plantas parásitas dentro de los sepulcros, y adornando sus ruinas, se muestran allí, al parecer, solo para honrar á los muertos ; dícese que la naturaleza orgullosa ha despreciado todos los trabajos del hombre, desde que no guian ya los Cincinatos el arado que rompía su seno ; cria plantas á la ventura, sin consentir que los vivos se aprovechen de su riqueza : aquellos llanos sin cultivo deben desagradar á los agricultores, á los que gobiernan, á todos los que calculan sobre la tierra, y desean beneficiarla para las necesidades del hombre ; mas los corazones pensativos, á quienes ocupa tantola muerte como la vida, se complacen en mirar el campo de Roma, donde no ha estampado huella alguna el tiempo presente ; aquella tierra que ama á sus muertos, y los cubre amorosamente con las inútiles flores, con las inútiles plantas que se arrastran por el suelo, sin levantarse nunca bastante para apartarse de las cenizas que están como acariciando.

Confesó Osvaldo que en aquel sitio debía disfrutarse de mas sosiego que en otro alguno, porque allí no padece el alma tanto con las imágenes que le representa el dolor, y como que se goza todavía con

los que ya no existen del atractivo de aquel ambiente, de aquel sol, y de aquella verdura. Corina advirtió la impresion que sentia lord Nelvil, y concibió esperanza ; no se lisonjeaba de consolar á Osvaldo ; ni acaso habria deseado borrar de su corazon el justo pesar que debia causarle la pérdida de un padre ; pero aun en el mismo sentimiento de las penas se encuentra no sé qué dulzura y armonía, que es preciso hacer conocer á los que todavía no han probado mas que su amargura ; este es el bien único que puede ya hacerseles.

— Parémonos aquí, dijo Corina, enfrente de este sepulcro, único que permanece casi entero ; no es de un Romano famoso, sino el de Cecilia Metella, doncella jóven, á quien su padre hizo levantar este monumento. — ¡ Dichosos, exclamó Osvaldo, dichosos los hijos que mueren en brazos de su padre, y reciben la muerte en el seno que les dió la vida ! la muerte misma pierde para ellos su dardo.

— Sí, dijo Corina, alterada, ¡ dichosos los que no son huérfanos ! Mirad, aunque este sepulcro es de una mujer, han esculpido armas sobre él ; pero las hijas de los héroes pueden tener sobre sus sepulcros los trofeos de sus padres ; y es bella la union de la inocencia con el valor. Propercio en una elegía pinta mejor que nadie en la antigüedad aquella dignidad de las mujeres entre los Romanos, mas majestuosa y mas pura que el propio imperio de que gozaban en los tiempos de la caballería. Cornelia,

muerta en la flor de sus años, dirige á su esposo tiernos adios y tiernos consuelos, y casi en cada palabra se advierte en ellos cuánto tienen respetable y sagrado los vínculos de familia : pintase en aquella poesía pomposa de los Latinos, en aquella poesía noble y severa como los señores del orbe, el noble orgullo de una vida sin mancilla. *Si*, dice Cornelia, *ninguna mancha oscureció mi vida desde el himeneo hasta la pira; vivi limpia entre las dos antorchas* (1). ¡Qué admirable expresion! exclamó Corina, ¡qué sublime imágen! ¡y cuán envidiable es la suerte de la mujer que puede haber conservado de esa manera la mas perfecta unidad en su destino, y no lleva al sepulcro mas que una memoria! basta para una vida.

Al acabar estas palabras, se llenaron los ojos de Corina de lágrimas, y un sentimiento cruel, y una sospecha dolorosa se apoderaron del corazón de Osvaldo. — Corina, exclamó, Corina, vuestra alma delicada ¿no tiene cosa alguna de que arrepentirse? Si pudiese disponer de mí, si me fuese dado ofrecerme á vos, ¿no tendría rivales en lo pasado? ¿podría envanecerme de mi eleccion? ¿no turbarian mi ventura los crueles celos? — Soy libre y os amo cual jamas he amado, respondió Corina; ¿qué mas pretendéis? ¿Quereis condenarme precisamente á confesaros que ántes de haberos visto pudog enañarme mi fantasia

(1) *Viximus insignes inter utramque facem*

sobre el interes que otro me inspiraba? ¿no hay en el corazón del hombre una compasion divina para los errores que la ternura, ó la ilusion de la ternura, hace cometer? — Al concluir de decir esto, se cubrió su semblante de un modesto rubor; Osvaldo se estremeció, mas guardó silencio. Tenia el mirar de Corina una expresion de arrepentimiento y de timidez que no le permitió juzgarla con severidad, y le pareció que descendia sobre ella para concederle perdon un rayo del cielo : cogióle la mano, apretóla contra su corazón, y se arrodilló delante de ella sin pronunciar una voz, sin prometer cosa alguna, empero contemplándola con una mirada amorosa que permitia esperarle todo.

— Creedme, dijo Corina á lord Nelvil, no hagamos proyectos para los años que han de venir; los momentos mas dichosos de la vida son aquellos que nos concede un benéfico acaso : ¡y aquí, en medio de los sepulcros, hemos de creer tanto en lo venidero? — No, exclamó lord Nelvil, no creo en un porvenir que nos haya de separar; estos cuatro dias de ausencia me han hecho ver que ya no existia sino por vos. — No respondió Corina á estas dulces palabras; mas las regoció religiosamente en su corazón; siempre temia, prolongando la conversacion sobre el sentimiento que únicamente la dominaba, excitar á Osvaldo á declarar sus ideas, ántes que un hábito mas largo le hiciese imposible la separacion. Muchas veces dirigia de propósito su atencion á los ob-

jetos exteriores, á la manera de aquella Sultana de los cuentos árabes, que procuraba cautivar con mil diferentes narraciones el ánimo de su amado, para dilatar la decision de su suerte hasta el punto en que lograron la victoria los atractivos de su entendimiento.

CAPITULO II

Cerca de la via Apia, vieron Osvaldo y Corina los *Columbarium*, donde los esclavos se han juntado con sus señores, donde se halla en un mismo sepulcro cuanto vivió por la proteccion de un solo hombre, ó de una sola mujer : por ejemplo, las sirvientas de Livia, las que dedicadas á cuidar de su belleza, luchaban por ella con el tiempo, y disputaban á los años algunos de sus atractivos, están colocadas en urnitas á su lado : parece que se está viendo una coleccion de muertos oscuros, en torno de un muerto ilustre, tan callado como su comitiva ; y á corta distancia se descubre un campo donde se enterraban vivas las vestales infieles á sus votos ; ejemplo singular de fanatismo en una religion tolerante por naturaleza.

— No quiero llevaros á las Catacumbas, dijo Corina á lord Nelvil, aunque por una extraña casuali-

dad caen debajo de esta via Apia, descansando casi sepulcros sobre sepulcros. Mas ese asilo de los cristianos perseguidos tiene cierto aspecto tan lóbrego, y tan terrible, que no puedo determinarme á volver á él ; no reina allí la tierna melancolía que se respira en los sitios abiertos ; aquel es el calabozo junto al sepulcro, el suplicio de la vida al lado de las angustias de la muerte. Siéntese, sin duda, una admiracion profunda hácia los varones, que por el poder solo de un santo entusiasmo, pudieron soportar aquella vida subterránea, y se separaron enteramente del sol y de la naturaleza ; pero el alma padece mas de lo que puede sufrir. El hombre es parte de la creacion ; por tanto es preciso que encuentre su armonía moral en el conjunto del universo, en el orden habitual del destierro ; y si bien ciertas excepciones violentas y temibles pueden pasmar al entendimiento, asustan de tal manera la fantasia, que nada favorable puede resultar de ellas al alma. Mejor será, continuó Corina, ir á ver la pirámide de Cestio, en torno de la cual yacen vuestros compañeros de creencia. — Sí, respondió lord Nelvil, allí hallaron su postrera morada muchos compatriotas míos : vamos, pues, quizá será de esa suerte cómo no os dejaré nunca. Corina se estremeció al oír aquellas palabras, y su mano temblaba apoyándose en el brazo de lord Nelvil. — Estoy mejor, repuso él, muchísimo mejor, desde que os conozco. — Y brilló de nuevo en el semblante de Corina la ale-

gria tierna y suave, que era su expresion habitual.

Cestio presidia los juegos de los Romanos, y aunque no se lee su nombre en la historia, su sepulcro le ha hecho famoso, y la pirámide sólida que le tiene encerrado en su seno, defiende su muerte del olvido que borró enteramente su vida. Aureliano, temeroso de que se valiesen de esta pirámide como de una fortaleza para ofender á Roma, la hizo poner dentro de los muros que todavía subsisten, no como ruinas sin provecho, sino como recinto actual de Roma moderna. Dicese que las pirámides imitan en su figura la llama que se levanta de una hoguera; lo cierto es que aquella figura misteriosa atrae las miradas, y da un carácter pintoresco á todos los puntos de vista en que se halla comprendida. Enfrente de la pirámide está el monte Testáceo, debajo del cual hay fresquísimas cuevas, donde se dan festines en los días ardientes del verano; porque la vista de los sepulcros no altera en Roma la alegría de los festines. Los pinos y los cipreses que se divisan de espacio en espacio en la risueña campiña de Italia, recuerdan asimismo aquellas memorias solemnes, y el contraste causa la misma impresion que los versos de Horacio :

..... *Moriture Delli,*

Linquenda tellus, et domus, placens
Uxor (1)

(1) Delio, es fuerza morir : fuerza es la tierra dejar, tu asilo, y tu querida esposa.

en medio de las poesías consagradas á todos los deleites de la tierra. Los antiguos conocieron siempre que la idea de la muerte tiene sus atractivos : el amor y los recocijos la recuerdan, y el movimiento de una viva alegría se aumenta, al parecer, con la misma idea de la brevedad de la vida.

Corina y lord Nelvil volvieron de recorrer los sepulcros, costeando las márgenes del Tiber : cubrianle otro tiempo las naves, y rodeábanle los palacios; hasta sus inundaciones se miraban un día como presagios; era el rio profeta, la divinidad tutelar de Roma (1). Ahora parece que corre por entre las sombras, ¡tan solitario yace, y tan turbio parece el color de sus aguas! Los monumentos mas bellos de las artes, las estatuas mas admirables se han arrojado al Tiber y están escondidas en sus ondas. ¿Quién sabe, si un día, para buscarlas, no le apartarán de su cauce? Empero al discurrir que las obras mas portentosas del ingenio humano, están quizá allí delante de nosotros, y que una vista mas penetrante las descubriría por entre la aguas, se

(1) *Tiberis... quamlibet magnorum navium ex Italo mare capex, rerum in toto orbe nascentium mercator placidissimus, pluribus prope solus quam ceteri in omnibus terris annes, accolitur aspiciturque villis. Nullique fluviorum minus licet, inclusis utrinque lateribus : nec tamen ipse pugnat, quamquam creber ac subitis incrementis, et nusquam magis aquis quam in ipsa urbe stagnantibus. Quin imo vates intelligitur potius ac monitor, auctu semper religiosus verius quam scævus.*

PLIN., *Hist. natur.* 1. 3

siente no sé qué impresion, que renace sin cesar en Roma con formas diversas, y hace hallar una compañía para el pensamiento en los objetos físicos, donde quiera mudos y silenciosos



CAPITULO III

Rafael dijo que Roma moderna estaba casi toda edificada con los escombros de la antigua Roma; y á la verdad no se puede dar un paso por ella, sin que llamen la atención algunas reliquias de la antigüedad: por entre las obras de los siglos recientes, se descubren los *muros eternos*, segun la expresión de Plinio; los edificios de Roma tienen casi todos un carácter histórico, y es fácil distinguir, digámoslo así, la fisonomía de las edades. Desde los Etruscos hasta nuestros días, desde aquellos pueblos mas antiguos que los mismos Romanos, y parecidos á los Egipcios por la solidez de sus trabajos, y la extrañeza de sus dibujos, desde aquellos pueblos hasta el Caballero Bernini, artista amanerado como los poetas italianos del siglo XVII, puede observarse el entendimiento humano en Roma en los diferentes caracteres de las artes, de los edifi-

cios y de las ruinas. La edad média y el siglo brillante de los Médicis vuelven á presentárenos en sus obras, y este estudio de lo pasado en los objetos presentes á nuestra vista nos hace penetrar el genio de los tiempos; parece que Roma tenia en otros días un nombre misterioso, conocido únicamente de algunos adeptos; y que todavía es preciso hallarse iniciado en el secreto de aquella ciudad: no es solo un conjunto de habitaciones, sino la historia del mundo, figurada con varios emblemas, y representada bajo diferentes formas.

Corina convino con lord Nelvil en ir á ver juntos desde luego los edificios de Roma, dejando para mas adelante las portentosas colecciones de pinturas y de estatuas que encierra. Quizá, sin advertirlo, deseaba Corina dilatar cuanto pudiese el exámen de lo que no se puede dejar de ver en Roma; porque ¿quién salió de ella jamas sin haber contemplado el Apolo de Belvedere, y los cuadros de Rafael? Esta garantía, aunque tan débil, de que Osvaldo no partiría aun, daba placer á su imaginación. ¿Es altivez, podrá decirse, procurar detener á una persona amada con otro motivo que el de la pasión? Lo ignoro; mas cuanto es mas ardiente el amor, da ménos confianza la pasión que se inspira; y sea cual fuere la causa que nos asegura la presencia del objeto querido de nuestro corazón, la aceptamos siempre con gusto. A veces tiene gran parte la vanidad en cierta especie de altivez, y si

los atractivos generalmente admirados, cual los de Corina, tienen un privilegio verdadero, es porque permiten poner el orgullo en el sentimiento propio, aun mas que en el que inspiran.

Volvieron, pues, Corina y lord Nelvil á dar principio á sus excursiones por las iglesias mas dignas de nota, entre las infinitas de Roma: todas están adornadas con las magnificencias antiguas; pero con aquellos hermosos mármoles y con aquellos adornos de fiesta arrebatados á los templos paganos, se mezcla no sé qué de lóbrego, y extraño: las columnas de pórfido y de granito eran en Roma tan comunes, que se han prodigado casi sin darles precio alguno; y en San Juan de Latran, en aquella iglesia famosa por los Concilios que en ella se han celebrado, se encuentran tantas columnas de mármol, que muchas están cubiertas con yeso para convertir las en pilastras: ¡tal era la indiferencia que causaba la copia de aquellas riquezas!

Algunas de estas columnas se hallaban en el sepulcro de Adriano, y otras en el Capitolio; estas llevan todavía sobre el capitel la figura de los gansos que salvaron al pueblo romano, y sostienen adornos góticos, y algunos adornos á manera de arabescos. La urna de Agripa oculta las cenizas de un pontífice, porque los mismos muertos han cedido su lugar á otros muertos, y los sepulcros han trocado de dueños casi tantas veces como la mansion de los vivos.

Cerca de San Juan de Latran está la santa escalera, trasladada, segun afirman, de Jerusalem á Roma, y que no se puede subir sino de rodillas. Tambien el mismo César y Claudio subieron arrodillados la escalera que conducia al templo de Júpiter Capitolino. Al lado de San Juan de Latran está la pila donde dicen que Constantino recibió el bautismo, y en medio de la plaza se ve un obelisco que acaso es el monumento mas antiguo que existe en el mundo. ¡Un obelisco contemporáneo de la guerra de Troya! ¡un obelisco, respetado por el bárbaro Cambises, en términos de hacerle mandar cesar en su honor el incendio de una ciudad! ¡un obelisco, por el cual empeñó un rey la vida de su hijo único! Los Romanos le han hecho llegar milagrosamente del centro del Egipto á Italia; mudaron la corriente del Nilo para que fuese á buscarle, y llevarle hasta el mar, y todavía se ve cubierto de jeroglíficos que guardan su secreto hace tantos siglos, y desafian aun hoy las mas sábias investigaciones, mientras que acaso aquellos signos nos revelarian á los Indianos y á los Egipcios, y la antigüedad de la antigüedad. El encanto prodigioso de Roma, no es solo la belleza real de sus monumentos, sino el interes que inspiran excitando á pensar, y esta especie de interes se aumenta cada dia con un nuevo estudio.

San Pablo es una de las iglesias mas singulares de Roma: su exterior es de una granja mal construida,

y lo interior se halla adornado con 80 columnas de tan hermoso mármol, y de tan perfecta forma, que se piensa son pertenecientes á un templo de Aténas descrito por Pausanias. Ciceron dice: *Estamos rodeados de los vestigios de la historia.* ¡Si él lo decia entónces, qué diremos nosotros ahora!

Las columnas, las estatuas y los bajos relieves de la antigua Roma se hallan prodigados de tal suerte en las iglesias de la ciudad moderna, que en una (Santa Ines) los bajos relieves sirven de gradas en una escalera, sin que nadie haya cuidado de averiguar lo que representan. ¡Qué portentosa vista presentaria hoy Roma antigua, si se hubiesen dejado en el mismo sitio donde se hallaron las columnas, los mármoles y las estatuas! aun estaria casi toda en pié la ciudad antigua; ¿mas osaran pasearse por ella los hombres de nuestros dias?

Los palacios de los grandes señores son sumamente espaciosos, de arquitectura á veces hermosa, y siempre llena de majestad; pero los adornos interiores no suelen ser de buen gusto, porque en Roma no se conocen los aposentos elegantes que las comodidades perfeccionadas de la vida social han hecho inventar en otras partes. En estas espaciosas moradas de los príncipes romanos reinan la soledad y el silencio; los indolentes habitantes de aquellos suntuosos palacios se retiran á algunas piezas reducidas, y poco aparentes, y dejan que los extranjeros recorran sus magnificas galerías, donde se ven

reunidas las pinturas mas selectas del siglo de Leon X; porque estos grandes señores romanos distan tanto del pomposo lujo de sus mayores, como ellos distaban de las virtudes austeras de los Romanos de la república. Las casas de campo dan todavía mas idea de la soledad, y de la indiferencia de los dueños, en medio de las mansiones mas admirables del mundo; paséase por aquellos inmensos jardines, sin pensar siquiera que tienen dueño; crece la yerba en medio de las alamedas abandonadas, están los árboles recortados con arte, segun el gusto antiguo que reinaba en Francia: ¡notable rareza, por cierto, olvidar lo necesario, y cuidar de lo inútil con afectado esmero! Pero frecuentemente causa sorpresa en Roma, y en la mayor parte de las ciudades de Italia, la aficion que tienen los Italianos á los adornos amanerados, al paso que están viendo la noble sencillez antigua; aman lo brillante mas que lo elegante y lo cómodo, y en todo tienen las ventajas y los inconvenientes de no vivir habitualmente en sociedad. Su lujo es mas para la fantasia que para la comodidad, y viviendo aislados entre sí, no pueden temer el espíritu de burla que rara vez penetra en Roma á los secretos de la casa; de forma que pudiera creerse muchas veces, observando la oposicion de lo interior con lo exterior de los palacios, que la mayor parte de los grandes señores de Italia adornan sus moradas para deslumbrar á los pasajeros, mas no para recibir en ellas amigos.

Después de examinar las iglesias y los palacios, llevó Corina á Osvaldo á la Villa Mellini, jardín solitario, y sin mas adorno que frondosísimos árboles: desde allí se descubre, á lo léjos, la cadena de los Apeninos, y la transparencia del aire colora aquellos montes, y los aproxima, y los señala de una manera maravillosamente pintoresca. Osvaldo y Corina permanecieron en aquel sitio algun tiempo para disfrutar de la serenidad del cielo, y de la quietud de la naturaleza. No se puede formar idea de aquella quietud singular, sino habiendo vivido en las regiones meridionales; no se percibe en un día caloroso el soplo mas leve de viento; las mas menudas ramas de césped están en una perfecta inmovilidad; hasta los animales participan de la indolencia que inspira el buen tiempo; ni se oye á medio día el zumbido de las moscas, ni el ruido de las cigarras, ni el canto de las aves: nadie se molesta con agitaciones inútiles y pasajeras, todo duerme hasta el punto en que las tormentas y las pasiones despiertan á la naturaleza vehemente, que sale con ímpetu de su profundo descanso.

En los jardines de Roma hay muchos árboles siempre verdes que aumentan todavía la ilusión producida por la suavidad del clima durante el invierno: los pinos de gravísima figura, anchos y hojosos hácia la cima, y casi enlazados unos con otros, forman como una especie de llanura en el aire, cuya vista, mirando desde un sitio bastante

alto, es verdaderamente deliciosa, mientras que los árboles inferiores están situados al abrigo de aquella verde bóveda. Dos palmas no mas se encuentran en Roma, y las dos están en jardines de religiosos; una de ellas, puesta encima de una altura, sirve de punto de vista á lo léjos, y siempre se experimenta un sentimiento de placer al divisar, al volver á hallar en las varias perspectivas de Roma, aquel enviado del Africa, aquella imagen de un mediodía aun mas ardiente que el de Italia, que excita tantas ideas y tantas sensaciones nuevas.

— ¿ No os parece, dijo Corina contemplando con Osvaldo la campiña que los rodeaba, que la naturaleza hace pensar mas en Italia que en ninguna otra parte? Pudiera creerse que está aquí en relación mas inmediata con el hombre, y que el Criador usa de ella como de un idioma entre la criatura y él. — Así me parece, en verdad, replicó Osvaldo; mas ¿ quién sabe si lo que hace mi corazón sensible á cuanto estoy mirando, no es el enternecimiento profundo que vos excitais en mi alma? Vos me revelais los pensamientos y las conmociones que los objetos exteriores pueden producir; solo vivia en mi corazón, y vos despertásteis mi fantasía; empero esta magia del universo que me enseñais á conocer, jamas me presentará cosa alguna mas hermosa que vuestras miradas, ni mas tierna que vuestra voz. — ¿ Pueda ese sentimiento que os inspiro durer á la

par de mi vida, dijo Corina, ó por lo ménos, no dure mi vida mas que él!

Oswaldo y Corina dieron fin á su viaje de Roma por la Villa Borghese, de todos los jardines y palacios romanos el mas adornado con el extremo del gusto y del fausto, por la naturaleza y las artes reunidas en su mayor esplendor. Vense allí árboles de todas especies, y magnificas aguas, mézclanse una reunion increíble de estatuas, vasos y antiguos sarcófagos, con el suave frescor de la jóven naturaleza del Sur; parece que revive en aquel sitio la mitología de los paganos; las náyades están colocadas á la orilla de las aguas, las ninfas en bosques dignos de ser su morada, los sepulcros debajo de las sombras eliseas, la estatua de Esculapio en medio de una isla, la de Vénus en ademan de salir de las ondas; Ovidio y Virgilio pudieran pasearse por aquel hermoso sitio, y pensar que aun se hallan en el siglo de Augusto. Las obras maestras de escultura que encierra el palacio le dan una magnificencia siempre nueva: divisase á lo léjos, por entre los árboles, la ciudad de Roma, y San Pedro, y las campiñas, y los dilatados arcos, reliquias de los acueductos que llevaban á la antigua Roma los manantiales de los montes. Todo allí está dispuesto para el pensamiento, para la fantasía, para la meditacion, las sensaciones mas puras se confunden con los placeres del alma, y dan idea de una perfecta ventura; pero cuando se pregunta ¿por qué

aquella mansion de delicias no está habitada? responden que el mal aire (*la cattiva aria*) no permite vivir allí en el verano.

Este mal aire sitia, digámoslo asi, á Roma; cada año adelanta algunos pasos, y obliga á dejar las habitaciones mas preciosas entregadas á su imperio: sin duda la falta de los árboles en el campo al rededor de la ciudad es una de las causas de la insalubridad del aire, y quizá por esta razon los antiguos Romanos habian consagrado los bosques á las diosas, á fin de que el pueblo los respetase. Ahora ya han caido innumerables selvas: ¿podrian en efecto existir en nuestros dias sitios bastante santificados para que la codicia se abstuviese de talarlos? El mal aire es el azote de los habitantes de Roma, y amenaza á la ciudad con una despoblacion absoluta; mas acaso aumenta el efecto que producen los soberbios jardines que se ven en el recinto de Roma: el maligno influjo no se advierte en ninguna señal exterior; respírase un aire al parecer puro, y en realidad sumamente agradable; la tierra es fértil y risueña, y una frescura suavísima descansa por la noche de los ardientes calores del dia; mas, ¡ay, todo aquello es muerte!

— Agrádame, decia Oswaldo á Corina, este riesgo misterioso, invisible, este riesgo bajo la apariencia de las mas dulces impresiones. Si la muerte no es, como yo creo, mas que un llamamiento á otra existencia mas venturosa, ¿por qué la esencia de las

flores, la sombra de los hermosos árboles, y el aliento refrigerante de la noche, no serían mensajeros encargados de traernos tan fausta nueva? El gobierno debe velar ciertamente por todos medios para conservar la vida humana; pero la naturaleza tiene secretos que solo la imaginación puede penetrar; y fácilmente comprendo cómo los habitantes y los extranjeros no huyen de Roma por la especie de peligro que corren en ella mientras duran las estaciones más hermosas del año.

LIBRO SEXTO

COSTUMBRES Y CARACTER DE LOS ITALIANOS

CAPITULO I

La irresolución del carácter de Osvaldo, aumentada con sus desgracias, le inclinaba á temer todas las determinaciones irrevocables: ni se había siquiera atrevido, en su perplejidad, á preguntar á Corina el secreto de su nombre y de su destino, y no obstante su amor hacía ella cada día se hacía más violento; jamás la miraba sin conmoverse; apenas podía, aun en medio de las gentes, apartarse un instante del sitio donde estaba sentada; y no salía de su labio una palabra que él no sintiese en su corazón, ni tenía un momento de tristeza ó de gozo,

flores, la sombra de los hermosos árboles, y el aliento refrigerante de la noche, no serían mensajeros encargados de traernos tan fausta nueva? El gobierno debe velar ciertamente por todos medios para conservar la vida humana; pero la naturaleza tiene secretos que solo la imaginación puede penetrar; y fácilmente comprendo cómo los habitantes y los extranjeros no huyen de Roma por la especie de peligro que corren en ella mientras duran las estaciones más hermosas del año.

LIBRO SEXTO

COSTUMBRES Y CARACTER DE LOS ITALIANOS

CAPITULO I

La irresolución del carácter de Osvaldo, aumentada con sus desgracias, le inclinaba á temer todas las determinaciones irrevocables: ni se había siquiera atrevido, en su perplejidad, á preguntar á Corina el secreto de su nombre y de su destino, y no obstante su amor hacía ella cada día se hacía más violento; jamás la miraba sin conmoverse; apenas podía, aun en medio de las gentes, apartarse un instante del sitio donde estaba sentada; y no salía de su labio una palabra que él no sintiese en su corazón, ni tenía un momento de tristeza ó de gozo,

cuyo reflejo no se repitiese en la fisonomía de Osvaldo. Empero, al paso que admiraba á Corina, y arda en su amor, advertia cuán mal convenia semejante mujer con el modo de vivir de los Ingleses, cuánto diferia de la idea que su padre habia formado de la que debia ser su esposa; y lo que decia á Corina se resentia de la turbacion y del encogimiento que aquellas reflexiones le causaban.

Harto lo notaba Corina; mas le hubiera sido tan difícil romper con lord Nelvil, que ella misma procuraba evitar una explicacion decisiva; y como su carácter era bastante vivo, gozaba de lo presente, cual se le ofrecia, por mas que le fuese imposible saber qué aconteceria en lo venidero.

Habíase apartado enteramente de todos para entregarse á su pasion á Osvaldo; pero al fin ofendida de su silencio sobre lo sucesivo, resolvió aceptar un convite para un baile en que la esperaban con ansia. No hay cosa alguna mas indiferente en Roma que separarse de la sociedad, y volver á ella, segun acomoda; en ningun país se piensa ménos en lo que llaman en otras partes *murmuracion*; cada cual hace lo que le parece, sin que nadie lo note, ni quiera saberlo, á no ser que resulte de ello un obstáculo para el amor, para la ambicion ajena. Los Romanos miran las acciones de sus conciudadanos con la misma indiferencia que las de los extranjeros que pasan, y van y vuelven por su ciudad, reunion de los habitantes de Europa. Cuando

supo lord Nelvil que Corina iba al baile, se incomodó, porque ya le parecia que hallaba en ella cierta disposicion melancólica que simpatizaba con la suya; mas de improviso la vió muy dedicada a la danza, habilidad en que sobresalia, y su imaginacion aparecia exaltada con la perspectiva de una fiesta. No era Corina una criatura frívola; pero cada dia se sentia mas dominada por su amor á Osvaldo, y trataba de probar á debilitar su poder. Sabia por experiencia, que la reflexion y los sacrificios pueden ménos en los caracteres apasionados que la distraccion, y juzgaba que la razon no consiste en vencerse uno á sí mismo segun las reglas, sino del modo que puede.

— Es preciso, decia á lord Nelvil que la reprendia por esta intencion, es preciso que yo sepa si solo vos en el mundo podeis ya llenar mi vida; si no puede aun agradarme lo que me divertia otro tiempo, y el sentimiento que me inspirais debe absorber todos los demas sentimientos, y todas las demas ideas. — ¿ Pretendeis, pues, cesar de amarme? replicó Osvaldo. — No, respondió Corina; pero solamente en la vida doméstica puede ser agradable sentirse dominar así por un afecto no mas. Yo necesito de mis habilidades, de mi talento, de mi imaginacion para conservar el esplendor de la vida que he adoptado, y me hace mal, muchísimo mal, amaros del modo que os amo. — ¿ No me sacrificaríais, dijo Osvaldo, esos aplausos, esa gloria?... — ¿ Qué

se os da, repuso Corina, de saber si os los sacrificaria? No es del caso, puesto que no estamos destinados uno á otro, extinguir sin remedio para mí la única especie de ventura con que debo contentarme.

— Lord Nelvil no contestó, porque al explicar su cariño, era forzoso que manifestase el designio que aquel cariño le inspiraba, y su corazon aun no le conocia. Calló, pues, suspirando, y acompañó, aunque con pesar, á Corina al baile.

Era la primera vez, despues de su desgracia, que veía una reunion numerosa, y el estrépito de una fiesta le causó tal impresion de tristeza, que permaneció largo rato en una sala al lado de la del baile, con la cabeza apoyada en la mano, y sin querer siquiera ver bailar á Corina. Oía aquella música de danza, que como todas las músicas, hace meditar, aunque al parecer no tiene mas destino que la alegría: el Conde de Erfeuil llegó á este tiempo emblesado con un baile, con una tertulia, con una reunion numerosa, que le recordaba en algun modo la Francia.

— He hecho cuanto he podido, dijo á lord Nelvil, para encontrar algun interes en esas ruinas de que hablan tanto en Roma; mas no veo en ellas ninguna belleza, y seguramente es una preocupacion admirar esos escombros cubiertos de abrojos. Diré mi dictámen cuando vuelva á Paris, porque ya es tiempo de que tenga fin este prestigio de Italia: no hay en Europa monumento alguno de los que

subsisten enteros, ménos dignos de aprecio que esos trazos de columnas, esos bajos relieves ennegrecidos por el tiempo, imposibles de admirar si no es á fuerza de erudicion; y un placer comprado con tantos estudios, no me parece muy vivo por sí mismo, porque para divertirse con extremo en los espectáculos de Paris, nadie necesita pasar las noches en vela con los libros. — Lord Nelvil no contestó; pero habiendo insistido el Conde de Erfeuil, deseando saber qué impresion le habia causado Roma: — No es ocasion oportuna en medio de un baile, dijo Osvaldo, para hablar con seriedad de ese punto; y ya sabeis que yo no acierto á hablar de otro modo. — En buen hora, replicó el Conde de Erfeuil: yo soy mas alegre, lo confieso; mas ¿quién sabe si no soy tambien mas prudente que vos? Creedme, esta frivolidad aparente encierra mucha filosofía, y así se debe tomar la vida. — Acaso tendreis razon, repuso Osvaldo; empero vos no sois así por reflexion, sino por naturaleza, y por eso mismo vuestro modo de ser no conviene á los demas.

El Conde de Erfeuil oyó nombrar á Corina en la sala del baile; y entró en ella para saber lo que habia: lord Nelvil llegó hasta la puerta, y vió al príncipe de Amalfi, Napolitano de hermosísima presencia, rogando á Corina que bailase con él la *Tarantela*, danza de Nápoles, llena de gracia, y de originalidad: los amigos de Corina tambien la suplicaban, y ella aceptó sin resistencia, lo cual ad-

miró bastante al Conde de Erfeuil, acostumbrado á los desdenes que suelen, segun la fórmula, preceder al consentimiento. Pero en Italia no se conoce esta especie de gracias, y cada cual piensa sencillamente agradar mas á la sociedad apresurándose á hacer lo que desea. Corina hubiera inventado este estilo natural, si no hubiese estado en uso. Su vestido de baile era elegante y ligero; una red de seda á la italiana encerraba sus cabellos, y sus ojos manifestaban un placer vivo que la hacia mas seductora que nunca. Turbóse Osvaldo; luchaba consigo mismo; despechábase de verse aprisionado por aquellos atractivos de que debía quejarse, pues en lugar de procurar agradarle, casi solo por huir de su imperio se mostraba tan hermosa Corina. Mas ¿quién resiste á las seducciones de la gracia? aun desdenosa, seria omnipotente, y no era por cierto tal la disposicion en que Corina se hallaba: divisó á lord Nelvil, sonrojóse, y sus ojos tenian, al mirarle, una suavidad encantadora.

El príncipe de Amalfi bailaba acompañándose con las castañuelas; y Corina ántes de empezar, hizo con las dos manos á los presentes un saludo graciosísimo, y girando rápidamente sobre sí misma, tomó el pandero que el príncipe de Amalfi le presentaba. Rompió á bailar, agitando el viento con aquel pandero, y todos sus movimientos tenian una soltura, una gracia, una mezcla de honestidad y de abandono, que podia dar idea del poder que las

Bayaderas ejercen sobre la imaginacion de los Indios, cuando son, digámoslo así, poetas con su danza; cuando expresan tantos sentimientos diferentes con los pasos caracterizados, y los cuadros encantadores que presentan á la vista. Corina sabia con tanta perfeccion todas las actitudes que ofrecen los pintores y los escultores antiguos, que con un leve movimiento de brazos, poniendo el pandero ora encima de la cabeza, ora delante de sí con una mano, miéntras la otra recorria los cascabeles con increíble destreza, representaba á las danzadoras de Herculano, y excitaba un sinnúmero de ideas nuevas para el dibujo y la pintura.

No era la danza francesa, tan notable por la elegancia y la dificultad de los pasos, sino una habilidad mucho mas dependiente de la imaginacion y de la sensibilidad; la precision y la blandura de los movimientos expresaban sucesivamente el carácter de la música; y Corina, danzando, comunicaba al alma de los espectadores lo que sentia, como si hubiese improvisado, como si tocase la lira, ó dibujase algunas figuras; todo era para ella lenguaje: los músicos mirándola, se animaban á hacer sentir mejor el genio de su arte; y no sé qué pasion de alegría, qué sensibilidad de imaginacion, electrizaba á un propio tiempo á todos los que asistian á aquella danza mágica, y los arrebatava á una existencia ideal, donde se ueña una felicidad que no es de este mundo.

Hay cierto momento en esta danza napolitana en que la mujer se arrodilla delante del hombre, miéntras él gira en torno de ella, no como dueño, sino como vencedor. ¡Cuánto atractivo, cuánta dignidad ostentaba entónces Corina! ¡Cómo arrodillada era soberana! Y cuando se levantó, haciendo resonar su instrumento, su címbalo aéreo, parecía que la animaba un entusiasmo de vida, de juventud y de belleza, capaz de persuadir que no necesitaba de nadie para ser dichosa. ¡Ay! no era así; mas temíalo Osvaldo, y suspiraba admirando á Corina, como si cada aplauso la apartase de él. Al fin de la danza, se arrodilla á su vez el hombre, y la mujer danza al rededor; en este instante, aun se excedió, si era posible, Corina á sí misma; su girar era tan rápido, recorriendo dos ó tres veces el mismo círculo, que sus piés calzados con borceguies, volaban por el suelo con la velocidad del relámpago; y cuando alzó una mano agitando el pandero, y con la otra hizo señal al príncipe de Amalfi para que se levantase, todos los hombres estaban por arrodillarse como él, todos, ménos lord Nelvil, que se retiró algunos pasos, y el Conde de Erfeuil que se adelantó para aplaudirla. Los Italianos que se hallaban presentes, no pensaban en hacerse notables por su entusiasmo; entregábanse á él, porque le sentian, porque no son hombres bastante habituados á la sociedad, y al amor propio que excita, para pensar en el efecto que producen, y nunca se

dejan distraer de su gusto por la vanidad, ni de su fin por los aplausos.

Corina estaba embelesada con los elogios, y daba gracias á todos con una gracia sencillísima; sentia placer de haber agradado, y lo manifestaba como una criatura inocente; empero lo que mas la ocupaba, era el deseo de romper el tropel para acercarse á la puerta contra la que estaba apoyado Osvaldo: llegó al fin, y detúvose un instante para esperar que él le hablase. — Corina, le dijo, haciendo un esfuerzo para ocultar su turbacion, su enajenamiento y su pena; Corina, ¡cuántos obsequios, cuántos aplausos! Pero entre esos adoradores entusiastas, ¿hay un amigo animoso y veraz? ¿hay un protector para toda la vida? ¿y debiera bastar á un alma como la vuestra el vano estruendo de las alabanzas?

CAPITULO II

El tropel estorbó que Corina respondiese á lord Nelvil; iban á cenar, y cada *cavaliere servente* se apresuraba á sentarse junto á su senora. Llegó una extranjera, y no encontrando ya sitio, ningun hombre, sino lord Nelvil y el Conde de Erfeuil, le ofre-

ció su asiento; y no era esto en los Romanos egoísmo ni descortesía, sino que la idea que los grandes señores tienen del honor y de la obligación, consiste en no apartarse ni un momento de su dama. Algunos no habiendo podido sentarse estaban detras de la silla de sus amadas, dispuestos para servir las á la menor seña; las señoras no hablaban mas que con sus caballeros, y los extranjeros vagaban en vano al rededor de aquel círculo donde nadie tenia cosa alguna que decirles; porque las mujeres en Italia desconocen la vanidad, ni saben que es en punto de amor un triunfo de amor propio; no desean agrandar mas que al que quieren; no hay seducción del ánimo antes de la del corazón, ó de la vista, y los principios mas rápidos traen muchas veces un sincero abandono, y aun larguísima constancia. La infidelidad en Italia es mas severamente censurada en un hombre que en una mujer: tres ó cuatro hombres con diversos títulos siguen á la misma, y ella los lleva consigo sin molestarse á veces siquiera en decir su nombre al dueño de la casa que los recibe: uno es el preferido, otro el que aspira á serlo, y el tercero se llama el paciente (*il palito*); este es del todo despreciado; pero no obstante se le permite hacer el servicio de adorador; y todos estos rivales viven juntos en paz. Solo el vulgo ha conservado la costumbre de dar puñaladas. Hay en este país una mezcla rara de sencillez y de corrupción, de artificio de sinceridad, de bondad y de venganza, de fla-

queza y de vigor, que se explica con una observación constante; á saber, que las prendas apreciables nacen de que no se ejecuta nada por vanidad, y los vicios de que se obra mucho por interés, ora sea este interés de amor, de ambición ó de riquezas.

Las distinciones de clase causan por lo regular poco efecto en Italia; las preocupaciones aristocráticas hallan poco lugar, no por filosofía, sino por facilidad de carácter, y familiaridad de costumbres; y como la sociedad no se constituye juez de nada, todo lo admite.

Concluida la cena, todos se pusieron á jugar; algunas mujeres á juegos de suerte, otras al whist mas silencioso; y no se pronunciaba ni una palabra en aquella sala tan ruidosa un momento antes. Los pueblos del mediodía suelen pasar de la mayor agitación al descanso mas profundo; y aun es una de las oposiciones de su carácter, la pereza unida á la actividad mas incansable: en todo son hombres que no deben juzgarse á primera vista, porque en ellos se hallan las virtudes y los vicios mas encontrados; si en un instante se les ve prudentes, quizá en otro serán los hombres mas temerarios; si son indolentes, acaso descansan de haber trabajado, ó se están preparando para trabajar de nuevo: en fin, no pierden ninguna fuerza del alma, y se aumentan todas en ellos para las ocasiones decisivas.

En aquella tertulia de Roma, en que se hallaban Osvaldo y Corina, habia hombres que perdian enor-

mes cantidades al juego, sin que se pudiese notar de manera alguna en su semblante; y aquellos mismos hombres habrían manifestado sentimientos vivísimos, y usado de ademanes muy expresivos, si hubiesen contado algunos hechos de poca importancia. Pero cuando las pasiones llegan á cierto grado de violencia, temen á los testigos, y casi siempre se encubren con el silencio y la inmovilidad.

Lord Nelvil conservaba un amargo resentimiento de la escena del baile, porque pensaba que los Italianos, y su modo exaltado de expresar el entusiasmo, habían distraído, á lo ménos por un momento, de él la atención de Corina. Causábale sumo pesar; mas su altivez le aconsejaba que lo ocultase, ó que solo lo diese á entender mostrando despreciar los aplausos que complacían á su brillante amiga. Convidáronle á jugar, negóse, y también Corina que le hizo seña de que fuese á sentarse á su lado. Osvaldo recelaba comprometer á Corina, pasando la noche á solas con ella á vista de todos. — No temais, le dijo Corina, nadie pensará en nosotros; aquí no se acostumbra hacer en la sociedad mas que lo que agrada; no hay respeto establecido, ni se exige ninguna consideración; basta una urbanidad cariñosa, y no hay quien exija que otros se violenten por él. En verdad no existe en este país la libertad, cual vosotros la entendeis en Inglaterra; pero se disfruta de una completa independencia social. — Es decir, repuso Osvaldo, que no se guarda respeto alguno á

las costumbres. — Por lo ménos, interrumpió Corina, no se usa de ninguna hipocresía. Mr. de la Rochefoucault ha dicho: *El menor defecto de una mujer amiga de amores es serlo*. En efecto, si cometen yerros la mujeres en Italia, no se valen de la mentira; y si el matrimonio no se mira con todo respeto, es con noticia de ambos esposos.

— No es la sinceridad el motivo de esa especie de franqueza, respondió Osvaldo, sino la indiferencia de la opinión pública. Cuando llegué aquí, tenía una carta de recomendación para una princesa; díla á un criado para que la llevase; pero él me respondió: señor, esta carta no os sería por ahora de ningún provecho, porque la princesa no recibe á nadie, está *innamorata*; y este estado de *innamorata* se proclamaba como cualquiera otra situación de la vida, sin que sirviese de disculpa siquiera á semejante publicidad una pasión extraordinaria, pues que del mismo modo se van sucediendo nuevos amores y todos son igualmente conocidos. Usan las mujeres de tan poco misterio sobre este punto, que confiesan sus amoríos con ménos rubor que las nuestras hablarían de sus esposos: no es difícil creer que á esta inconstancia sin pudor no se mezcla ningún sentimiento profundo ni delicado, y así en esta nación, en que solo se piensa en el amor, no hay siquiera una novela, porque el amor es en ella tan rápido y tan público, que no da campo á ninguna narración circunstanciada, y para pintar con verdad.

bajo este respecto las costumbres generales, seria preciso empezar y concluir en la primera página. Perdon, Corina, exclamó lord Nelvil, advirtiéndole la desazon que le causaba; sois Italiana, y esta idea debiera hacerme ménos severo; mas una de las causas de vuestra gracia incomparable es la reunion de todos los atractivos que caracterizan á las diversas naciones; ignoro dónde os educásteis, pero sin duda alguna no habeis pasado toda vuestra vida en Italia; quizá en la misma Inglaterra... ¡Ah! Corina, si fuese así, ¿como habríais dejado aquel santuario de la honestidad y de la delicadeza para venir aquí, donde tan mal se conoce, no solo la virtud, sino aun el amor? Respirose con el aire; pero ¿penetra al corazon? Las poesías, en que el amor tiene tanta parte, muestran suma gracia, suma imaginacion, y se adornan con brillantes pinturas de vivos y voluptuosos colores: mas ¿dónde hallareis aquel sentir melancólico y tierno que anima nuestra poesía? ¿qué comparareis á la escena de Belvidera y su esposo en Otway; á Romeo en Shakspeare; y en especial á los admirables versos de Thompson en su canto de la primavera, cuando pinta tan noble y tan dulcemente la felicidad del amor en el matrimonio? ¿hay tal matrimonio en Italia? ¿y dónde no existe felicidad doméstica, puede haber amor? ¿no es esta felicidad el objeto de la pasion del alma, como la posesion el de la pasion de los sentidos? ¿si no dan la preferencia á las prendas del corazon y del enten-

dimiento, no se parecen todas las mujeres jóvenes y hermosas? ¿y estas prendas qué hacen desear? el matrimonio, esto es, la union de todos los sentimientos y de todas las ideas. Aun cuando, por desgracia, existe entre nosotros el amor ilegítimo, es todavia, si me atrevo á decirlo, un reflejo del matrimonio; buscase en él la felicidad íntima que no se ha conseguido en el asilo doméstico, y hasta la infidelidad es mas moral en Inglaterra, que el matrimonio en Italia.

Estas palabras eran duras, herian profundamente á Corina, y levantándose al punto, con los ojos llenos de lágrimas, se salió del aposento, y volvióse, improvisamente á su casa. Osvaldo sintió en extremo haber ofendido á Corina; pero tenia una especie de enojo de sus aplausos en el baile, que se habia descubierto con las palabras que se le escaparon: siguióla á su casa, mas ella no quiso hablarle, y volvió en vano al dia siguiente por la mañana; encontró la puerta cerrada. Esta prolongada resistencia de recibir á lord Nelvil, no era propia del carácter de Corina; pero la afligia dolorosamente la opinion que habia manifestado con respecto á las Italianas, y aquella misma opinion la mandaba ocultar, si podia, en lo sucesivo el sentimiento que la dominaba.

Osvaldo por su parte juzgaba que Corina no obraba en esta ocasion con su natural sencillez, y se confirmaba mas y mas en el descontento que el baile le habia causado, excitando en sí mismo

aquella disposicion que podía luchar con el cariño, cuyo imperio temia. Sus principios eran severos, y el misterio que cubria la vida pasada del objeto de su amor le ocasionaba sumo pesar. Las acciones de Corina le agradaban en extremo; pero algunas veces le parecia que las animaba demasiado el deseo universal de dar gusto; hallábale mucha nobleza, y mucha modestia en las conversaciones y en el semblante; pero harta indulgencia en las opiniones. En fin Osvaldo era un hombre seducido y dominado que aun conservaba dentro de sí una resistencia contra lo que experimentaba. Esta situacion suele causar amargura; hallámonos descontentos de nosotros mismos y de los demas; padecemos y sentimos como necesidad de padecer mas todavía, ó á lo ménos de proporcionar una explicacion violenta que haga triunfar del todo á uno de los dos sentimientos que despedazan el corazon.

En esta disposicion escribió á Corina lord Nelvil. Su carta era dura y poco cortesana; advertialo, pero sus confusos impulsos le inclinaban á enviarla, porque su guerra interior le hacia tan desgraciado, que á cualquier precio deseaba una ocasion para darle fin.

Una voz, á que no daba fe, pero que el Conde de Erfeuil le habia participado, contribuyó tal vez tambien á hacer mas ásperas sus expresiones. Decíase en Roma que Corina daba su mano al príncipe de Amalfi; y si bien Osvaldo sabia no le amaba, y debia pensar que el baile era el único fundamento

de esta noticia, se persuadió le habia recibido en su casa la mañana del día en que él no logró entrar, y demasiado altivo para manifestar un sentimiento celoso, satisfizo su secreto descontento, vituperando á la nacion á quien veia con tanto pesar que Corina daba la preferencia.

CAPITULO III

CARTA DE OSVALDO Á CORINA

21 de enero de 1795.

« Os negais á verme, porque estais agraviada de nuestra conversacion de anteayer, y os proponeis sin duda no admitir ya en vuestra casa mas que á vuestros paisanos, queriendo expiar el yerro que habeis cometido en recibir á un hombre de otra nacion. No obstante, en lugar de arrepentirme de haber hablado con sinceridad acerca de las Italianas, á vos, á quien en mis ilusiones queria considerar como Inglesa, me determinaré á decir con mayor fuerza todavía, que si escogeis esposo entre la sociedad que os rodea, no encontrareis ventura ni dignidad. No conozco entre los Italianos hombre alguno que os pueda merecer ni hay uno á quien no hon-

aquella disposicion que podía luchar con el cariño, cuyo imperio temia. Sus principios eran severos, y el misterio que cubria la vida pasada del objeto de su amor le ocasionaba sumo pesar. Las acciones de Corina le agradaban en extremo; pero algunas veces le parecia que las animaba demasiado el deseo universal de dar gusto; hallábale mucha nobleza, y mucha modestia en las conversaciones y en el semblante; pero harta indulgencia en las opiniones. En fin Osvaldo era un hombre seducido y dominado que aun conservaba dentro de sí una resistencia contra lo que experimentaba. Esta situacion suele causar amargura; hallámonos descontentos de nosotros mismos y de los demas; padecemos y sentimos como necesidad de padecer mas todavía, ó á lo ménos de proporcionar una explicacion violenta que haga triunfar del todo á uno de los dos sentimientos que despedazan el corazon.

En esta disposicion escribió á Corina lord Nelvil. Su carta era dura y poco cortesana; advertialo, pero sus confusos impulsos le inclinaban á enviarla, porque su guerra interior le hacia tan desgraciado, que á cualquier precio deseaba una ocasion para darle fin.

Una voz, á que no daba fe, pero que el Conde de Erfeuil le habia participado, contribuyó tal vez tambien á hacer mas ásperas sus expresiones. Decíase en Roma que Corina daba su mano al príncipe de Amalfi; y si bien Osvaldo sabia no le amaba, y debia pensar que el baile era el único fundamento

de esta noticia, se persuadió le habia recibido en su casa la mañana del día en que él no logró entrar, y demasiado altivo para manifestar un sentimiento celoso, satisfizo su secreto descontento, vituperando á la nacion á quien veia con tanto pesar que Corina daba la preferencia.

CAPITULO III

CARTA DE OSVALDO Á CORINA

21 de enero de 1795.

« Os negais á verme, porque estais agraviada de nuestra conversacion de anteayer, y os proponeis sin duda no admitir ya en vuestra casa mas que á vuestros paisanos, queriendo expiar el yerro que habeis cometido en recibir á un hombre de otra nacion. No obstante, en lugar de arrepentirme de haber hablado con sinceridad acerca de las Italianas, á vos, á quien en mis ilusiones queria considerar como Inglesa, me determinaré á decir con mayor fuerza todavía, que si escogeis esposo entre la sociedad que os rodea, no encontrareis ventura ni dignidad. No conozco entre los Italianos hombre alguno que os pueda merecer ni hay uno á quien no hon-

ráseis con vuestro enlace, cualquiera título que os diese. Los hombres en Italia valen mucho **ménos** que las mujeres, porque tienen los defectos de estas, y además los suyos propios. ¿Me persuadireis son capaces de amar esos habitadores del mediodía que huyen con tanto afán de las penas, y están tan determinados á ser felices? ¿Nos visteis, lo sé de vos, el mes anterior en el teatro, á un hombre que habia perdido á su mujer, y á una mujer amada, segun decia, ocho dias ántes? Lo que aquí se quiere es libertarse, cuanto mas presto sea posible, de los muertos, y de la idea de la muerte: los sacerdotes cumplen con las ceremonias de los funerales, como los cuidados del amor se confían á los *caballeros sirvientes*; los ritos y el hábito lo han prescrito ya todo de antemano y los sentimientos y el entusiasmo no tienen parte en nada. Por fin, y esto es lo que destruye en especial el amor, los hombres no inspiran ninguna especie de respeto á las mujeres; ellas no les estiman su sumision, porque no tienen ninguna firmeza de carácter ni ocupacion seria en la vida. Es indispensable para que se muestren en toda su belleza la naturaleza y el orden social, que el hombre sea protector y la mujer protegida, mas que aquel protector adore la debilidad que defiende, y respete la divinidad sin poder, que como sus dioses Penates, trae ventura á su casa: aquí casi podría decirse que las mujeres son el sultan, y los hombres el serrallo.

» Los hombres tienen la dulzura y la flexibilidad del carácter de las mujeres. Un proverbio italiano dice: *Quien no sabe fingir no sabe vivir*. ¿No es este un proverbio de mujer? y en efecto, en un país donde no hay carrera militar, ni instituciones, ¿cómo puede un hombre adquirir fuerza ni dignidad? Por esto todo su talento se dirige á la habilidad, y juegan la vida como una partida de damas en que no hay mas que fortuna. Las memorias que conservan de la antigüedad, solo consisten en cierto tono agigantado en las expresiones, y en la magnificencia exterior; pero al lado de esta grandeza sin fundamentos, se ven con frecuencia las inclinaciones mas bajas, y el abandono mas despreciable en la vida doméstica. ¿Es esta, Corina, la nacion que debeis preferir á todas? ¿cuyos ruidosos aplausos os son tan precisos, que cualquiera otra suerte os pareceria silenciosa en comparacion de esos resonantes *bravo*? ¿Quién osaria lisonjearse de haceros dichosa apartándoos de este estruendo? Sois una criatura incomprendible, profunda en vuestros sentimientos, y superficial en vuestras inclinaciones; independiente por la altivez de vuestra alma, y no obstante dominada por la necesidad de la distraccion; sois capaz de amar á uno solo, mas necesitais de todos: como una mágica dais inquietud, y tranquilizais alternativamente; os mostrais sublime, y desapareceis de improviso de aquella region donde estais sola, para confundiros en el tropel.

Corina, Corina, ¡no es dable dejar de temeros amándooos!

» OSVALDO. »

Ofendióse Corina, al leer esta carta, de las odiosas preocupaciones que Osvaldo manifestaba contra su nacion; mas tuvo, no obstante, la felicidad de adivinar que estaba irritado de la fiesta, y de que se hubiese negado á recibirle despues de la conversacion de la cena; y esta reflexion suavizó algo la impresion desagradable de la carta. Vaciló algun tiempo, ó por lo ménos creyó que vacilaba, en cuanto al modo de portarse con él: su pasion la inclinaba á volverle á ver; pero sentia infinito llegase á presumir que deseaba ser su esposa; si bien sus riquezas eran por lo ménos iguales, y ella podia, descubriendo su nombre, mostrar que no era inferior su clase á la de lord Nelvil. Sin embargo la singularidad y la independenciam de la vida que habia escogido, debian inspirarle poca inclinacion al matrimonio; y sin dudã alguna hubiera desterrado semejante idea, si su pasion no la cegara ocultándole todos los sinsabores que habia de pasar con dar su mano á un Inglés, y renunciar á Italia.

Podemos deponer el orgullo en todo lo que depende del corazon, pero en presentándose los usos ó los intereses del mundo de cualquiera forma por obstáculo, en pudiéndose suponer que la persona amada haria un sacrificio si se uniese á nosotros

ya no es posible manifestarle sobre este punto ningun abandono de pasion. No obstante, Corina, no atreviéndose á indisponerse del todo con Osvaldo, trató de persuadirse podria verle otra vez, y ocultarle el amor que le inspiraba; con esta intencion se ciñó en su carta únicamente á responder á sus injustas acusaciones contra la nacion italiana, y á reflexionar con él sobre este asunto, como si ningun otro la interesase: en efecto, quizá el mejor medio que tiene una mujer de talento superior para recoger su indiferencia y su dignidad, es recogerse en la meditacion como en un asilo.

CORINA Á LORD NELVIL

25 de enero de 1795

« Milord, si vuestra carta hablase solo de mí, no trataria de justificarme, porque mi carácter es tan fácil de conocer, que quien no me entendiese por sí mismo no me comprenderia mejor por la explicacion que yo podria darle. El recato lleno de virtud de las mujeres inglesas, y el arte lleno de gracias de las mujeres francesas, sirven muchas veces, creedme, para ocultar la mitad de lo que unas y otras tienen en su corazon; y lo que quereis llamar en mí magia, es una naturalidad sencilla que manifiesta tal vez sentimientos diferentes, y sentimientos encontrados, sin trabajar para conciliarlos; porque se-

mejante acuerdo cuando existe, es casi siempre fingido, y la mayor parte de los caracteres sinceros son inconsecuentes; más no quiero hablaros de mí, sino de la nación desventurada á quien tan cruelmente maltratais. ¿Será, por ventura, mi afecto á mis amigos lo que os inspira esa amarga malevolencia? me conocéis demasiado para tener celos de ellos; y no soy tan vana que suponga en vos un sentimiento capaz de haceros injusto con tanto extremo. Decís de los Italianos lo mismo que dicen todos los extranjeros, lo que se advierte á primera vista; pero es menester internarse mas para juzgar de este país, que en diferentes épocas ha sido tan grande. ¿Por qué esta nación ha sido bajo la dominación de los Romanos la mas militar del orbe, la mas celosa de su libertad en las repúblicas de la edad média, y en el siglo XVI la mas ilustre en letras, artes y ciencias? ¿No ha caminado en pos de la gloria bajo todas sus formas? Y si ya no la posee, ¿por qué no culpais su situación política, pues en otras circunstancias se ha mostrado tan diversa de lo que es en el dia?

» Ignoro si me engaño, mas los defectos de los Italianos solamente me inspiran un sentimiento de compasion de su suerte. Los extranjeros de todos tiempos han conquistado y despedazado este hermoso país, objeto de su perpetua codicia; y los extranjeros baldonan amargamente á esta nación los defectos propios de las naciones vencidas y despedazadas!

La Europa ha recibido de los Italianos las artes y las ciencias, y ahora que ha vuelto contra ellos sus propias armas, les disputa hasta la postrera gloria que se concede á las naciones faltas de fuerza militar y de independencía, la gloria de las artes y de las ciencias.

» Es tan cierto que los gobiernos hacen el carácter de los pueblos, que en esta misma Italia se ven diferencias notables en las costumbres entre los diversos Estados que la componen. Los Piamonteses forman un cuerpo de nación, aunque corto, y tienen mas espíritu militar que los demas Italianos; los Florentinos, que han tenido libertad ó príncipes instruidos, son ilustrados y amables; los Venecianos y los Genoveses manifiestan capacidad para las ideas políticas, porque existe entre ellos una aristocracia republicana; los Milanesees son mas francos, porque las naciones del norte les han comunicado há mucho tiempo este carácter; y los Napolitanos se harían con facilidad belicosos, porque gozan hace siglos de un gobierno propio. La nobleza romana debe ser ignorante y perezosa, porque nadie puede hacer cosa alguna militar ni políticamente; pero el talento de los eclesiásticos, que tienen carrera y ocupacion, está mucho mas cultivado que el de los nobles; y como el gobierno papal no admite ninguna distincion de nacimiento, y por el contrario es puramente electivo en orden al clero, viene á resultar una especie de ilustracion, no en las ideas,

sino en los hábitos, que hace á Roma la mansion mas agradable para cuantos carecen de ambicion ó de posibilidad de tener alguna representacion en el mundo.

» Los pueblos del mediodía reciben con mas facilidad que los del norte las modificaciones que les dan sus leyes; tienen cierta indolencia que pronto se convierte en resignacion; y la naturaleza los brinda con tantos deleites, que se consuelan sin mucha dificultad de que la sociedad les niegue algunos beneficios. Hay, por cierto, mucha corrupcion en Italia; no obstante, la civilizacion está mucho ménos refinada que en otros países, y casi pudiera encontrarse cierta selvaticidad á este pueblo, en medio de la delicadeza y astucia de su carácter; porque esta astucia se parece á la del cazador en el arte de sorprender su presa. Los pueblos indolentes no tardan en hacerse falsos; tienen un hábito de complacencia, que les sirve para disimular cuando les conviene hasta su ira, y siempre, en efecto, se oculta una situacion accidental con modales de costumbre.

» Los Italianos tienen sinceridad, y son fieles en las relaciones privadas: el interes y la ambicion los dominan, mas no el orgullo ni la vanidad; las distinciones de clase les causan poquísima impresion; no hay entre ellos sociedad, ni tertulia, ni moda, ni ningun otro de los medios mezquinos de hacer diariamente papel: semejantes principios habituales de disimulo y de envidia no existen aqui: cuando

engañan á sus enemigos ó á sus competidores, es porque se consideran mutuamente en guerra; pero en paz, usan de franqueza y de verdad; y esta misma verdad causa el escándalo que censurais. Las mujeres oyen continuamente conversaciones de amor, viven en el seno de sus seducciones, y de sus ejemplos, y no ocultan los sentimientos del alma, y en los mismos amores manifiestan una especie de inocencia. Algunas son tan ignorantes que no saben escribir, y lo dicen públicamente; hacen que responda á un billete amoroso su procurador (*il paglietto*) en papel largo, y en estilo de memorial pero en recompensa, entre las instruidas, vereis muchas profesoras en las academias, dando lecciones públicas con su banda negra; y si os burlárais de esto, os responderian: *¿Es malo saber griego? ¿es malo ganar la vida trabajando? ¿por qué os reis de una cosa tan natural?*

» En fin, milord, ¿hablaré de otro punto mas delicado? ¿procuraré averiguar por qué los hombres manifiestan á veces poco espíritu militar? Exponen su vida facilísimamente por el amor y el odio, y las puñaladas dadas y recibidas con este motivo no causan admiracion, ni acobardan á nadie; no temen morir, cuando las pasiones naturales mandan arrostrar la muerte; pero por lo regular, es menester confesarlo, aman mas la vida que los intereses políticos, que no les importan, porque no tienen patria. El honor caballeresco no ejerce tampoco mu-

cho imperio en una nacion, donde no existen ni la opinion, ni la sociedad que la forma: y es muy natural que en semejante desorganizacion de todos los poderes públicos, tomen las mujeres mucho dominio sobre los hombres, si bien acaso tienen demasiado para respetarlos ó poderlos admirar. Sin embargo, su conducta respecto de ellas es sumamente fina y rendida. Las virtudes domésticas son en Inglaterra la gloria y la felicidad de las mujeres; mas si hay países en que subsista el amor fuera de los vínculos santos del matrimonio, entre estos países, ninguno contempla tanto la felicidad de las mujeres como Italia: hanse hecho los hombres una moral para relaciones ajenas de la moral; pero á lo ménos han sido justos y generosos en el señalamiento de las obligaciones; se han considerado á sí mismos como mas delincuentes que las mujeres, cuando rompien los lazos del amor, porque las mujeres habian hecho mas sacrificios, y perdian mas; han creído que ante el tribunal del corazon, los mas culpados son los que hacen mayor mal; cuando yerran los hombres es por dureza; cuando yerran las mujeres es por debilidad. La sociedad que es juntamente rigorosa y corrompida, está es, implacable para los errores, cuando producen desgracias, debe ser mas severa con las mujeres; pero en un país donde no hay sociedad, tiene mas influjo la bondad natural.

» Las ideas de consideracion y de dignidad, lo

confieso, son mucho ménos poderosas, y aun ménos conocidas en Italia que en otra parte alguna, por la misma falta de sociedad y de opinion pública; mas á pesar de cuanto se ha ponderado la perfidia de los Italianos, defiende que es uno de los países donde se halla mas bondad. Es tanta, por lo tocante al orgullo, que siendo este el pueblo de quien peor han hablado los extranjeros, reciben en él una acogida benévola y cariñosa. Acúsase á los Italianos de adúladores; pero es preciso confesar que pocas veces lo son por cálculo, sino por deseo de agradar, y que con este único fin prodigan aquellas dulces expresiones, inspiradas por una verdadera propension de afecto, y no desmentidas por la conducta habitual de su vida. Empero, ¿serian todos fieles á la amistad en circunstancias extraordinarias, si fuese menester exponerse por ella á los peligros y á la adversidad? Pocos, es cierto, poquísimo habria capaces de tanto esfuerzo; mas esta observacion no es solamente aplicable á Italia.

» Los Italianos tienen en sus costumbres una pezeza oriental, pero no hay hombres mas tenaces ni mas activos en llegándose á exaltar sus pasiones. Esas mismas mujeres que estais mirando indolentes como las esclavas del serrallo, son capaces improvisamente de las acciones mas generosas. El carácter y la imaginacion de los Italianos contienen misterios, y hallareis en ellos una alternativa de rasgos imprevistos de amistad y grandeza de alma, y de

pruebas tremendas y temibles de odio y de venganza. No hay aquí emulacion por nada, la vida no es mas que un sueño pensativo bajo un hermoso cielo; pero dad á estos hombres algun objeto, y los vereis aprenderlo y saberlo todo en seis meses. Así sucede con las mujeres, ¿para qué han de instruirse, si la mayor parte de los hombres no las entenderian? Aislarian su corazon, cultivando su entendimiento; mas esas mismas mujeres se harian presto dignas de un hombre de mérito, si este hombre de mérito fuese objeto de su cariño. Aquí todo duerme; pero en un país donde están sin accion los grandes intereses, el descanso y la indolencia son mas nobles que una agitacion por cosas dignas de menosprecio.

» Las letras mismas desfallecen donde no se renuevan los pensamientos con la accion fuerte y variada de la vida. ¿Y en qué país, no obstante, se ha manifestado nunca mas admiracion á la literatura, y á las bellas artes que en Italia? La historia nos demuestra que los pontífices, los príncipes y los pueblos, han prodigado en todos tiempos á los pintores, á los poetas, y á los escritores celebrados los mas brillantes obsequios (1). Este entusiasmo del

(1) Mr. Roscoe, autor de la historia de los Médicis, ha publicado mas recientemente en Inglaterra una historia de Leon X, que es una obra verdaderamente maestra en su clase, donde cuenta las muestras de admiracion y aprecio que han dado á los literatos eminentes los príncipes y el pueblo de Italia, manifestando asimismo con imparcialidad los papas que han tenido sobre este punto un modo de obrar generoso en extremo.

talento es, no lo niego, milord, uno de los principales motivos de mi amor á este país; en él no se encuentra la imaginacion estragada, el espíritu de desaliento, ni la despótica medianía que en otras partes atormentan ó sofocan el genio natural: una idea, un sentimiento, una expresion feliz dan fuego, digámoslo así, á los oyentes: y el talento excita suma envidia por lo mismo que es tan estimado. Pergolese fué asesinado por su *Stabat*; Giorgione se armaba con una coraza cuando tenia que pintar en sitios públicos; pero los celos violentos que mueve el talento entre nosotros, son los mismos que en otras partes inspira el poder; estos celos no envilecen su objeto, pueden aborrecer, proscribir, matar, y con todo unidos al fanatismo de la admiracion, estimulan todavía el genio, al propio tiempo que le persiguen. En fin, al ver tanta vida en tan breve círculo, y en medio de tantos obstáculos y sujeciones de todas clases, me parece imposible no tomar vivo interes en favor de este pueblo, que respira con afan el poco aire que la imaginacion hace penetrar por entre los limites que le contienen.

» Estos limites, no lo negaré, son tales, que pocas veces adquieren ahora los hombres en Italia aquella dignidad, y aquella altivez distintiva de las naciones libres y militares; y aun confesaré, si lo exigís, que el carácter de estas naciones pudiera inspirar á las mujeres mas entusiasmo y mas amor;

pero ¿no sería también posible que un hombre intrépido, noble y severo reuniese todas las prendas que inclinan á amar, sin poseer las que prometen ventura?

CORINA.

CAPITULO IV

La carta de Corina hizo arrepentir otra vez á Osvaldo de haber podido pensar en apartarse de ella: la dignidad discreta y la majestuosa dulzura con que respondía á las palabras duras de que él había usado le enternecieron y le llenaron de admiración, porque aquella superioridad tan grande, tan sencilla y tan sincera, le pareció sobre todas las reglas comunes. Siempre conoció que no era Corina la mujer débil, tímida, dudosa de todo, ménos de sus sentimientos, y de sus obligaciones, que había escogido en su imaginación para compañera de su vida; y la memoria de Lucila, cual la había visto á los doce años, convenía mejor con aquella idea; ¿pero era posible comparar á Corina con nadie? ¿Podían aplicarse las leyes, ni las reglas comunes

á una criatura que reunía tantas prendas diversas, cuyo vínculo eran el genio y la sensibilidad? ¿Corina era un milagro hecho por Osvaldo, cuando podía lisonjearse de inspirar cariño á semejante mujer? Mas ¿cuál era su nombre, cual su nacimiento, cuáles serían sus designios, si le declarase su intención de unirse con ella? Todo estaba aun oscuro; y aunque el entusiasmo que Corina causaba á Osvaldo, le persuadía se hallaba determinado á ser su esposo, la idea de que la vida de Corina no había sido exenta de todo baldon, y de que un matrimonio como aquel habría merecido ciertamente la censura de su padre, trastornaba también á veces toda su alma, y le excitaba la perplejidad mas dolorosa.

No se encontraba tan abatido del dolor como ántes de conocer á Corina; pero ya no sentía aquella especie de quietud compatible con el mismo remordimiento, cuando se consagra la vida entera á la expiación de una culpa grave. No temía en otro tiempo entregarse á sus recuerdos, á pesar de su amargura; ahora le intimidaban las meditaciones largas y profundas, que le habrían descubierto la situación de su alma. Sin embargo, se preparaba para ir á casa de Corina á darle gracias por su carta, y conseguir perdón de la que había escrito, cuando vió entrar en su aposento á Mr. Edgermond, pariente de la jóven Lucila.

Era un caballero inglés, digno de todo aprecio, que casi siempre había vivido en el principado de

Gáles, donde tenia una hacienda; conservaba los principios y las preocupaciones que sirven para mantener en todas partes las cosas en el estado en que se hallan; lo cual, por cierto, es un bien cuando son todo lo bueno que la razon humana permite; y entonces los hombres como Mr. Edgermond, esto es, los defensores del orden establecido, aunque fuerte y aun tenazmente afectos á sus hábitos y á su modo de ver, deben estimarse como ilustrados y prudentes.

Lord Nelvil se estremeció al oír pronunciar el nombre de Mr. Edgermond en su casa, pareciéndole que á un mismo tiempo se le representaban todas sus memorias: pero al punto le ocurrió que lady Edgermond, la madre de Lucila, habia enviado á su pariente para reconvenirle, queriendo violentar así su libertad. Este pensamiento le volvió toda su firmeza, y recibió á Mr. Edgermond con suma frialdad, en la cual era tanto mas injusto, cuanto Mr. Edgermond no tenia intento alguno relativo á lord Nelvil. Recorria la Italia por su salud, haciendo mucho ejercicio, cazando, bebiendo por el rey Jorge y por la antigua Inglaterra; era el hombre mas excelente del mundo, y aun tenia mas talento é instruccion que prometia su método de vida. Era Inglés primero que todo, no solo como debía serlo, sino como hubiera sido de desear que no lo fuese; seguia en todos los países los hábitos del suyo, no vivia sino con los Ingleses, y jamas conversaba con los extranjeros, no por desprecio, sino por una es-

pecie de repugnancia en hablar las lenguas de las demas naciones, y aun de timidez á la edad de 50 años, que le hacia muy dificultoso contraer conocimientos nuevos.

— Celebro veros, dijo á lord Nelvil; dentro de quince dias parto para Nápoles; ¿vendreis vos tambien? Lo desaria, pues permaneceré poco en Italia, por cuanto mi regimiento debe embarcarse muy pronto. — ¿Vuestro regimiento? repitió lord Nelvil, y se sonrojó, como si no se acordase de que tenia licencia por un año, y de que su regimiento no debia ser empleado hasta pasado este tiempo; pero se sonrojó pensando si Corina podria tal vez hacerle olvidar hasta de su obligacion. — Vuestro regimiento, continuó Mr. Edgermond, no entrará en servicio activo tan presto, y por tanto podeis restablecer aquí vuestra salud con sosiego; he visto ántes de mi partida á mi jóven prima, por quien os interesais; está mas preciosa que nunca, y cuando volvais, de aquí á un año, será seguramente la mujer mas hermosa de Inglaterra. — Calló lord Nelvil, y Mr. Edgermond guardó tambien por su parte silencio; dijéronse todavia algunas palabras de un modo bastante lacónico, aunque cariñoso; y Mr. Edgermond iba á irse, cuando volviendo atras, dijo: — A propósito, milord, podríais hacerme un gusto; me han dicho que conoceis á la famosa Corina, y si bien en general no me agradan los conocimientos nuevos, tengo suma curiosidad de verla. — Pediré

á Corina licencia para llevaros á su casa, pues lo deseais, replicó Osvaldo. — Procurad, repuso Mr. Edgermond, que la vea un dia en que improvise, cante ó baile. — Corina, dijo lord Nelvil, no enseña de esa suerte sus habilidades á los extranjerros: es una mujer igual á vos y á mí bajo todos respectos. — Perdonad mi engaño, replicó Mr. Edgermond: como no se la conoce por mas nombre que Corina, y á los 26 años vive sola, sin persona alguna de su familia, crei vivia con sus habilidades, y le gustaria hacerlas ver. — Su suerte, respondió lord Nelvil con viveza, es del todo independiente, y aun mas su alma. — Mr. Edgermond cesó al momento de hablar de Corina, y se arrepintió de haberla nombrado, cuando advirtió el interes de Osvaldo; porque no hay hombres mas discretos ni mas mirados que los Ingleses en cuanto tiene relacion con un afecto verdadero.

Fuése Mr. Edgermond. Lord Nelvil, cuando se vió solo, no pudo dejar de exclamar en su conmocion: — Es preciso que Corina sea mi esposa, para que nadie la desconozca: yo te daré lo poco que puedo dar, estado, nombre, y ella me colmará de todas las felicidades que ella sola puede conceder en la tierra. — En esta situacion de ánimo fué apresuradamente á casa de Corina, y nunca entró en ella con un sentimiento mas suave de esperanza y de amor; pero por un impulso natural de timidez empezó la conversacion, sosegándose á sí mismo

con palabras vanas, y entre ellas pidió licencia para llevar á Mr. Edgermond á su casa. Al oír aquel nombre, Corina se turbó visiblemente, y se negó con voz alterada á lo que Osvaldo le pedia. — Admiróse mucho, y le dijo: — Creia que en una casa donde admitis á tantas gentes, no seria un motivo de exclusion el título de amigo mio. — No os agraviais, milord, repuso Corina, y creedme; debo tener razones muy poderosas para no consentir en lo que deseais. — ¡Y me direis esas razones? replicó Osvaldo. — ¡No puedo! exclamó Corina, ¡no puedo! — Así pues, dijo Osvaldo.... y no permitiéndole proseguir la violencia de su conmocion, quiso irse: Corina, entónces, toda bañada en llanto, le dijo, en inglés: — Por Dios, no os vayais, si no quereis despedazarme el corazon.

Aquellas palabras, y aquel acento penetraron hondamente el alma de Osvaldo; volviése á sentar á alguna distancia de Corina, con la cabeza apoyada en un vaso de alabastro que alumbraba su aposento; y luego de repente le dijo: — ¡Mujer cruel, ya veis que os amo, veis que veinte veces cada dia voy á ofrecer os mi mano y mi vida, y no quereis decirme quién sois! Decídmelo, Corina, decídmelo, repetia, tendiéndole la mano con la mas tierna expresion de cariño. — ¡Osvaldo, exclamó Corina, Osvaldo, no sabeis qué pena me dais! Si yo fuese tan insensata, que os lo descubriese todo, si lo fuese, cesariais de amarme. — ¡Dios mio! replicó él, ¿qué

teneis pues que revelar ? — Nada que me haga indigna de vos, acaso, diferencias en nuestras inclinaciones, en nuestro modo de pensar que existieron otro tiempo, y que ya no existirían. No exijais de mí que me haga conocer de vos ; quizá un dia, un dia, si me amais bastante, si... ¡ Ah ! no sé lo que digo, prosiguió Corina, lo sabreis todo, pero no me abandoneis sin oirme. Prometédmelo, por vuestro padre que mora en el cielo. — No pronuncieis ese nombre, exclamó lord Nelvil, ¿sabeis si nos junta, ó si nos separa ? ¿pensais que consentiria en nuestra union ? Si creeis que sí, decidmelo, afirmádmelo, y cesaré de padecer, y no se romperá mas mis corazon. Otra vez os diré cuál ha sido mi triste vida ; mas ahora ya veis en qué situacion estoy, en qué situacion me poneis. — Y en efecto cubria su frente un sudor helado, su rostro estaba sin color, y sus labios temblaban articulando con trabajo estas últimas palabras. Sentóse Corina á su lado, y cogiendo sus manos, le volvió poco á poco á sí mismo. — Querido Osvaldo, le dijo, preguntad á Mr. Edgermond si no ha estado en el Northumberland, ó por lo ménos si no hace mas de cinco años ; en este caso, no mas, podeis traerle á mi casa. — Osvaldo miró fijamente á Corina cuando decia estas palabras, y ella bajó los ojos, y calló ; lord Nelvil le respondió : — Haré lo que me mandais, y partió.

Vuelto á su casa, se perdía en conjeturas sobre los secretos de Corina, pareciéndole indudable que

habia pasado mucho tiempo en Inglaterra, y que allí debian ser conocidos su nombre y su familia. Pero ¿qué motivo la hacia ocultarlos, y por qué si residió en Inglaterra, habia dejado aquel pais ? Estas diversas dudas agitaban á lo sumo el corazon de Osvaldo ; hallábase convencido de que no podia descubrirse en la vida de Corina cosa alguna mala ; empero temia una combinacion de circunstancias que pudiese hacerla digna de baldon á los ojos de los demas ; y lo que en especial temia contra ella, era la desaprobacion de la Inglaterra : sentiase con valor contra la de cualquiera otro pais ; mas la memoria de su padre estaba en su pensamiento tan íntimamente unida con su patria, que estos sentimientos se aumentaban uno con otro. Osvaldo supo de Mr. Edgermond que habia estado por primera vez el año anterior en el Northumberland, y le ofreció llevarle aquella misma noche á casa de Corina ; adelantóse para avisarla de las ideas que Mr. Edgermond habia formado de ella, y le pidió le hiciese conocer en sus modales frios y severos cuánto se habia engañado.

— Si lo permitís, repuso Corina, me portaré con él como con todos los demas ; si desea oirme, improvisaré ; en fin, me presentaré cual soy, y espero que no dejará por eso de descubrir la dignidad del alma, en medio de un modo de obrar sencillo, así como si me violentase para aparentar un aire afectado. — Sí, Corina, respondió Osvaldo, si, teneis

razon ¡Ah! ¡mal haria quien quisiese alterar en nada vuestra admirable naturalidad! — Mr. Edgermond llegó en aquel instante con las demas gentes. Al principio de la noche, lord Nelvil se ponía al lado de Corina, y con un interes propio juntamente de un amante y de un protector, decia cuanto podía hacerla lucir; manifestábale un respeto dirigido mas bien á imponer atencion á los otros, que á satisfacerse á si mismo; pero conoció muy presto con placer la inutilidad de todos sus cuidados. Corina prendó enteramente á Mr. Edgermond; y prendóle no solo por su talento y por su hermosura, sino tambien inspirándole aquel sentimiento de estimacion, que los caractéres francos logran siempre de los caractéres honrados; y cuando se determinó á suplicarla que improvisase, aspiraba á este favor con tanto respeto como afán. Ella consintió sin que la rogasen un momento, y supo probar de aquel modo que su gracia tenia un precio independiente de la dificultad de lograrla. Pero la animaba tan vivo deseo de agradar á un compatriota de Osvaldo, á un hombre que por la atencion que merecia podia influir en su opinion cuando le hablase de ella, que aquel sentimiento la llenó improvisamente de una timidez desconocida; quiso comenzar, y conoció que la agitacion leembargaba la voz. Osvaldo padecia de ver que no se ostentaba á un Inglés en toda su brillantez; bajaba los ojos, y era tan manifiesta su turbacion, que Corina únicamente atenta

al efecto que causaba en él, perdía mas y mas la serenidad de ánimo precisa para improvisar. Por fin, sintiéndose vacilante, y ocurrir las voces por la memoria, y no por la sensibilidad, de forma que no expresaba lo que pensaba, ni lo que en realidad sentía, se paró de repente, y dijo á Mr. Edgermond: — Perdonad, si la timidez me priva hoy de mi habilidad; es la primera vez, sábenlo mis amigos, que me he visto así enteramente turbada; pero quizá no será la última, añadió suspirando.

Osvaldo se conmovió en extremo de la tierna debilidad de Corina. Hasta entónces siempre habia visto á la imaginacion y al genio triunfar de sus sentimientos, y dar aliento á su alma en los instantes en que se hallaba mas abatida; esta vez la pasion habia subyugado enteramente su entendimiento; y no obstante Osvaldo se habia identificado de tal manera en esta ocasion con la gloria de Corina, que su turbacion en lugar de complacerle, le hizo padecer. Mas como se hallaba seguro de verla brillar otro dia con su esplendor natural, se entregó sin pensar á las dulces observaciones que acababa de hacer, y reinó en su corazon mas que nunca la imagen de su amiga.

The seal of the University of Autonomía is circular, featuring a central shield with a figure holding a staff. Above the shield, the text 'ALERE FLAMMAM VERITATIS' is visible. The outer ring of the seal contains the words 'UNIVERSIDAD AUTONOMA' at the top and 'MEXICO' at the bottom.

LIBRO SÉTIMO

LA LITERATURA ITALIANA

CAPITULO I

Lord Nelvil deseaba con ansia que Mr. Edgermond disfrutase de la conversacion de Corina, no ménos apreciable que sus versos improvisados. Al otro dia se reunieron en su casa las mismas gentes; y para estimularla á hablar, hizo recaer la conversacion sobre la literatura italiana, y excitó su natural prontitud afirmando que la Inglaterra poseia mayor copia de verdaderos poetas, y de poetas superiores por su energía y su sensibilidad á los que daban vanidad á Italia.

— En primer lugar, respondió Corina, los extranjeros regularmente solo tienen noticia de nuestros poetas de primer órden, el Dante, Petrarca, Ariosto,

Guarini, el Taso y Metastasio, y tenemos otros muchos, como Chiabrera, Guidi, Filicaia, Parini, etc., sin contar á Sanazaro y á Policiano, etc., que han escrito con genio en latin; y todos reunen en sus versos el colorido á la armonía; todos saben, con mas ó ménos destreza, emplear en las pinturas del habla, las maravillas de las bellas artes y de la naturaleza. No se halla, es verdad, en nuestros poetas aquella melancolía reconcentrada, aquel conocimiento del corazon humano que caracteriza á los vuestros; pero esa especie de superioridad ¿no es mas propia de los filósofos que de los poetas? La melodía espléndida del Italiano conviene mas al brillo de los objetos exteriores que á la meditacion. Nuestra lengua seria mas adecuada para pintar el furor que la tristeza, porque los sentimientos meditados piden expresiones mas metafísicas, miéntras que el deseo de venganza anima la imaginacion, y arroja hácia fuera el dolor. Cesarotti ha hecho una traduccion elegante y bellísima de Osian; pero al leerla parece que las voces en sí mismas tienen un aire de fiesta opuesto á las ideas lóbregas que expresan. Nuestras suaves palabras, de *arroyo cristalino*, *risueña campina*, *fresca sombra*, encantan como el murmullo de las aguas, y la variedad de los colores: ¿qué mas pretendéis de la poesia? ¿á qué es preguntar al rui señor qué significa su canto? no puede explicarlo, sino empezando á cantar de nuevo; ni es dable comprenderle, sino entregándose á la

impresion que produce. La medida de los versos, las rimas armoniosas, aquellas terminaciones rápidas compuestas de dos sílabas breves, cuyos sonidos resbalan en efecto, como lo indica su nombre (*sdruc-cioli*), imitan á veces los pasos ligeros de la danza; á veces otros tonos mas graves representan el estruendo de la tormenta, ó el estrépito de las armas; en fin, nuestra poesia es un portento de la imaginacion, y no debe buscarse en ella otra cosa que sus placeres bajo todas formas.

— Ciertamente, repuso lord Nelvil, explicais con perfeccion las bellezas y los defectos de vuestra poesia; pero cuando se hallan en la prosa los mismos defectos, y no las bellezas, ¿cómo podreis defenderlos? Lo que solamente es vago en la poesia, es vaciedad en la prosa; y la infinidad de ideas triviales que vuestros poetas saben hermosear con su melodía y sus imágenes, vuelve á presentarse en la prosa friamente, y con una cansada viveza. La mayor parte de vuestros escritores en prosa, tienen hoy un lenguaje tan declamatorio, tan redundante, tan copioso en superlativos, que al parecer escriben todos á *salario*, con frases señaladas, y para una naturaleza convencional, sin advertir siquiera que escribir es expresar cada cual su carácter y su pensamiento. El estilo literario es para ellos un tejido artificial, un mosaico *embutido*, un no sé qué extraño por fin á su alma, que se hace con la pluma como una obra mecánica con los dedos; poseen en

supremo grado el secreto de amplificar, de comentar, de hinchar una idea, de hacer espumar un sentimiento, si es lícito hablar así, de forma que se le ocurre á quien los oye, decirles como aquella mujer africana á una señora francesa que llevaba un gran tontillo debajo de un largo vestido. *Señora, ¿y todo eso es tambien vos?* En efecto, ¿dónde está la realidad en toda esa pompa de voces, que una expresion bien sentida haria desvanecer como un prestigio vano?

— Olvidais, interrumpió Corina con prontitud, en primer lugar á Maquiavelo y Bocacio, despues á Gravina y Filangieri, y aun en nuestros dias á Cesarotti, Verri, Bettinelli y otros muchos que saben escribir y pensar. Pero convengo en que desde los últimos siglos, viéndose Italia privada de su independencia por circunstancias desgraciadas, se ha perdido en ella todo interes de la verdad, y en muchas ocasiones hasta la posibilidad de decirla; de donde ha dimanado la costumbre de complacerse en las palabras, sin determinarse á llegar á las ideas. Como era seguro con los escritores no habia de lograrse influjo alguno en las cosas, solo se escribia para ostentar disposicion, medio infalible para dejar bien presto de tenerla, porque el modo de encontrar ideas es dirigirlas á un objeto noblemente provechoso. Cuando los escritores en prosa no pueden tener ninguna especie de influencia en la felicidad de una nacion, cuando únicamente se escribe por lucir, en fin cuando el camino es el término, se

dan mil vueltas y revueltas; mas no se adelanta. Es verdad, los Italianos temen á los pensamientos nuevos; por pereza, no por servilidad literaria: su índole, su jovialidad, su imaginacion tienen mucha originalidad, y sin embargo, como no se dedican á reflexionar, sus ideas generales son comunes; su misma elocuencia tan viva cuando hablan, carece de naturalidad cuando escriben, como si se enfriasen en el trabajo; verdad es que los pueblos meridionales se embarazan con la prosa, y solo en verso pintan sus verdaderos sentimientos. No sucede así en la literatura francesa, dijo Corina, dirigiéndose al Conde de Erfeuil, vuestros prosistas son á veces mas elocuentes y aun mas poéticos que vuestros poetas. — Es seguro, respondió el Conde, que en esa clase tenemos las verdaderas autoridades clásicas; Bossuet, la Bruyere, Montesquieu, Buffon, no pueden ser excedidos, en especial los dos primeros que son de aquel siglo de Luis XIV, nunca bastante alabado, y cuyos perfectos modelos es fuerza imitar con empeño: este es un consejo que los extranjeros deben apresurarse á seguir del mismo modo que nosotros. — Cuéstate trabajo ceer, replicó Corina, que fuese de desear para el mundo entero perder todo color nacional, toda originalidad de sentir y de talento, y me determinaré á deciros, señor Conde, que en vuestro propio país esa *ortodoxia* literaria contraria á toda innovacion feliz, y debe á la larga hacer muy estéril vuestra literatura: el genio es crea-

dor por esencia, lleva el carácter del individuo que le posee; y la naturaleza que no ha permitido se pareciesen dos hojas, ha dado aun mayor variedad á las almas: así la imitacion es una especie de muerte, por cuanto despoja á cada uno de su existencia natural.

— Quisiérais, ¿no es verdad? hermosa extranjera, repuso el Conde de Erfeuil, que admitiésemos entre nosotros la barbarie tudesca, las noches de Young de los Ingleses, y los *Concetti* de los Italianos y de los Españoles: mas ¿qué seria entónces del gusto, de la elocuencia del estilo frances, corrompido con semejante mezcla? — El príncipe de Castel-Forte, que aun no habia hablado, dijo: — A mi parecer, todos necesitamos unos de otros; la literatura de cada país descubre á quien sabe conocerla una nueva esfera de ideas: el mismo Cárlos V decia: *un hombre que sabe cuatro lenguas vale por cuatro*; y si este gran genio político juzgada así para los negocios, ¿no es mucho mas cierta su idea para las letras? Todos los extranjeros saben frances, por tanto su vista se extiende mas que la de los Franceses que ignoran las lenguas extranjeras. ¿Por qué no se dedican mas á aprenderlas? así conservarían lo que los distingue, y á veces descubrirían lo que puede faltarles.

CAPITULO II

— A lo ménos confesareis, replicó el Conde de Erfeuil, que bajo cierto respecto no tenemos que aprender cosa alguna de nadie : nuestro teatro es indudablemente el mejor de Europa ; porque no discurro que los mismos Ingleses piensen oponernos su Shakspeare. — Perdonad, interrumpió Mr. Edgermond ; sí, lo piensan. — Y dicha esta palabra, volvió á su silencio. — En tal caso, continuó el Conde con sonrisa y manifestando un agradable desprecio, nada tengo que decir ; cada cual pensará como quiera ; pero yo persisto en creer que sin presuncion podemos afirmar somos los primeros en el arte dramático ; y en cuanto á vuestros Italianos, si es lícito hablar con franqueza, ni siquiera saben que hay arte dramático en el mundo. Para ellos, la pieza es nada, la música es todo : si el segundo acto tiene mejor música, empiezan por el segundo acto ; si los dos primeros actos de dos piezas diferentes, representan aquellos dos actos en un mismo dia, y colocan entre ellos un acto de una comedia en prosa, que por lo regular contiene excelente moral ; pero una moral compuesta toda de sentencias remitidas ya por nuestros antepasados á los extranjeros, como demasiado rancias para sí. Vuestros célebres músicos

mandan á vuestros poetas ; uno declara que no puede cantar si no está en su aria la voz *felicitá* ; el tenor pide *la tomba*, y el tercer cantor no puede hacer gorjeos sino con la palabra *catene* ; y es preciso que el pobre poeta concilie como pueda estos diferentes gustos con la situacion dramática. Aun no es esto todo : hay *virtuosos* que no quieren entrar en el teatro á pié llano ; hanse de mostrar primero en una nube, ó han de bajar de lo mas alto de la escalera de un palacio, para que su entrada llame mas la atencion. Acabada el aria, ora sea la situacion tierna, ora violenta, ha de saludar el actor dando gracias por los aplausos ; y el otro dia, en Semíramis, despues que el espectro de Nino cantó su aria, el actor que representaba con su traje de sombra, hizo una gran cortesía al patio, lo cual disminuyó mucho el efecto de la aparicion.

En Italia se han acostumbrado á mirar el teatro como una gran sala de reunion, donde no se escuchan mas que las arias y el baile ; y con razon digo *donde no se escucha mas que el baile*, porque solo entónces empieza á haber silencio en el patio ; y aquel baile es tambien un modelo de pésimo gusto. Fuera de los grotescos que son verdaderas caricaturas de la danza, no comprendo lo que divierte en estos bailes, como no sea su ridiculez : he visto á Gengis-kan, puesto en baile, cubierto todo de armiño, y lleno de hermosos sentimientos, porque cedia su corona al hijo del rey que habia vencido, y le

levantaba por un pié en el aire, nuevo modo de poner á un monarca en el trono. Tambien he visto el sacrificio de Curcio, baile en tres actos con todos sus intermedios, en que Curcio, vestido de pastor de Arcadia, danzaba largo rato con su dama, ántes de montar en un caballo verdadero en medio del teatro, y arrojarse así en un abismo de fuego, hecho de raso amarillo y papel dorado. Por último, he visto toda la historia romana en compendio, en un baile, desde Rómulo hasta César.

— Todo eso es muy cierto, respondió el príncipe de Castel-Forte con suavidad; pero habeis hablado solo de la música y de la danza, y en ninguna parte se llama eso el teatro dramático. — Peor es, interrumpió el Conde de Erfeuil, cuando representan tragedias ó dramas que no se titulan *drama de fin alegre*; entónces reunen mas horrores en cinco actos que caben en la imaginacion. En una pieza de esta clase, mata el amante en el segundo acto al hermano de su amada; en el tercero da un pistoletazo á su dama en el mismo teatro; el cuarto le ocupa un entierro; en el intermedio del cuarto al quinto acto, el actor que representa al amante, viene á anunciar con la mayor tranquilidad al patio las arlequinadas para el otro dia, y vuelve á la escena en el quinto acto para matarse de otro pistoletazo. Los actores trágicos están perfectamente acordes con la frialdad y la hinchazon de las piezas: cometen todas estas horrosas acciones con suma serenidad. Cuando un

actor se agita, dicen que gesticula como un predicador; porque en realidad, se advierte mas accion en el púlpito que en el teatro; y es fortuna que los actores sean tan sosegados en lo patético, pues como nada interesa en la pieza, ni en la situacion, cuanto mas ruido hiciesen, parecerian mas ridiculos; y si quiera fuese el ridículo entretenido; mas es uniforme y cansado. Lo propio sucede en Italia con la comedia que con la tragedia, y en esta carrera tambien somos los primeros: el único género verdaderamente peculiar de Italia, son las arlequinadas; un criado bribon, goloso y cobarde, un anciano tutor burlado, avaro y perdido de amores, este es todo el argumento de sus piezas. Ciertamente confesareis que no son necesarios muchos esfuerzos para semejante invencion, y que el hipócrita y el misántropo manifiestan algo mas de genio.

Este acometimiento del Conde de Erfeuil desagradaba bastante á los Italianos que le oian; mas sin embargo, reíanse, y el Conde de Erfeuil gustaba mucho mas de ostentar talento que bondad en la conversacion: su benevolencia natural influa en sus acciones, y su amor propio en sus palabras. El príncipe de Castel-Forte y todos los Italianos que se hallaban allí estaban impacientes por responder al Conde de Erfeuil; pero como creían que Corina defenderia su causa mejor que ningun otro, y no los estimulaba el deseo de lucir en la conversacion, su-

plicábanla contestase, y se contentaban con citar los nombres famosos de Maffei, Metastasio, Goldoni, Alfieri, Monti, Corina convino desde luego en que los Italianos no tenían teatro; mas intentó probar que las circunstancias, y no la falta de talento, lo motivaban. La comedia que depende de la observacion de las costumbres, no puede existir sino en un país donde se vive habitualmente en el centro de una sociedad numerosa y brillante; no hay en Italia mas que pasiones violentas, y deleites perezosos, y las pasiones violentas producen delitos ó vicios de color tan subido que hacen desaparecer todas las tintas débiles de los caractéres. Pero la comedia ideal, digámoslo así, la que depende de la imaginacion, y puede adaptarse á todos tiempos, y á todos países, se ha inventado en Italia. Los personajes de Arlequin, Brighella, Pantalon, etc., se encuentran con el mismo carácter en todas las piezas; tienen bajo todos aspectos máscaras, no rostros; es decir, que su fisonomía es la de tal clase de personas, y no la de tal individuo. Es cierto que los autores modernos de las arlequinadas no tienen el mérito de haberlas inventado, puesto que han hallado todos los papeles distribuidos de antemano como las piezas de un ajedrez; pero la primera invencion es de los Italianos, y estos personajes estafalarios que desde un extremo á otro de Europa entretienen á los niños y á los hombres, á quienes hace niños la imaginacion, deben mirarse como una

creacion de los Italianos, que les da derechos al arte de la comedia.

La observacion del corazón humano es un manantial inagotable para la literatura; pero las naciones, mas dispuestas á la poesía que á la reflexion, se entregan mejor al arrebató de la alegría que á la ironía filosófica: la burla fundada en el conocimiento de los hombres, es siempre algo triste; y solo á la imaginacion pertenece la alegría que no ofende. No porque los Italianos dejen de estudiar con habilidad á los hombres con quienes tratan, y de descubrir con mas finura que nadie los pensamientos mas ocultos; sino porque este talento en ellos sirve para su conducta, y no le emplean en materias literarias: tienen en su carácter cierta prudencia, cierto disimulo que acaso les aconseja no manifestar en lo exterior, por medio de las comedias, lo que les sirve para gobernarse en sus relaciones particulares, y no revelar en las ficciones del entendimiento lo que puede ser provechoso en las circunstancias de la vida real.

Maquiavelo, no obstante, léjos de ocultar cosa alguna, ha hecho conocer todos los secretos de una política delincuente; y por él se puede advertir de qué terrible conocimiento del corazón humano son capaces los Italianos, mas semejante profundidad no es propia de la comedia, y los recreos de la sociedad pueden únicamente enseñar á pintar los hombres en la escena cómica. Goldoni, que moraba

en Venecia, donde hay mas trato que en ninguna ciudad de Italia, usa ya en sus piezas de mucha mas delicadeza de observacion que ninguno de los demas autores: sin embargo sus comedias son cansadas; siempre se ven las mismas situaciones, porque apenas hay variedad en los caractéres; sus numerosas composiciones parecen hechas por el modelo de las piezas de teatro en general, y no imitando á la vida. El verdadero carácter de la alegría italiana no es la burla, sino la imaginacion; no la pintura de las costumbres, sino las exageraciones poéticas; el Ariosto, no Moliere, pueden divertir á Italia.

Gozzi, rival de Goldoni, tiene mas originalidad en sus composiciones, y se parecen mucho ménos á comedias regulares: tomó la determinacion de abandonarse resueltamente al genio italiano, representar cuentos de hechiceras, mezclar las bufonadas, y las arlequinadas con lo maravilloso de los poemas, no imitar en nada á la naturaleza, sino dejarse llevar de los caprichos de la alegría como de las quimeras de los hechizos, y arrastrar de todas maneras el ánimo fuera de los límites de lo que pasa en el mundo. Tuvo en su tiempo un éxito prodigioso, y tal vez es el autor cómico, cuyo estilo se adapta mas á la imaginacion italiana; pero para saber con certeza cuáles podrian ser la comedia y la tragedia en Italia, seria preciso que en algun parte hubiese teatro y actores. La muchedumbre de

ciudades reducidas, que quieren todas tener teatro, pierde, dispersándolos, los pocos recursos que se pudieran reunir, y la division de los Estados tan favorable por lo regular á la libertad y á la ventura, es dañosa para Italia: hácele falta un centro de luces y de poder para resistir á las preocupaciones que la devoran. La autoridad de los gobiernos reprime á veces en otras partes el movimiento individual; mas en Italia seria aquella autoridad un bien si luchase contra la ignorancia de los Estados separados, y de los hombres aislados entre si, si combatiere con la emulacion la indolencia natural del clima, en fin si diese vida á toda aquella nacion contenta hoy con un sueño.

Estas ideas y otras muchas desenvolvió Corina con suma discrecion; poseia tambien el arte rápido de las conversaciones ligeras que en nada se parán, y la ocupacion de agradar que da mérito sucesivamente á cada uno, aunque solia entregarse á la habilidad que la hacia célebre improvisadora. Rogó repetidas veces al principe de Castel-Forte que la auxiliase, manifestando sus opiniones sobre el mismo asunto; pero hablaba con tanta perfeccion, que cuantos la oian se embelesaban, y no consentian á nadie interrumpirla. Mr. Edgermond en especial no se cansaba de ver y de oir á Corina. atreviase apenas á expresar el sentimiento de admiracion que inspiraba, y pronunciaba en voz baja algunas palabras en loor suyo, esperando que las entendiese, sin

verse precisado á decírselas. Deseaba, empero, con tanta ansia saber su modo de pensar sobre la tragedia, que se arriesgó, á pesar de su timidez, á dirigirle la voz. — Señora, le dijo, lo que me parece sobre todo que falta á la literatura italiana son tragedias, y creo hay ménos diferencia de los niños á los hombres que de vuestras tragedias á las nuestras; porque los niños, en su movilidad, tienen sentimientos ligeros, mas llenos de verdad, al paso que la gravedad de vuestras tragedias tiene cierto aire afectado y gigantesco que destruye para mí toda ilusion. ¿No es así, lord Nelvil? prosiguió Mr. Edgermond, volviéndose hácia él, y llamándole con los ojos para que le sirviese de apoyo; tan turbado estaba de haberse atrevido á hablar delante de tanta gente.

— Mi opinion es igual á la vuestra, respondió Osvaldo. Metastasio, celebrado como el poeta del amor, da á esta pasion el mismo color en todas las almas, y en todas las situaciones. Dignas son de admirarse sus excelentes arias, ora por la gracia y la armonía, ora por las superiores bellezas líricas que contienen, especialmente separándolas del drama en que están colocadas; pero nosotros poseedores de Shakspeare, del poeta que ha profundizado mas la historia y las pasiones del hombre, no podemos soportar aquellos dos pares de enamorados que se dividen el teatro en casi todas las piezas de Metastasio, y llamándose Aquiles, ó Tirsis, Bruto, ó

Corilas, cantan todos de la misma manera penas y martirios de amores, que apénas tocan al alma en su superficie, y pintan con una trivialidad el sentimiento mas tempestuoso que puede agitar el corazon humano. Haré algunas reflexiones sobre las piezas de Alfieri, sin olvidarme del profundo respeto debido á su carácter; su objeto es tan noble, los sentimientos que expresa el autor están tan acordes con su conducta personal, que sus tragedias deben ser siempre alabadas como acciones, aun en el caso de criticarse en alguna parte como producciones literarias. Paréceme á la verdad, que algunas de sus tragedias son tan monótonas en el vigor, como las de Metastasio en la dulzura. Se halla en las obras de Alfieri una profusion tal de energía y de magnanimidad, ó de otra manera, tanta exageracion de violencia y de delito, que es imposible reconocer en ellas el verdadero carácter de los hombres, pues nunca son tan malos, ni tan generosos como él los pinta. La mayor parte de las escenas se han compuesto para presentar en oposicion el vicio y la virtud; mas estas oposiciones no aparecen con las gradaciones de la verdad. Si los tiranos permitiesen en la vida lo que los oprimidos les dicen frente á frente en las tragedias de Alfieri, casi daria gana de tenerles compasion. Octavia es una de las piezas en que mas se echa de ver esta falta de verosimilitud: Séneca habla en ella sin cesar de moral á Neron, como si fuese el hombre mas su-

frido del mundo, y Séneca el mas animoso de todos. El señor del universo consiente en la tragedia que le insulten, y se enfurece en todas las escenas por dar gusto á los espectadores, como si no estuviese en su mano dar fin á todo con una palabra. Sin duda alguna aquellos continuos diálogos proporcionan hermosísimas respuestas de Séneca; y seria gustoso encontrar en una arenga, ó en un tratado los nobles pensamientos que expresa; pero ¿se da de esta suerte idea de la tiranía? Esto no es pintarla con sus colores mas tremendos, sino hacerla blanco para esgrimir las palabras. Mas si Shakspeare hubiese representado á Neron rodeado de hombres sin aliento, osando apénas responder á la pregunta mas indiferente; á él mismo, encubriendo su turbacion, y haciendo esfuerzos para aparentar sosiego, y á Séneca á su lado trabajando en la apologia de la muerte de Agripina, ¿no hubiera sido mil veces mayor el terror? y en lugar de una reflexion indicada por el autor, ¿no se habrian movido mil en el alma de los espectadores, por el mismo silencio de la retórica, y por la verdad de las pinturas?

Largo rato hubiera podido hablar todavía Osvaldo, sin que Corina le interrumpiera, porque se recreaba de tal suerte en el sonido de su voz, y en la noble elegancia de sus expresiones, que habia deseado prolongar horas enteras aquella impresion. Sus miradas clavadas en él se apartaban con tra-

bajo, aun despues que acabó de hablar; y volviéndose lentamente hácia los demas, que le preguntaban con afan su dictámen sobre la tragedia italiana, y dirigiéndose otra vez á lord Nelvil: — Milord, le dijo, casi en todo soy de vuestro modo de pensar; así, pues, no os respondo para contradeciros, sino para manifestar algunas excepciones de vuestras observaciones, quizá demasiado generales. Metastasio, á la verdad, es mas bien poeta lírico que dramático, y pinta el amor como una de las bellas artes que hermocean la vida, no como el secreto mas íntimo de nuestras penas ó de nuestra dicha. En general, aunque nuestra poesia ha sido consagrada á cantar el amor, me arriesgaré á decir que tenemos mas profundidad y mas ternura para pintar las demas pasiones; porque á fuerza de hacer versos de amores, se ha creado entre nosotros sobre este punto un idioma convenido, y no sirve ya de inspiracion á los poetas lo que sienten, sino lo que leyeron. El amor, conforme existe en Italia, no se parece nada al amor cual le pintan nuestros escritores; y únicamente sé de una novela *Fiammetta* del Bocacio, en que se encuentre idea de esta pasion descrita con los colores verdaderamente nacionales. Nuestros poetas sutilizan, y exageran los sentimientos, cuando el carácter real de la naturaleza italiana es una impresion rápida y profunda, mas bien expresada con acciones silenciosas, que con un ingenioso lenguaje. Por lo regular nuestra literatura expresa

poco nuestro carácter y nuestras costumbres : somos una nacion muy excesivamente modesta, estoy por decir harto humilde, para atrevernos á tener tragedias nuestras, compuestas con nuestra historia, ó á lo ménos caracterizadas con nuestros propios sentimientos (1).

Alfieri, por una casualidad singular era, digámoslo así, trasplantado de la antigüedad á los tiempos modernos ; habia nacido para obrar, y solo pudo escribir, y su estilo y sus tragedias se resienten de esta sujecion. Quiso caminar por medio de la literatura á un fin político ; fin el mas noble de todos sin duda alguna ; mas no importa, no hay cosa que tanto desnaturalice las obras de la imaginacion. Alfieri, cansado de vivir en el seno de una nacion en que se hallaban eruditísimos sabios, y algunos hombres de gran ilustracion ; pero cuyos literatos y lectores no se interesaban la mayor parte en nada grave, recreándose únicamente con los cuentos, con las novelas, y con los madrigales ; Alfieri, repito, trató de dar á sus tragedias el carácter mas austero. Suprimió los confidentes, los golpes de teatro, todo, ménos el interes del diálogo, como si pretendiese

(1) *Giovanni Pindemonte* ha publicado hace poco un teatro, cuyos asuntos son todos tomados de la historia italiana ; empresa sumamente interesante y laudable. El nombre de Pindemonte es tambien ilustre por Hipólito Pindemonte, que es uno de los poetas italianos en quienes se halla mas atractivo y mas dulzura.

que los Italianos expiasen su viveza y su imaginacion natural ; no obstante, excitó admiracion, porque en realidad es grande en su carácter y en su alma, y porque los moradores de Roma en especial aplauden las alabanzas que se dan á las acciones y á los sentimientos de los antiguos Romanos, como si todavia les cupiese de ellas alguna parte. Gustan de la energía, y de la independenciam, á la manera que de los hermosos cuadros en las galerías ; pero no por eso es ménos cierto que Alfieri no ha creado lo que pudiera llamarse teatro italiano ; esto es, tragedias, á que se pudiera hallar un mérito particular en Italia, y ni aun ha caracterizado las costumbres de los países y de los siglos que pintaba. Su conjuracion de los Pazzi, Virginia, Felipe II, son admirables por la elevacion y el vigor de las ideas ; mas siempre se descubre el carácter de Alfieri, y no el de las naciones, ni de los tiempos que pone en la escena : y aunque el carácter de Alfieri y el frances no tienen la mas remota analogia, se parecen en cuanto ambos adornan con sus propios colores todos los asuntos que tratan.

Oyendo hablar el Conde de Erfeuil del carácter frances tomó la palabra. — Ciertamente, dijo, no podríamos aguantar en la escena las inconsecuencias de los Griegos, ni las monstruosidades de Shakspeare ; tienen los Franceses demasiado gusto. Nuestro teatro es el modelo de la delicadeza y de la elegancia que le distinguen de todos ; y seria sumirnos en

la barbarie querer introducir entre nosotros cosas extranjeras. — Lo mismo fuera, dijo Corina sonriéndose, que levantáseis al rededor de Francia la gran muralla de la China. Es indudable que en vuestras tragedias se encuentran singulares bellezas, y acaso se presentarían á vuestros autores otras nuevas, si alguna vez consintiéseis que os mostrasen en la escena mas que Franceses. Pero para nosotros que somos Italianos, perderia mucho nuestro genio dramático, si se sujetase á unas reglas que sin darnos honor, nos impondrían sujecion: el teatro de una nacion debe componerse de su fantasía, de su índole y de sus costumbres: los Italianos gustan con extremo de las bellas artes, de la música, de la pintura, y aun de la pantomina, en fin de todo cuanto conmueve los sentidos. ¿Cómo, pues, han de contentarse por único placer teatral con la autoridad de un diálogo elocuente? En vano Alfieri con todo su genio quiso reducirlos á ello; y él mismo conoció que su sistema era harto severo (1).

La *Merope* de Maffei, el *Saul* de Alfieri, el *Aristodemo* de Monti, y sobre todo el poema del Dante, aunque este autor no ha compuesto tragedias, me parecen á propósito para dar idea de lo que pudiera

(1) Acaba de publicarse una coleccion de las obras póstumas de *Alfieri*, donde se encuentran trozos muy amenos; pero por un ensayo dramático bastante extraño que hizo sobre su tragedia de Abel, puede inferirse que él mismo hallaba sus piezas demasiado severas, y juzgaba que en la escena debía concederse mas á los placeres de la imaginacion.

ser al arte dramático en Italia. La accion de la *Merope* de Maffei es sumamente sencilla, pero tiene una poesia brillante, engalanada con las mas hermosas imágenes; ¿y por qué no ha de usarse esta poesia en las obras dramáticas? La lengua de los versos es tan magnífica en Italia, que seria mayor yerro que en ninguna otra parte renunciar á sus bellezas. Alfieri sobresaliente, cuando queria, en todo, hizo en su *Saul* un uso pomposísimo de la poesia lirica, y aun pudiera introducirse con excelente efecto la música, no para mezclar el canto con el recitado, sino para sosegar los furiosos arrebatos de Saul con el arpa de David. Es tan hermosa nuestra música, que su deleite puede hacernos indiferentes á los placeres del entendimiento; y en lugar de querer separarlos fuera bueno procurar reunirlos, no haciendo cantar á los héroes, pues esto destruye todo decoro, sino introduciendo coros al modo de los antiguos, ó efectos de música enlazados con la situacion por medio de las combinaciones naturales, segun sucede tan frecuentemente en la vida. Léjos de minorar en el teatro italiano los placeres de la imaginacion, me parece convendria aumentarlos y multiplicarlos de todas maneras, por cuanto la afición extremada de este pueblo á la música y á los bailes de gran espectáculo, es un indicio del poder de su fantasía, y de la necesidad de interesarle siempre, aun en los objetos mas graves, en vez de hacerlos como Alfieri mas severos.

La nacion se considera obligada á dar aplausos á lo que es austero y serio; pero vuelve muy presto á sus naturales inclinaciones, fáciles de satisfacer en la tragedia, si la hermoseasen con el atractivo y la variedad de las diferentes especies de poesia, de que saben disfrutar en sus diversidades teatrales los Ingleses y los Españoles.

El Aristodemo de Monti tiene alguna cosa del patético terrible del Dante, que seguramente es esta tragedia con razon una de las mas admiradas. El Dante, gran maestro por tantos estilos, poseia el genio trágico mas capaz de producir efecto en Italia, si de algun modo pudiese adaptarse á la escena; porque este poeta sabe pintar á los ojos lo que pasa en lo interior del alma, y su imaginacion hace sentir y ver el dolor. Si el Dante hubiese escrito tragedias, habrian causado impresion á los niños como á los hombres, y lo mismo al vulgo que á los entendimientos cultivados; la literatura dramática debe ser popular; es como un acaecimiento público y debe juzgar de él toda la nacion.

— En el tiempo que vivia el Dante, dijo Osvaldo, tenian los Italianos en Europa, y en su propio país, una gran representacion política: ahora quizá no es posible que tengais teatro trágico nacional, pues para que exista, es preciso desarrollen extraordinarias circunstancias en la vida los sentimientos que se expresan en la escena. De todas las grandes obras de literatura, no hay ninguna tan dependiente

de todo el conjunto del pueblo, como una tragedia; los espectadores contribuyen á ella casi tanto como los autores mismos; porque el genio dramático se compone del espíritu público, de la historia, del gobierno, de las costumbres, en fin de cuanto cada día se introduce en el ánimo, y forma el ser moral, como el aire que se respira alimenta la vida física. Los Españoles, á quienes vuestro clima y vuestra religion deben haceros parecidos, tienen, no obstante, mas genio dramático; sus piezas están llenas de su historia, de su caballería, de su fe religiosa, y son originales y vivas; verdad es que sus progresos en esta parte son del mismo tiempo que su gloria histórica. ¿Cómo, pues, habia de fundarse ahora en Italia, lo que jamas hubo, un teatro trágico?

— Por desgracia puede ser cierto lo que decís, milord, repuso Corina; mas con todo yo espero mucho en favor nuestro del vuelo natural de los ingenios en Italia, y de su emulacion individual, aun no auxiliándose circunstancia alguna exterior. Lo que principalmente nos falta son actores; las palabras afectadas producen indispensablemente una declamacion falsa; pero no hay lengua en que un gran actor pudiese manifestar mas talento que en la nuestra, porque la melodía de los sonidos da un nuevo encanto á la verdad del acento; y es una música continua, que se mezcla con la expresion de los sentimientos sin quitarles nada de su vigor. — Si quereis convencer de lo que decís, interrumpió

el príncipe de Castel-Forte, es menester que nos lo probeis : si, concedednos el placer imponderable de veros representar una tragedia ; debéis dar á los extranjeros, á quienes juzgais dignos de él, el singular deleite de ver una habilidad que vos no mas poseéis en Italia, ó por mejor decir, que vos sola poseéis en el mundo, pues toda vuestra alma está impresa en ella.

Corina deseaba en secreto representar una tragedia delante de lord Nelvil, para ostentar con mas ventaja su mérito ; pero no se atrevia á aceptar sin su aprobacion, y pedíasela con sus miradas. Entendiólas, y como juntamente se hallaba conmovido de la timidez que la habia impedido improvisar la víspera, y ansioso de lograr para ella los aplausos de Mr. Edgermond, se unió á los ruegos de sus amigos. — Ya no vaciló mas Corina. — Pues bien, dijo volviéndose al príncipe de Castel-Forte, realizaremos, si gustais, el proyecto que hace tanto tiempo tenia de representar mi traduccion de Julia y Romeo. — ¿ Julia y Romeo de Shakspeare ? exclamó Mr. Edgermond : ¿ sabéis inglés ? — Sí, respondió Corina. — Y ¿ amais á Shakspeare ? — Como á un amigo, pues conoce todos los secretos del dolor. — ¿ Y representareis su tragedia en italiano ? exclamó Mr. de Edgermond, y yo la oiré ? ¿ y vos la oireis tambien, querido Nelvil ? ¡ ah ! ¡ qué feliz sois ! — Luego arrepintiéndose al punto de esta palabra indiscreta, se sonrojó ; y el rubor inspirado por la bon-

dad y la delicadeza en cualquiera edad puede causar interes. ¡ Qué felices seremos, repitió como turbado, si asistimos á tal espectáculo !

CAPITULO III

En pocos dias se halló todo dispuesto, repartidos los papeles, y escogida la noche para la representacion en un palacio propio de una parienta del príncipe de Castel-Forte, amiga de Corina. Sentia Osvaldo una mezcla de zozobra y de placer al acercarse aquel nuevo triunfo ; disfrutaba ya de él de antemano ; empero tambien estaba de antemano celoso no de tal ó cual hombre en particular, sino del público, testigo de las gracias de su amada ; hubiera deseado conocer solo su talento y sus atractivos ; en fin, que Corina, tímida y encogida como una Inglesa, poseyese solo para él su elocuencia y su genio. Por mas apreciable que un hombre sea, quizá jamas disfruta con quietud de la superioridad de una mujer ; si la ama, le causa cuidado, y si no, su amor propio se da por sentido. Así Osvaldo, junto á Corina se hallaba mas embriagado que feliz, y la admiracion que le inspiraba aumentaba sus pesares, sin hacer mas estables sus inten-

el príncipe de Castel-Forte, es menester que nos lo probeis : si, concedednos el placer imponderable de veros representar una tragedia ; debéis dar á los extranjeros, á quienes juzgais dignos de él, el singular deleite de ver una habilidad que vos no mas poseéis en Italia, ó por mejor decir, que vos sola poseéis en el mundo, pues toda vuestra alma está impresa en ella.

Corina deseaba en secreto representar una tragedia delante de lord Nelvil, para ostentar con mas ventaja su mérito ; pero no se atrevia á aceptar sin su aprobacion, y pedíasela con sus miradas. Entendiólas, y como juntamente se hallaba conmovido de la timidez que la habia impedido improvisar la víspera, y ansioso de lograr para ella los aplausos de Mr. Edgermond, se unió á los ruegos de sus amigos. — Ya no vaciló mas Corina. — Pues bien, dijo volviéndose al príncipe de Castel-Forte, realizaremos, si gustais, el proyecto que hace tanto tiempo tenia de representar mi traduccion de Julia y Romeo. — ¿ Julia y Romeo de Shakspeare ? exclamó Mr. Edgermond : ¿ sabéis inglés ? — Sí, respondió Corina. — Y ¿ amais á Shakspeare ? — Como á un amigo, pues conoce todos los secretos del dolor. — ¿ Y representareis su tragedia en italiano ? exclamó Mr. de Edgermond, y yo la oiré ? ¿ y vos la oireis tambien, querido Nelvil ? ¡ ah ! ¡ qué feliz sois ! — Luego arrepintiéndose al punto de esta palabra indiscreta, se sonrojó ; y el rubor inspirado por la bon-

dad y la delicadeza en cualquiera edad puede causar interes. ¡ Qué felices seremos, repitió como turbado, si asistimos á tal espectáculo !

CAPITULO III

En pocos dias se halló todo dispuesto, repartidos los papeles, y escogida la noche para la representacion en un palacio propio de una parienta del príncipe de Castel-Forte, amiga de Corina. Sentia Osvaldo una mezcla de zozobra y de placer al acercarse aquel nuevo triunfo ; disfrutaba ya de él de antemano ; empero tambien estaba de antemano celoso no de tal ó cual hombre en particular, sino del público, testigo de las gracias de su amada ; hubiera deseado conocer solo su talento y sus atractivos ; en fin, que Corina, tímida y encogida como una Inglesa, poseyese solo para él su elocuencia y su genio. Por mas apreciable que un hombre sea, quizá jamas disfruta con quietud de la superioridad de una mujer ; si la ama, le causa cuidado, y si no, su amor propio se da por sentido. Así Osvaldo, junto á Corina se hallaba mas embriagado que feliz, y la admiracion que le inspiraba aumentaba sus pesares, sin hacer mas estables sus inten-

ciones : veíala como un fenómeno admirable que se le presentaba cada dia de nuevo ; pero el mismo enajenamiento, y aun el mismo asombro, alejaban á su parecer la esperanza de una vida tranquila y sosegada. No obstante, Corina era la criatura mas dulce y de trato mas sencillo ; prescindiendo de sus prendas brillantes, inspiraba afecto por sus prendas comunes ; mas, lo repetimos, reunia demasiadas habilidades, y llamaba con exceso la atencion en su clase : lord Nelvil no presumia igualarla, y esta idea le inspiraba temores acerca de la constancia de su mutuo cariño : en vano Corina, á fuerza de amor, se hacia su esclava ; el señor, inquieto con frecuencia por aquella reina encadenada, no gozaba en paz de su imperio.

Algunas horas ántes de empezar la representacion, llevó lord Nelvil á Corina al palacio de la princesa de Castel-Forte, donde se hallaba dispuesto el teatro. Habia un sol hermosísimo, y desde una ventana de la escalera se descubrian Roma y su campiña. Detuvo Osvaldo á Corina un momento, diciéndole : — Ved qué hermoso tiempo ; es por vos, es para alumbrar vuestros triunfos. — ¡ Ah ! si así fuese, replicó ella, la ventura me vendria de vos, y os deberia la proteccion del cielo. — ¿ Bastarian á vuestra ventura los sentimientos suaves y puros que inspira esta hermosa naturaleza ? repuso Osvaldo ; no se parecen, es cierto, este aire que respiramos, y esta dulce suspension que inspira el

campo con la sala ruidosa que resonará presto con vuestro nombre. — Osvaldo, dijo Corina, esos aplausos si los logro, ¿ por qué me causarán placer sino porque vos oireis ? y si manifiesto algun talento, ¿ quién me le inspirará sino mi amor á vos ? La poesia, la ternura, la religion, todo cuanto excita entusiasmo está acorde con la naturaleza ; y mirando este cielo azulado, y abandonándome á la impresion que me causa, comprendo mejor los sentimientos de Julia, y soy mas digna de Romeo. — Sí, eres digna de él, celestial criatura, exclamó lord Nelvil ; sí, esta inquietud por tus gracias, y esta necesidad de vivir solo contigo en el universo, es una debilidad del alma : vé á recoger los homenajes del mundo ; vé, pero que esa mirada de amor, mas divina que tu genio todavía, jamas se dirija sino á mí. — Separáronse entónces, y lord Nelvil fué á sentarse en la sala, esperando el placer de ver salir á Corina.

Julia y Romeo es asunto italiano ; la escena se supone en Verona, donde todavía se enseña hoy el sepulcro de los dos amantes. Shakspeare escribió esta tragedia con aquella imaginacion del mediodía, tan apasionada y tan risueña, aquella imaginacion que triunfa en la felicidad, y no obstante pasa tan fácilmente de esta felicidad á la desesperacion, á la muerte : todo es rápido en las impresiones que causa, y sin embargo se advierte que aquellas impresiones rápidas, jamas se podrán borrar, porque en un clima activo no apresura el desarrollo de las

pasiones la frialdad del corazón, sino el vigor de la naturaleza; el terreno no es ligero, aunque es pronta la vegetación; y Shakspeare ha comprendido, mejor que ningún otro escritor extranjero, el carácter nacional de Italia, y la fecundidad de entendimiento que inventa mil modos para variar la expresión de los mismos sentimientos; aquella elocuencia oriental que se vale de todas las imágenes de la naturaleza para pintar lo que hay en el corazón. No es, como en Osian, una misma tinta, un mismo sonido que responde constantemente á la cuerda más sensible del corazón; mas los colores multiplicados que usa Shakspeare en Julia y Romeo no dan á su estilo una afectación fría; estos colores nacen del rayo dividido, reflejado, variado, y siempre se siente en ellos la luz y el fuego de que proceden. Tiene, en fin, esta pieza un manantial de vida, un esplendor de expresión que caracteriza al país y á sus habitantes; de suerte que la tragedia de Julia y Romeo, traducida al italiano, volvía, al parecer, á su lengua materna.

La primera vez que se presenta Julia es en un baile, donde se ha introducido Romeo Montego, en la casa de los Capuletes, mortales contrarios de su familia. Corina llevaba un precioso vestido de gala, conforme á los trajes que se usaban en aquellos tiempos: sus cabellos iban primorosamente entretreídos con flores y con pedrerías: al pronto chocaba como una persona nueva, y luego se conocía su voz y su semblante; mas su semblante di-

vinizado, que ya solo conservaba una expresión poética. Apenas se mostró, resonó la sala con unánimes aplausos: sus primeras miradas descubrieron á Osvaldo, y se pararon en él; pintóse en su fisonomía un destello de gozo, una esperanza suave y viva; al verla palpitaba el pecho de placer y de temor; sentíase que tanta dicha no podía durar en la tierra: ¿debía verificarse este presentimiento en Corina?

Cuando Romeo se acercó á ella para dirigirla á media voz aquellos versos tan brillantes en inglés, y tan magníficos en la traducción italiana, sobre su gracia y su hermosura, los espectadores, enajenados de ver interpretar así sus sentimientos, se juntaron todos con Romeo fuera de sí; y la pasión imprevista que se apodera de él, aquella pasión encendida con la primera mirada, pareció á todos muy natural. Osvaldo comenzó entonces á demudarse; parecíale que iba á revelarse todo, que proclamaban á Corina ángel entre las mujeres, y le preguntaban á él sus sentimientos, y se la disputaban, y se la robaban; no sé qué nube deslumbradora pasó por delante de su ojos, temió no volver á verla, temió desmayarse, y se retiró algunos instantes detrás de una columna. Corina inquieta le buscada con ansia, y pronunció el verso:

Too early seen unknown, and known too late! (1)

¡Ay! harto tarde por mi mal le viera,
¡Y por mi mal le conocí harto tarde!

¡Ah! ¡le vi demasiado presto sin conocerle, y le he conocido harto tarde! con un acento tan penetrante, que Osvaldo se enterneció al oirla, porque le pareció que Corina lo aplicaba á la situacion personal de ambos.

No podía cansarse de admirar la gracia de sus ademanes, la nobleza de sus movimientos, aquella fisonomía que pintaba lo que la voz no puede decir, y descubria aquellos misterios del corazon jamas expresados, y que no obstante disponen de la vida. El acento, el mirar, las mas leves acciones de un actor verdaderamente conmovido, verdaderamente inspirado, son una revelacion continua del corazon humano; y lo ideal de las bellas artes siempre se junta con estas revelaciones de la naturaleza. La armonía de los versos, el encanto de las actitudes, prestan á la pasion lo que á veces falta á la realidad; esto es, gracia y decoro. Así pasan al traves de la imaginacion todos los sentimientos del alma, y todos los movimientos del ánimo, sin perder nada de su verdad.

En el segundo acto, se muestra Julia en un balcon de su jardin para hablar con Romeo: solo quedaban ya á Corina de todos sus adornos las flores, y tambien las flores debian desaparecer muy en breve; el teatro á media luz para representar la noche, derramaba sobre el rostro de Corina una claridad mas suave y mas tierna: el acento de su voz era todavia mas armonioso que en el bullicio de una

fiesta; su mano alzada hácia la estrellas, parecia invocaba á los únicos testigos dignos de oirla; y cuando repetia: *Romeo, Romeo*, aunque Osvaldo se hallaba bien cierto de que pensaba en él, sentia celos de los deliciosos acentos que hacian resonar el aire con otro nombre que el suyo. Estaba Osvaldo enfrente del balcon, y como la oscuridad ocultaba un poco al que hacia el papel de Romeo, todas las miradas de Corina pudieron fijarse en Osvaldo, al decir aquellos versos encantadores:

*« In truth, fair Montague, I am too fond,
And therefore thou may'st think my haviour light.
But trust me, gentleman, I'll prove more true,
Than those that have more cunning to be strange (1)
.....
..... therefore pardon me.*

Al pronunciar esta palabra: ¡perdóname! ¡perdona mi amor! ¡perdóname habértelo descubierto! expresaban los ojos de Corina tan tierna plegaria; tanto respeto á su amante, y tanta vanidad de su eleccion, cuando decia: ¡noble Romeo, amable Montesco! que Osvaldo sintió no menos orgullo que contento. Alzó la cabeza que su enternecimiento le

(1) Lo conozco, es verdad, Montesco amable,
Descubrí mi pasion con harto exceso,
Y pudieras pensar que fui ligera:
¡Mas ay! cree mi voz, noble Romeo,
Me encontrarás mas fiel que las que saben
Con mas arte ocultar sus sentimientos,
Perdona, pues, mi amor.....

hiciera bajar, y se creyó rey del orbe, puesto que reinaba en un corazón donde se encerraban todos los tesoros de la vida.

Corina, advirtiendo el efecto que producía en Osvaldo, se animó mas y mas con aquella interior conmoción que hace solamente milagros; y cuando al rayar el día, creó Julia que oye el canto de la golondrina, señal de la partida de su Romeo, tenían los acentos de Corina un hechizo sobrenatural; pintaban el amor, empero se advertía en ellos un misterio religioso, algunos recuerdos del cielo, un presagio de volverse á él, un dolor todo celestial, como el de un alma desterrada del suelo, y que va á restituirse presto á su divina patria. ¡Ah! ¡cuán venturosa era Corina el día que representaba de aquella suerte delante del amigo de su elección un noble papel en una hermosa tragedia; y cuántos años, cuántas vidas serían deslucidos á par de un día como aquel!

No hubiera sido tan completo el placer de Corina, si lord Nelvil hubiese podido hacer con ella el papel de Romeo: entonces quisiera omitir los versos de los mejores poetas para hablar por sí misma según su corazón, y acaso un sentimiento insuperable de timidez habría encadenado su talento, y no hubiese osado mirar á Osvaldo, por temor de descubrirse; en fin, la verdad llegando hasta tal grado, destruyera el prestigio del arte; pero ¡qué dulce le era saber que estaba allí su amado, cuando sentía

aquella exaltación que solo la poesía puede dar! ¡cuando experimentaba todo el atractivo de las conmociones, sin sufrir, en realidad, pena ni sobresalto! ¡cuando los afectos que expresaba no tenían al mismo tiempo nada de personal, ni de abstracto, y como que decía á lord Nelvil: ¡Mirad cómo sé yo amar!

Es imposible que en su propia situación se halle una contenta de sí; porque la pasión y la timidez arrebatan ó contienen, é inspiran demasiada amargura ó demasiada sumisión; pero mostrarse perfecta sin afectación, unir la serenidad y la ternura, cuando tantas veces la quita; existir en fin por un momento en los mas dulces sueños del corazón, tal era el deleite puro de Corina representando aquella tragedia. Añadía á este placer el de todos los triunfos, y de todos los aplausos que obtenía, y sus miradas los ponían á los piés de Osvaldo, á los piés del objeto, cuya aprobación valía por sí sola mas que la gloria. ¡Ah! un instante siquiera probó Corina la felicidad; conoció un instante, á precio de su sosiego, las delicias del alma que hasta entonces había deseado en vano, y que debía llorar eternamente.

Julia, en el tercer acto da secretamente la mano á Romeo; y en el cuarto pretendiendo sus padres violentarla á ser esposa de otro, se determina á tomar la bebida narcótica que recibió de mano de un religioso, y debía darle apariencias de la muerte. Todos los movimientos de Corina, sus agitados pasos,

sus confusos acentos, su mirar, ora vivo, ora desmayado, pintaban el combate cruel del miedo y del amor, las imágenes terribles que la perseguían al pensar verse trasladada en vida al sepulcro de sus mayores, y al propio tiempo el entusiasmo de pasión que hace triunfar á un alma tan jóven de un espanto tan natural. Osvaldo sentía como una necesidad irresistible de volar á ampararla: una vez levantó los ojos al cielo con un ardor que explicaba profundamente la necesidad de la protección divina, de que jamás puede prescindir un ser humano: otra vez creyó lord Nelvil que extendía los brazos hácia él, como para pedirle favor, y se levantó de su asiento en un arrebató insensato; sentóse de nuevo, vuelto en sí con las miradas atónitas de los que le rodeaban, pero su conmoción crecía tanto que ya no podía ocultarla.

En el quinto acto, Romeo, creyendo muerta á Julia, la levanta del sepulcro antes que despierte, y la estrecha contra su corazón desmayada. Corina estaba vestida de blanco, esparcidos sus negros cabellos, é inclinada la cabeza sobre Romeo con una gracia, y al mismo tiempo una apariencia de muerte tan tierna, y tan lúgubre, que Osvaldo se sintió agitado de las más contrarias impresiones. No podía resistir que Corina estuviese en brazos de otro; estremeciase contemplando la imagen de su amada sin vida; en fin sentía, como Romeo, aquella mezcla cruel de desesperación y de amor, de muerte y

de placer, que hacen esta escena la más patética del teatro. Por último, cuando Julia se despierta de aquel sepulcro, á cuyo lado acaba de sacrificarse su amante, y sus primeras palabras en su féretro, bajo aquellas fúnebres bóvedas, no las inspira el terror que debían causar, cuando exclama:

Where is my lord? where is my Romeo?

¿Dónde mi esposo está? ¿dónde está Romeo? Lord Nelvil respondió con gemidos á aquellas voces, y no volvió en sí hasta que Mr. Edgermond le llevó fuera de la sala.

Al acabar la tragedia, se sintió indispuesta Corina de conmoción y de cansancio. Osvaldo fué el primero que entró en su cuarto, y la vió sola con sus doncellas aun en el traje de Julia, y casi desmayada en sus brazos: en el extremo de su sobresalto, no acertaba á distinguir si era verdad ó ficción, y arrojándose á los pies de Corina, le dijo en inglés aquellas palabras de Romeo:

Eyes, look your last! arms, take your last embrace! (1)

Corina, aun perturbada, exclamó: — ¡Dios mío! ¿qué decis? ¿queréis dejarme, queréis? — No, no, interrumpió Osvaldo, no, juro... — Al punto forzó la puerta para ver á Corina el tropel de sus amigos y admiradores; miraba á Osvaldo, esperando con ar-

(1) « ¡Vedla, ojos míos, por la vez postrera!
Brazos, la vez postrera, ¡ay! ¡abrazadla! »

sia lo que iba á decir ; pero no pudieron hablarse mas en toda la noche, porque no los dejaron solos ni un instante.

Jamas ninguna tragedia causó semejante efecto en Italia. Los Romanos ponderaban con embeleso la traduccion, la pieza y la actriz : decian que aquella era verdaderamente la tragedia propia de los Italianos, la que pintaba sus costumbres, conmovia su alma cautivando su imaginacion, y hacia lucir su hermosa lengua con un estilo, ya elocuente, ya lírico, inspirado y natural. Corina recibia todas aquellas alabanzas con aire de dulzura y de gratitud ; pero su alma habia quedado pendiente de aquel *juro...* que Osvaldo habia pronunciado, y la llegada de las gentes inturrupió ; en efecto, aquella palabra podia contener el secreto de su destino.

LIBRO OCTAVO

LAS ESTATUAS Y LAS PINTURAS

CAPITULO I

No pudo Osvaldo, despues del dia que acababa de pasar, cerrar los ojos en toda la noche. Jamas se habia visto tan próximo á sacrificarlo todo á Corina, y ni siquiera pensaba preguntarle su secreto, ó por lo ménos se proponia, ántes de saberle, hacerle solemne promesa de consagrarle sus dias. Durante algunas horas se le figuraba que se desvanecia de su ánimo toda duda, y se agradaba en componer en su imaginacion la carta que al dia siguiente decidiria de su suerte, pero tanta confianza en la felicidad,

sia lo que iba á decir ; pero no pudieron hablarse mas en toda la noche, porque no los dejaron solos ni un instante.

Jamas ninguna tragedia causó semejante efecto en Italia. Los Romanos ponderaban con embeleso la traduccion, la pieza y la actriz : decian que aquella era verdaderamente la tragedia propia de los Italianos, la que pintaba sus costumbres, conmovia su alma cautivando su imaginacion, y hacia lucir su hermosa lengua con un estilo, ya elocuente, ya lírico, inspirado y natural. Corina recibia todas aquellas alabanzas con aire de dulzura y de gratitud ; pero su alma habia quedado pendiente de aquel *juro...* que Osvaldo habia pronunciado, y la llegada de las gentes inturrupió ; en efecto, aquella palabra podia contener el secreto de su destino.

LIBRO OCTAVO

LAS ESTATUAS Y LAS PINTURAS

CAPITULO I

No pudo Osvaldo, despues del dia que acababa de pasar, cerrar los ojos en toda la noche. Jamas se habia visto tan próximo á sacrificarlo todo á Corina, y ni siquiera pensaba preguntarle su secreto, ó por lo ménos se proponia, ántes de saberle, hacerle solemne promesa de consagrarle sus dias. Durante algunas horas se le figuraba que se desvanecia de su ánimo toda duda, y se agradaba en componer en su imaginacion la carta que al dia siguiente decidiria de su suerte, pero tanta confianza en la felicidad,

tanta quietud en su resolucion, no duraron mucho tiempo. Presto le volvieron sus pensamientos hácia lo pasado; acordóse de que, habia amado, mucho ménos, á la verdad, que amaba á Corina, y á un objeto indigno de compararse con ella; mas al fin la pasion le habia inducido á acciones inconsideradas, á acciones que despedazaron el corazon de su padre. — ¡Ah! ¿quién sabe, exclamó, quién sabe si no temeria tambien que su hijo olvidara su patria, y las obligaciones que ella le impone?

¡Oh tú, dijo, hablando con el retrato de su padre; tú, el mejor amigo de cuantos tendré jamas en la tierra, ya no me es dado oír tu voz; mas dime con ese mirar callado, tan poderoso todavía en mi alma, dime qué debo hacer para darte en el cielo alguna satisfaccion de tu hijo; empero no olvides esta necesidad de ventura que consume á los mortales, y sé indulgente en tu mansion gloriosa como lo fuiste en la tierra. Haréme mejor si soy dichoso algun tiempo, si vivo con esta criatura angelical, si logro el honor de proteger y salvar á una mujer como ella. — ¿Salvarla? repuso de improviso; ¿y de qué? ¿de una vida que la agrada, de una vida de obsequios, de triunfos, de independenciam! — Esta reflexion nacida de su propio seno le asustó cual si fuera una inspiracion de su padre.

¿Quién no ha sentido, en la lucha de las pasiones, cierta oculta supersticion, que nos hace mirar nuestros pensamientos como un presagio, y nuestro

padecer como un aviso del cielo? ¿Qué guerras hay en las almas capaces de pasion y de conciencia!

Paseábase Osvaldo por su aposento en una agitacion cruel, parándose de cuando en cuando á mirar la luna de Italia tan serena y tan hermosa. El aspecto de la naturaleza enseña la resignacion; pero no puede vencer la incertidumbre. Vino el dia hallándose en aquel estado, y cuando el Conde de Erfeuil y Mr. Edgermond entraron á verle, se sobresaltaron, ¡tanto le habian alterado los afanes de la noche! El Conde de Erfeuil rompió primero el silencio. — Es fuerza confesar, dijo, que el espectáculo de ayer era delicioso: Corina es un portento; y aunque se me escapaban la mitad de las palabras, lo adivinaba todo por sus acentos y por su fisonomia. ¡Qué lástima que una habilidad semejante esté en una persona rica! porque si fuese pobre, podria salir al teatro, y una actriz como ella seria el honor de Italia. Osvaldo sintió una impresion desagradable de estas palabras, y no sabia cómo manifestarla; porque el Conde de Erfeuil tenia la singularidad de que no era posible ofenderse con razon de lo que decia, aun cuando causaba un efecto poco grato. Solo las almas sensibles saben contemplarse mutuamente; el amor propio, tan delicado para sí mismo, casi nunca adivina la delicadeza de los demas.

Mr. Edgermond alabó á Corina en los términos mas propios y mas lisonjeros; y Osvaldo le respon-

dió en inglés para eludir los elogios desagradables del Conde de Erfeuil. — Me parece que estoy de mas aquí, dijo entónces él; voy á casa de Corina; sé que le gustará oír mis observaciones sobre su representacion de ayer, y tengo algunos consejos que darle sobre frioleras; pero las frioleras hacen mucho para el conjunto, y es en realidad una mujer tan pasmosa, que nada debe omitirse para que llegue á la perfeccion. — Ademas, dijo inclinándose hácia el oído del lord Nelvil, quiero enseñarle á representar tragedias con mas frecuencia, como medio seguro para ser esposa de algun extranjero de distincion que pase por aquí. Vos y yo, amado Osvaldo, no tendremos tal pensamiento; estamos harto hechos á ver mujeres hermosas para que nos induzcan á hacer un desatino; pero ¿quién sabe si un príncipe alemán? — Al oír esto se levantó Osvaldo fuera de sí, y no es fácil saber lo que hubiera sucedido, si el Conde de Erfeuil advirtiese su movimiento; mas habia quedado tan satisfecho de su última reflexion, que habia salido ligeramente y en puntillas, muy ajeno de presumir que hubiese agraviado á lord Nelvil; si lo hubiera sabido, aunque le amaba cuanto podía amar, sin duda alguna se hubiera mantenido allí. El brillante valor del Conde de Erfeuil contribuía, mas que su amor propio, á alucinarle sobre sus defectos; porque como era justamente delicado en cuanto perneaba al honor, no discurría pudiese dejar de serlo en lo rela-

tivo á la sensibilidad; y creyéndose, con razon, amable y valiente, se aplaudia de su suerte, y no pensaba que hubiese nada mas profundo en la vida.

Ninguno de los sentimientos que agitaban á Osvaldo se habia ocultado á Mr. Edgermond, y luego que salió el Conde de Erfeuil, le dijo: — Amigo Osvaldo, parto, voyme á Nápoles. — ¿Y por qué con tanta precipitacion? — Porque no estoy bien aquí, prosiguió Mr. Edgermond: tengo cincuenta años, y con todo no afirmo que Corina no me hiciese perder el juicio. — Y si le perdiérais, interrumpió Osvaldo, ¿qué os sucederia? — Una mujer como ella no es á propósito para vivir en el país de Gales, repuso Mr. Edgermond: creedme, Osvaldo querido, para Inglaterra no hay mas que Inglesas, no dabo daros consejos, ni necesito aseguraros que callaré lo que he visto; pero, sin embargo de ser Corina tan amable, pienso como Tomas Walpole, ¿qué se hace de eso en casa? Y la casa, ya lo sabeis, es todo entre nosotros, á lo ménos para las mujeres: ¿os figurais á vuestra hermosa Italiana sola, miétras vos vais á caza, ó al parlamento, y dejándoos á los postres para ir á preparar el té, cuando os levanteis de la mesa? Osvaldó, nuestras mujeres tienen virtudes domésticas, que no hallareis en ninguna otra parte: los hombres en Italia no tienen que hacer sino dar gusto á las mujeres; así, cuanto son mas amables estas, mejor; pero en nuestra pa-

tria, donde tienen los hombres una carrera activa, es preciso que las mujeres estén á la sombra, y fuera gran lástima poner en ella á Corina; deseaba verla en el trono de Inglaterra; mas no bajo mi humilde techo. Milord, conocí á vuestra madre, á quien vuestro respetable padre lloró tanto; era en todo parecida á mi jóven prima, y así buscara yo una mujer, si estuviera en edad de escoger, y de inspirar amor. Adios, amigo mio, no os incomodeis por lo que os he dicho, porque nadie admira mas que yo á Corina, y acaso, si tuviera vuestros años, no renunciaria á la esperanza de agradarle. — Acabando estas palabras, tomó la mano de lord Nelvil, la apretó cordialmente y fuése, sin que Osvaldo le respondiese cosa alguna. Pero Mr. Edgermond comprendió la causa de su silencio, y satisfecho de aquel movimiento con que la mano de Osvaldo habia correspondido al suyo, partió tambien ansioso de terminar una conversacion que le afligia.

Solo una palabra de cuanto dijo habia llegado al corazon de Osvaldo: la memoria de su madre, y del tierno cariño que su padre le habia tenido. Perdióla á los catorce años; mas se acordaba con profunda veneracion de sus virtudes, y del carácter tímido y modesto de ellas. — ¡Insensato! exclamó, luego que se halló solo, quiero saber cuál es la esposa que mi padre me destinaba; ¿no lo sé, pues está en mi mano representarme la imágen de mi madre, á quien tanto amó? ¿qué mas pretendo? ¿y por qué me engaño

yo mismo, fingiendo ignorar lo que pensaria ahora si pudiese pedirle consejo? — No obstante era cosa terrible para Osvaldo volver á casa de Corina, despues de lo sucedido el dia ántes, y no decirle cosa alguna que confirmase los sentimientos que le habia manifestado. De tal manera crecieron su agitacion y su pena, que le volvió un accidente de que ya pensaba estar curado; volvióse á romper el vaso que se habia cicatrizado en su pecho, y en tanto que sus sirvientes sobresaltados buscaban auxilios por todos lados, él deseaba secretamente que terminasen sus pesares con su vida. — ¡Si pudiese espirar, decia, despues de haber visto á Corina, despues de oirla llamarme su Romeo! — Y se le saltaron las lágrimas, las primeras que le arrancara otro dolor desde la muerte de su padre.

Escribió á Corina el accidente que le detenia en casa, y acabó su carta con algunas palabras llenas de melancolía. Con bien diferentes presentimientos habia visto Corina aquel dia la luz primera; gozabase en la impresion que habia causado á Osvaldo, y presumiéndose amada, era venturosa, porque no sabia con claridad lo que deseaba. Mil circunstancias la hacian mirar con temor la idea de ser esposa de lord Nelvil, y como su carácter era mas apasionado que prudente, dominada de lo que sentia, y poco atenta á lo venidero, aquel dia que tantas penas debia costarle, amaneció á sus ojos como el mas puro y el mas apacible de su vida.

Al recibir el billete de Osvaldo, se llenó su corazón de un sobresalto cruel: creyóle en sumo peligro, y salió al instante, atravesando el *Corso*, á la hora en que todas las gentes se pasean por él, y entró en casa de Osvaldo á vista de casi toda Roma. No se habia parado á reflexionar, y caminaba tan veloz, que cuando llegó al aposento de Osvaldo, ya no podia respirar, ni decir una palabra. Lord Nelvil comprendió cuánto acababa de arriesgar por verle, y exagerando entre sí las consecuencias de aquella accion, que en Inglaterra hubiera arruinado absolutamente la reputacion de una mujer, y mas, de una mujer soltera, se sintió sobrecogido de la generosidad, del amor, y del reconocimiento; y levantándose, á pesar de su flaqueza, estrechó á Corina contra su corazón, y exclamó: — Dulce amiga, ¡no, no te abandonaré, al tiempo que te compromete tu pasión! cuando debo reparar... Comprendió Corina su idea, é interrumpiéndole al punto, y soltándose suavemente de sus brazos, le dijo despues de enterarse del estado de su salud, algo mejorada: — Os engañais, milord; en venir á veros no hago cosa alguna que no hiciesen en mi lugar la mayor parte de las mujeres de Roma. Supe estábais malo, sois extranjero, no conocéis mas que á mí en este pueblo; á mí me toca asistiros. Los miramientos establecidos merecen mucho respeto, cuando solo ha de sacrificárseles nuestra propia persona; pero ¡no deben ceder á los sentimientos profundos y vivos

que excita el peligro, ó el dolor de un amigo? ¡Cuál seria, pues, la suerte de una mujer si esos mismos miramientos sociales permitiesen amar, y solo prohibiesen el movimiento irresistible que nos hace volar á favorecer al objeto de nuestro amor? Mas vos, lo repito, no temais que me haya comprometido por venir aquí; disfruto en Roma, por mi edad y por mis habilidades, la libertad de una mujer casada. No hago misterio á mis amigos de que he venido á vuestra casa; ignoro si desaprueban que os ame; pero estoy segura de que no llevarán á mal, que amándoos, sea consecuente y fina con vos.

Oyendo estas palabras tan naturales y tan sinceras, experimentó Osvaldo una mezcla confusa de diferentes impresiones; conmoviale la delicadeza de la respuesta de Corina; pero casi le incomodaba no fuese cierto lo que al principio habia pensado, porque habria deseado cometiese por él un gran yerro, para que él mismo pusiese término á sus vacilaciones imponiéndole la obligacion de ser su esposa. Consideraba con enfado la libertad de las costumbres de Italia, que prolongaba sus ansias, dejándole mucha ventura, sin precisarle á vínculo alguno; y deseaba que el honor le mandase lo que estaba anhelando. Estos pensamientos dolorosos le causaron otra vez peligrosos accidentes, durante los cuales Corina, sumida en la mas angustiosa zozobra, supo prodigarle mil cuidados llenos de dulzura y de atractivo.

Al anochecer, parecia que Osvaldo se hallaba mas agravado, y Corina, puesta de rodillas junto á su lecho, le sostenia la cabeza con sus brazos, aunque realmente sentia mas agitacion que él. Mirábala alguna vez con una impresion de felicidad en medio de su padecer, y por fin le dijo en voz baja : — Corina, leedme en ese manuscrito, donde están los pensamientos de mi padre, y sus reflexiones sobre la muerte. No discurreis, prosiguió advirtiéndolo el sobresalto de Corina, que yo presumo hallarme próximo á ella; pero jamas estoy enfermo sin leer esos consuelos, que aun pienso escuchar de su boca; ademas, quiero, amiga amada, haceros conocer á mi padre; así comprendereis mejor mi pena, y su imperio sobre mí, y cuánto hago ánimo de confiaros un día. — Tomó Corina el manuscrito, que Osvaldo nunca apartaba de sí, y con voz mal segura leyó algunas páginas.

« Justos, queridos del Señor, vosotros hablareis sin temor de la muerte, porque no será para vosotros mas que una mudanza de morada, y la que dejareis es acaso la menor de todas. ¡ Oh mundos sin cuento, que llenais á nuestra vista la infinidad del espacio! comunidades desconocidas de las criaturas de Dios, comunidades de sus hijos, derramadas en el firmamento, y ordenadas bajo sus bóvedas! únense nuestras alabanzas con las vuestras; ignoramos cuáles son, ignoramos vuestra primera, vuestra segunda, vuestra última parte en las generosi-

dades del supremo Ser; mas hablando de la muerte y de la vida, del tiempo pasado, y del tiempo venidero, alcanzamos, llegamos á los intereses de todos los seres sensibles é inteligentes, sean cuales fueren los lugares y las distancias que las separen.

» ¡ Familias de los pueblos, familias de las naciones, conjuntos de mundos, vosotros decís con nosotros: ¡ Gloria al Señor de los cielos, al rey de la naturaleza, al Dios del universo, gloria y homenaje al que puede, solo con su voluntad, convertir la esterilidad en abundancia, la sombra en realidad, y la misma muerte en vida sin fin!

» ¡ Ah! por cierto la muerte del justo es la muerte envidiable; pero pocos de nosotros, pocos de nuestros ancianos la han presenciado. ¿ Dónde está el hombre que se presentaria sin temor á la vista del Eterno? ¿ dónde está ese hombre que amó á Dios sin distraccion, sirviéndole desde su juventud, y que al llegar á una edad avanzada no encuentra en sus recuerdos motivo alguno de inquietud? ¿ dónde está ese hombre moral en todas sus acciones, sin pensar nunca en la alabanza y en las recompensas de la opinion? ¿ dónde está ese hombre, tan raro entre los hombres, ese ser tan digno de presentársenos por modelo? ¿ dónde está? ¿ dónde está? ¡ Ah! si existe entre nosotros, rodéenle nuestros respetos; y pedid, hareis bien, pedid asistir á su muerte, como al mas hermoso espectáculo; empero armaos de valor, á fin de seguirle atentamente en el lecho

de espanto, de donde ya no se alzar  mas.  l lo conoce con toda certeza, y reina en sus miradas la serenidad, y su frente parece ceñida de una auréola celestial; dice con el apóstol: *s  en quien creó*; y aun anima esta confianza sus facciones, cuando sus fuerzas desfallecen. Contempla ya su nueva patria; pero sin olvidar la que va   dejar, es de su Criador y de su Dios, sin desechar de sí los sentimientos que hicieron hermosa su vida.

» Una esposa fiel debe, segun el órden de la naturaleza, ser la primera que vaya en pos de él; consu lala, enjuga sus lágrimas, y la cita para aquella morada de felicidad que no puede pintarse sin su compa a: acu rdale los dias venturosos que pasaron juntos, no para afligir el corazón de una amiga tierna, sino para aumentar su reciproca confianza en la bondad divina. Hace tambien memoria   la compañera de su fortuna de aquel amor tan entrañable que siempre le tuvo; no para fomentar las penas que deseara dulcificar, sino para gozar de la agradable idea que un mismo vástago llevaba dos vidas, y que por su union será quizá una defensa mas, una garantía en el lóbrego porvenir, donde la piedad de un Dios supremo es el postrer asilo de nuestros pensamientos.  y!   quién puede formar idea exacta de todas las sensaciones de un alma sensible en aquel instante en que se presenta ante nosotros una inmensa soledad, en que van   desaparecer para siempre los sentimientos, y los intereses

de que subsistimos durante el curso de nuestros años mas bellos?   Ah! vosotros, que debeis sobrevivir   ese ser semejante   vos,   quien os dió el cielo por apoyo;   ese ser, qué era todo para vosotros, y cuyas miradas os dicen un horroroso adios, no os negareis   poner vuestra mano encima de su corazón desmayado,   fin de que os hable todavía la última palpitation cuando no exista ninguna otra voz.   Y seriais dignos de baldon, fieles amigos, si hubi eis deseado que vuestras cenizas se mezclasen, y que vuestras reliquias mortales se hallasen reunidas en el propio asilo?   Dios de bondad, despi rtalos juntos;   si uno solo debe ser del número de los escogidos, sepa el otro esta nueva; divise el otro el resplendor de los  ngeles en el momento de proclamarse la suerte de los justos, para qué aun goce un instante de ventura antes de caer en la noche eterna!

»   Ah! quizá nos perdemos cuando intentamos pintar los postreros dias del hombre sensible, del hombre que ve llegar la muerte con veloces pasos, y próxima   separarle de todos los objetos de su cariño,

» Ali ntase, y recobra un momento de vigor,   fin de que sirvan para enseñanza de sus hijos sus últimas palabras; y diceles: no os asusteis de asistir al próximo fin de vuestro padre, de vuestro antiguo amigo; la ley de la naturaleza le manda dejar antes que vosotros esta tierra, donde vino primero: os mostrar  ánimo, y no obstante se ausente de vosotros con dolor. Hubiera, en verdad, deseado ayu-

daros mas tiempo con su experiencia, y dar todavía algunos pasos con vosotros por entre los peligros que rodean vuestra juventud; *pero la vida no tiene defensa cuando es preciso hajar al sepulcro*. Caminareis solos ahora, solos en medio de un mundo, de donde yo voy á desaparecer. ¡Plegue al cielo que recojais con abundancia los bienes que la providencia ha derramado en él! mas nunca olvideis que este mismo mundo es una patria pasajera, y que os llama otra de mayor duracion. Tal vez volveremos á vernos, y en alguna parte, á vista de mi Dios, ofreceré por vosotros en sacrificio mis ruegos y mis lágrimas. Amad la religion que tiene tantas promesas; amad la religion, ese último tratado de alianza entre los padres y los hijos, entre la vida y la muerte....; ¡Acercaos á mí!... que mis ojos os vean otra vez, y que caiga sobre vosotros la bendicion de un servidor de Dios... Espira...; Oh! ángeles del cielo, recibid su alma, y dejadnos en la tierra la memoria de sus acciones, la memoria de sus pensamientos, la memoria de sus esperanzas (1). »

Muchas veces interrumpió esta lectura la connoction de Corina y de Osvaldo, y al fin hubieron de dejarla; Corina temia por Osvaldo viéndole llorar

(1) Estos pasajes son tomados del discurso *sobre la muerte*, que se halla en el *Curso de moral religiosa* de Mr. Necker, obra diferente de la intitulada: *Importancia de las opiniones religiosas*, y en sentir de su ilustre hija, la mas elocuente de cuantas ha escrito.

tan copiosamente; trastornábase del estado en que le consideraba, y no advertia que su turbacion era igual. — Si, le dijo Osvaldo alargándole su mano, sí, querida amiga de mi corazon, tus lágrimas se han confundido con las mias: llórasle conmigo, lloras á aquel angel tutelar, cuyo abrazo postrero siento todavía, cuyo noble mirar estoy aun viendo; acaso serás tú la escogida para consolarme; acaso... — No, no, exclamó Corina, no me ha creído digna. — ¿Qué decís? interrumpió Osvaldo. — Corina temió haber revelado lo que deseada ocultar, y repitió lo que acababa de escapársele, diciendo solamente; ¡no me creeria digna! — La mudanza de esta voz disipó la inquietud que la primera habia excitado en el pecho de Osvaldo, y prosiguió sin recelo hablando de su padre á Corina.

Llegaron los médicos, y la tranquilizaron algo, pero prohibieron absolutamente que lord Nelvil hablase hasta estar cerrado el vaso que se habia roto en su pecho. Pasaron seis dias enteros, durante los cuales Corina no se separó de Osvaldo, y le impidió que hablase, imponiéndole dulcemente silencio apénas intentaba decir una palabra. Sabia variar las horas con la lectura y la música, y á veces con una conversacion que mantenía sola, procurando animarse á sí misma con interes seguido, así en lo grave como en lo festivo: toda aquella gracia, todo aquel atractivo encubria la zozobra que interiormente la agitaba, y que era forzozo ocultar á

lord Nelvil; mas no se distraia de ella un momento. Advertia casi ántes que Osvaldo mismo lo que padecia, sin que bastase todo el esfuerzo con que procuraba disimularlo, para engañar jamas á Corina; al punto pensaba en lo mas á propósito para aliviarle, y se apresuraba á dárselo, cuidando de fijar su atencion lo ménos posible en el esmero con que le asistia. No obstante, cuando Osvaldo se demudaba, huía tambien el color de los labios de Corina, y temblaban sus manos al llevarle socorro; mas al punto procuraba volver en sí, y se sonreia, aunque tuviese los ojos llenos de lágrimas: tal vez apretaba contra su corazon la mano de Osvaldo, como si quisiera darle su propia vida, y por fin vió premiar sus cuidados: Osvaldo curó.

— Corina, le dijo, cuando ya le permitió hablar, ¿por qué Mr. Edgermond, mi amigo, no ha visto los dias que acabais de pasar junto á mí? ahora supiera que á par de admirable sois buena, supiera que la vida doméstica se compone con vos de encantos continuos, y que solo os distinguís de las demas mujeres para agregar á todas las virtudes el prestigio de todos los atractivos. No, basta; es ya forzoso que cese la guerra interior que me despedaza, la guerra que me ha tenido á la orilla del sepulcro. Corina, tú me oirás, sabrás todos mis secretos, tú que me callas los tuyos, y decidirás nuestra suerte. — Nuestra suerte, respondió Corina, si sentís como yo, es no separarnos nunca: ¿me creereis, empero,

si os digo que hasta ahora, á lo ménos, no me he atrevido á desear ser vuestra esposa? Lo que pasa en mí es harto nuevo: este sentimiento que me agita, y me domina cada dia mas, trastorna todas mis ideas de la vida, y todos mis proyectos paravenido: mas no sé si podemos, si debemos unirnos. — Corina, repuso Osvaldo, ¿me despreciais porque vacilé? ¿lo atribuis á viles razones? ¿no adivinásteis que el remordimiento profundo y doloroso que hace casi dos años me persigue y me roe, fué la única causa de mi perplejidad?

— Lo he conocido, sí, respondió Corina. Si sospechara en vos un pensamiento que no procediese de la ternura del corazon, no fuérais mi amado; pero sé que la vida no pertenece solo al amor, y que la costumbre, las memorias, las circunstancias, crean en torno de nosotros no sé qué lazos imposibles de romper aun á la misma pasion; si se rompieran un momento volvieran á formarse, y la yedra destruiria la encina. Querido Osvaldo, no demos sino lo que pide á cada época de nuestra vida: ahora solo necesito que no me abandoneis; el terror de una partida que pudiera ser improvisa, me persigue sin cesar: sois aquí extranjero; ningun vínculo os detiene en este suelo; y si os ausentais, perdilo todo, no me quedaria de vos mas que mi dolor. Esta naturaleza, estas bellas artes, esta poesia que gozo con vos, y ¡ay! ahora solamente con vos, todo enmudeceria para mi alma: despiértome siempre

despavorida, é ignoro, al ver esta hermosa luz, si acaso me engaña con sus resplandecientes rayos; si vos, astro de mi vida, estais todavía aquí. Osvaldo, quitadme este terror, y no hallaré nada que desear en teniendo esa seguridad deliciosa. — Sabeis, replicó Osvaldo, que un Inglés jamas renuncia su patria, la guerra puede llamarme, y... — ¡Dios mio! exclamó Corina, ¿intentais prepararme?... y todos sus miembros temblaban, como si se acercase al mas espantoso peligro. Pues bien, si es así, llevadme como esposa, como esclava... Pero volviendo en sí repentinamente, dijo: Osvaldo, no partireis nunca sin avisarme, nunca; ¿no es verdad? Escuchad, no hay país alguno en que un reo se vea conducir al suplicio sin darle algunas horas para pensar en su suerte; no ha de ser una carta, habeis de ser vos mismo quien venga á decírmelo, me avisareis y me oireis ántes de separaros de mí. — ¿Y podré entónces?... — ¡Qué! ¿vacilais en otorgarme lo que solicito? exclamó Corina. — No, respondió Osvaldo, no vacilo, tú lo quieres; júrolo, si es forzosa esa ausencia, os daré aviso, y aquel momento decidirá de nuestra vida. — Corina se fué despues de oir estas palabras.

CAPITULO II

En los dias siguientes á la enfermedad de Osvaldo, evitó Corina con sumo cuidado cualquiera ocasion de explicarse, porque deseaba suavizar cuanto estuviese en su mano la vida de su amigo; pero no queria confiarle todavía su historia. Las observaciones que habia hecho conversando con él, la cercioraban demasiado de la impresion que debia causarle saber lo que era, y lo que habia sacrificado; y ninguna cosa le daba mas miedo que aquella impresion capaz de separarla de su amor.

Valiéndose otra vez de la amable destreza de que solia usar para impedir que Osvaldo se entregase á sus apasionadas zozobras, quiso interesar de nuevo su entendimiento y su fantasía con los portentos de las bellas artes, que aun no habia visto, retardando por este medio el instante en que debia aclararse, y decidirse la suerte. En cualquiera otro sentimiento que el amor, fuera insoportable situacion semejante; pero él da horas tan suaves, derrama tal encanto en cada minuto, que si bien necesita de un porvenir ilimitado, se embriaga con lo presente, y recibe un dia como un siglo de ventura ó de pena; ¡tan lleno está aquel dia de un sinfin de pasiones y de ideas! ¡Ah! cierto, la eternidad solo puede

despavorida, é ignoro, al ver esta hermosa luz, si acaso me engaña con sus resplandecientes rayos; si vos, astro de mi vida, estais todavía aquí. Osvaldo, quitadme este terror, y no hallaré nada que desear en teniendo esa seguridad deliciosa. — Sabeis, replicó Osvaldo, que un Inglés jamas renuncia su patria, la guerra puede llamarme, y... — ¡Dios mio! exclamó Corina, ¿intentais prepararme?... y todos sus miembros temblaban, como si se acercase al mas espantoso peligro. Pues bien, si es así, llevadme como esposa, como esclava... Pero volviendo en sí repentinamente, dijo: Osvaldo, no partireis nunca sin avisarme, nunca; ¿no es verdad? Escuchad, no hay país alguno en que un reo se vea conducir al suplicio sin darle algunas horas para pensar en su suerte; no ha de ser una carta, habeis de ser vos mismo quien venga á decírmelo, me avisareis y me oireis ántes de separaros de mí. — ¿Y podré entónces?... — ¡Qué! ¿vacilais en otorgarme lo que solicito? exclamó Corina. — No, respondió Osvaldo, no vacilo, tú lo quieres; júrolo, si es forzosa esa ausencia, os daré aviso, y aquel momento decidirá de nuestra vida. — Corina se fué despues de oír estas palabras.

CAPITULO II

En los dias siguientes á la enfermedad de Osvaldo, evitó Corina con sumo cuidado cualquiera ocasion de explicarse, porque deseaba suavizar cuanto estuviese en su mano la vida de su amigo; pero no queria confiarle todavía su historia. Las observaciones que habia hecho conversando con él, la cercioraban demasiado de la impresion que debia causarle saber lo que era, y lo que habia sacrificado; y ninguna cosa le daba mas miedo que aquella impresion capaz de separarla de su amor.

Valiéndose otra vez de la amable destreza de que solia usar para impedir que Osvaldo se entregase á sus apasionadas zozobras, quiso interesar de nuevo su entendimiento y su fantasía con los portentos de las bellas artes, que aun no habia visto, retardando por este medio el instante en que debia aclararse, y decidirse la suerte. En cualquiera otro sentimiento que el amor, fuera insoportable situacion semejante; pero él da horas tan suaves, derrama tal encanto en cada minuto, que si bien necesita de un porvenir ilimitado, se embriaga con lo presente, y recibe un dia como un siglo de ventura ó de pena; ¡tan lleno está aquel dia de un sinfin de pasiones y de ideas! ¡Ah! cierto, la eternidad solo puede

comprenderse por él amor; él confunde todas las nociones del tiempo; borra las ideas de principio y de fin, y parece que el objeto que amamos nos amó siempre; ¡tan difícil se nos hace haber podido vivir sin él! Cuanto mas horrorosa es la separacion, se nos presenta ménos probable; hácese, como la muerte, un temor de que se habla mas que se cree, un porvenir, que aun sabiendo que es inevitable, se antoja imposible.

Corina, entre sus inocentes astucias para variar las diversiones de Osvaldo, habia reservado las estatuas y las pinturas. Un dia, pues, cuando lord Nelvil estuvo ya restablecido, le propuso ver juntos las obras mas perfectas de Roma en ambos géneros, diciéndole con sonrisa: — Es mengua que no hayais visto nuestras estatuas ni nuestras pinturas, y mañana hemos de empezar á correr los museos y las galerías. — Consiento en ello, pues lo mandais, respondió lord Nelvil; pero en verdad, Corina, no os hacen falta esos recursos para fijarme á vuestro lado; al contrario, os hago un sacrificio cuando aparto los ojos de vos para cualquiera otro objeto.

Fueron primeramente al museo del Vaticano, aquel palacio de las estatuas, donde se ve la figura humana divinizada por el paganismo, como ahora por el cristianismo los sentimientos del alma. Corina hizo reparar á lord Nelvil aquellas salas silenciosas, donde están reunidas las imágenes de los dioses y de los héroes, donde la mas perfecta belleza, en

eterno descanso, goza, al parecer, de sí misma: al contemplar aquellas facciones y aquellas formas admirables, se penetra no sé qué designio de la divinidad con el hombre, expresada en la noble figura con que le dotó; y el alma se eleva en tal meditacion á esperanzas llenas de entusiasmo y de virtud; porque en el universo no hay sino una belleza, y con cualquiera forma que se presente, excita siempre un movimiento religioso en el corazon del hombre. ¡Qué poesía la de aquellos semblantes donde está para siempre fija la expresion mas sublime, donde los mas grandiosos pensamientos se ven revestidos de tan digna imágen!

A veces un escultor antiguo no hacia en su vida mas que una estatua, y aquella era toda su historia; perfeccionábala cada dia; si amaba, si era amado, si recibia de la naturaleza, ó de las bellas artes, una impresion nueva, hermoseaba las facciones de su héroe con sus memorias y con sus cariños; y así sabia poner en los ojos todos los sentimientos de su corazon.

El dolor en nuestros templos modernos, en medio de nuestro estado social tan helado y tan opresivo, es lo mas noble que hay en el hombre; y quien en nuestros dias no hubiese padecido, jamas habria sentido ni pensado. Pero la antigüedad tenia otra cosa mas noble que el dolor, el sosiego heroico, el sentimiento del vigor que podia desarrollarse en medio de instituciones generosas. Las estatuas mas

bellas de los Griegos, casi nunca han indicado mas que el reposo; el Laocoonte y la Niobe son las únicas que pintan dolores violentos; pero ambas recuerdan la venganza del cielo, y no las pasiones nacidas en el pecho humano. El ser moral tenia una organizacion tan sana entre los antiguos, el aire circulaba tan libremente en su ancho seno, y el orden politico estaba tan acorde con las facultades, que casi no existian, como ahora, almas descontentas; y esta situacion, si bien hace descubrir muchas ideas delicadas, no suministra á las artes, y en especial á la escultura, los afectos sencillos, los elementos primitivos de los sentimientos que solo pueden expresarse con el eterno mármol.

Apénas se hallaba en sus estatuas señal alguna de la melancolia: las únicas en que se ven muestras de un alma pensativa y doliente, son una cabeza de Apolo en el palacio Justiniani, y otra de Alejandro moribundo; porque ambas pertenecen verosímilmente al tiempo en que estaba sojuzgada la Grecia: por tanto ya no habia aquella valentia, aquella tranquilidad de alma que produjeron entre los antiguos las obras maestras de la escultura, y de la poesia compuesta con la misma idea.

El pensamiento que no encuentra en lo exterior con qué alimentarse, se replega sobre sí propio, analiza, trabaja, y profundiza los sentimientos interiores; mas carece de aquella fuerza creadora, que supone la felicidad, y la plenitud de fuerzas que sol7

la felicidad puede dar. Hasta los sarcófagos entre los antiguos presentan solo ideas guerreras y risueñas; y en la muchedumbre de los que se hallan en el museo del Vaticano, se ven batallas y juegos representados en los sepulcros con bajos relieves: la memoria de la actividad de la vida era el obsequio mas agradable que en concepto suyo podia hacerse á los muertos: nada disminuia, nada debilitaba las fuerzas; el aliento, la emulacion eran el principio de las bellas artes, como lo eran de la politica; habia lugar para todas las virtudes y para todos los talentos; el vulgo se envenecia de saber admirar, y concurrían al culto del genio aun los mismos á quienes no era dado aspirar á sus coronas.

La religion griega no era, como el cristianismo, el consuelo de los desgraciados, la riqueza de los pobres, el porvenir de los moribundos; queria gloria y triunfos, y por decirlo así, hacia al hombre Dios. En aquel culto perecedero, la misma belleza era un dogma religioso: si los artistas tenían precision de pintar pasiones bajas ó feroces, salvaban á la figura humana de semejante afrenta, agregando á ella, como en los Faunos y en los Centauros, algunas facciones de brutos; y para dar á la belleza su carácter mas elevado, unian alternadamente en las estatuas hombres y mujeres, en la Minerva guerrera, y en el Apolo Musageto, los hechizos de ambos sexos, la fuerza y la dulzura, la dulzura y la fuerza: mezcla

feliz de dos calidades opuestas, sin la cual no fuera perfecta ninguna.

Siguiendo Corina sus observaciones, detuvo un rato á Osvaldo delante de las estatuas dormidas que están colocadas sobre los sepulcros, mostrando el arte de la escultura en su aspecto mas agradable: hizole advertir que siempre que las estatuas se suponen representando una accion, el movimiento detenido causa una especie de asombro incómodo; pero las estatuas en el sueño, ó solamente en la actitud de un entero descanso, ofrecen una imágen de la tranquilidad eterna, que conviene maravillosamente con el efecto del mediodía en el hombre. Parece que las bellas artes son allí espectadores pacíficos de la naturaleza, y que el mismo genio, que agita el alma en el norte, es bajo tan hermoso cielo una nueva armonía.

Osvaldo y Corina pasaron á la sala donde están reunidas las imágenes esculpidas de los animales y de los reptiles; y la estatua de Tiberio se halla casualmente en medio de aquella corte: esta reunion se ha verificado sin intencion, y aquellos mármoles se han formado por sí mismos al rededor de su dueño. Otra sala encierra los monumentos tristes y severos de los Egipcios, de aquel pueblo cuyas estatuas son mas parecidas á momias que á hombres, y que con sus instituciones silenciosas, duras y serviles, ha asemejado, cuanto podia, la vida á la muerte. Los Egipcios eran mas diestros en el arte

de imitar á los animales que á los hombres; el imperio del alma parece era inaccessible para ellos.

Luego vienen los pórticos del museo, donde á cada paso se ve una nueva obra maestra: el Apolo, el Laocoonte y las Musas están rodeados de vasos, de aras, y adornos de todas clases: allí se aprende á sentir á Homero y á Sófocles; allí se manifiesta al alma un conocimiento de la antigüedad que jamas en otra parte puede adquirirse: en vano es fiarse de la lectura de la historia para comprender la índole de los pueblos; lo que se ve excita en nosotros muchas mas ideas que lo que se lee, y los objetos exteriores producen una conmocion enérgica, que da al estudio de lo pasado el interes y la vida, que se hallan en la observacion de los hombres y de los hechos de nuestros dias.

En medio de los magníficos pórticos, asilo de tantos prodigios, hay fuentes que jamas paran de correr, y advierten suavemente las horas que pasaban de la misma manera hace dos mil años, cuando aun existian los artistas de aquellas obras perfectas. Pero la impresion mas melancólica que se siente en el museo del Vaticano, es al contemplar las reliquias de las estatuas reunidas en él; el torso de Hércules, cabezas separadas del tronco, un pié de Júpiter que supone una estatua mayor y mas acabada que cuantas conocemos; parece que se ve un campo de batalla, donde el tiempo ha luchado con el genio; y

aquellos mármoles mutilados dan fe de sus victorias y de nuestras pérdidas.

Saliendo del Vaticano, llevó Corina á Osvaldo delante de los colosos de Monte Cavallo; estas dos estatuas representan, segun dicen, á Cástor y Pólux; cada héros sujeta con una sola mano un caballo fogoso que se desboca; y aquellas formas colosales, aquella lucha del hombre con los brutos, da, como todas las obras de los antiguos, una idea portentosa del poder físico de la naturaleza humana; pero aquel poder tiene cierta nobleza que ya no se encuentra en nuestro órden social, en que la mayor parte de los ejercicios corporales están abandonados á la plebe. No es la fuerza animal de la naturaleza humana, si es lícito hablar así, lo que se advierte en estas obras maestras; al parecer habia una union mas íntima entre las calidades físicas y morales en los antiguos que vivian continuamente envueltos en guerra, y en una guerra casi de hombre á hombre: la fuerza del cuerpo y la generosidad del alma, la dignidad de las facciones y el vigor del carácter, la altura de la estatura y la autoridad del mando eran ideas inseparables, ántes que una religion toda intelectual hubiese colocado el poder del hombre en su alma. La figura humana que era la de los dioses, parecia simbólica; y el coloso nervudo de Hércules, y todas las figuras de esta especie de la antigüedad, no representan las ideas vulgares de la vida comun, sino la voluntad omnipotente, la voluntad

divina que se ostenta bajo el emblema de una fuerza física sobrenatural.

Corina y lord Nelvil concluyeron el dia viendo el taller de Canova, el mayor escultor moderno. Como era ya tarde, se le enseñaron con luces, y las estatuas ganan mucho en verlas así: este era el dictámen de los antiguos, pues las colocaban frecuentemente en sus termas, donde no entraba la claridad del dia; al resplandor de las antorchas, la sombra mas señalada, amortigua la brillante lisura del mármol, y las estatuas parecen figuras pálidas, que tienen un carácter mas tierno, y mas gracia, y mas vida. Habia en el taller de Canova una estatua preciosa destinada para un sepulcro, representando al genio del dolor apoyado en un leon, emblema de la fuerza. Corina, viendo aquel genio, pensó hallar alguna semejanza entre él y Osvaldo, y hasta el mismo artista lo notó. Apartóse lord Nelvil por no llamar la atencion; pero dijo en voz baja á su amiga: — Corina, cuando os hallé estaba condenado á ese eterno dolor, pero vos habeis trocado mi vida; y á veces la esperanza, y siempre una inquietud no sin atractivos, llenan este corazon que solo debiera experimentar pesares.

CAPITULO III

Hallábanse entónces juntas en Roma las obras maestras de la pintura; y su riqueza, bajo este respeto, excedía á todas las del resto del mundo. Solo podia ocurrir un punto de discusion: ¿la naturaleza de los asuntos escogidos por los grandes artistas de Italia, se presta á toda la variedad, á toda la originalidad de las pasiones y de los caracteres que puede expresar la pintura? Osvaldo y Corina diferían en su opinión sobre este punto; pero esta diferencia, como todas las que habia entre los dos, consistía en la diversidad de las naciones, de los climas, y de los cultos. Corina afirmaba que los asuntos mas favorables para la pintura, eran los religiosos; decia que la escultura era arte del paganismo, así como del cristianismo la pintura, y que en estas artes se encontraban, del mismo modo que en la poesia, las circunstancias distintivas de la literatura antigua y moderna. Los cuadros de Miguel-Angel, pintor de la Biblia, y de Rafael, pintor del Evangelio, suponen tanto saber y tanta sensibilidad como la que puede hallarse en Shakspeare y en Racine; pero la escultura no presenta á la vista mas que una existencia enérgica y sencilla, al paso que la pintura indica los misterios del recogimiento y de la resig-

nacion, y hace hablar al alma inmortal por entre pasajeros colores. Tambien defendia Corina que los hechos históricos, ó tomados de los poemas, rara vez eran pintorescos, y que muchas veces sería necesario, para entender semejantes cuadros, que se hubiese conservado la costumbre de los pintores de otros tiempos, de escribir las palabras que deben decir las personas en una cinta que les sale de la boca; pero los asuntos religiosos al momento los entienden todos, y no se separa la atencion del arte para adivinar lo que representa.

Corina juzgaba que la expresion de los pintores modernos, en general, era muchas veces teatral, y llevaba el sello de su siglo, en que ya no se conocia, como Andres Mantegna, Perugino y Leonardo Vinci, aquella unidad de existencia, aquella naturalidad en el modo de ser, que aun se parece al reposo antiguo. Mas á aquel reposo está unida la profundidad de sentimientos que caracteriza al cristianismo. Admiraba la composicion sin artificio de los cuadros de Rafael, sobre todo en su primer estilo, porque todas las figuras se dirigen hácia un objeto principal, sin que el artista haya pensado en agruparlas en actitud, ni en *trabajar* el efecto que pueden causar. Decia que esta buena fe en las artes de imaginacion, come en todo, es el carácter del genio, que el cálculo del éxito, es casi siempre destructor del entusiasmo; y pretendia que habia en la pintura retórica, igualmente que en la poesia,

y que todos los que no sabian caracterizar, buscaban adornos accesorios, reuniendo todo el prestigio de un asunto brillante á los ricos trajes, y á las actitudes notables; en tanto que una simple virgen con su niño en los brazos, un viejo atento en la misa de Bolsena, un hombre apoyado en un palo en la escuela de Aténas, ó santa Cecilia alzando los ojos al cielo, producian impresiones mucho mas profundas por la expresion sola del mirar y de la fisonomía. Estas bellezas naturales se descubren cada dia mas, y al contrario en los cuadros de efecto, la primera mirada es siempre la que mas hiere (1).

Corina añadía á estas reflexiones una observacion que les daba mayor fuerza; á saber, que no pudiendo ser igual á la nuestra la disposicion de alma de los Griegos y de los Romanos, ni los mismos sus sentimientos religiosos, nos es imposible crear en aquel sentido, inventar, digámoslo as, en su propio terreno. Puede imitárseles á fuerza de estudio; pero ¿cómo volará el genio en un trabajo en que son tan precisas la memoria y la erudicion? No sucede así con los asuntos pertenecientes á nuestra propia religion, porque los pintores pueden tener

(1) En un diario intitulado *La Europa* pueden verse observaciones llenas de saber y de sagacidad acerca de los asuntos mas á propósito para la pintura: de él son sacadas muchas de estas reflexiones, y le escribe M. Federico Schlegel: este autor, y los Alemanes en general, son una mina inagotable.

una inspiracion personal de ellos, sienten lo que piñtan, y pintan lo que vieron; la vida les sirve para imaginar la vida; en lugar que trasladándose á la antigüedad, es indispensable inventen por libros y por estatuas. En fin Corina era de dictámen que las pinturas piadosas hacian al alma un bien imposible de reemplazar, y que suponian en el artista un santo entusiasmo confundido con el genio, que le renueva, y le da aliento, y puede únicamente sostenerle contra los pesares de la vida y las injusticias de los hombres.

Oswaldo recibía, bajo ciertos respetos, una impresion diferente. En primer lugar casi le escandalizaba ver representar en pintura, como lo hizo Miguel-Angel, la figura de la divinidad con formas y facciones mortales; por cuanto creía que e pensamiento no osaba atribuirle forma alguna, y que apénas podía encontrarse en el alma una idea bastante intelectual, bastante etérea para elevarla al supremo Hacedor. En cuanto á los asuntos tomados de la sagrada Escritura, parecía que la expresion y las imágenes en tales cuadros, dejaban mucho que desear; pues aunque pensaba como Corina, que la meditacion religiosa es el sentimiento mas íntimo que el hombre puede experimentar; y por este respecto suministra á los pintores los mayores misterios de la fisonomía y del mirar; juzgaba que reprimiendo la religion todos los movimientos del alma cuando no proceden de

ella inmediatamente, no pueden ser muy variadas las figuras de los santos y de los martires, porque el sentimiento de la humanidad, tan noble para el cielo, debilita la energía de las pasiones terrenas, y da por precision uniformidad á la mayor parte de los asuntos religiosos. Cuando Miguel-Angel con todo su talento terrible ha querido pintar asuntos semejantes, casi ha alterado su espíritu, dando á los profetas una expresion temible y poderosa que los hace mas bien jóvenes que santos: y á veces, como el Dante, se vale de las imágenes paganas, y mezcla la mitología en el cristianismo. Una de las mas portentosas circunstancias del establecimiento de nuestra religion, es el estado humilde de los apóstoles que la predicaron, y la esclavitud y la miseria del pueblo hebreo, depositario tanto tiempo de las promesas que anunciaban el Mesías: esta oposicion entre la pequeñez de los medios, y la grandeza del resultado, es bellísima moralmente; pero en la pintura, en que solo pueden presentarse los medios, deben ser ménos brillantes los asuntos cristianos, que los de las edades heroicas y fabulosas. Solo la música, entre las artes, puede ser religiosa no mas; la pintura no se contenta con una expresion tan confusa y tan vaga como la de los sonidos; porque aunque es cierto que la feliz combinacion de los colores y del claro oscuro produce, por decirlo así, un efecto musical en la pintura, pero como representa la vida, se exige de ella la ex-

presion de las pasiones en toda su vehemencia y diversidad. Sin duda deben escogerse entre los hechos históricos los que son bastante conocidos para comprenderlos sin necesidad de estudio, por cuanto el efecto que causan los cuadros ha de ser inmediato y rápido como todos los placeres producidos por las bellas artes; pero cuando los hechos históricos son tan populares como los asuntos religiosos, tienen la ventaja de la variedad de las situaciones y de los sentimientos que representan.

Lord Nelvil discurria asimismo que debian preferirse para pintar las escenas de tragedia ó las mas tiernas ficciones poéticas, á fin de juntar todos los placeres de la imaginacion y del alma; pero no obstante de ser tan seductora, Corina combatia esta opinion. Estaba convencida de que toda mezcla de un arte con otra les perjudicaba reciprocamente: la escultura pierde sus ventajas cuando aspira á los grupos de la pintura; y la pintura las suyas tambien cuando pretende igualar la expresion dramática; porque las artes son limitadas en sus medios, aunque ilimitadas en sus efectos, ni el genio procura oponerse á lo que es de la esencia de las cosas; antes bien su superioridad consiste en adivinarla. — Vos, querido Osvaldo, dijo Corina, no amais las artes por sí mismas, sino únicamente por la connexion con la sensibilidad, ó con el entendimiento: solo os conmueve lo que os recuerda las penas del corazon, y á tal disposicion convienen la música y

la poesía; mientras las artes que hablan á la vista, aunque ideales en su significacion, no complacen ni interesan sino cuando el alma está sosegada, y nuestra imaginacion enteramente libre. Tampoco es oportuna para disfrutarlas la alegría que inspira la sociedad, sino la serenidad que causa un hermoso día y un hermoso cielo: en estas artes es preciso, como que representan los objetos exteriores, sentir la armonía universal de la naturaleza; y cuando nuestra alma está inquieta, ya no existe aquella armonía en nosotros mismos; la desgracia la ha destruido. — No sé, respondió Osvaldo, si solo busco en las bellas artes lo que puede recordar las penas del corazón; pero sé á lo ménos, que de ningun modo puedo soportar la representacion de los dolores físicos. Mi mayor objecion, prosiguió, contra los asuntos cristianos en la pintura, es el sentimiento incómodo que causa la imágen de la sangre de las heridas, y de los suplicios, aunque animaba á las víctimas el mas noble entusiasmo. Filoctetes acaso es el único asunto trágico en que pueden admitirse los males físicos; pero ¡cuántas circunstancias poéticas rodean aquellos mas crueles! Causáronlos las flechas de Hércules; debe curarlos el hijo de Esculapio; en fin aquella herida se confunde casi con el resentimiento moral que produce en quien los padece, y no puede excitar ninguna impresion desagradable. Pero la figura del poseído, en el magnífico cuadro de la Trasfiguracion de

Rafael, es una imágen nada agradable, y ajena absolutamente de la dignidad de las bellas artes. Es necesario que estas nos demuestren el atractivo del dolor, como la melancolía de la prosperidad; en cada circunstancia particular deben representar lo ideal del destino humano. No hay cosa mas repugnante para la imaginacion, que las llagas sangrientas, ó las convulsiones nerviosas; y es imposible que en tales cuadros no se desee, y se tema juntamente encontrar la exactitud de la imitacion. ¿Qué placer nos daria el arte que consistiera en imitacion, y no mas? Desde el punto que aspira solo á parecerse á ella, es mas horroroso, ó ménos bello que la misma naturaleza.

— Teneis razon, milord, dijo Corina, en desear que se aparten de los asuntos cristianos las imágenes desagradables, pues no son necesarias; mas confesad que el genio del alma triunfa de todo. Mirad esa comunión de san Jerónimo del Dominiquino: el cuerpo del venerable moribundo está flaco y descolorido; parece que en él se levanta la muerte; pero en esa mirada está la vida eterna, y todas las miserias del mundo se presentan allí solo para desvanecerse ante el brillo puro de un sentimiento religioso. Sin embargo, querido Osvaldo, prosiguió Corina, aunque no soy en todo de vuestro dictámen, quiero haceros ver que aun cuando no estamos acordados, tenemos siempre alguna analogía. He probado lo que deseais en la galeria de pinturas que

me han compuesto algunos artistas amigos, y aun he bosquejado yo misma algunos dibujos: vereis en ella los defectos y las perfecciones de los asuntos de pintura que os agradan: esta galería está en mi casa de Tivoli; el tiempo es bastante á propósito para verla; ¿quereis que vayamos mañana? Y mientras esperaba que Osvaldo consintiese, él le dijo:—Amiga mia, ¿podeis dudar de mi contestacion? ¿Tengo yo en este mundo otra idea, otra felicidad mas que vos? ¿Y mi vida, quizá ya harto libre de toda ocupacion, y de todo interes, no está llena únicamente de la felicidad de veros y oiros?

CAPITULO IV

Partieron pues al otro dia para Tivoli, Osvaldo mismo gobernaba los cuatro caballos que los llevaban, y se complacia en la velocidad de su carrera; velocidad que aumenta, al parecer, la viveza del sentimiento de la existencia; y esta impresion es dulce á par del objeto de nuestro amor. Guiaba el carruaje con sumo cuidado, temeroso de que ocurriese á Corina el mas leve contratiempo: usaba con ella de aquella vigilancia protectora que es el vínculo mas suave del hombre con la mujer: y aunque Corina no se asus-

taba fácilmente, como las mas de las mujeres, de los riesgos de un camino, la agradaba tanto advertir el esmero de Osvaldo, que casi deseaba tenet miedo, porque él la tranquilizase.

Lo que daba, como se verá luego, tanto ascendiente á lord Nelvil en el corazon de su amiga, eran los contrastes imprevistos que revestian toda su persona de un atractivo particular. Nadie habia que no admirase su talento y la gracia de su figura; pero debia interesar especialmente á quien reuniendo en sí por singular concierto la constancia y la movilidad, gustaba de las impresiones á un mismo tiempo fieles y variadas. Jamas pensaba sino en Corina, y este mismo pensamiento tomaba continuamente caracteres diversos; ya dominaba en él la modestia, ya el abandono; ora una perfecta dulzura, y ora una opaca amargura, que probaba la profundidad de los sentimientos, mezclando la inquietud con la confianza, y excitando á cada instante una conmocion nueva. Osvaldo, interiormente agitado, procuraba contenerse en lo exterior, y su amada siempre pensando en adivinar sus sentimientos, hallaba en aquel misterio un perpetuo interes: parecia que los mismos defectos de Osvaldo hacian sobresalir sus gracias; y un hombre, por mucho mérito que hubiese tenido, como no hubiese manifestado contradicciones ni combates, no habria cautivado de aquella manera la imaginacion de Corina. Tenia una es-

me han compuesto algunos artistas amigos, y aun he bosquejado yo misma algunos dibujos: vereis en ella los defectos y las perfecciones de los asuntos de pintura que os agradan: esta galería está en mi casa de Tivoli; el tiempo es bastante á propósito para verla; ¿quereis que vayamos mañana? Y mientras esperaba que Osvaldo consintiese, él le dijo:—Amiga mia, ¿podeis dudar de mi contestacion? ¿Tengo yo en este mundo otra idea, otra felicidad mas que vos? ¿Y mi vida, quizá ya harto libre de toda ocupacion, y de todo interes, no está llena únicamente de la felicidad de veros y oiros?

CAPITULO IV

Partieron pues al otro dia para Tivoli, Osvaldo mismo gobernaba los cuatro caballos que los llevaban, y se complacia en la velocidad de su carrera; velocidad que aumenta, al parecer, la viveza del sentimiento de la existencia; y esta impresion es dulce á par del objeto de nuestro amor. Guiaba el carruaje con sumo cuidado, temeroso de que ocurriese á Corina el mas leve contratiempo: usaba con ella de aquella vigilancia protectora que es el vínculo mas suave del hombre con la mujer: y aunque Corina no se asus-

taba fácilmente, como las mas de las mujeres, de los riesgos de un camino, la agradaba tanto advertir el esmero de Osvaldo, que casi deseaba tenet miedo, porque él la tranquilizase.

Lo que daba, como se verá luego, tanto ascendiente á lord Nelvil en el corazon de su amiga, eran los contrastes imprevistos que revestian toda su persona de un atractivo particular. Nadie habia que no admirase su talento y la gracia de su figura; pero debia interesar especialmente á quien reuniendo en sí por singular concierto la constancia y la movilidad, gustaba de las impresiones á un mismo tiempo fieles y variadas. Jamas pensaba sino en Corina, y este mismo pensamiento tomaba continuamente caracteres diversos; ya dominaba en él la modestia, ya el abandono; ora una perfecta dulzura, y ora una opaca amargura, que probaba la profundidad de los sentimientos, mezclando la inquietud con la confianza, y excitando á cada instante una conmocion nueva. Osvaldo, interiormente agitado, procuraba contenerse en lo exterior, y su amada siempre pensando en adivinar sus sentimientos, hallaba en aquel misterio un perpetuo interes: parecia que los mismos defectos de Osvaldo hacian sobresalir sus gracias; y un hombre, por mucho mérito que hubiese tenido, como no hubiese manifestado contradicciones ni combates, no habria cautivado de aquella manera la imaginacion de Corina. Tenia una es-

pecie de temor á Osvaldo, que la sujetaba á él; reinaba en su alma por un buen y por un mal poder, por sus prendas, y por la inquietud que podian causar aquellas prendas mal combinadas: en fin la felicidad que daba Osvaldo no presentaba seguridad alguna; y acaso este mismo defecto era el motivo verdadero de la vehemente pasion de Corina; acaso solo al que temiese perder, podria amar con tanto extremo; porque un talento superior, y una sensibilidad tan fogosa como delicada, podia cansarse de todo, excepto del hombre verdaderamente extraordinario, cuya alma constantemente conmovida parecia como el mismo cielo, tan presto sereno como cubierto de nubes. Osvaldo siempre sincero, siempre profundo y apasionado, se veia no obstante muchas veces próximo á renunciar al objeto de su cariño, porque una larga costumbre de padecer le persuadia que en los sentimientos demasiado vehementes no podia encontrarse mas que remordimientos y dolor.

Lord Nelvil y Corina, en su paseo á Tivoli, pasaron por delante de las ruinas del palacio de Adriano y del inmenso jardín que le rodeaba. Habia reunido en aquel jardín las producciones mas raras, las obras mas admirables de los países conquistados por los Romanos: y aun hoy se ven allí esparcidas algunas piedras que se llaman *Egipto*, *India* y *Asia*. Mas distante estaba el retiro donde terminó su vida Zenobia, reina de Palmira: no

conservó la grandeza de su destino en la adversidad; ni supo morir, como hombre, por la gloria, ni como mujer por no vender á su amigo.

Por fin descubrieron á Tivoli, morada otro tiempo de tantos varones famosos, de Bruto, de Augusto, de Mecénas, de Catulo; pero en especial morada de Horacio, porque sus versos ilustraron aquella mansion. La casa de Corina estaba encima de la cascada ruidosa del Teveron; y en lo alto del monte, enfrente de su jardín, se veia el templo de la Sibila. Hermosa idea fué en los antiguos poner los templos en sitios elevados; así dominaban los campos, al modo que las ideas religiosas á cualquier otro pensamiento; inspiraban mas entusiasmo de la naturaleza, anunciando la divinidad que la crió, y la gratitud eterna de las generaciones sucesivas, al paso que de cualquiera parte que se considerase la campiña, formaba un cuadro con el templo que estaba allí como el centro, ó el adorno de todo. Las ruinas dan en Italia singular atractivo al campo; no recuerdan, como los edificios modernos, el trabajo y la presencia del hombre; confúndense con los árboles y con la naturaleza, y parece que hacen armonía con el torrente solitario, imagen del tiempo que las ha vuelto lo que son. Las regiones mas hermosas del mundo, cuando no excitan ninguna memoria, cuando no tienen el sello de ningun acontecimiento notable, carecen de interes, en comparacion de los países históricos. ¿Qué sitio podia ser mas á propósito para

habitacion de Corina en Italia, que la estancia consagrada á la Sibila, á la memoria de una mujer animada de una inspiracion divina? La casa de Corina era deliciosa; estaba adornada con la elegancia del gusto moderno, y sin embargo se advertia en ella el encanto de una imaginacion que se complace en las bellezas antiguas: notábase allí una inteligencia rara de felicidad en el sentido mas elevado de esta voz; es decir, haciéndola consistir en todo lo que ennoblece el alma, excita las ideas, y vivifica el talento.

Paseándose con Corina, reparó Osvaldo que el soplo del viento tenia un sonido armonioso, y deramaba por el aire acentos, que al parecer nacia del mecer de las flores, de la agitacion de los árboles, y daban voz á la naturaleza. Corina le dijo que eran arpas eólicas movidas del viento, á cuyo impulso resonaban, las cuales habia puesto en algunas grutas del jardín para llenar la atmósfera de sonidos como de esencias. El sentimiento mas puro inspiraba á Osvaldo en aquella preciosa morada. — Escuchad, dijo á Corina, hasta ahora sentia remordimientos, siendo venturoso á vuestro lado; pero ya me persuado que mi padre os ha enviado á mí, para que no padezca mas en la tierra: á él habia yo agraviado, y él con sus plegarias me ha conseguido el perdon del cielo. Corina, exclamó arrojándose á sus piés, ya estoy perdonado, conozco en este sosiego inocente y dulcísimo que reina en mi

alma. Puedes sin temor unirte á mi suerte, ya no tendrá nada de fatal... — Pues bien, dijo Corina, gozemos todavía algun tiempo de esta paz de corazón que se nos concede; no toquemos al destino; ¡es tan temible cuando se le fuerza, cuando se pretende lograr mas de lo que da! ¡Amigo mio, dejémoslo así, una vez que somos felices!

Sintió lord Nelvil esta respuesta de Corina. Juzgaba que debia conocer su disposicion á decirle, á ofrecerle todo, si en aquel instante le confiaba su historia; y aquel modo de eludirlo todavía le ofendió causándole pesar, sin dejarle advertir el sentimiento delicado que estorbaba á Corina aprovecharse de su conmocion para ligarle con un juramento. Además, que quizá es propio de un amor profundo y sincero temer un momento solemne por mas deseado que sea, y no trocar sin miedo la esperanza por la felicidad misma. Osvaldo, muy distante de juzgarlo así, se persuadió que Corina, aun amándole, deseaba conservar su independencia, y evitaba con cuidado cuanto podia preparar una union indisoluble. Este pensamiento le hizo experimentar una irritacion dolorosa; y tomando al punto un aire frio y contenido, siguió á Corina á su galería de pinturas sin pronunciar siquiera una palabra. Presto advirtió ella la impresion que le habia causado; pero conociendo su altivez, no se atrevió á decirle lo que habia notado; empero enseñándole sus pinturas, y hablándole de ideas gene-

rales, tenia una esperanza vaga de templarle, que daba á su voz un atractivo mas tierno, si bien pronunciaba palabras indiferentes.

Componiase su galería de cuadros históricos y de asuntos poéticos y religiosos y países; no habia ninguno de muchas figuras, porque este género al paso que presenta grandes dificultades, da ménos placer: sus bellezas son demasiado confusas, ó demasiado circunstanciadas; y el interes único, este principio de vida en las artes, como en todo, se halla forzosamente dividido. El primero de los cuadros históricos representaba á Bruto en una meditacion profunda, sentado al pié de la estatua de Roma: los esclavos que se ven en el fondo llevaban á sus dos hijos sin vida, condenados por él mismo á muerte, y al otro lado del cuadro, se entregan á la desesperacion su madre y sus hermanas; las mujeres por fortuna están dispensadas del valor que hace sacrificar los afectos del corazon. La estatua de Roma, colocada junto á Bruto es una idea bellísima, y lo dice todo. Sin embargo, ¿cómo podria saberse, sin mas explicacion, que aquel es Bruto el Antiguo acabando de enviar al suplicio á sus hijos? y no obstante, es imposible caracterizar el suceso mas que lo está en el cuadro, puesto que á lo léjos se descubre Roma sencilla todavia, sin edificios, y sin adornos, bien grande, empero, como patria, cuando inspira semejante sacrificio. — Sin duda, dijo Corina á lord Nelvil, al oirme nombrar

á Bruto, toda vuestra alma se fijó en este cuadro; pero tal vez le habrian visto sin adivinar el asunto, y esta incertidumbre que casi siempre hay en los cuadros históricos ¿no mezcla el tormento de un enigma á las delicias de las bellas artes que deben ser tan fáciles y tan claras?

He escogido este asunto, porque recuerda la accion mas tremenda que jamas inspiró el amor de la patria. La continuacion de este cuadro es Mario libertado por el Cimbrico, que no puede resolverse á dar muerte á aquel grande hombre; la figura de Mario infunde respeto, y el traje del Cimbrico y la expresion de su semblante, son sumamente pintorescos. Esta es la segunda época de Roma, cuando ya no existian leyes; pero todavia ejercia el genio un gran imperio sobre las circunstancias. Sigue luego aquella en que el talento, el mérito y la gloria solamente producian vilipendio y desgracias. El tercer cuadro representa á Belisario llevando en sus hombros al jóven que le guiaba, y murió pidiendo limosna para él: así se ve recompensado por su señor Belisario ciego y mendigo; y ya no tiene mas oficio en el universo conquistado por su valor, que llevar al sepulcro las tristes reliquias de aquella pobre criatura, única persona que no le abandonó. La figura de Belisario es admirable, y despues de los pintores antiguos pocas han sido hechas tan bellas; la fantasia del pintor, y la de un poeta, ha juntado todas las especies de desgracia, y acaso hay dema-

siado para la compasion : ¿mas quién dice que aquel es Belisario ? ¿ No es fuerza observar fielmente la historia para recordar su idea ? ¿ y es bastante pintoresca, observada con fidelidad ? Despues de estas pinturas que representan en Bruto las virtudes parecidas al delito ; en Mario, la gloria, origen de las desgracias ; en Belisario, los servicios galardonados con las mas crueles persecuciones ; en fin, todas las miserias del destino humano que los acaecimientos de la historia cuentan cada cual á su modo ; he puesto dos cuadros de la escuela antigua que alivian un poco al alma oprimida, con la memoria de la religion consoladora del orbe sojuzgado y hecho pedazos, la religion que daba vida dentro del corazon, cuando todo fuera era opresion y silencio. El primero es del Albano : pintó al niño Jesus dormido sobre la cruz : observad, ¿ qué dulzura, qué serenidad tiene ese semblante ! ¿ qué ideas tan puras excita ! y ¿ cómo hace conocer que el amor celestial no teme al dolor ni á la muerte ! El Ticiano es autor del segundo cuadro, que representa al Salvador oprimido del peso de la cruz ; sale á encontrarle su madre, y arrodillase al divisarle. ¿ Portentoso respeto de una madre á las desgracias y á las virtudes divinas del hijo ! ¿ Qué mirada la del Mesías ! ¿ qué resignacion sobrenatural, y al mismo tiempo qué padecer, y qué simpatia por ese padecer con el corazon del hombre ! Por cierto estais mirando el mejor cuadro que tengo ; hácia él vuelvo yo continua-

mente los ojos sin poder jamas agotar la connocion que me causa. En seguida vienen, prosiguió Corina, las pinturas dramáticas tomadas de cuatro famosos pintores : juzgad, milord, conmigo de su efecto. El primero representa á Enéas en los Campos Eliseos, cuando intenta acercarse á Dido ; la sombra indignada se aparta, y se complace de no llevar ya en su seno al corazon que todavía palpitaría de amor á vista del delincuente. El color de las sombras, tan leve como un vapor, y la naturaleza macilenta que las rodea, hacen oposicion con el aire de vida de Enéas, y de la Sibila que le va guiando ; pero esta especie de efecto es un capricho del artista, y la descripcion de un poeta es precisamente muy superior á lo que puede pintarse. Lo mismo digo de este otro cuadro, Clorinda moribunda y Tancredo. El mayor enternecimiento que puede causar, es traer á la memoria los hermosos versos del Taso, cuando Clorinda perdona á su contrario que la adora y acaba de traspasarle el pecho, y así consagrar la pintura á asuntos tratados por los grandes poetas, es subordinarla forzosamente á la poesia ; porque siempre deja esta una impresion de sus palabras que todo lo borra, y casi siempre las situaciones que escoge adquieren su mayor fuerza con el desarrollo de las pasiones y con la elocuencia, al paso que la mayor parte de los efectos pintorescos nacen de una belleza sosegada, de una expresion sencilla, de un ademan noble, de un instante

de reposo, en fin, digno de ser prolongado sin término, y sin que jamas la vista se canse de él.

Vuestro terrible Shakspeare, milord, prosiguió Corina, ha dado asunto para el tercer cuadro dramático; Macbeth, el invencible Macbeth, se ve aqui próximo á pelear con Macduff, cuya mujer é hijos perecieron á sus manos, cuando sabe que se ha cumplido el oráculo de las hechiceras, que la selva de Birnam se adelanta, al parecer, hácia Duncinane, y que lidia con un hombre nacido despues de la muerte de su madre. Triunfa de Macbeth la suerte, no su contrario; empuña el acero con mano desesperada; no ignora que va á morir, pero quiere probar si la fuerza humana basta á triunfar del destino. Ciertamente se advierte en esa cabeza una bella expresion de desórden y de furor, de turbacion y de energia; mas ¿á cuántas bellezas del poeta es menester renunciar? ¿es posible pintar á Macbeth precipitado al delito por los prestigios de la ambicion, que se le presentan bajo la forma de hechizos? ¿Cómo ha de explicarse el terror que siente; aquel terror que no obstante se concilia con una intrépida valentia? ¿es dable caracterizar la especie de supersticion que le oprime, aquella creencia sin dignidad, aquella fatalidad del infierno que le agobia, y su desprecio de la vida, y su horror de la muerte? En verdad la fisonomía del hombre es el mayor de los misterios; pero esa fisonomía fija en un cuadro no puede expresar sino la profundidad de un senti-

miento único; las oposicions, las luchas, ios juegos, en fin, pertenecen al arte dramático; y la pintura apenas puede explicar nada sucesivo; para ella no existen el tiempo ni el movimiento.

La Fedra de Racine ha suministrado asunto para el cuarto cuadro, dijo Corina, enseñádoselo á lord Nelvil. Hipólito, en toda la hermosura de la juventud y de la inocencia, repele las pérfidas acusaciones de su madrastra, y el héroe Teseos protege todavía á su delincuente esposa ciñéndola con su triunfante brazo. Fedra manifiesta en su rostro una inquietud que hiela de horror, y su nodriza, sin remordimiento, la anima al delito. Hipólito, en este cuadro, es quizá mas hermoso que en el mismo Racine; parécese mas al Meleagro antiguo, porque el amor de Aricia no altera la impresion de su noble y silvestre virtud; pero ¿es posible suponer que Fedra, en presencia de Hipólito, sostenga su falsedad, y no se arroje á sus piés, viéndole inocente y perseguido? Una mujer agraciada puede ultrajar á su amado, mientras se halla ausente; pero en llegando á verle, ya no hay en su corazon mas que amor. El poeta jamas ha puesto en escena á Hipólito con Fedra, desde que Fedra le calumnió; el pintor habia de reunirlos para juntar, como lo hizo, todas las bellezas de las oposiciones; ¿no prueba esto mismo que siempre hay suma diferencia entre los asuntos poéticos y los pintorescos, de suerte que es mejor que los poetas hagan versos por los cuadros, que los

pintores cuadros por los poetas? La imaginacion siempre ha de ser ántes que el pensamiento; y así nos lo prueba la historia del entendimiento humano.

Mientras Corina explicaba de esta manera á lord Nelvil sus pinturas, se habia parado muchas veces esperando que él hablase; pero su corazon sentido, no se descubria con palabra alguna; únicamente cuando ella expresaba una idea sensible, suspiraba, y apartaba la cabeza porque no advirtiese cuán fácil era conmoverle en su actual disposicion. Corina oprimida de aquel silencio, se sentó, cubriéndose el rostro con las manos: lord Nelvil se paseó algun tiempo con viveza por el aposento, y luego se acercó á Corina, y estuvo ya para quejarse, y abandonarse á sus sentimientos; pero un impulso de altivez absolutamente invencible en su carácter, contruvo su enternecimiento, y le hizo volver hácia los cuadros, como si esperase que Corina se los acabase de enseñar, ella tenia mucha esperanza en el efecto del último; y violentándose tambien para aparentar serenidad, se levantó, y dijo: — Milord, todavia tengo dos países que mostraros; ambos aluden á algunas ideas interesantes: no gusto mucho de las escenas campestres que son insulsas como idilios en la pintura, cuando no hacen ninguna alusion á la fábula ó á la historia. Lo que mas me agrada en esta clase, es el estilo de Salvator Rosa, que reprenta, como veis, en este cuadro, una peña, y torrentes y árbo-

les, sin un ente siquiera vivo, sin que aun el vuelo de un pájaro recuerde la idea de la vida. La falta del hombre en medio de la naturaleza excita reflexiones profundas: ¿qué fuera de esta tierra en semejante abandono? Obra sin objeto, y no obstante, obra tan hermosa, cuya misteriosa impresion solo se dirigiria á la divinidad.

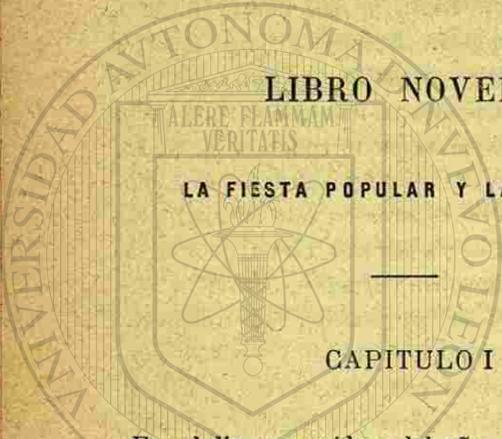
Por último, hé aquí los dos cuadros en que á mi parecer están felizmente reunidas al país la historia y la poesía (1). Uno representa el momento en que los cónsules piden á Cincinato deje el arado para mandar las huestes romanas. En este país se ve toda la pompa del mediodía, su copiosa vegetacion, su cielo abrasador, y el aire risueño de toda la naturaleza, que se halla hasta en la misma fisonomía de las plantas; y este otro cuadro que forma oposicion con ese, es el hijo de Caibar, dormido sobre el sepulcro de su padre. Tres dias y tres noches está esperando al bardo que bebe honrar la memoria de los muertos: vese el bardo allá á lo léjos bajando del monte; la sombra del padre se extiende

(1) Los cuadros históricos que forman la galería de Corina, son copias ú originales del Bruto de David, del Mario de Drouet, del Belisario de Gerard: entre los demas cuadros citados, el de Dido le hizo Mr. Regberg, pintor aleman: el de Clorinda está en la galería de Florencia; el de Macheth en la coleccion inglesa de los cuadros de Shakspeare, y el de Fedra es de Guerin: por último, los dos países de Cincinato, y de Osiam, están en Roma, y su autor es Mr. Walles, pintor inglés.

en las nubes; el campo está cubierto de escarcha; los árboles, aunque desnudos, se agitan con el viento, y sus hojas secas y sus ramas muertas siguen también la dirección de la borrasca.

Oswaldo hasta entonces había conservado su resentimiento por lo sucedido en el jardín; pero al ver aquel cuadro, se le representaron el sepulcro de su padre y los montes de Escocia, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Corina tomó el arpa; y se puso á cantar delante de aquella pintura los romances escoceses, cuyas notas sencillísimas parecen acompañan el rumor del viento que suena gimiendo en los valles; cantó la despedida de un guerrero al dejar á su patria y á su amada, y aquella voz no mas (*no more*) una de las mas tiernas y sonoras de la lengua inglesa, Corina la pronunciaba con la expresión mas sensible, y Oswaldo no resistió ya á la conmoción que le oprimía, y ambos se entregaron á su llanto sin intentar refrenarle. — ¡Ah! exclamó lord Nelvil, esa patria mía, ¿no dice nada á tu corazón? ¿Me seguirías á esas soledades pobladas de mis memorias? ¿Serías digna compañera de mi vida, como eres su encanto y su atractivo? — Sí, en verdad, respondió Corina; sí, en verdad, pues os amo. — En nombre del amor y de la compasión, no me ocultéis ya nada, dijo Oswaldo, — Lo queréis así, interrumpió Corina, suscribo á lo que deseáis: está dada mi palabra, y solo pongo una condición, que no exijais la cumpla hasta la

época próxima de nuestras solemnidades religiosas. Yo necesito mas que nunca del amparo del cielo en el momento que va á decidir mi suerte. — ¡Ah, Corina! exclamó lord Nelvil, si esa suerte depende de mí, ya no es dudosa. Creéislo así, repuso ella; mas yo no tengo igual confianza; en fin, os lo ruego, tened con mi flaqueza la indulgencia que pido. — Oswaldo suspiró sin negar ni conceder el plazo. — Vamos ahora, dijo Corina, y volvamos á la ciudad. ¡Cómo había de callaros en esta soledad cosa alguna! y si lo que he de deciros os ha de apartar de mí, será tan presto.... Partamos, Oswaldo, volveréis aquí, suceda lo que suceda, aquí reposarán mis cenizas. — Oswaldo enternecido y turbado obedeció á Corina; volvió con ella, y en el camino apenas se hablaron; de cuando en cuando se miraban con un cariño que lo decía todo; mas en su alma reinaba, no obstante, un sentimiento melancólico al tiempo que entraron en Roma.



LIBRO NOVENO

LA FIESTA POPULAR Y LA MUSICA

CAPITULO I

Era el día mas ruidoso del año, al fin del carnaval, cuando se apodera del pueblo romano, á manera de una fiebre de alegría, como un furor de diversion, de que no se halla ejemplo en ninguna otra parte. Toda la ciudad se disfraza; apénas quedan en las ventanas espectadores sin máscara para mirar á los que la llevan; y aquella alegría principia fijamente en tal día, y ni los acaecimientos públicos ni los particulares del año estorban á nadie para divertirse llegado este tiempo.

Allí puede formarse juicio de toda la imaginacion de la gente vulgar : aun en su boca tiene suma gracia el italiano. Alfieri decia que iba en Florencia al

mercado público para aprender el buen italiano : Roma ofrece la misma proporcion, y estas dos ciudades son quizá las únicas del mundo donde el pueblo habla tan bien, que pueda encontrarse en cualquiera calle la distraccion del ánimo.

La especie de buen humor que reina en los autores de las arlequinadas y de la ópera bufa, se encuentra frecuentísimamente aun en los hombres sin educacion : de suerte que en aquellos días del carnaval, en que se permiten la exageracion y la caricatura, suceden entre las máscaras escenas muy cómicas.

A veces hace oposicion con la viveza italiana una gravedad grotesca, como si sus extraños vestidos les inspirasen la dignidad que no les es natural. En otras ocasiones, es menester un conocimiento tan particular de la mitología para los trajes que componen, que pudieran creerse todavía populares las antiguas fábulas de Roma; pero por lo regular se burlan de las diversas clases de la sociedad con un gracejo lleno de energía y de originalidad. La nacion se muestra mil veces mas distinguida en sus juegos que en su historia; porque la lengua italiana se presta á todas las gradaciones de la alegría con una facilidad que no exige sino una leve inflexion de voz, ó una terminacion un poco diferente para aumentar ó disminuir, ennoblecer ó desfigurar el sentido de las palabras. En especial tiene gracia en boca de los niños, por cuanto la inocencia de la

edad, y la malicia propia de la lengua que camina por sí misma, expresa sin que uno quiera, y tiene casi siempre mas discrecion que quien la habla.

En la fiesta del carnaval no hay lujo ni buen gusto; una especie de petulancia universal la hace semejante á las bacanales de la imaginacion, pero de la imaginacion no mas; porque los Romanos son en general muy sobrios, y aun bastante serios, fuera de los últimos dias del carnaval. Continuamente se hacen descubrimientos nuevos y repentinos en el carácter de los Italianos, lo cual contribuye á que se los tenga en concepto de falsos; pues aunque en realidad hay una costumbre inveterada de fingir en este país que ha soportado tantos yugos; no siempre debe atribuirse á disimulo el tránsito improviso de una á otra disposicion. Mil veces lo causa una imaginacion ardiente: los puecos que solo tienen juicio ó talento, con facilidad se conocen; mas lo que depende de la imaginacion siempre es inesperado; salva los intervalos; la cosa mas leve la ofende, y otras veces se manifiesta indiferente á lo que mas la debiera alterar: en fin todo pasa en ella misma, y no es posible calcular sus impresiones por lo que las motiva. Por ejemplo, no se alcanza por qué se divierten los grandes señores romanos en pasearse en coche de un extremo á otro del *Corso* horas enteras, sea en los dias de carnaval, ó en los demas del año. No hay nada que los distraiga de esta costumbre; y tambien entre las máscaras hay hombres que se pasean tristemente

con el traje mas ridiculo, y que haciendo melancólicos arlequines y taciturnos polichinelas, no hablan una palabra en toda la tarde; pero tienen, digámoslo asi, satisfecha su conciencia de carnaval cuando han hecho cuanto han podido para divertirse.

Hállase en Roma una especie de máscaras que no hay en ninguna otra parte; máscaras imitadas de las figuras de la estatuas antiguas, y que de lejos presentan una hermosura perfecta, de suerte que muchas mujeres pierden en quitárselas; pero no obstante, aquella inmóvil imitacion de la vida, aquellos rostros de cera ambulantes, por mas agradados que sean, causan una especie de temor. Las personas principales ostentan bastante lujo de coches en los últimos dias de carnaval; mas el gusto de la fiesta consiste en el tropel, y en la confusion viene á ser como un recuerdo de las saturnales; mézclanse todas las clases de Roma; los magistrados mas graves se pasean continua y casi oficialmente en su coche por entre la máscaras; todas las ventanas están colgadas; toda la ciudad se halla en las calles; es en realidad una fiesta popular. El placer del pueblo no consiste en los espectáculos, ni en los festines que le dan, ni en la magnificencia que tiene á la vista: no comete exceso alguno en alimento, ni en bebida: diviértese solo con verse libre, y con hallarse entre los grandes señores, al paso que estos se divierten con estar en medio del

pueblo. La principal distincion de las clases consiste en la delicadeza de los placeres, y en la educacion mas perfecta; pero en Italia las clases se diferencian poco por este estilo; y mas honra al país el talento natural, y la imaginacion de todos, que la cultura del entendimiento de las clases elevadas. Se ve pues, durante el carnaval, una mezcla absoluta de clases, de modales, y de talentos; y el tropel, y las voces, y los chistes, y los confites, con que se inundan sin distincion los coches que pasan, confunden todos los seres mortales, y trastornan la nacion, como si hubiese acabado el órden social.

Corina y lord Nelvil, ambos pensativos y suspensos, llegaron en medio de aquel alboroto: aturdiólos al pronto, porque no hay nada, al parecer, mas extraño que aquella actividad de los placeres ruidosos, cuando el alma toda está recogida en sí misma. Paráronse en la plaza del Pueblo para subir al anfiteatro junto al obelisco, de donde se ven las carreras de caballos, y en el instante que se apearon de su birlocho, los descubrió el Conde de Erfueil, y llamó á Osvaldo para hablarle aparte.

— No parece bien, le dijo, que os presenteis tan públicamente, al venir solo del campo con Corina; la comprometeréis, ¿y qué hareis despues? — No creo, respondió lord Nelvil, comprometer á Corina, manifestando el afecto que le profeso; pero si fuese así, tendria á mucha ventura que mi vida entera... — ¡ Ah! en cuanto á ventura, interrumpió el Conde

de Erfueil, no lo creo; no hay ventura sino obrando como es regular; la sociedad, por mas que hagamos, influye mucho en la felicidad, y nunca debe hacerse lo que ella no aprueba. — ¿ Y viviríamos siempre sujetos á lo que la sociedad diria de nosotros, respondió Osvaldo, y lo que pensamos y lo que sentimos jamas nos sirviera de guia? Si fuese de esta manera, si debiésemos imitarnos constantemente unos á otros, ¿ para qué se dió á cada cual un alma y un entendimiento? la Providencia pudiera ahorrarse semejante profusion. — Eso está muy bien dicho, replicó el Conde de Erfueil, muy filosóficamente pensado; pero con tales máximas nos perdemos, y despues que pasa el amor, queda el descrédito de la opinion. Yo, que os parezco irreflexivo, no haré nunca nada por que pueda incurrir en la desaprobacion de las gentes: lícitas son algunas cortas libertades, algunas amables chanzas, que manifiestan despreocupacion en el modo de ver, con tal que no se cometan faltas en el modo de obrar; porque en llegando á este punto, es ya cosa grave.... — Lo grave, respondió lord Nelvil, es el amor y la felicidad. — No, no, interrumpió el Conde de Erfueil, no es eso lo que quiero decir; sino que hay ciertos miramientos establecidos á que no se puede faltar, so pena de ser tenido por un hombre extravagante, por un hombre.... en fin, ya me entendeis, por un hombre que no es como los demas. — Sonrióse lord Nelvil, y sin enfado, ni incomodidad, se chanceó con el Conde

de Erfeuil por su frívola severidad; y advirtió con gusto que por vez primera, no tenía el menor influjo con él, sobre un asunto que tanto le interesaba. Corina había adivinado desde léjos cuanto pasaba; pero la sonrisa de lord Nelvil volvió á su corazón la paz; y aquella conversacion del Conde de Erfeuil, léjos de desasosegar á Osvaldo ni á su amiga, les inspiró cierta disposicion mas análoga á la fiesta.

Preparábase la corrida de caballos. Lord Nelvil pensaba ver una carrera como las de Inglaterra; mas admiróle saber que debian correr, unos contra otros, pequeños caballos berberiscos, sin jinetes. Este espectáculo llama mucho la atencion de los Romanos: en el instante que va á empezar, se pone toda la gente á los dos lados de la calle: la plaza del Pueblo, llena poco ántes, se queda sola en un momento; todos se suben á los anfiteatros que rodean á los obeliscos, é innumerables cabezas y ojos negros se vuelven hácia la barrera de donde deben partir los caballos.

Llegan sin brida y sin silla, cubiertos únicamente de una rica tela, y conducidos por los palafreneros muy bien vestidos, que toman en su triunfo el mayor interes; colócanse los caballos detras de la barrera y muestran un afan excesivo por saltarla; á cada instante los detienen; álzanse de manos, relinchan, y caracolean, como si estuviesen impacientes de una gloria que van á conseguir solos, sin que el hombre los dirija. La impaciencia de

los caballos, y las voces de los palafreneros hacen que el momento de caer la barrera sea un golpe teatral. Parten los caballos, y los palafreneros gritan con un ansia inexplicable, *plaza, plaza*; y acompañan á sus caballos con el ademán, y con la voz, miéntras alcanzan á verlos. Los caballos se envidian unos á otros como si fueran hombres; centellea el empedrado bajo su planta, vuela su crin; y su deseo de ganar el premio, entregados de aquel modo á sí mismos, es tal, que algunos al llegar caen muertos de la velocidad de su carrera. Admira ver á aquellos caballos libres, animados de pasiones personales; y atemoriza, como si hubiese pensamiento debajo de aquella figura animal. Luego que pasan, rompe el gentío sus filas, y corre alborotado en pos de ellos: llegan al palacio de Venecia, donde está el término; y entónces es menester oír las exclamaciones de los palafreneros cuyos caballos han vencido.

Las corridas se acaban por lo regular al oscurecer, y entónces da principio otra especie de diversion mucho menos pintoresca, pero no ménos ruidosa. Iluminanse las ventanas; las guardias abandonan sus puestos para mezclarse por sí mismas en el recocijo general: cada uno coge entónces una pequeña antorcha que llaman *moccolo*, y procuran apagarla unos á otros, repitiendo la voz *ammazzare* (matar), con una viveza temible: *che la bella principessa sia ammazzata! che il signo-*

re abate sia ammazzato! ¡ que la bella princesa muera! ¡ que muera el señor abate! gritan de uno á otro extremo de la calle (1). El gentío sin temor, porque á aquella hora se prohíbe que anden caballos ni coches, se abalanza por todos lados: en fin, ya no hay mas gusto que el bullicio y el aturdimiento. Entre tanto se adelanta la noche; cesa poco á poco el estruendo; sucede el mayor silencio; y solo queda de aquellas horas una idea como de un sueño confuso, que suspendiendo la existencia de todos, hizo olvidar un instante sus trabajos al pueblo, al sabio sus tareas, y su ociosidad á los grandes señores.

CAPITULO II

No se habia atrevido aun Osvaldo, despues de su desgracia, á oír música, temiendo aquellas dulcísimas consonancias que agradan á la melancolia; pero causan un daño real cuando nos angustian verdaderos pesares, porque la música renueva las

(1) Debe leerse una descripción del carnaval en Roma, hecha con tanta fidelidad como calor por Goethe.

memorias que procurábamos olvidar. Oyendo cantar á Corina, escuchaba Osvaldo las palabras que pronunciaba; contemplaba la expresion de su rostro, y solo pensaba en ella; mas si se juntaban por la noche en las calles, como sucede frecuentemente en Italia, muchas voces para cantar las bellas arias de los famosos maestros, queria pararse al principio á oirlas, y luego se alejaba, porque una sensacion tan viva, y tan vaga al mismo tiempo, renovaba todas sus penas. Por aquellos dias se daba en Roma, en el teatro, un magnífico concierto, para el cual se reunian los cantores mas celebrados: Corina pidió á lord Nelvil la acompañase, y él con sintió, esperando que la presencia de su amada suavizaria todos su sentimientos.

Al entrar en su palco conocieron á Corina, y la memoria del Capitolio aumentó el interes que solia inspirar, de manera que resonó toda la sala con repetido aplausos. Por todas partes gritaron, *viva Corina*, y los mismos músicos, arrebatados del general impulso, empezaron á tocar cantos de victoria; siempre el triunfo, sea cual fuere, siempre recuerda á los hombres la guerra y las batallas. Corina se sintió en extremo conmovida de aquellas demostraciones universales de admiracion, y de afecto: y la música, los aplausos, los *bravo*, y aquella impresion inexplicable que siempre causa una gran muchedumbre de hombres, cuando expresan un mismo sentimiento, la enternecieron tanto,

que en vano procuró vencerse; llenáronse sus ojos de lágrimas, y los latidos de su corazón levantaban su pecho. Osvaldo celoso se acercó á ella, y le dijo en voz baja: — No debéis perder estos aplausos, señora; valen mas que el amor, pues hacen palpar vuestro corazón de ese modo. — Y acabando estas palabras, se puso en el extremo del aposento de Corina, sin esperar su respuesta. Trastornóla cruelmente lo que acababa de oír, y en el momento la arrebató todo el placer que sentía en aquellos obsequios, que con tanto gusto le veía presenciar.

Empezó el concierto. Quien no ha oído el canto italiano, ignora lo que es música: las voces en Italia tienen cierta suavidad y cierta blandura que recuerda la esencia de las flores, y la limpieza del cielo: la naturaleza destinó aquella música para aquel clima; y la una es como reflejo del otro; porque el mundo es obra de un solo pensamiento explicado con mil diferentes formas. Los Italianos, hace siglos, aman la música con extremo: el Dante, en su poema del purgatorio, encuentra á uno de los mas famosos cantores de su tiempo; pídele una de sus deliciosas arias, y las almas embelesadas se suspenden escuchándole, hasta que su guardia las llama. Los cristianos tambien han extendido como los paganos el imperio de la música mas allá de la vida: de todas las bellas artes, es la que obra mas inmediatamente en el alma; y mientras las demas la dirigen á tal ó cual idea, ella sola se endereza al

origen íntimo de la existencia, mudando enteramente la situación interior. Lo que se dice de la gracia divina, que trasforma repentinamente los corazones, puede, humanamente hablando, aplicarse al poder de la melodía. Hasta la misma alegría que excita con tanta perfección la música *bufa*, no es una alegría vulgar que nada diga á la imaginación: en el mismo contento que inspira, hay sensaciones poéticas, y cierta suspensión agradable, que jamas pueden dar las burlas habladas. Es la música un placer tan pasajero, se siente huir de tal modo á medida que se disfruta, que se mezcla con la alegría dimanada de ella una impresión melancólica; pero tambien cuando expresa el dolor, hace nacer un sentimiento suave; al oírlo, late el corazón con mas rapidez, la satisfacción causada por la exactitud del compás, acuerda la brevedad del tiempo, y excita necesidad de gozar en él; no hay ya vacío, no hay silencio en derredor; llénase la vida, circula velozmente la sangre, siéntese en lo interior el movimiento que da una existencia activa, y no son de temer en lo exterior los obstáculos que encuentra.

La música duplica la idea que tenemos de las potencias de nuestra alma; y cuando la estamos oyendo, nos sentimos capaces de los mas nobles esfuerzos; por ella caminamos con entusiasmo á la muerte; tiene la feliz impotencia de expresar ningún sentimiento bajo, ningún artificio, ninguna falsedad:

la misma desgracia, en el idioma de la música, no tiene amargura, ni despedaza, ni irrita. Alivia poco á poco el peso que casi siempre hay sobre el corazón de las personas capaces de afectos serios y profundos; aquel peso que se confunde con la existencia á veces; tan habitual es la pena que causa. Escuchando sonidos puros y deliciosos parece que nos aproximamos á saber el secreto del Criador, á penetrar el misterio de la vida, y no hay palabras que basten á explicar esta impresión, porque las palabras arrastran tras de las impresiones primitivas, como los traductores en prosa en pos de las poetas. Solo el mirar puede dar alguna idea de ella; el mirar del objeto amado, fijo largo tiempo en nosotros, penetrando por grados en nuestro corazón, de suerte que nos precisa á bajar los ojos para evitar tamaña ventura: así el rayo de otra vida consumiría al ente mortal que intentase mirarle hito á hito.

La admirable consonancia de dos voces perfectamente acordadas produce en los duos de los grandes maestros italianos un enternecimiento delicioso, que no podría prolongarse sin una especie de dolor; es un bienestar demasiado grande para la naturaleza humana, y el alma vibra entónces como un instrumento unísono que rompería una armonía demasiado perfecta. Osvaldo permaceció con teson apartado de Corina, mientras duró la primera parte del concierto; mas luego que empezó el duo, casi á media voz, acompañado por los instrumentos de aire,

que esparcían suavemente sonidos aun mas puros que la voz misma, se cubrió Corina el rostro con su pañuelo, y su conmoción la ocupaba enteramente; lloraba sin padecer, y amaba sin temor alguno. La imagen de Osvaldo estaba á la verdad presente en su corazón pero se mezclaba con ella el entusiasmo mas noble, y vagaban en su alma atropelladamente mil pensamientos confusos; para distinguir aquellos pensamientos habría sido menester limitarlos. Dicen que un profeta recorrió en un minuto siete diferentes regiones del cielo: el que concibió de esta suerte lo que puede encerrar un instante, seguramente había oído una música deliciosa á par del objeto que amaba. Osvaldo sintió su poder, y su resentimiento se fué poco á poco calmando: el enternecimiento de Corina lo explicó, lo disculpó todo; acercóse lentamente á ella, y ella le sintió respirar inmediato en el momento mas encantador de aquella música celestial; no había mas resistencia; la tragedia mas patética no podía excitar en su corazón tanto trastorno como aquel sentimiento íntimo de la conmoción profunda que agitaba á un propio tiempo á los dos, y que iba exaltándose á cada instante, y á cada nuevo sonido. Las palabras que se cantan no tienen parte alguna en aquella conmoción; apenas dirigen de cuando en cuando la reflexión algunas voces de amor y de muerte; las mas veces lo vago de la música se presta á todos los movimientos del alma, y cada cual piensa hallar en

aquella melodía, como en el astro puro y sereno de la noche, la imágen de lo que desea en la tierra. — Salgamos, dijo Corina á lord Nelvil, voy á desmayarme. — ¿Qué teneis? le dijo Osvaldo con inquietud: perdeis el color; salid al aire conmigo, salid. — Y salieron juntos. Corina iba sostenida por el brazo de Osvaldo, y sentía volver sus fuerzas apoyándose en él. Acercáronse á un balcon, y Corina conmovida á lo sumo dijo á su amigo: — Querido Osvaldo, voy á dejaros por ocho dias. — ¿Cómo? interrumpió él. — Todos los años, al llegar la semana santa, voy á pasar algunos dias en un convento de religiosas para prepararme á la solemnidad de la Pascua. — Osvaldo no se opuso á esta intencion; sabia que en aquella época la mayor parte de las señoras romanas se entregan á los ejercicios mas severos, sin pensar por esto muy seriamente en la religion lo demas del año; pero se acordó de que Corina profesaba un culto diferente del suyo, y que no podian orar juntos. — ¿Por qué no somos, exclamó, de la misma religion, y del mismo país? — Paróse despues de manifestar este deseo. — Nuestra alma y nuestro entendimiento, respondió Corina, ¿no tienen la misma patria? — Es verdad, contestó Osvaldo; pero no dejo, sin embargo, de conocer con dolor todo lo que nos separa. Y aquella ausencia de ocho dias le oprimia el corazon de tal manera, que habiendo venido los amigos de Corina á buscarla, no habló una palabra mas en toda la noche.

CAPITULO III

Al dia siguiente muy temprano fué Osvaldo á casa de Corina lleno de cuidado por lo que le habia dicho. Recibióle su camarera, y le entregó un billete de su señora, en que le noticiaba se habia retirado al convento aquella misma mañana, conforme se lo avisó, y no volveria hasta el viérres santo. Confesábale no habia tenido aliento para decirle la vispero que se ausentaba aquel dia. Esta nueva sorprendió á Osvaldo como un golpe inesperado: aquella cesa donde habia visto siempre á Corina, ahora tan solitaria, le causó una impresion dolorosa: veia allí su arpa, sus libros, sus diseños, todo cuanto la rodeada habitualmente; mas ella no estaba. Apoderóse de Osvaldo un temblor penoso: acordóse del aposento de su padre, y se vió precisado á sentarse, porque no podia sostenerse.

— ¿Y podria ser, exclamó, que supiese yo de esta suerte su pérdida? aquel entendimiento tan animado, aquel corazon tan vivo, aquel semblante tan brillante de frescura y de vida, ¿podrian ser heridos del rayo, y el sepulcro de la juventud seria tan callado como el de los ancianos? ¡Ah! ¡qué ilusion es la felicidad! ¡qué momento robado al tiempo inflexible que siempre observa su presa! ¡Corina! ¡Co-

rinal no debiais dejarme: vuestro hechizo me impedia reflexionar; confundíase todo en mi pensamiento, deslumbrado con los dichosos instantes que pasaba en vuestra compañía; y ahora estoy solo, yahora me vuelvo á encontrar, y van á abrirse otra vez todas mis heridas. — Y llamaba á Corina con una especie de desesperacion, que no podia atribuirse á tan corta ausencia, sino á la angustia habitual de su corazon, que solamente Corina alcanzaba á aliviar. Volvió la camarera oyendo los sollozos de Osvaldo, y enternecida de verle sentir tanto la ausencia de su señora, le dijo: — Milord, quiero consolaros descubriéndoos un secreto de mi señora; confío que me lo perdonará: venid á su dormitorio, vereis en él vuestro retrato. — ¡Mi retrato! exclamó. — Ha trabajado de memoria, replicó Teresina (así se llamaba la camarera); se ha levantado estos ocho dias á las cinco de la mañana para concluirle ántes de irse al convento.

Vió Osvaldo aquel retrato que era muy parecido, y estaba pintado con la mayor gracia; una demostracion semejante de la impresion que habia hecho en Corina le llenó de la mas suave conmocion. Enfrente del retrato estaba un cuadro precioso representando á la Virgen; y el oratorio de Corina se hallaba delante de aquella pintura. Esta mezcla singular de amor y de religion se encuentra en la habitacion de las mujeres italianas, con circunstancias mucho mas extraordinarias que en el

apuesto de Corina, porque ella era libre, y la memoria de Osvaldo se unia en su corazon á las esperanzas y á los sentimientos mas puros; mas, sin embargo, poner la imágen del objeto amado enfrente de un emblema de la divinidad, y prepararse para retirarse á un convento con ocho dias consagrados á pintar aquella imágen, era un rasgo que caracterizaba á las mujeres italianas en general mas bien que en particular á Corina. Su especie de devocion supone mas fantasia y mas ternura, que gravedad de alma, ó severidad de principios, y no habia nada mas opuesto á las ideas de Osvaldo sobre el modo de concebir y de sentir la religion; pero ¿cómo podia condenar á Corina en el mismo momento en que recibia una prueba tan dulce de su amor?

Recorrian sus miradas con dolor aquel aposento donde entraba por primera vez. A la cabecera del lecho de Corina vió el retrato de un hombre anciano, cuyo rostro no tenia el carácter de una fisonomia italiana. Cerca del retrato estaban colgados dos brazaletes, hecho el uno con cabellos negros y blancos, y el otro con cabellos rubios de admirable color, y lo que pareció á lord Nelvil un singular acaso, aquel cabello era enteramente parecido á los de Lucila Edgermond en que habia reparado, hacia tres años, muy atentamente por su extremada belleza. Miraba Osvaldo aquellos brazaletes y cabello, porque preguntar á Teresina de su señora, era accion indigna de él; pero Teresina, pensando acertar el

motivo de su suspension, y queriendo alejar de su idea toda sospecha celosa, se apresuró á decirle que en once años que hacia estaba con Corina, siempre la habia visto llevar aquellos brazaletes, y sabia eran cabellos de su padre, de su madre y de su hermana. — Hace once años que estais con Corina dijo lord Nelvil, sabeis pues... — Y luego se detuvo de improviso sonrojándose, afrentado de la pregunta que iba á empezar, y se salió precipitadamente de la casa por no decir una palabra mas.

Cuando se iba se volvió muchas veces para ver todavía las ventanas de Corina; pero así que perdió de vista su habitacion, sintió una tristeza nueva para él, la que causa la soledad. Probó por la noche ir á una gran tertulia de Roma; buscaba distraccion, porque para hallar deleite en meditar es indispensable, así en la felicidad como en la desgracia, hallarnos en paz con nosotros mismos.

Presto fueron insoportables para lord Nelvil todas las concurrencias; conoció mejor todo el encanto, todo el interes que Corina sabia dar á la sociedad, al advertir el vacío que su ausencia causaba; quiso hablar con algunas mujeres que le contestaron aquellas frases insípidas establecidas para no expresar los sentimientos ni las opiniones, si acaso las que se valen de ellas tienen algo que ocultar por este estilo. Acercóse á muchos grupos de hombres, que por sus ademanes y por su voz parecia hablaban con calor de algun punto importante, y los oyó

disputar sobre los intereses mas despreciables, del modo mas ordinario. Entónces se sentó para considerar despacio aquella viveza sin objeto y sin causa que se ve en la mayor parte de las reuniones numerosas; y no obstante, en Italia no es incómoda la medianía, porque carece de presuncion y de envidia, y tiene mucha consideracion con los talentos superiores, de suerte que si cansa por su peso, á lo ménos casi jamas ofende por sus pretensiones.

En estas mismas concurrencias, sin embargo, era donde Osvaldo habia hallado pocos dias ántes tanto interes; el estorbo que las gentes oponian á su conversacion con Corina, el cuidado que tenia de volver hácia él al momento que habia cumplido respecto de los demas con lo que la urbanidad exigia, la inteligencia de ambos sobre las observaciones que les sugeria la sociedad, el placer que Corina hallaba en hablar delante de Osvaldo, y en dirigirle indirectamente las reflexiones, cuyo verdadero sentido nadie sino él comprendia, variaba de tal suerte la conversacion, que en todos los sitios de aquella misma sala recordaba Osvaldo momentos dulces, agradables y entretenidos, que le habian hecho tener por divertidas aquellas reuniones. — ¡ Ah! decia al irse, ella sola da vida; vamos á los lugares mas desiertos; mejor estaré allí hasta que vuelva: sentiré su ausencia con ménos dolor, no teniendo en torno de mí nada semejante al placer.



LIBRO DÉCIMO

LA SEMANA SANTA

CAPITULO I

El día siguiente le pasó Osvaldo en los jardines de algunos conventos de religiosos. Fué primero al convento de los cartujos, y se detuvo un rato ántes de entrar, mirando los leones egipcios que hay á corta distancia de la puerta. Tienen aquellos leones una expresion admirable de fuerza y de sosiego; en su fisonomía se ve cierta cosa que no es de animal ni de hombre, parecen un poder de la naturaleza; y al verlos, se entiende cómo podia representarse bajo este emblema los dioses del paganismo.

El convento de los cartujos está edificado encima de las ruinas de los termas de Diocleciano, y la

iglesia, al lado del convento, está adornada con las columnas de granito que se han encontrado todavía en pié. Los religiosos que habitan este convento las enseñan con ansia; ya nada del mundo los interesa sino las ruinas. El modo de vivir de los cartujos supone, en los hombres capaces de observarle, un entendimiento muy limitado, ó la exaltacion mas noble y mas continua de los sentimientos religiosos: aquella sucesion de dias sin variedad de acontecimientos, recuerda el famoso verso :

Sur les mondes détruits le Temps dort immobile (1).

Parece que la vida sirve allí solo para contemplar la muerte; y la movilidad de las ideas, con semejante uniformidad de existencia, seria el mas cruel tormento. En el centro del claustro se levantan algunos cipreses : este árbol negro y silencioso, que el mismo viento agita con dificultad, no introduce movimiento en aquella mansion; y de una fuente inmediata á los cipreses sale escasamente el agua sonando apénas, tan débil y lento es su curso; como si fuese la clepsidra que conviene á aquella soledad donde el tiempo hace tan poco ruido. A veces penetra en ella la luna con sus pálidos rayos, y su ausencia, y su vuelta, son un acaecimiento en aquella vida siempre la misma.

Sin embargo, estos hombres que existen de tal

(1) Sobre los mundos á la nada vueltos,
En inmóvil quietud el Tiempo yace.

manera, son los propios á quienes, estando acostumbrados, apénas bastarian la guerra y toda su actividad : así es que el destino humano en la tierra presta un caudal inagotable de reflexiones. Pasan en lo interior del alma mil accidentes, y se forman mil hábitos que hacen á cada individuo un mundo y su historia : ¿ conocer á los hombres? gobernarlos, puede ser; pero comprenderlos, es para Dios solo.

Desde el convento de los cartujos pasó Osvaldo al de Buenaventura, edificado sobre las ruinas del palacio de Neron : allí donde se cometieron, sin remordimiento, tantos delitos, se imponen hoy por las culpas mas leves crueles penas unos pobres religiosos, atormentados de escrúpulos. — *Esperamos*, decia uno de ellos, *que á lo ménos á la hora de la muerte no habrán excedido nuestros pecados á nuestras penitencias*. — Al entrar lord Nelvil en el convento tropezó con una trapa, y preguntó para qué era. — *Por ahí nos entierran*, dijo uno de los religiosos mas jóvenes, acometido ya de la enfermedad del mal aire. Los habitantes del mediodía temen mucho á la muerte, y por lo mismo causa mayor admiracion encontrar entre ellos instituciones que la recuerdan en tanto grado; pero es natural gustar de entregarse á aquella misma idea que da temor, porque hay cierta especie de embriaguez de tristeza que agrada al alma llenándola enteramente.

Un antiguo sar cófago de un tierno niño sirve de

fuelle á este convento; y la hermosa palma de que Roma se gloria es el único árbol del jardin de estos religiosos; mas ellos no atienden á los objetos exteriores : su disciplina es demasiado rigorosa para dejar á su entendimiento ninguna especie de libertad : sus ojos están abatidos, su ademan es lento, en nada usan ya de su albedrío, han abdicado el imperio de sí mismos. No obstante, aquella morada no hizo una impresion muy fuerte en el ánimo de Osvaldo, porque la imaginacion repugna á tan manifiesta intencion de presentar la muerte bajo todas las formas; y su idea se graba mucho mas hondamente cuando esta memoria se encuentra improvisa, cuando nos habla la naturaleza, y no el hombre.

Apoderáronse de Osvaldo sentimientos suaves y sosegados entrando, al ponerse el sol, en el jardin de *San Giovanni e Paolo*. Los religiosos de este convento tienen prácticas ménos severas, y su jardin domina todas las ruinas de la antigua Roma. Desde allí se ven el coliseo, el foro, todos los arcos triunfales que aun subsisten, y los obeliscos, y las columnas. ¡ Qué hermoso sitio para semejante asilo! Los solitarios se consuelan de no ser nada, contemplando los monumentos levantados por los que ya no son. Paseóse Osvaldo largo rato por debajo de las sombras del jardin de aquel convento tan raras en Italia : aquellos hermosos árboles interrumpen un momento la vista de Roma, como para redoblar

la impresion que se siente al verla otra vez. Era la hora del anochecer en que se oye á todas las campanas de Roma tocar el *Ave María*.

..... squilla di lontano
Che paia il giorno pianger che si muore.

DANTE (1).

La oracion de la tarde sirve para contar las horas. En Italia se dice : *Nos veremos una hora ántes, una hora despues del Ave María*; y así se señalan religiosamente las épocas del día y de la noche. Entonces disfrutó Osvaldo del portentoso espectáculo del sol, que al oscurecer descendiendole lentamente entre las ruinas, y parece un momento se sujeta á declinar como las obras de los hombres. Osvaldo sintió renacer en su pecho todos sus pensamientos habituales; y Corina misma en aquel instante tenia demasiado atractivo, prometia demasiada ventura para ocuparle. Buscaba la sombra de su padre por entre las sombras celestiales que lo daban abrigo; parecíale que á fuerza de amor animaria con sus miradas las nubes que contemplaba, y conseguiria hacerlas tomar la figura tierna y sublime de su inmortal amigo; esperaba por fin que sus ruegos obtendrian del cielo cierto soplo puro y benéfico, semejante á la bendicion de su padre.

(1) Allá lejano el bronce resonando,
 Cual si llorase el día que ya espira.

CAPITULO II

El deseo de conocer y estudiar la religion de Italia, determinó á lord Nelvil á buscar la ocasion de oír á algunos predicadores que hacen resonar durante la cuaresma las iglesias de Roma. Contaba los días que faltaban para reunirse á Corina, y mientras vivia ausente de ella no queria ver nada perteneciente á las bellas artes, nada que debiese su atractivo á la imaginacion, porque no podia sufrir la sensacion de placer que dan las obras maestras, no estando con Corina; ni se perdonaba á sí mismo la felicidad sino cuando procedia de ella; la poesía, la pintura, la música, todo lo que hermosea la vida con vagas esperanzas, le ofendia si no estaba á su lado.

Oyense los predicadores en las iglesias de Roma por la semana santa de noche, y con las luces casi apagadas. Todas las mujeres van vestidas de negro, en conmemoracion de la muerte de Jesucristo; y ciertamente entornece aquel luto aniversario, renovado tantas veces, y en tantos siglos. Llégase, pues, á aquellas iglesias tan hermosas, donde los sepulcros preparan á la oracion, con una conmocion sincera; pero el predicador disipa las mas veces aquella conmocion en breves instantes.

Su púlpito es una tribuna bastante larga que recorre de uno á otro extremo con tanta agitacion como regularidad; nunca deja de partir al empezar una frase, y de volver al concluirla, como el volante de un reloj; y al mismo tiempo hace tantos ademanes, y manifiesta tanto calor, que parece debiera olvidarse de todo. Mas aquel es, si puede decirse así, un furor sistemático, muy frecuente en Italia, donde la viveza de los movimientos exteriores, suele no indicar mas que una conmocion superficial. Al extremo del púlpito hay colgado un crucifijo; el predicador le descuelga, le besa, le aprieta contra su corazon, y luego le vuelve á su lugar con la mayor serenidad, concluido el período patético. Tambien hay otro medio de que suelen usar los predicadores adocenados para hacer impresion, el bonete cuadrado que llevan en la cabeza, quitándole y poniéndole con increíble celeridad.

El verdadero mérito en esta parte es rarísimo en Roma, porque la religion en Italia se respeta como una ley todopoderosa; cautiva la imaginacion con prácticas y con ceremonias; pero en el púlpito se atiende mucho ménos á la moral que al dogma, y no se entra en el corazon humano con las ideas religiosas. La elocuencia del púlpito, como otros muchos ramos de literatura, está pues entregada á las ideas comunes que no pintan ni expresan nada, de tal manera que un pensamiento nuevo causaria casi una especie de alboroto en aquellos ánimos tan ar-

dientes y tan perezosos á un tiempo mismo, que necesitan de la uniformidad para sosegar, y la aman porque los descansa. Hay una especie de fórmula para los sermones en cuanto á las ideas y á las frases; casi siempre vienen unas tras de otras, y se trastornaria este orden si el orador, hablando por si propio, buscase en su alma lo que debiera decir. La filosofia cristiana que busca la analogia de la religion con la naturaleza humana, es tan desconocida como cualquiera otra filosofia de los predicadores italianos; y pensar sobre la religion los escandalizaria casi como pensar contra ella, tan acostumbrados están en esta parte á la rutina.

Los italianos y todas las naciones del mediodia aman particularmente el culto de la Virgen; pero en cuanto dicen los predicadores sobre este asunto, se encuentran las mismas figuras de retórica exageradas, y no puede entenderse cómo sus ademanes y sus palabras no causan risa hablando de lo mas grave que hay en el mundo. Rara vez se ve en Italia, en el augusto ejercicio del púlpito, acento oportuno ni palabra natural.

Cansado ya Osvaldo de la uniformidad que mas fatiga, la de una vehemencia afectada, quiso ir al Coliseo para oir al capuchino que debia predicar allí al raso, al pié de uno de los altares que señalan en lo interior del recinto, que llaman el *Camino de la Cruz*. ¡Qué asunto mas hermoso para la elocuencia que el aspecto de aquel monumento, aquella

arena donde los mártires sucedieron á los gladiadores! Conmueven los diversos objetos que se ven en derredor: la mayor parte de los oyentes son de la cofradía de los Camáldulas; revistense, miéntras duran los ejercicios religiosos, de una especie de ropa oscura que cubre enteramente la cabeza y todo el cuerpo, y no deja mas que dos aberturitas para los ojos; así podrian representarse las sombras. Aquellos hombres, ocultos con sus vestidos, se postran con la frente en el suelo, y se dan golpes de pechos; y cuando el predicador se arrodilla clamando; *misericordia y piedad!* y el pueblo que le rodea se arrodilla asimismo, y repite el propio clamor, que se va perdiendo en los antiguos pórticos del Coliseo; es imposible no sentir una conmocion profundamente religiosa; aquella apelacion del dolor á la bondad, de la tierra al cielo, agita el alma hasta en su mas íntimo santuario. Estremecióse Osvaldo cuando todos los asistentes se arrodillaron, y permaneció en pié por no profesar otro culto que el suyo; pero le costaba trabajo no juntarse públicamente con los mortales que se humillaban delante de Dios.

El pueblo habia notado la hermosa figura de lord Nelvil, y sus modales extranjeros; mas no se escandalizó de que no se arrodillase, porque no hay ningun pueblo mas tolerante que los Romanos; están acostumbrados á que vengan á su país solamente para ver y observar; y sea vanidad ó indolencia,

no procuran atraer á nadie á su opinion. Lo mas extraordinario es que en especial en el tiempo de semana santa, hay entre ellos muchos que se imponen penitencias corporales, y miéntras se disciplinan, está abierta la puerta de la iglesia, y no les importa que entren. Es un pueblo que no se acuerda de los demas; no hace nada porque le miren, no se abstiene de nada porque le observen; siempre camina á su objeto, ó á su placer, sin pensar que haya un sentimiento llamado vanidad, para el cual no hay placer ni objeto fuera de la necesidad de los aplausos.

CAPITULO III

Muchas veces se ha hablado de las ceremonias de la semana santa en Roma: todos los extranjeros acuden expresamente durante la cuaresma para disfrutar de este espectáculo; y como la música de la capilla Sixtina y la iluminacion de San Pedro son bellezas singulares en su clase, es natural que exciten vivamente la curiosidad; pero las ceremonias propiamente no dejan satisfecha del mismo modo la esperanza. La comida de los doce apóstoles, ser-

vida por el Papa, sus piés lavados por sus manos, en fin las varias costumbres de aquel solemne tiempo, recuerdan todas ideas tiernas; pero mil circunstancias inevitables perjudican frecuentemente al interes y á la dignidad del espectáculo. No todos los que contribuyen á él guardan igual recogimiento, ni se entregan con igualdad á ideas piadosas; además que aquellas ceremonias tan repetidas, han llegado á ser una especie de ejercicio maquinal para la mayor parte de los que las ejecutan, y los sacerdotes jóvenes despachan el oficio de las fiestas solemnes con una prontitud y una destreza poco decorosas. Lo vago, lo desconocido, lo misterioso que tanto conviene á la religion, se desvanece absolutamente con la especie de atencion que no se puede dejar de poner en el modo con que cada uno desempeña su ministerio. El afan de los mas por los manjares que se les presentan, y la indiferencia de los otros en las genuflexiones que multiplican, ó en las oraciones que recitan, hacen á veces poco majestuoso el acto.

Los trajes antiguos que todavía usan en su vestido los eclesiásticos, no vienen bien con el tocado moderno: el obispo griego con su larga barba es el que parece mas respetable. Tambien los usos antiguos, como el de hacer la cortesía al modo de las mujeres, en lugar de saludar conforme lo hacen los hombres ahora, producen una impresion poco grave: por último el conjunto carece de armonía, y lo

antiguo y lo nuevo se mezclan sin cuidado alguno de atraer la imaginacion, ni aun de evitar lo que puede distraerla. Ciertamente un culto majestuoso y brillante en las formas exteriores es muy oportuno para llenar el alma de sentimientos elevados; mas es preciso atender á que las ceremonias no se conviertan en espectáculo, en que represente cada cual su papel enfrente del otro, aprendiendo lo que ha de hacerse, en qué instante se ha de ejecutar, cuándo se ha de ejecutar, cuándo se ha de orar, acabar de orar, arrodillarse, y ponerse en pié; porque la regularidad de las ceremonias de una corte, introducida en un templo, reprime el movimiento libre de corazon, que da únicamente al hombre esperanza de aproximarse á la divinidad.

Estas observaciones son bastante generalmente conocidas de los extranjeros; pero los Romanos por la mayor parte no se cansan de aquellas ceremonias, y cada año encuentran en ellas nuevo placer. Es un rasgo particular del carácter de los Italianos que su movilidad no los inclina á ser inconstantes, ni su viveza les precisa á buscar la variedad: en todo son sufridos y perseverantes; su imaginacion hermosea cuanto poseen; ocupa su vida, en lugar de hacerla inquieta; todo lo encuentran mas magnífico, mas noble, mas bello que es en realidad, y así como en otras partes la vanidad consiste en manifestarse cansado, la de los Italianos, ó por mejor decir, el fuego y la viveza que tienen en sí mismos, les hace

complacerse en el sentimiento de la admiración.

Lord Nelvil esperaba, por lo que había oído á los Romanos, mayor impresion de las ceremonias de la semana santa; no quedó contento, y volvió á su casa con una sensacion incómoda; porque no hay cosa mas triste que no conmovernos de lo que nos debiera causar conmocion; parece que el alma carecé de sensibilidad, y como que se teme haber perdido aquel poder de entusiasmo, sin el cual la facultad de pensar solo serviria para hacer la vida desagradable.

CAPITULO IV

Pero el viérnes santo restituyó presto á lord Nelvil todas las sensaciones religiosas que sentia no haber experimentado los dias anteriores. Iba á concluir el retiro de Corina; esperaba la dicha de volver á verla; y las suaves esperanzas de la ternura conciben con la piedad; solo la vida facticia del mundo aparta enteramente de ella. Fué Osvaldo á la capilla Sixtina para oír el famoso *Miserere* alabado en toda Europa: llegó de dia, y vió aquellas célebres pinturas de Miguel-Angel que representan el juicio final, con toda la tremenda energía del asun-

to, y del ingenio que le trató. Miguel-Angel se había penetrado de la lectura del Dante: y el pintor como el poeta representa seres mitológicos delante de Jesucristo, pero casi siempre hace que el paganismo sea el mal principio, caracterizando las fábulas paganas con figura de demonios. Encima de la bóveda de la capilla se ven los Profetas y las Sibilas llamadas en testimonio por los cristianos (1): rodéanlas muchos ángeles, y toda aquella bóveda por su pintura parece que acerca á nosotros el cielo; empero aquel cielo es opaco y temible; la luz pasa apenas por entre los vidrios, que derraman en los cuadros mas bien sombras que claridad; las figuras ya tan majestuosas segun las pintó Miguel-Angel, se hacen mayores con la oscuridad en que están, y el incienso, cuyo olor tiene algo funeral, llena el aire de aquel recinto, y todas las sensaciones preparan para las mas profunda, la que la música va á producir.

Mientras que Osvaldo se hallaba absorto en las reflexiones que le excitaban todos los objetos que le rodeaban, vió entrar en la tribuna de las mujeres, detras de la reja que las separa de los hombres, á Corina, á quien no esperaba todavía ver, á Corina, vestida de negro, descolorida de la abstinencia, y tan trémula, así que vió á Osvaldo, que tuvo precision de apoyarse sobre la balaustrada para ir adelante; en este momento empezó el *Miserere*.

(1) *Teste David cum Sibyllá.*

Las voces perfectamente ejercitadas en aquel canto antiguo y puro, salen de una tribuna al principio de la bóveda: no se ven los cantores; parece que la música está suspendida en el aire, y á cada momento va declinando el día, y poniéndose la capilla mas lóbrega. Ya no era aquella música voluptuosa y tierna que Osvaldo y Corina habian escuchado ocho días ántes, sino una música enteramente religiosa que aconsejaba la separacion de la tierra. Corina se arrodilló delante de la reja, y se quedó sumergida en la meditacion mas profunda; Osvaldo mismo desapareció á su vista. Parecíale que en aquel momento de exaltacion seria gustoso morir, si la separacion del alma y del cuerpo no se verificase por medio del dolor; si improvisamente viniese un ángel á arrebatár en sus alas el pensamiento y la sensibilidad, centellas divinas que tornarían á su origen, la muerte no seria, digámoslo así, mas que un acto espontáneo del corazón, una plegaria mas fervorosa, y escuchada con mayor benignidad.

El *Miserere* (*tened piedad de nosotros*) es un salmo compuesto de versos que se cantan alternadamente de muy diversa manera: óyese una música celestial, y en seguida el otro verso, recitado, hace un murmullo sordo y casi ronco; como si fuese respuesta de los caracteres duros á los corazones sensibles, ó la realidad de la vida que rechaza, y deshace los deseos de las almas generosas; cuando vuelve

aquel coro dulcísimo, se torna á la esperanza; mas al empezar de nuevo el verso, sobrecoge otra vez una sensacion de frio, no nacida del terror, sino del desaliento del entusiasmo. Por fin el último trozo mas noble y mas expresivo todavía, deja en el alma una impresion suave y pura: Dios nos conceda esta misma impresion ántes de morir.

Apáganse las antorchas, y crece la noche; y las figuras de los Profetas y de las Sibilas se aparecen á manera de fantasmas envueltas en el crepúsculo: reina un silencio profundo; el habla haria un daño insoportable en aquella situacion del alma, en que todo es íntimo é interior; y al desvanecerse el postrer sonido, se va cada cual paso á paso y callado; todos parece que temen volver á los intereses vulgares del mundo.

Corina fué detras de la procesion que caminaba al templo de San Pedro, alumbrado entónces únicamente por una cruz iluminada; aquel signo de dolor, resplandeciendo solo en la augusta oscuridad de un edificio inmenso, es la imagen mas hermosa del cristianismo en medio de las tinieblas de la vida. Derrámase sobre las estatuas que adornan las sepulturas, una luz pálida y lejana: y los vivos que se ven en tropel debajo de las bóvedas, parecen pigmeos en comparacion de las imágenes de los muertos. Al rededor de la cruz hay un espacio alumbrado por ella, donde se postran el Papa, vestido de blanco, y todos los Cardenales, detras de él

en fila. Permanecen allí cerca de media hora en el mayor silencio, y es imposible que no cause conmoción semejante espectáculo: ignórase lo que piden, no se oyen sus secretos gemidos; pero son ancianos, y nos preceden en el camino del sepulcro: ¿nos concederá Dios la gracia, cuando pasemos á esta terrible vanguardia, de ennoblecer nuestra ancianidad bastante para que el ocaso de la vida sea el primer día de la inmortalidad?

Corina también, la joven y hermosa Corina, estaba de rodillas detras de la comitiva de los sacerdotes, y la suave claridad que alumbraba su rostro, descoloria su tez, sin hacer ménos vivo el resplandor de sus ojos. Osvaldo la miraba en aquella situación como una pintura embelesadora, y como un ser adorado. Levantóse cuando acabó de orar: lord Nelvil no osaba acercarse, respetando la meditación religiosa en que le parecia sumida; mas ella se llegó á él con un arrebató de felicidad, y esparciéndose aquel sentimiento en todo lo que hacia, recibió con vivo gozo á los que la hallaron en San Pedro, vuelto de repente como un gran paseo público, donde todos se citan para tratar de sus negocios ó sus placeres.

Admirábase Osvaldo de aquella volubilidad que hace sucederse impresiones tan diversas; y aunque la alegría de Corina le hacia dichoso, le sorprendia no hallar en ella vestigio alguno de las sensaciones anteriores: no acertaba á entender cómo se permi-

tía que aquella hermosa iglesia fuese, en un día tan solemne, el café de Roma, donde se juntaban para divertirse; y mirando á Corina, en medio de su círculo, hablar con viveza, sin acordarse de los objetos que la rodeaban, concebió un sentimiento de desconfianza sobre la ligereza de que podia ser capaz: ella lo advirtió al momento, y separándose repentinamente de los que la acompañaban, cogió á Osvaldo del brazo para pasearse con él por la iglesia, y le dijo: — Nunca os he hablado de mis sentimientos religiosos; permitid que lo haga hoy, por si acaso consigo de esta manera disipar las nubes que he visto levantarse en vuestro pecho.

CAPITULO V

La diferencia de nuestras religiones, querido Osvaldo, prosiguió Corina, es causa de ese secreto descontento que no podeis dejar de manifestarme. La vuestra es severa y triste, la nuestra viva y tierna. Generalmente se cree que el catolicismo es mas riguroso que el protestantismo, y acaso será esto cierto en los países donde han luchado ambos cultos; pero en Italia no hemos conocido las discu-

en fila. Permanecen allí cerca de media hora en el mayor silencio, y es imposible que no cause conmoción semejante espectáculo: ignórase lo que piden, no se oyen sus secretos gemidos; pero son ancianos, y nos preceden en el camino del sepulcro: ¿nos concederá Dios la gracia, cuando pasemos á esta terrible vanguardia, de ennoblecer nuestra ancianidad bastante para que el ocaso de la vida sea el primer día de la inmortalidad?

Corina también, la joven y hermosa Corina, estaba de rodillas detras de la comitiva de los sacerdotes, y la suave claridad que alumbraba su rostro, descoloria su tez, sin hacer ménos vivo el resplandor de sus ojos. Osvaldo la miraba en aquella situación como una pintura embelesadora, y como un ser adorado. Levantóse cuando acabó de orar: lord Nelvil no osaba acercarse, respetando la meditación religiosa en que le parecia sumida; mas ella se llegó á él con un arrebató de felicidad, y esparciéndose aquel sentimiento en todo lo que hacia, recibió con vivo gozo á los que la hallaron en San Pedro, vuelto de repente como un gran paseo público, donde todos se citan para tratar de sus negocios ó sus placeres.

Admirábase Osvaldo de aquella volubilidad que hace sucederse impresiones tan diversas; y aunque la alegría de Corina le hacia dichoso, le sorprendia no hallar en ella vestigio alguno de las sensaciones anteriores: no acertaba á entender cómo se permi-

tía que aquella hermosa iglesia fuese, en un día tan solemne, el café de Roma, donde se juntaban para divertirse; y mirando á Corina, en medio de su círculo, hablar con viveza, sin acordarse de los objetos que la rodeaban, concebió un sentimiento de desconfianza sobre la ligereza de que podia ser capaz: ella lo advirtió al momento, y separándose repentinamente de los que la acompañaban, cogió á Osvaldo del brazo para pasearse con él por la iglesia, y le dijo: — Nunca os he hablado de mis sentimientos religiosos; permitid que lo haga hoy, por si acaso consigo de esta manera disipar las nubes que he visto levantarse en vuestro pecho.

CAPITULO V

La diferencia de nuestras religiones, querido Osvaldo, prosiguió Corina, es causa de ese secreto descontento que no podeis dejar de manifestarme. La vuestra es severa y triste, la nuestra viva y tierna. Generalmente se cree que el catolicismo es mas riguroso que el protestantismo, y acaso será esto cierto en los países donde han luchado ambos cultos; pero en Italia no hemos conocido las discu-

siones religiosas, mientras Inglaterra ha sufrido muchas; así ha resultado que el catolicismo ha tomado en Italia un carácter de suavidad y de indulgencia, y en Inglaterra la reforma para destruir la religion católica se ha armado de la mayor severidad en sus principios. Es verdad que nuestro catolicismo impone á los que abrazan la profesion monástica duras penitencias; este estado, escogido libremente, es una relacion misteriosa entre el hombre y la divinidad; pero la religion de los seglares en Italia, es un manantial continuo de tiernas sensaciones. Las virtudes principales de nuestra religion son el amor, la esperanza y la fe, y todas estas virtudes anuncian y dispensan la dicha. En lugar pues de que nuestros sacerdotes nos prohiban en ningun tiempo el sentimiento de una pura alegría, nos dicen que este sentimiento expresa nuestro agradecimiento por los dones del Criador: lo que exigen de nosotros es la observancia de las prácticas que prueban nuestro respeto al culto que profesamos, y nuestro deseo de ser agradables á Dios; y la caridad con los desgraciados, y el arrepentimiento de nuestras flaquezas; mas no se niegan á absolvernó, cuando se lo pedimos con sincero anhelo; y aquí mas que en ninguna otra parte encuentran los afectos del corazon una compasion indulgente. ¿No dijo Jesucristo de la Magdalena: *Mucho le sera perdonado, porque amó mucho?* Estas palabras fueron dichas bajo un cielo tan hermos

como el nuestro; y este mismo cielo implora en nuestro favor la misericordia divina.

— ¿Cómo he de oponerme, respondió lord Nelvil, á palabras tan dulces, y que mi corazon necesita tanto? Lo haré, sin embargo, porque no amo á Corina para un dia, y espero con ella largo espacio de felicidad y de virtud. La religion mas pura es la que sacrifica nuestras pasiones, y hace de ellas y del cumplimiento de nuestros deberes un homenaje continuo al supremo Ser. La paternidad, esta noble imágen de un Señor soberanamente bueno, no pide á los hijos cosa alguna sino para hacerlos mejores ó mas felices.

— Sois severo, querido Osvaldo, repuso Corina, y no es la vez primera que lo he advertido. Si la religion consistiese únicamente en la exacta observancia de la moral, ¿qué tendria mas que la filosofia y la razon? ¿ni qué sentimientos piadosos se desarrollarian en nosotros, si nuestro principal fin fuese ahogar los sentimientos del corazon? Los estoicos sabian casi tanto como nosotros acerca de las obligaciones y la austeridad de la conducta; pero lo que solamente se debe al cristianismo es el entusiasmo religioso que se junta á todos los afectos del alma; el poder de amar y de compadecer; el culto de ternura y de indulgencia que tanto favorece el vuelo del alma hácia el cielo. ¿Qué significa la parábola del hijo pródigo, sino el amor sincero preferido aun al mas exacto cumplimiento de todos los

deberes? Aquel hijo habia abandonado la casa paterna, y su hermano permaneció en ella; habíase sumido en todos los deleites mundanos, y su hermano no se separó un punto de la regularidad de la vida doméstica; pero volvió, lloró, amó, y su padre hizo una fiesta por su vuelta. ¡ Ah! sin duda que en los misterios de nuestra naturaleza amar y mas amar es cuanto nos ha quedado de nuestro celestial patrimonio: nuestras mismas virtudes suelen estar demasiado complicadas con la vida, para que podamos siempre comprender lo que es bueno, lo que es mejor, y cuál es el sentimiento secreto que nos dirige y nos extravía. Yo pido á mi Dios que me enseñe á adorarle, y conozco el efecto de mis plegarias en las lágrimas que derramo; pero para sostenerse en esta disposición se necesita mas de lo que pensais de las prácticas religiosas, porque son una relacion constante con la divinidad, y acciones diarias separadas de todos los intereses de la vida, y dirigidas puramente hácia el mundo invisible. Los objetos exteriores tambien favorecen mucho á la piedad, y el alma recae sobre sí misma, si las bellas artes, los magníficos monumentos, y los cantos armoniosos, no acuden á reanimar aquel genio poético que es igualmente el genio religioso.

El hombre mas vulgar, cuando está en oración, cuando padece, y espera en el cielo, tiene dentro de sí en aquel instante alguna cosa que se explicaria como Milton, como Homero, ó como el Tasso, si la educa-

ción le hubiese enseñado á vestir sus pensamientos con palabras. Solo hay en la tierra dos clases distintas de hombres, los que sienten el entusiasmo, y los que le desprecian; todas las demas diferencias son trabajo de la sociedad. Aquel no tiene voces para sus sentimientos; este sabe decir lo que debe para encubrir la variedad de su corazón; pero el manantial que brota de la misma peña, á la voz del cielo, es el manantial del verdadero talento, de la religion verdadera, y del verdadero amor.

La pompa de nuestro culto, esas pinturas en que los santos arrodillados expresan en sus miradas una oración continua; esas estatuas colocadas sobre los sepulcros, como para despertar un dia con los muertos; esas iglesias, y sus inmensas bóvedas, tienen íntima relacion con las ideas religiosas. A mí me agrada este brillante homenaje que los hombres rinden á lo que no les promete fortuna ni poder, á lo que no los castiga ni los recompensa sino por un sentimiento del corazón: me envanezco entónces de mí ser; conozco en el hombre cierto desinterés; y aunque se multipliquen demasiado las magnificencias religiosas, me complace esa prodigalidad de las riquezas terrestres para otra vida, y del tiempo para la eternidad: hartas cosas se hacen para mañana, hartos cuidados se emplean en la economía de los negocios humanos. ¡ Oh! ¡ cómo me agrada lo inútil! lo inútil, si la existencia no es mas que un trabajo penoso por una ganancia despreciable; pero si esta-

mos en camino para el cielo en esta tierra, ¿ qué cosa mejor podremos hacer que levantar nuestra alma para que conozca lo infinito, lo invisible y lo eterno en medio de todos los límites que la rodean ?

Jesucristo dejaba que una mujer débil, y acaso arrepentida, regase sus piés con las mas preciosas esencias; y reprendió á los que aconsejaban que reservase aquellos bálsamos para otro uso mas útil, diciendo: *Dejadla, porque yo he de estar poco tiempo con vosotros.* ¡ Ay ! todo cuanto existe en esta tierra bueno y sublime, está poco tiempo con nosotros; la edad, las enfermedades, la muerte, secarán muy presto esa gota de rocío que cae del cielo, y no descansa mas que en las flores. Dejadnos pues, querido Osvado, dejadnos confundirlo todo, amor, religion, genio, y el sol y las esencias, y música, y poesía; el ateísmo consiste en la tibieza, el egoísmo en un corazon vil. Jesucristo dijo: *Cuando dos ó tres se hallen juntos en mi nombre, yo estaré en medio de ellos.* Y ¿ qué cosa es, Dios mio, estar juntos en vuestro nombre, sino disfrutar de los presentes sublimes de vuestra hermosa naturaleza, y haceros homenaje de ellos, y daros gracias por la vida, y agradeceros sobre todo que un corazon criado tambien por vos corresponda todo entero al nuestro ?

En aquel instante animaba la fisonomía de Corina una inspiracion celestial. Apenas pudo Osvado resistir, y no arrojarse á sus piés en medio del templo;

calló largo rato para entregarse al deleite de recordar sus expresiones, y hallarlas de nuevo en sus ojos; mas al fin quiso responder, y no abandonar la causa que tanto amaba. Entónces dijo: — Corina, permitid á vuestro amigo algunas palabras mas: su alma no carece de sensibilidad; no, Corina, creedlo; y si me agrada la austeridad en los principios y en las acciones, es por lo mismo que hace mas profundos y mas duraderos los sentimientos. ¿ Qué puede añadirse á las ideas sublimes de la existencia de Dios, y de la inmortalidad del alma; á estas ideas que la reflexion revela á la par con el instinto del corazon? ¿ á su union con la virtud? ¿ qué ha de añadirseles que no sea inferior á ellas? El entusiasmo poético que tanto os embelesa, no es, á mi parecer, la devocion mas saludable, porque, Corina, ¿ cómo es posible prepararse por ese medio á los sacrificios sin número que exige de nosotros la obligacion? No habia revelacion sino para los arrebatos del alma, cuando el destino humano, futuro y presente, solo se mostraba por entre nubes al entendimiento; pero para nosotros, á quienes le hace el cristianismo claro y positivo, la ternura puede ser recompensa, mas no nuestra única guía: de suerte que vos pintais la existencia de los bienaventurados y no la de los mortales. La vida religiosa es un combate no un himno. Si no estuviésemos condenados en este mundo á refrenar las malas inclinaciones ajenas y las nuestras mismas, no habria, en efecto, mas dis-

tincion que la de almas frias, y almas exaltadas; pero el hombre es una criatura mas indócil y mas temible que vuestro corazon le pinta; y la razon en la piedad, y la autoridad en el deber, son un freno preciso para sus orgullosos extravíos. Un filósofo aleman ha dicho: *No conozco mas que dos cosas hermosas en el universo, el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, y el sentimiento del deber en nuestros corazones.* En verdad todas las maravillas de la creacion están reunidas en estas palabras.

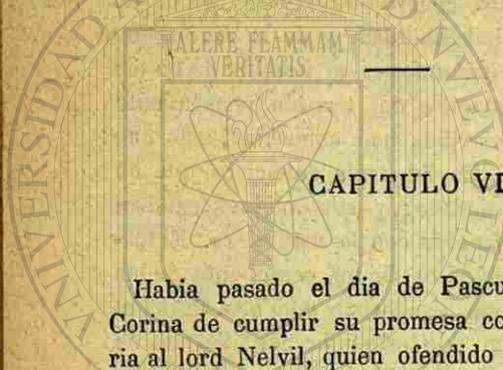
Corina, la sencillez reconcentra y perpetúa los afectos. Yo he visto desenvolverse á un hombre con la conducta mas pura y mas austera una ternura inagotable; le he visto conservar aun en la ancianidad una virginidad de alma, que precisamente habrian mancillado las borrascas de las pasiones, y los yerros que hacen cometer. Es cierto, el arrepentimiento es hermoso, y yo, mas que nadie, necesito creer en su eficacia; pero el arrepentimiento repetido cansa el alma, y cuando la flaqueza humana se acostumbra á él, pierde el vigor para amar, porque para amar, á lo ménos constentamente, es menester vigor.

Por otra parte las sensaciones que se mandan son ménos poderosas que las que nacen de ellas mismas para la fantasia modesta y retirada como el corazon. Yo vi en las Cevenas á un sacerdote que predicaba al anochecer en el centro de los montes, invocando los sepulcros de los franceses proscriptos y desterrados

por sus hermanos, cuyas cenizas se habian trasladado de nuevo allí. Prometia á sus amigos que los hallarian en otro mundo mejor; afirmaba que una vida virtuosa nos aseguraba aquella felicidad, y decia: *Haced bien á los hombres, para que Dios cicatrice en nuestro corazon la herida del dolor.* Admirábase de la inflexibilidad, y de la dureza que el hombre de un dia muestra al hombre de un dia como él, y se apoderaba del terrible pensamiento de la muerte que los vivos han concebido, mas que no agotarán nunca. En fin, nada anunciaba que no fuese tierno y verdadero; y sus palabras estaban perfectamente de acuerdo con la naturaleza. El torrente que se oia á lo léjos, la luz centellante de las estrellas parecia que explicaban con otra forma el mismo pensamiento. Allí estaba la magnificencia de la naturaleza, aquella magnificencia que no ofende al infortunio, y en su sencillez majestuosa conmovia profundísimamente el alma.

Dos dias despues de esta conversacion, el dia de Pascua, estaban juntos Corina y lord Nelvil en la plaza de San Pedro, cuando el Papa se adelanta al balcon mas elevado de la iglesia, y pide al cielo la bendicion que va á derramar en la tierra; al pronunciar estas palabras: — á la ciudad y al mundo (*urbi et orbi*), todo el pueblo reunido se arroja de rodillas, y Corina y lord Nelvil conocieron por la conmocion que experimentaron en aquel momento, que el sentimiento religioso enlaza íntimamente á

los hombres, cuando el amor propio y el fanatismo no le tornan objeto de odio y de celos : orar juntos en cualquiera lengua, es la fraternidad mas tierna de esperanza y de simpatía que pueden contraer los hombres en este mundo.



CAPITULO VI

Habia pasado el dia de Pascua, y no hablaba Corina de cumplir su promesa confiando su historia al lord Nelvil, quien ofendido de semejante silencio dijo un dia delante de ella que alababan mucho las bellezas de Nápoles y deseaba verlas. Corina, penetrando al instante lo que pasaba en su corazon, le propuso acompañarle, y con esta prueba de cariño que debia satisfacerle, creia poder retardar las declaraciones que exigia, discurriendo ademas que si la llevaba era clara señal de que pensaba consagrarle su vida. Aguardaba pues con afan su respuesta, y sus miradas casi suplicantes le pedian que fuese favorable. No pudo resistir Osvaldo ; hábale sorprendido la oferta, y la sencillez con que Corina la hacia ; vaciló algun tiempo en admitirla, pero viendo la turbacion de su amiga, y la agita-

cion de su seno, se llenaron sus ojos de lágrimas, y consintió en partir con ella, sin hacerse él mismo cargo de la importancia de semejante resolucion. Corina se llenó de gozo, porque su corazon se fió absolutamente desde aquel punto en el cariño de Osvaldo.

Señalaron el dia, y la dulce perspectiva de viajar juntos hizo desaparecer todas las demas ideas : recreáronse en disponer los preparativos del viaje, y no habia ninguno de aquellos preparativos que no fuese un manantial de placer. ¡ Feliz situacion del alma en que todas las disposiciones de la vida tienen un encanto particular dependiente de alguna esperanza del corazon ! Harto presto llega aquel tiempo en que cansa la existencia en cada hora, y en el conjunto de todas, en que cada mañana requiere un trabajo para soportar la ausencia del sueño, y sobrellevar el dia hasta la noche.

Cuando salia lord Nelvil de casa de Corina, á fin de prepararlo todo para la partida, llegó el Conde de Erfeuil, y supo por ella el proyecto que acababan de hacer los dos. — ¡ Cómo ! la dijo : ¿ lo habeis meditado bien ? ¡ poneros en camino con lord Nelvil, sin que sea vuestro esposo, sin haberos prometido serlo ! ¡ Y qué hareis si os abandonase ? — Lo que haria, respondió Corina, en todas las situaciones de la vida, si dejase de amarme, ser la criatura mas desgraciada del mundo. — Sí ; pero si no habeis hecho cosa alguna que os comprometa, quedareis

siempre vos, toda cual sois ahora. — ¡ Yo toda cual soy ahora, exclamó Corina, cuando se haya extinguido el sentimiento mas profundo de mi vida ! ¡ cuando se haya despedazado mi corazon ! — El público lo ignoraria, y pudiérais disimular, y no perder nada en su opinion. — Y ¿ para qué quiero yo esa opinion, si no ha de ser un nuevo atractivo para el hombre que yo ame ? respondió Corina. — Cesamos de amar, contestó el Conde de Erfeuil ; pero no cesamos de vivir en medio de la sociedad, y de necesitar de ella. — ¡ Ah ! si yo pudiese pensar, repuso Corina, que llegase un dia en que el afecto de Osvaldo, no fuese para mí lo mas precioso del mundo, si pudiese pensarlo, repito, ya habria dejado de amarle. ¿ Qué es el amor cuando preve, cuando calcula el momento en que cesará de existir ? Si este sentimiento tiene algo apreciable, es porque ante él desaparecen todos los demas intereses, y se complace en el absoluto sacrificio de sí mismo.

— ¿ Qué decis ? repuso el Conde de Erfeuil, ¿ puede una persona de tanto talento llenarse la cabeza de semejantes locuras ? Es ventajoso para nosotros que las mujeres piensen como vos ; porque entónces tenemos sobre ellas mucho mas ascendiente ; pero no ha de perderse vuestra superioridad, y para algo os ha de servir. — ¡ Servirme ! dijo Corina ; ¡ ah ! bastante le debo si me hace conocer mejor todo lo tierno y generoso del carácter de lord Nelvil.

— Lord Nelvil es un hombre como cualquier otro, replicó el Conde de Erfeuil ; volverá á su país, seguirá su carrera, será juicioso, en fin ; y vos arriesgais imprudentemente vuestra reputacion yendo con él á Nápoles. — No sé las intenciones de lord Nelvil, dijo Corina, y acaso hubiera hecho mejor en reflexionarlo ántes de amarle : pero ahora ¿ qué importa un sacrificio ? ¿ no depende mi vida siempre de su cariño ? al contrario, encuentro algun deleite en no dejarme ningun recurso ; nunca le hay cuando el corazon está herido ; mas el mundo puede á veces creer que aun queda, y gusto de pensar que bajo de este mismo aspecto seria completa mi desgracia si lord Nelvil se apartase de mí. — Y ¿ sabe él hasta qué extremo os comprometéis por amarle ? continuó el Conde de Erfeuil. — He tenido gran cuidado de disimulárselo, respondió Corina, y como no conoce bien las costumbres de este país, he podido exagerarle algo la facilidad que ofrecen. Os pido vuestra palabra de no hablarle sobre este punto ; quiero que sea libre, y siempre libre en sus relaciones conmigo ; no puede hacerme feliz con ningun sacrificio. El sentimiento que me hace dichosa, es la flor de la vida, y ni la bondad ni la delicadeza podrian volverla á animar, si llega á marchitarse. Ruégoos pues, querido Conde, que no tomeis parte en mi suerte ; nada de cuanto sabeis de los afectos del corazon me puede servir ; vuestros consejos son juiciosos, bien fundados, y muy oportunos en las si-

tuaciones y en las personas vulgares; pero á mí me haríais un daño cruel inocentemente, si juzgáseis de mi carácter por esas grandes divisiones comunes para las cuales hay máximas establecidas. Yo padezco, gozo y siento á mi modo, y para influir en mi felicidad es preciso observarme á mí sola.

El amor propio del Conde de Erfeuil se ofendia un poco de la inutilidad de sus consejos y de la gran muestra de amor que Corina daba á lord Nelvil; sabia que no le amaba, y que amaba á Osvaldo; pero sentia que todo esto se demostrase tan públicamente: siempre causa el favor de un hombre con una mujer cierto desagrado aun á sus mejores amigos. — Veo que mis esfuerzos son vanos, dijo el Conde de Erfeuil; pero cuando seais muy desgraciada, os acordareis de mí: voy á salir tambien de Roma, pues ya no estareis en ella ni vos ni lord Nelvil, y no podria estar contento durante vuestra ausencia; os volveré á ver ciertamente á uno y otro en Escocia ó en Italia, porque, miéntras se proporciona otra cosa mejor, he tomado aficion á los viajes. Perdonad mis consejos, hermosa Corina, y estad siempre segura de mi sincero afecto. — Dióle gracias Corina, y se separó de él con pesar: habiale conocido al mismo tiempo que á Osvaldo, y aquella memoria formaba entre los dos cierto vínculo que sentia verse romper. Portóse como habia dicho el Conde de Erfeuil; mas por parte de lord Nelvil turbaron algunas zozobras el gusto con que habia

aceptado el proyecto de viaje. Temió que la partida para Nápoles causase algun perjuicio á Corina, y queria conseguir que le descubriese su secreto ántes de marchar, para saber con certeza que no los separaba ningun obstáculo invencible; pero ella le declaró que no se explicaria hasta estar en Nápoles, y le engañó dulcemente sobre lo que podrian decir del paso que iba á dar. Osvaldo se prestaba á la ilusion, porque el amor, en un carácter débil é incierto, engaña á médias, la razon alumbra á médias tambien, y la sensacion presente es la que determina cuál de las dos mitades ha de ser el todo. El entendimiento de lord Nelvil era muy vasto y perspicaz; pero no se juzgaba bien á sí mismo sino en lo pasado: su situacion actual siempre se le presentaba de un modo confuso, y siendo susceptible al mismo tiempo de arrebatos y de remordimiento, de pasion y de timidez, no le permitian estas oposiciones conocerse hasta que el suceso habia ya decidido el combate de su interior.

Cuando los amigos de Corina, y en especial el principe de Castel-Forte, supieron su intento, tuvieron mucho pesar: y particularmente el principe lo sintió tanto, que resolvió ir dentro de poco á buscarla. No era, por cierto, vanidad caminar en pos de un amante preferido; pero no podia soportar el vacío horroroso de la ausencia de su amiga; no tenia amigo alguno á quien no hallase en casa de Corina, y jamas visitaba otra alguna. La tertulia que

se juntaba al rededor de ella, debía dispersarse con su partida, y seria imposible reunir sus reliquias : el príncipe de Castel-Forte estaba poco hecho á la vida doméstica, y aunque tenia talento, le causaba el estudio; por tanto le hubiera sido insoportable lo largo del dia, si no hubiese ido por mañana y noche á casa de Corina; mas ahora partia, y ya no sabia qué hacer. Determinó pues, en secreto, aproximarse á ella como un amigo que nada pretende, pero que siempre está pronto para consolar en la desgracia; y semejante amigo debe estar bien seguro de que llegará su tiempo.

Corina sentia tristeza al quebrantar de aquella manera todos sus hábitos; hacia ya algunos años que vivia en Roma de un modo que le agradaba; era el centro de todos los artistas célebres, y de todos los hombres de superior talento; la independencia absoluta de las ideas y de las costumbres, hacia muy grata su existencia : ¿y ahora cuál seria su destino? Si la aguardaba la fortuna de ser esposa de Osvaldo, la llevaria á Inglaterra; ¿y de qué modo la juzgarian allí? ¿cómo se sujetaria á aquel método de vida, tan diverso del que habia seguido seis años? Pero estas reflexiones cruzaban solamente por su entendimiento, y siempre borraba sus ligeras huellas la pasion que tenia á Osvaldo: veíale, oíale, y no contaba las horas sino por su ausencia ó su vista. ¿Quién sabe disputar con la dicha? ¿quién no la recibe cuando llega? Corina, en especial, tenia

poca prevision; no se habian hecho para ella el temor ni la esperanza; su fe en lo porvenir no era clara, y su imaginacion la hacia por este estilo poco bien y poco mal.

La mañana de su partida entró en su casa el príncipe de Castel-Forte, y le dijo, saltándosele las lágrimas : ¿No volveréis mas á Roma? — ¡Ay, Dios mio! sí, respondió ella; dentro de un mes estaremos aquí. — Pero si os casais con lord Nelvil, ¿habreis de abandonar á Italia! — ¡Abandonar á Italia! dijo Corina, y suspiró. — Esta tierra, prosiguió el príncipe, donde se habla vuestra lengua, donde os comprenden tan bien, donde tanto os admiran; y vuestros amigos, Corina, y vuestros amigos, ¿dónde as amarán como aquí? ¿dónde encontrareis la imaginacion y las bellas artes que os agradan? ¿Hace la vida un sentimiento solo? ¿El amor de la patria no consiste en la lengua, en las costumbres, en los hábitos, y no es este amor el que da el mal del país, terrible dolor de los desterrados? — ¡Ah! ¿qué me decís! exclamó Corina, ¿no lo he probado yo? ¿no ha decidido ese dolor de mi suerte? Miró tristemente su aposento, y las estatuas que le adornaban, y luego el Tiber que corria debajo de sus ventanas, y el cielo cuya hermosura parecia que la convidaba á quedarse. Pero en aquel instante pasaba Osvaldo á caballo por el puente Santángelo, y venia con la velocidad de un relámpago. — ¡Ya está aquí! exclamó Corina. — Apenas habia dicho estas pala-

bras, llegó; corrió ella á recibirle, y ambos impacientes de partir se apresuraron á subir al coche. Sin embargo, Corina dijo un amable adios al príncipe de Castel-Forte; pero sus agradables voces se perdieron por el aire, entre los gritos de los postillones, los reñchos de los caballos, y todo el ruido del partir, á veces tan triste, y á veces tan agradable, segun el temor ó la esperanza que inspiran las nuevas probabilidades del destino.

LIBRO UNDÉCIMO

NAPOLÉS Y LA ERMITA DE SAN SALVADOR

CAPITULO I

Envaneciase Osvaldo con su conquista, y llevándola, no sentia esta vez la pena de la incertidumbre, cuando casi siempre turbaban sus placeres la reflexiones, y los sentimientos: no porque se hallase determinado, sino porque no pensaba en decidirse, y se dejaba arrastrar por los sucesos, esperando que al fin le llevasen á lo que deseaba. Cruzaron el campo de Albano, sitio donde todavía se muestra el sepulcro de los Horacios y de los Curiaños (1). Pasaron junto al lago de Nemi, y los bosques sagrados que le rodean: allí dicen que Diana resucitó á Hipólito, y no consentia se acercasen á aquel lugar los caba-

(1) En una coleccion de poesías de Madama Brunci, Munster de nacimiento, se halla una descripcion hermosísima del lago Albano.

bras, llegó; corrió ella á recibirle, y ambos impacientes de partir se apresuraron á subir al coche. Sin embargo, Corina dijo un amable adios al príncipe de Castel-Forte; pero sus agradables voces se perdieron por el aire, entre los gritos de los postillones, los reñchos de los caballos, y todo el ruido del partir, á veces tan triste, y á veces tan agradable, segun el temor ó la esperanza que inspiran las nuevas probabilidades del destino.

LIBRO UNDÉCIMO

NAPOLÉS Y LA ERMITA DE SAN SALVADOR

CAPITULO I

Envaneciase Osvaldo con su conquista, y llevándola, no sentia esta vez la pena de la incertidumbre, cuando casi siempre turbaban sus placeres la reflexiones, y los sentimientos: no porque se hallase determinado, sino porque no pensaba en decidirse, y se dejaba arrastrar por los sucesos, esperando que al fin le llevasen á lo que deseaba. Cruzaron el campo de Albano, sitio donde todavía se muestra el sepulcro de los Horacios y de los Curiaios (1). Pasaron junto al lago de Nemi, y los bosques sagrados que le rodean: allí dicen que Diana resucitó á Hipólito, y no consentia se acercasen á aquel lugar los caba-

(1) En una coleccion de poesías de Madama Brunci, Munster de nacimiento, se halla una descripcion hermosísima del lago Albano.

llos, perpetuando con esta prohibicion la memoria de la desgracia de su mancebo favorito. De esta manera vienen á cada paso, en Italia, á ofrecerse á la fantasia la poesia y la historia, y los sitios deliciosos que las recuerdan suavizan la melancolía de lo pasado, y parece que le conservan una juventud perpetua.

Luego pasaron Osvaldo y Corina las lagunas pontinas, campo fértil y pestilente á un mismo tiempo, donde no se ve siquiera una habitacion, aunque, al parecer, la naturaleza es fecunda : algunos hombres enfermos ponen los caballos, y recomiendan no dormir al pasar las lagunas ; porque en ellas el sueño es precursor cierto de la muerte : arrastran el arado unos búfalos de semblante juntamente bajo y feroz, mientras los imprudentes cultivadores los conducen todavía alguna vez por aquella tierra fatal, y el sol mas brillante alumbrá aquel triste espectáculo. En el norte anuncia la inmediacion de los parajes pantanosos y malsanos su aspecto horroroso, pero en las regiones del mediodía conserva la naturaleza, aun en sus mas funestos sitios, una serenidad, cuya dulzura engañosa causa ilusion á los viajantes. Si es verdad que sea muy peligroso dormirse al pasar las lagunas pontinas, la invencible propension que inspiran al sueño en el tiempo del calor, es otra de las pérfidias impresiones que aquel sitio hace experimentar. Lord Nelvil cuidaba constantemente de Corina, que alguna vez inclinaba la cabeza sobre Teresina

que los acompañaba, y solia cerrar los ojos vencida de la blandura del aire. Entónces Osvaldo se apresuraba á despertarla con inexplicable temor, y aunque naturalmente era silencioso, no cesaba de mover conversaciones siempre sostenidas, y siempre nuevas, para estorbar que se rindiese al sueño fatal ni un momento. ¡ Ah ! ; no debemos perdonar al corazon de las mujeres los dolorosos sentimientos que excitan en él aquellos dias en que su existencia era tan precisa para la existencia de otro, y en que continuamente se sentian apoyadas y protegidas ? ; Qué soledad debe suceder á aquellos tiempos de delicias ! ; Y cuán venturosas son las que el vinculo sagrado del matrimonio ha llevado suavemente del amor á la amistad, sin que haya amargado su vida un momento cruel !

Despues del paso funesto de las lagunas pontinas llegaron Corina y Osvaldo por fin á Terracina, á la orilla del mar, en los confines del reino de Nápoles. Allí empieza verdaderamente el mediodía ; allí es donde recibe á los viajantes con toda su magnificencia : aquella tierra de Nápoles, *aquella campiña dichosa*, está como separada del resto de la Europa por el mar que la rodea, y por la region peligrosa que es preciso atravesar para llegar á ella, cual si la naturaleza se hubiese reservado aquella mansion de delicias, y hubiera querido rodearla de riesgos. Roma no está aun en el mediodía ; hace sentir su dulzura ; pero el encanto no empieza verdaderament

hasta el territorio de Nápoles. No muy distante de Terracina está el promontorio escogido por los poetas para morada de Circe, y detras de Terracina se eleva el monte Anxur, donde Teodorico, rey de los Godos, había situado uno de los fuertes castillos con que los guerreros del norte cubrieron la tierra. Muy pocas señales quedan en Italia de la invasion de los bárbaros, ó á lo ménos consisten en destrucciones, y se confunden con los efectos del tiempo. Las naciones setentrionales no han dado á Italia el aspecto guerrero que ha conservado Alemania, como si la blanda tierra de Ausonia no hubiese podido sostener las fortificaciones y las ciudadelas de que están poblados los países del norte : rara vez se encuentra todavía un edificio gótico, un castillo feudal, y solo las memorias de los antiguos Romanos reinan entre los siglos, á pesar de los pueblos que los vencieron. Todo el monte que se eleva sobre Terracina está cubierto de naranjos y de limoneros que embalsaman el aire de un modo delicioso : no hay en los climas setentrionales cosa alguna parecida al perfume meridional de los limoneros en aire libre ; produce en la imaginación casi el mismo efecto que una música melodiosa ; da una disposicion poética, excita el talento, y le embriaga con la naturaleza. Los *aloes*, los *cactus* de anchas hojas que se encuentran á cada paso, tienen una fisonomía particular que recuerda lo que sabemos de las temibles producciones del Africa : estas plantas causan una especie de espanto ;

parece que son hijas de una naturaleza violenta y dominadora. Todo el aspecto del país es extraño ; se siente otro mundo, un mundo conocido únicamente por las descripciones de los poetas antiguos que tienen á la par imaginacion y exactitud en sus pinturas. Al entrar en Terracina echaron al coche de Corina los muchachos una inmensa copia de flores, cogidas á la orilla del camino, buscadas en el monte, y deramadas sin cuidado ; ; tanto confiaban en la prodigalidad de la naturaleza ! Los carros que conducian las mieses del campo iban siempre adornados con guirnaldas de rosas, y á veces los muchachos los rodeaban de flores ; porque hasta la imaginacion de la plebe se hace poética bajo un cielo hermoso. Véase, y oíase al lado de aquellas risueñas escenas el mar, cuyas olas rompian con furioso bramido, no al impulso de la borrasca, sino de las peñas, obstáculo continuo que se oponia á sus ondas, irritando su poder.

E non udite ancor come risuona.

Il roco ed alto fremito marino ? (1).

Aquel movimiento sin objeto, aquella fuerza sin blanco que se renueva eternamente, sin permitirnos penetrar su causa ni su fin, nos llama á la orilla, donde se nos presenta grande espectáculo, y sentimos como una necesidad mezclada de ter-

(1) ¿Y no estais escuchando cual resuena
El ronco y alto rebramar marino?

ror de acercarnos á las olas, y aturdir nuestro pensamiento con su estruendo.

Al anoecer se sosegó todo. Paseáronse Corina y lord Nelvil lentamente por el campo con sumo placer : cada vez que sentaban la planta, pisaban las flores, que exhalaban de su seno suaves perfumes ; los ruiseñores venian á recogerse con mayor gusto en los arbustos llenos de rosas, y así los cantos mas puros se reunian con las mas deliciosas esencias, y todos los hechizos de la naturaleza se atraian mutuamente ; pero lo que sobre todo embelesa, y no puede explicarse, es la suavidad del aire que allí se respira. Al contemplar en el norte un sitio hermoso, siempre el clima que se hace sentir altera un poco el placer que podria disfrutarse ; á la manera que un sonido falso en concierto, aquellas leves sensaciones de frio y de humedad, distraen mas ó ménos la atención de lo que se ve ; empero al llegar á Nápoles se percibe un bienestar tan perfecto, un cariño tan grande de la naturaleza, que nada perturba sus gustosas sensaciones. Todas las relaciones del hombre en los climas frios son con la sociedad ; mas en los países cálidos, la naturaleza da conexion con los objetos exteriores, y los sentimientos se derraman dulcemente hácia fuera. No porque no tengan tambien su melancolía las regiones meridionales ; ¡ dónde no produce esta impresion el destino del hombre ! pero aquella melancolía no produce ansia, ni pena, ni sentimiento. En otras partes la vida cual es no basta

para las facultades del alma ; aquí las facultades del alma no bastan para la vida, y el exceso de las sensaciones inspira una dejadez pensativa, que apenas se conoce al mismo tiempo que se está experimentando.

Vino la noche, y se pobló el aire de moscas relucientes ; parecia que el monte despedia centellas, y la tierra encendida dejaba salir algunas de sus llamas. Las moscas volaban por entre los árboles, algunas veces posaban en las hojas, y el viento movia aquellas estrellas, y variaba de mil maneras sus inciertas luces. La arena tambien contenia infinitas piedrecitas ferruginosas que resplandecian por todos lados ; era, al parecer, la tierra de fuego, que aun conservaba en su seno las huellas del sol cuyos rayos posteros acababan de darle calor : en fin aquella naturaleza tiene á un tiempo mismo una vida y una quietud que satisfacen plenamente los varios deseos de la existencia.

Corina se entregaba al encanto de aquella noche, y se llenaba de placer, y Osvaldo no podia ocultar su conmocion : mil veces acercó á Corina á su pecho, y mil veces la apartó de él, y luego tornó, y apartóse de nuevo por respetar á la que debia ser compañera de su vida. Corina no se acordaba de los riesgos que hubieran podido causarle recelo, porque era tal la estimacion en que tenia á Osvaldo, que si le hubiese pedido el don entero de su ser, no habria dudado que aquella demanda fuese el juramento solemne de hacerla su esposa ; mas le complacia se venciese, y la honrase con aquel sacrificio, y su

alma sentía la plenitud de ventura y de amor que no permite formar un deseo mas. Muy distante se hallaba Osvaldo de semejante sosiego; abrasábanle los atractivos de Corina, y una vez la estrechó á su seno como si hubiese perdido ya todo imperio sobre su pasión; pero Corina le miró con tanta dulzura y tanto temor; parecia le rogaba tan tiernamente que no abusase de su poder, que aquella humilde defensa le inspiró mas respeto que otra alguna.

Entónces divisaron en al mar el reflejo de una antorcha que una mano desconocida llevaba por la orilla, caminando con secreto á la casa inmediata. — Va á ver á su amada, dijo Osvaldo. — Sí, respondió Corina. — Y para mí, repitió Osvaldo, va á acabar la felicidad de este día. Los ojos de Corina, alzados al cielo, se llenaron de lágrimas: Osvaldo temió haberla ofendido, y se arrodilló delante de ella para implorar perdon del amor que le arrebató. — No, te dijo Corina, alargándole la mano en ademán de pedirle que se volbiesen juntos; no, Osvaldo, estoy segura, respetareis á la que os ama; sabéis cuál es el poder de vuestros ruegos; vos pues respondeis de mí; vos me rehusaríais para siempre por vuestra esposa, si me hiciéseis indigna de serlo. — Bien, respondió Osvaldo; mas una vez que estais persuadida de ese cruel dominio de vuestra voluntad sobre mi corazón, ¿por qué, Corina, por qué es vuestra tristeza? — ¡Ah! repuso ella, decia entre mí que estos momentos que pasaba ahora en vuestra

compañía, eran los mas felices de mi vida; y al volver los ojos hácia el cielo para darle gracias, no sé por qué acaso se ha reanimado en mi pecho una superstición de mi infancia. Miraba á la luna, y cubrióla una nube, cuyo aspecto era funesto: siempre me ha parecido que el cielo tenia una impresión, ora paternal, ora enojada; y os lo digo, Osvaldo, esta noche condenaba vuestro amor. — Querida amiga, respondió lord Nelvil, los únicos agüeros de la vida del hombre son sus acciones buenas ó malas: y ¿no he sacrificado yo esta misma noche mis mas ardientes deseos á un sentimiento virtuoso? — ¡Ah! tanto mejor si este presagio no so comprende, replicó Corina; es verdad, *puede ser que ese cielo tempestuoso me amenazase á mí sola.*

CAPITULO II

Llegaron á Nápoles de dia, entre aquella población tan inmensa, y al mismo tiempo tan activa y tan ociosa. Atravesaron la calle de Toledo, y vieron á los Lazzaroni tendidos en el suelo ó metidos en una canasta de juncos que les sirve de habitación por la noche y por el dia. Este estado salvaje, que

se ve allí mezclado con la civilizacion, es en cierto modo muy singular : hay entre ellos algunos que no saben siquiera su propio nombre, y van á confesar pecados anónimos por no poder decir cómo se llama el que los ha cometido. Existe en Nápoles una gruta subterránea, donde pasan su vida millares de Lazzaroni, saliendo únicamente al mediodía para ver el sol, y durmiendo las demas horas, mientras que sus mujeres hilan : esto demuestra que en los climas donde son tan fáciles el alimento y el vestido, sería necesario un gobierno sumamente activo para dar á la nacion una emulacion suficiente; porque le cuesta tan poco al pueblo subsistir materialmente en Nápoles, que puede prescindir de la industria necesaria en otras partes para ganar la vida. La pereza y la ignorancia combinadas con el aire volcánico que se respira en aquel recinto, deben producir ferocidad, cuando las pasiones se exaltan; pero este pueblo no es mas perverso que otros : tiene imaginacion, lo cual pudiera ser principio de acciones desinteresadas, y con aquella imaginacion no sería difícil conducirle al bien.

Se ve á los Calabreses caminando á cultivar sus tierras con un tocador de violin delante, y bailando de tiempo en tiempo para descansar. Todos los años hay cerca de Nápoles una fiesta consagrada á la *Madonna* de la gruta, en que las muchachas bailan al son del tamboril y de las castañuelas, y no es cosa rara que se ponga por condicion en la escritura

de matrimonio que su esposo las ha de llevar á la fiesta todos los años. Preséntase en Nápoles, en el teatro, un actor de ochenta años, que está desde ya sesenta haciendo reir á los Napolitanos en su papel cómico nacional, el *Polichinela*. ¿Qué será la inmortalidad del alma para un hombre que llena así su larga carrera? El pueblo de Nápoles no tiene mas idea de felicidad que el placer; pero el amor del placer vale mas que un árido egoísmo. Ningun pueblo, es verdad, tiene igual aficion al dinero; si se piden á un hombre en la calle las señas de cualquiera parte, alarga la mano despues de hacer un ademán; porque son mas perezosos para las palabras que para los gestos; pero su inclinacion al dinero no es metódica ni pensada; le gastan al punto que le reciben; y si se introdujese el dinero entre los salvajes, le pedirian de la misma manera. Lo que falta mas generalmente á esta nacion, es el sentimiento de la dignidad: hacen acciones generosas y propias de un corazon sensible mas por buena índole que por principios; porque su teórica es mala por todos estilos, y la opinion no tiene fuerza en aquel país. Pero cuando se escapan de la anarquía moral algunos hombres ó algunas mujeres, es mas notable su conducta por sí misma, y mas digna de admiracion que en ninguna otra parte, porque las circunstancias exteriores en nada favorecen á la virtud: es preciso tomarla toda en el alma; las leyes y las costumbres ni recompensan ni castigan; y el que

es virtuoso es tanto mas heroico, cuanto no por eso le aprecian mas.

Las clases elevadas, con algunas honrosas excepciones, tienen bastante semejanza con las ínfimas; su entendimiento no está mas cultivado, y solo la práctica del mundo las distingue en lo exterior; pero, en medio de aquella ignorancia, se halla un caudal de talento natural y de disposicion para todo tan singular que no es posible prever lo que seria semejante nacion, si toda su fuerza se dirigiese hácia las luces y hácia lo moral. Como en Nápoles hay poca instruccion, hasta ahora presenta mas originalidad en el carácter que en el entendimiento; pero los hombres dignos de nota en este país, como el Abate Galiani, Caraccioli, etc., poseian, segun dicen, en el grado mas superior el gracejo y la reflexion, raras potencias del pensamiento, reunion sin la cual la frivolidad ó la pederteria impiden conocer el verdadero valor de las cosas.

El pueblo napolitano, bajo ciertos respectos, carece de toda civilizacion; pero no es vulgo al modo de los demas: su misma groseria choca á la imaginacion; ya se conoce casi la orilla africana que rodea el mar por el lado opuesto; y los gritos selváticos que por todas partes se oyen, tienen un no sé qué de Numida. Aquellos rostros tostados, aquellos vestidos compuestos de algunos pedazos de tela encarnada ó morada, cuyo color subido llama la vista; aquellos andrajos que aquel pueblo mañoso arregla

todavía con arte, dan cierto aire pintoresco al poblacho, mientras que por otro lado no se ven en él mas que las miserias de la civilizacion. En Nápoles suele encontrarse al lado de la afición á la composura, y á las decoraciones, la falta absoluta de las cosas cómodas y aun precisas. Las tiendas están graciosamente adornadas con flores y frutas; y algunas tienen una apariencia de fiesta independiente de la abundancia y de la felicidad pública, y únicamente nacida de la viveza de la imaginacion; ántes de todo es para ellos recrear la vista. La suavidad del clima permite á los trabajadores de todas clases, trabajar en la calle; allí hacen los sastres vestidos, los bodegoneros sus comidas, y ejercitando así las faenas caseras fuera de las habitaciones, multiplican de mil modos el movimiento: y los cantos, las danzas y los juegos ruidosos acompañan bastante bien todo aquel espectáculo; de forma que no hay país donde mas se diferencie la diversion de la felicidad: por fin se sale de lo interior de la ciudad para llegar á los arrabales, desde donde se ve el mar y el Vesuvio, y se olvida cuanto se sabe de los hombres.

Osvaldo y Corina llegaron á Nápoles cuando todavía duraba la erupcion del Vesuvio; por el dia no se notaba mas que un humo negro, que podia confundirse con las nubes; pero por la noche, poniéndose al balcon, experimentaron una sensacion absolutamente nueva. Aquel rio de fuego baja hácia

el mar, y sus ondas de llamas, parecidas á las olas, manifiestan como ellas la sucesion rápida y continua de movimiento incansable : parece que la naturaleza, cuando se trasforma en elementos diversos, conserva siempre algunas señales de un pensamiento único y primero. Este fenómeno del Vesuvio hace en verdad palpar el corazon; estamos tan acostumbrados á ver los objetos exteriores, que apenas advertimos su existencia, ni se reciben casi conmociones nuevas de esta especie en las prosaicas regiones del norte; mas la admiracion que debe causar el universo, se renueva de improviso al aspecto de un portento desconocido de la creacion; todo nuestro ser se siente agitado por aquel poder de la naturaleza, de cuya consideracion nos distrajeron largo tiempo las combinaciones sociales; conocemos que los misterios de este mundo no se encierran todos en el hombre, y que le amenaza ó le protege una fuerza independiente de él, segun ciertas leyes que no le es dado penetrar. Osvaldo y Corina se propusieron subir al Vesuvio, y el mismo riesgo que podian correr en aquella empresa daba mayor atractivo al proyecto que debian ejecutar juntos.

CAPITULO III

Habia entónces en el [puerto de Nápoles un navío de guerra inglés, donde todos los domingos se celebraban los oficios religiosos; y su capitan y las gentes de la tertulia inglesa que habia en Nápoles, convidaron á lord Nelvil á ir al dia siguiente á su bordo. Aceptó la oferta, sin pensar al pronto si llevaria á Corina, ni cómo la presentaria á sus paisanos. Atormentóle este cuidado toda la noche; y paseándose la mañana inmediata cerca del puerto con Corina, al tiempo que iba á aconsejarle que no fuese al navío, vieron llegar un bote inglés con diez marineros vestidos de blanco, que llevaban en la cabeza un gorro de terciopelo negro, y encima el leopardo bordado de plata; saltó de él un oficial jóven, y saludando á Corina con el nombre de lady Nelvil, le pidió que entrase en el bote para ir al navío. Al oirse llamar lady Nelvil se sonrojó Corina, y bajó los ojos con turbacion: Osvaldo estuvo un momento como dudoso; y luego cogiéndola de la mano, le dijo en inglés: — Venid, querida mia. — Y ella le siguió.

El estruendo de las olas y el silencio de los marineros que con admirable disciplina hacian solo un movimiento, sin decir una palabra ociosa, y lleva-

el mar, y sus ondas de llamas, parecidas á las olas, manifiestan como ellas la sucesion rápida y continua de movimiento incansable : parece que la naturaleza, cuando se trasforma en elementos diversos, conserva siempre algunas señales de un pensamiento único y primero. Este fenómeno del Vesuvio hace en verdad palpar el corazon; estamos tan acostumbrados á ver los objetos exteriores, que apenas advertimos su existencia, ni se reciben casi conmociones nuevas de esta especie en las prosaicas regiones del norte; mas la admiracion que debe causar el universo, se renueva de improviso al aspecto de un portento desconocido de la creacion; todo nuestro ser se siente agitado por aquel poder de la naturaleza, de cuya consideracion nos distrajeron largo tiempo las combinaciones sociales; conocemos que los misterios de este mundo no se encierran todos en el hombre, y que le amenaza ó le protege una fuerza independiente de él, segun ciertas leyes que no le es dado penetrar. Osvaldo y Corina se propusieron subir al Vesuvio, y el mismo riesgo que podian correr en aquella empresa daba mayor atractivo al proyecto que debian ejecutar juntos.

CAPITULO III

Habia entónces en el [puerto de Nápoles un navío de guerra inglés, donde todos los domingos se celebraban los oficios religiosos; y su capitán y las gentes de la tertulia inglesa que habia en Nápoles, convidaron á lord Nelvil á ir al dia siguiente á su bordo. Aceptó la oferta, sin pensar al pronto si llevaria á Corina, ni cómo la presentaria á sus paisanos. Atormentóle este cuidado toda la noche; y paseándose la mañana inmediata cerca del puerto con Corina, al tiempo que iba á aconsejarle que no fuese al navío, vieron llegar un bote inglés con diez marineros vestidos de blanco, que llevaban en la cabeza un gorro de terciopelo negro, y encima el leopardo bordado de plata; saltó de él un oficial jóven, y saludando á Corina con el nombre de lady Nelvil, le pidió que entrase en el bote para ir al navío. Al oírse llamar lady Nelvil se sonrojó Corina, y bajó los ojos con turbacion: Osvaldo estuvo un momento como dudoso; y luego cogiéndola de la mano, le dijo en inglés: — Venid, querida mia. — Y ella le siguió.

El estruendo de las olas y el silencio de los marineros que con admirable disciplina hacian solo un movimiento, sin decir una palabra ociosa, y lleva-

ban rápidamente el bote por aquel mar que tantas veces habian cruzado, inclinaban á meditar. Por otra parte Corina no se determinaba á hacer ninguna pregunta á lord Nelvil sobre lo que acababa de suceder; procuraba adivinar su intencion, no creyendo (como, no obstante, casi siempre es lo mas verosímil) que dejase de tener alguna, ni que se entregase á cada nueva circunstancia sin mas consejo. Pensó un momento que la llevaba al oficio divino para tomarla por esposa; y esta idea le causó en aquel instante mas susto que placer: parecia se ausentaba de Italia, y volvia á Inglaterra, donde tanto habia padecido: acordábase de la rigidez de las costumbres y de los usos de aquel país, y su mismo amor no bastaba á triunfar enteramente de la inquietud que le causaban sus memorias. ¡Ay! ¡cuánto se admirará en otras circunstancias de aquellos pensamientos aunque tan fugaces! ¡cuánto se arrepentirá de ellos!

Subió Corina al navío, cuyo interior estaba sumamente limpio, y dispuesto con el mayor esmero. No se oia mas voz que la del capitán, dilatándose y repitiéndose de un bordo á otro en el mando y en la obediencia: la subordinacion, la seriedad, la exactitud y el silencio que reinaban en el navío eran la imágen de un orden social libre y severo, opuesto á aquella ciudad de Nápoles tan viva, tan llena de pasiones, tan tumultuosa. Osvaldo pensaba en Corina, y en la impresion que recibia; pero alguna

vez se apartaba su atencion de ella con el placer de verse en su patria. ¿Y no son en efecto para un Inglés una segunda patria los navíos y el mar? Paseábase Osvaldo con los Ingleses que habia á bordo preguntando nuevas de Inglaterra, y hablando de política y de su país: entre tanto Corina estaba con las señoras que habian venido de Nápoles para asistir al culto divino: rodeábanlas sus hijos, hermosos como el sol, pero tímidos como sus madres, y no se hablaba ni una palabra delante de una persona recién conocida. Aquella sujecion, aquel silencio ponian á Corina bastante triste; alzaba los ojos hácia la hermosa Nápoles, hácia sus floridas riberas, hácia su vida animada, y lanzaba un suspiro. Por fortuna no lo advirtió Osvaldo; ántes bien, mirándola sentada entre las Inglesas, caidas sus negras pestañas, como ellas bajaban sus pestañas rubias, y conformándose en todo con sus modales, sintió un gran impulso de alegría. En vano se complace un Inglés algun momento en las costumbres extranjeras; su corazon siempre vuelve á las primeras impresiones de su vida. Si se pregunta á los Ingleses cuando están bogando en un navío al fin del mundo, ¿dónde van? responden: — A nuestra casa (*home*), — si vuelven á Inglaterra: y sus afanes y sus sentimientos á cualquiera distancia siempre tienen por objeto su patria.

Bajaron entre los dos primeros puentes para oír el divino oficio, y Corina advirtió al momento lo

infundado de su idea, y que lord Nelvil no tenia la solemne intencion que habia presumido. Entónces se arrepintió de haberla tenido, y sintió renacer el embarazo de su situacion, porque nadie habia allí que dudase de que era esposa de lord Nelvil, y ella no habia tenido valor para decir una palabra que pudiese destruir ó confirmar esta idea. Osvaldo tambien padecia cruelmente, pero tenia, entre otras mil prendas singulares, mucha debilidad é irresolucion de carácter. Estos defectos son imperceptibles para quien los tiene, y toman á sus ojos una forma nueva en cada circunstancia, ora es prudencia, ora sensibilidad ó delicadeza que dilatan el momento de tomar una determinacion, y prolongan una situacion indecisa; casi nunca se conoce que es el mismo carácter quien da á todas las circunstancias la misma especie de inconveniente.

A pesar de los pensamientos poco agradables que la ocupaban, sintió Corina una impresion profunda á vista del espectáculo que presenciaba: en efecto no hay cosa mas propia para hablar al alma que los oficios divinos en un navío. Un jóven hacia de capellan; predicaba con voz firme y suave, y su semblante manifestaba la severidad de un alma pura en la juventud; aquella severidad que lleva consigo una idea de fuerza, cual conviene á la religion predicada en medio de los riesgos de la guerra. En ciertos instantes señalados pronunciaba el ministro anglicano algunas oraciones, cuyas últimas pala-

bras repetian todos los concurrentes: aquellas voces confusas, y sin embargo bastante dulces, venian de tiempo en tiempo á reanimar la conmocion y el interés: los marineros, los oficiales, el capitan, se ponian de rodillas muchas veces, y en especial á las palabras: — Señor, tened misericordia de nosotros — (*Lord, have mercy upon us.*) El sable del capitan que arrastraba á su lado mientras estaba arrodillado, recordaba la noble reunion de la humildad delante de Dios, y de la intrepidez contra los hombres, que hace tan tierna la devocion de los guerreros; y en tanto que todos aquellos valientes rogaban al Dios de los ejércitos, se descubria el mar por las troneras, y tal vez el rumor manso de sus olas, serenas entónces, como que solo decia: vuestros ruegos han sido oidos. — El capellan acabó el oficio con la oracion que es particular de los marineros ingleses. *¡Dios, dicen, nos dispense la gracia de defender fuera nuestro feliz gobierno, y hallar en nuestros hogares, cuando volvamos, la felicidad doméstica!* ¡Cuántos sentimientos hermosos se reunen en estas palabras! Los estudios preparatorios y continuos que la marina requiere, la vida austera de un navío, le hacen como una especie de claustro en medio de las olas, y la regularidad de las operaciones mas graves, solo se interrumpe con los peligros y la muerte. Los marineros, no obstante sus hábitos belicosos, suelen explicarse con mucha dulzura, y manifiestan particular compasion á las mu-

jeros y á las criaturas que tienen á bordo : estos sentimientos causan mayor ternura por cuanto se sabe con qué serenidad se exponen á los horribos riesgos de la guerra y del mar, en cuyo centro tiene la presencia del hombre algo sobrenatural.

Volvieron Corina y lord Nelvil al bote que debía llevarlos á tierra; tornaron á ver aquella ciudad de Nápoles construida en anfiteatro, como para asistir con mas comodidad á la fiesta de la naturaleza; y Corina, al poner el pié en la orilla, no pudo resistir á un impulso de alegría. Si lord Nelvil hubiera sospechado aquel sentimiento se habria ofendido mucho y quizá con razon; sin embargo hubiese sido injusto con Corina, porque le amaba en extremo, á pesar de la sensacion desagradable que le causaban los recuerdos de un país donde por circunstancias crueles habia sido desgraciada. Su imaginacion era voluble; tenia su corazon gran poder de amar; pero el talento, y particularmente el talento en una mujer, causa una disposicion al tedio, una necesidad de distraccion que no basta á desvanecer del todo la pasion mas profunda. La imágen de una vida uniforme, aun en el seno de la dicha, espanta á un ánimo que necesita variedad: porque cuando las velas cogen poco viento, puede costearse siempre la orilla; pero la imaginacion vaga, por mas que la sensibilidad sea fiel, á lo ménos hasta el instante en que la desgracia desvanece todas estas inconsecuen-

cias, y deja un pensamiento solo, y no permite sentir mas que un dolor.

Osvaldo atribuyó la suspension de Corina únicamente á la turbacion que todavía le causaba el trastorno en que debió hallarse oyéndose llamar lady Nelvil, y arrepintiéndose de no haberla disipado, temió sospechase en él alguna falta de reflexion. Empezó, pues, para venir á parar á la explicacion tan deseada, ofreciendo confiarle su propia historia — Yo hablaré primero, le dijo, y vuestra confianza seguirá á la mia. — Sí, es preciso, respondió Corina temblando. ¿Lo quereis? ¿qué dia? ¿á qué hora? luego que acabeis... os lo diré todo. — ¡Qué dolorosa agitacion teneis! repuso Osvaldo. ¡Siempre habeis de temer á vuestro amigo, siempre desconfiareis de su corazon. — No, es preciso, prosiguió Corina, lo he escrito todo; si quereis, mañana... — Mañana, dijo lord Nelvil, hemos de ir juntos al Vesuvio; quiero contemplar en vuestra compañía ese pasmoso portento, aprender de vos á admirarle; y en el camino, si tengo ánimo bastante, haceros saber todo lo concerniente á mi suerte. Es menester que mi confianza se anticipe á la vuestra, y está ya resuelto mi corazon. — Bien, replicó Corina, me concedeis aun el dia de mañana, y os doy gracias por él. ¡Ah! ¿quién sabe si sereis siempre para mí el mismo, despues de abriros mi pecho? ¿quién lo sabe? ¿y cómo esta duda no me ha de hacer temblar?

CAPITULO IV

Las ruinas de Pompeya están al mismo lado del mar que el Vesuvio, y por ellas empezaron su viaje Corina y lord Nelvil; iban ambos callados, porque se acercaba el momento de la decision de su suerte, y aquella esperanza vaga que habian disfrutado tanto tiempo, y que tanto concuerda con el clima de Italia, debia al fin reemplazarse con un destino positivo. Vieron juntos á Pompeya, ruina la mas curiosa de la antigüedad. En Roma apénas se encuentran mas que reliquias de los monumentos públicos, y estos monumentos solo acuerdan la historia política de los siglos pasados; pero en Pompeya se ofrece á nosotros, cual era la vida privada de los antiguos. El volcan que cubrió esta ciudad de cenizas la ha preservado de las injurias del tiempo: jamas se habrian mantenido del mismo modo los edificios expuestos al aire, y aquella memoria enterrada se ha vuelto á encontrar toda entera. Las pinturas y los broncees conservaban todavia su primera belleza, y cuanto puede servir para usos domésticos se halla intacto de un modo que asombra. Aun están preparadas las ánforas para el festin del siguiente dia; la harina que iban á amasar está allí como entónces; las reliquias de una mujer están adornadas de la propia manera, con las galas,

que llevaba el dia de fiesta que turbó el volcan, y sus brazos de pedrerías que los rodean. Es imposible ver en ninguna parte una imágen tan notable de la interrupcion súbita de la vida. El surco de las ruedas está señalado visiblemente en el empedrado de las calles, y las piedras que cercan los pozos tienen la señal de las cuerdas que poco á poco han ido gastándolas: se ven todavia en las paredes de un cuerpo de guardia las letras mal formadas, las figuras toscamente dibujadas que hacian los soldados para entretener el tiempo, miéntras aquel tiempo caminaba para tragarlos.

Cuando uno se pone en medio de las enercujadas, desde donde se ve por todas partes la ciudad, que aun subsiste casi entera, parece que aguarda alguna persona, que va á llegar el dueño, y la misma apariencia de vida que presenta aquella mansion hace sentir mas tristemente su eterno silencio: las casas enterradas en lava están las mas construidas con lava petrificada, así, ruinas sobre ruinas, y sepulcros sobre sepulcros. Esta historia del mundo, en que las épocas se cuentan de escombros en escombros, esta vida humana, cuya huella se sigue al resplandor de los volcanes que la consumieron, llena el corazon de honda melancolía. ¡Cuánto tiempo há que existe el hombre!; cuánto tiempo há que vive, padece y muere!; ¿Dónde se hallarán sus sentimientos y sus ideas?; Está aun impregnado de ellas el aire que se respira entre sus ruinas, ó se

han depositado para siempre en el cielo donde reina la inmortalidad? Algunas hojas quemadas de los manuscritos que se han encontrado en Herculano y en Pompeya, y que se procuran desarrollar en Pórtici, esto es cuanto nos queda para interpretar á las víctimas desventuradas que devoraron las llamas del volcan, el rayo de la tierra. Pero al pasar por cerca de aquellas cenizas que el arte logra encender de nuevo, tiembla uno de respirar, no sea que el soplo se lleve aquel polvo donde acaso están aun grabadas tantas ideas sublimes.

Los edificios públicos en esta misma ciudad de Pompeya, que era una de las menores de Italia, son bastante bellos: el lujo de los antiguos tenia casi siempre por objeto alguna cosa de público interés: sus casas son muy reducidas, y nada magnificas; pero se nota en ellas una aficion extremada á las bellas artes; casi todo lo interior está adornado de pinturas agradables y de pisos de mosaico trabajados con suma habilidad; en muchos de estos pisos se lee: — salud (*salve*). — Esta palabra está colocada en el umbral de la puerta, y ciertamente no fué una mera cortesanía, sino una invocacion á la hospitalidad. Los aposentos son singularmente estrechos, poco claros, sin ninguna ventana á la calle, y dan casi todos á un pórtico interior de casa, ó al patio de mármol que la rodea. En el centro de este patio hay una cisterna adornada con sencillez. Es evidente por esta especie de habitacion

que los antiguos vivian casi siempre al aire libre, y así recibian á sus visitas: ninguna cosa da una idea mas agradable y mas voluptuosa de la existencia, que este clima que une íntimamente al hombre con la naturaleza: parece que el carácter de las conversaciones y de la sociedad debe ser diverso con semejantes costumbres, que en los países donde el rigor del frio obliga á encerrarse en las casas. Se entienden mejor los diálogos de Platon viendo aquellos pórticos, bajo los cuales se paseaban los antiguos la mitad del dia: animábalos sin cesar el espectáculo de un hermoso cielo; el órden social, cual le concebian, no era combinacion árida del cálculo y de la fuerza, sino un feliz conjunto de instituciones que excitaban las facultades, desenvolvian el alma, y daban al hombre por objeto su perfeccion propia y la de sus semejantes.

La antigüedad inspira una curiosidad insaciable, y los eruditos que solamente se ocupan en recoger una coleccion de nombres á que llaman historia, carecen ciertamente de toda imaginacion. Pero penetrar lo pasado, hablar con el corazon humano, atravesando los siglos, adivinar un hecho por una palabra, y el carácter y las costumbres de una nacion por un hecho; en fin, subir hasta los tiempos mas remotos para procurar figurarnos cómo aparecia á la vista de los hombres la tierra en su primera juventud, y de qué suerte llevaban este don de la vida, tan complicado por la civilizacion ahora; es

un esfuerzo perenne de la imaginación, que acierta y descubre los secretos mas agradables que pueden manifestarnos la reflexión y el estudio. Esta especie de interés y de ocupación atraía singularmente á Osvaldo, y muchas veces repetía á Corina, que si no tuviese en su país nobles intereses, no habría podido soportar la vida sino donde los monumentos de la historia ocupan el lugar de la existencia presente : es preciso, cuando ya no es posible obtenerla, echar de ménos la gloria; solo el olvido degrada el alma, pero puede hallar un asilo en lo pasado, cuando la esterilidad de las circunstancias priva de su objeto á las acciones.

Saliendo de Pompeya, y volviendo á Pórtici, se vieron muy presto Corina y Osvaldo rodeados de los habitantes, que les persuadian á voces viniesen á ver la *montaña*; así llaman al Vesuvio. ¿ Necesita acaso nombre? Para los Napolitanos es la gloria y la patria; su país está señalado con este prodigio. Osvaldo quiso que Corina fuese en una especie de silva de manos hasta la ermita de San Salvador, situada á la mitad del camino, y donde los viajeros descansan ántes de emprender la subida á la cumbre : él iba á caballo á su lado para cuidarla, y cuanto mas llenaban su corazón los generosos pensamientos que inspiran la naturaleza y la historia, mas adoraba á Corina.

A la falda del Vesuvio es el campo mas fértil, y está mejor cultivado que ninguna otra parte del

remo de Nápoles, esto es, de la region mas favorecida del cielo que tiene la Europa. La famosa viña cuyo vino llaman *Lacryma Christi*, se encuentra en aquel paraje, al lado de las tierras asoladas por la lava : parece que la naturaleza ha hecho el último esfuerzo en aquel sitio próximo al volcan, y se ha adornado con sus ricos presentes ántes de perecer. A medida que se sube, se descubre, dando una vuelta, Nápoles y la hermosa campiña que la rodea : los rayos del sol hacen centellear el mar como piedras preciosas; pero todo el esplendor de la creación se extingue por grados hasta la tierra de humo y ceniza, que anuncia anticipadamente la inmediatecion del volcan. Las lavas ferruginosas de los años anteriores señalan en el suelo su ancho y negro surco, y todo al rededor de ellas es árido : á cierta altura ya no vuelan los pájaros, á otra van haciéndose raras las plantas; y luego ni aun los insectos encuentran ya con qué subsistir en aquella naturaleza consumida : en fin, cuanto tiene vida desaparece, éntrase en el imperio de la muerte, y debajo de la planta mal segura rueda la ceniza de aquella tierra hecha polvo.

. *Nò greggi nè armenti*
Guida bifoleo mai, guida pastore (1).

Allí, entre los confines de la vida y la muerte, mora un ermitaño. Delante de su puerta hay un

- (1) Oveja ó toro
Jamás guía boyero ú pastor guía.

árbol, adios postrero de la vegetacion, y á la sombra de sus hojas blanquecinas acostumbran los viajeros esperar la noche para seguir su camino, porque por el dia las llamas del Vesuvio no se ven sino como una nube de humo, y la lava, tan encendida de noche, parece opaca á la claridad del sol. Esta misma metamorfosis es un hermoso espectáculo, y renueva todas las tardes la admiracion que podría debilitar la continuacion de la misma vista. La impresion de aquel sitio, y su profunda soledad, dieron mas aliento á lord Nelvil para revelar sus secretos sentimientos; y deseando fomentar la confianza de Corina, consintió en hablarle; y le dijo conmovido: — ¿Quereis leer hasta lo mas íntimo del alma de vuestro desventurado amigo? pues bien, os lo confesaré todo; tornarán á abrirse mis heridas, lo conozco; pero delante de esta naturaleza inmutable, ¿por qué se han de temer tanto las penas que el tiempo arrastra consigo?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO I.

De Corina, por madama Necker de Saussure.	1
LIBRO I. Osvaldo.	30
— II. Corina en el Capitolio.	58
— III. Corina.	82
— IV. Roma.	134
— V. Los Sepulcros, las Iglesias y los Palacios.	157
— VI. Las Costumbres y Carácter de los Italianos.	196
— VII. La Literatura italiana.	233
— VIII. Las Estatuas y las Pinturas.	284
— IX. La Fiesta popular y la Música.	304
— X. La Semana santa.	339
— XI. Nápoles y la Ermita de San Salvador.	

árbol, adios postrero de la vegetacion, y á la sombra de sus hojas blanquecinas acostumbran los viajeros esperar la noche para seguir su camino, porque por el dia las llamas del Vesuvio no se ven sino como una nube de humo, y la lava, tan encendida de noche, parece opaca á la claridad del sol. Esta misma metamorfosis es un hermoso espectáculo, y renueva todas las tardes la admiracion que podría debilitar la continuacion de la misma vista. La impresion de aquel sitio, y su profunda soledad, dieron mas aliento á lord Nelvil para revelar sus secretos sentimientos; y deseando fomentar la confianza de Corina, consintió en hablarle; y le dijo conmovido: — ¿Quereis leer hasta lo mas íntimo del alma de vuestro desventurado amigo? pues bien, os lo confesaré todo; tornarán á abrirse mis heridas, lo conozco; pero delante de esta naturaleza inmutable, ¿por qué se han de temer tanto las penas que el tiempo arrastra consigo?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO I.

De Corina, por madama Necker de Saussure.	1
LIBRO I. Osvaldo.	30
— II. Corina en el Capitolio.	58
— III. Corina.	82
— IV. Roma.	134
— V. Los Sepulcros, las Iglesias y los Palacios.	157
— VI. Las Costumbres y Carácter de los Italianos.	196
— VII. La Literatura italiana.	233
— VIII. Las Estatuas y las Pinturas.	284
— IX. La Fiesta popular y la Música.	304
— X. La Semana santa.	339
— XI. Nápoles y la Ermita de San Salvador.	



UVA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
FACULTAD GENERAL DE CIENCIAS

